

Trabajo de investigación:

“Los buscavidas: nómadas del capitalismo”

Oriol García Rovira

**DOCTORADO EN TEORÍA DE LA LITERATURA
Y LITERATURA COMPARADA
DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA
DIRIGIDA POR MERI TORRAS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA
BELLATERRA 2010**

Para todos los trabajadores

Capítulo I Los buscavidas: nómadas del capitalismo.....	4
I.1. Introducción al término ‘buscavidas’.....	6
I.2. Los buscavidas en sus novelas	11
I.3. Aproximación histórica a la noción de régimen salarial.....	25
Capítulo II Originalidad del buscavidas en el marco de la picaresca y la Bildungsroman	33
II.1. El buscavidas y las literaturas del ‘yo’	33
II.2. Elementos picarescos en la figura del buscavidas	39
II.3. Comparación crítica de la Bildungsroman con la figura del buscavidas	62
Capítulo III Inadaptación del buscavidas al sistema laboral capitalista.....	82
III.1. Un ‘espíritu’ no capitalista	82
III.1.A. ‘Irrracionalidad’ y ‘ascesis’ del sistema capitalista	87
III.1.B. La profesión del nómada	100
III.2. Conflictos materiales del buscavidas con el régimen salarial capitalista.....	131
III.2.A. Conflictos del buscavidas con el principio de separación de las tareas.....	135
III.2.B. Conflictos con la disciplina salarial.....	155
IV. Conclusiones.....	190
Capítulo V Bibliografía.....	206

Capítulo I Los buscavidas: nómadas del capitalismo

I.1. Introducción al término ‘buscavidas’

Esta investigación se propone describir los rasgos esenciales de un tipo de personajes que hemos denominado, a efectos de generalización teórica, como “buscavidas”, peregrinos antihéroes del sistema laboral contemporáneo, deficientemente integrados a los valores del capitalismo e irreductibles a sus principios disciplinarios, que podemos hallar en la novelística del s. XX. He escogido a título de ejemplo cuatro novelas emblemáticas: *Viaje al fin de la noche* (1932), de Louis-Ferdinand Celine (1894-1961); *La Conjura de los Necios* (1980), de John Kennedy Toole (1937-1969); *Factotum* (1975), de Charles Bukowski (1920-1994) y *Los Hermanos Tanner* (1907), de Robert Walser (1878-1956). Asimismo, en el tercer capítulo de esta investigación, tendremos en cuenta la novela *El Desaparecido* (1927), de Franz Kafka (1883-1924), como un contrapunto iluminador que contribuye a analizar el tejido problemático de las dinámicas laborales en el pasado siglo. Karl Rossman, “el desaparecido”, no pertenece a la categoría de los buscavidas, porque a diferencia de estos, aspira a progresar en su carrera, pero sufre los golpes bajos de un sistema que tiene reservado a su condición de emigrante la misma suerte ingrata.

A pesar de su disparidad estilística y temática, los protagonistas de estas novelas se ajustan, a mi parecer, a esta denominación de los personajes “buscavidas”, en tanto que presentan una misma estructura de triple encrucijada que le arroja a una vida de continuo vagabundeaje y trabajos cambiantes. Me refiero al triple conflicto irremediable entre sus necesidades, su búsqueda de una identidad más plena y un sistema laboral de rasgos alienantes, al que periódicamente deben doblegarse para sobrevivir. Dicha pugna les hace poseedores de un curriculum tan vivaz como mediocre e inconexo, sospechoso para la burocracia de un capitalismo avanzado, que valora, mediante el sistema de incentivos salariales, la adhesión incondicional del empleado a un solo proyecto de carrera y su sistema de ascenso; a una sola “beruf”, como acuñara en su estudio del protestantismo Max Weber, al sugerir que el ejercicio constante de una sola “profesión” —el trabajo— pudo actuar como un principio de socialización religioso-económico en el capitalismo incipiente.

Antes de seguir adelante, me gustaría justificar muy brevemente por qué se ha optado por el vocablo “buscavidas” para describir a este tipo de personajes. Me parecía pertinente acuñar un término para denominarle, porque a pesar de su relación de parentesco con géneros novelescos como la Bildungsroman o la picaresca, que analizaremos en el segundo capítulo de la investigación, las novelas con “buscavidas” se desmarcan de ambas tradiciones y proporcionan un enfoque nuevo sobre el conflicto entre el yo el mundo, polarización lukaksiana cuya tensa dialéctica convierte a la novela en una de las principales forma guía de la conciencia moderna. En el caso del buscavidas, como digo, este conflicto entre el yo y el mundo toma la forma de una resistencia enconada del protagonista contra el mundo del trabajo, una lucha para preservar su identidad de sus efectos corrosivos y alienantes.

La DRAE recoge en su acepción más peyorativa del vocablo que el buscavidas es aquella “persona demasiado curiosa en averiguar las vidas ajenas” y en la más positiva, que se trata de aquella “persona diligente en buscarse por cualquier modo lícito el modo de vivir”¹. La primera acepción, con todo y tacharle de entrometido, parece indicar en la personalidad del “buscavidas” un residuo de empatía o curiosidad hacia sus semejantes, una pulsación de solidaridad esquiva que conviene mucho a la descripción de su carácter. Porque en efecto, a pesar de su yo hipertrofiado y su aprensiva soledad, que a menudo experimenta las relaciones humanas y laborales como una emboscada moral, el “buscavidas” no existiría sin la presencia de los superiores que le acosan y los empleados con quienes comparte periódicamente su desgracia, sin esas otras vidas con las que mantiene una relación indagadora, de compromiso intermitente y desafección crónica, de turbio espejo en los que ve reflejado aquello en lo que no desea transformarse, existencias deshechas entre las cuales trata de buscar y encontrar su propia vida. La segunda acepción hace hincapié en su condición de “animal laborans” que hace de este personaje, en mi opinión, una de las principales plataformas de investigación literaria en torno al mundo del trabajo en el S.XX. Por tanto, si hemos de establecer una tradición literaria para este tipo de personaje, cuyas andanzas hacen pensar en un género a caballo entre la Bildungsroman y la picaresca, será teniendo en mente aquellos ejemplos que recojan en sus páginas el mundo del trabajo. En su ensayo, *The Way of the World, The Bildungsroman in*

¹. Real Academia Española. *Diccionario de la lengua- Vigésima segunda edición* [en línea]. Madrid: Espasa Calpe, 2000. Recuperado el 14 de febrero de 2006, de <http://buscon.rae.es/drae/>

European Culture, Franco Moretti observa que Wilhem Meister abandona el mundo del trabajo para perseguir su ideal de formación y enuncia esta sentencia demasiado rotunda en mi opinión, pero que hace pensar, por contraste, en la específica originalidad del personaje del buscavidas respecto al personaje de las novelas de formación tradicionales: “Let us begin by observing that the representation of the economic domains and of its symbolic universe has had in the great narratives of the last two centuries has had no importance whatsoever”². En ese sentido, el buscavidas constituye una excepción deliberada y rotunda, porque sus inquietudes se circunscriben a la esfera económica y sus factores alienantes sobre la identidad en una sociedad de asalariados.

En nuestra sociedad actual, dominada por un capitalismo de complejo alcance mundial, me parece interesante hacer un estudio sobre este tipo de personajes, porque hurgan de manera tan cómica como hiriente en la brecha de la que todos nacemos en nuestra transición hacia la vida adulta, la socialización más irrevocable de todas, la entrega a un trabajo estable. André Gorz señala en *Metamorfosis del trabajo*: “Debido a que el trabajo socialmente remunerado y determinado es el factor, con mucho, más importante de socialización, la sociedad industrial se entiende como una sociedad de trabajadores, y como tal, se distingue de todas las que la han precedido”³. En este contexto, la identidad contestataria de los buscavidas, trabajadores que no encuentran en su salario incentivo suficiente para prosperar en dicho sistema, se convierten en pieza que atasca el engranaje capitalista con su dilema identitario, su gandulería nihilista y su aspiración a no ser nada en la vida, salvo ellos mismos. Resulta un síntoma de malestar de la cultura laboral tan desalentador como interesante, cuyos rasgos principales me he propuesto estudiar en esta investigación.

La estructura del trabajo contempla varios aspectos relacionados con este tipo de personajes. En primer lugar, mediante esta introducción, me he propuesto introducir el término al lector y familiarizarnos, mediante un resumen de las novelas, con los rasgos distintivos del buscavidas, esto es, la encrucijada en que se desarrolla su identidad, que

² Moretti, Franco. *The way of the World. The Bildungsroman in European culture*. London: Verso, 1987, p.25.

³ Gorz, André. *La Metamorfosis del trabajo: búsqueda del sentido: crítica de la razón económica*. Madrid: Sistema, DL 1995, p.26.

carece de ambiciones sociales, a pesar de que tales ambiciones le brindarían una seguridad con la que afrontar sus necesidades acuciantes y le permitirían ponerse a resguardo de los trabajos más alienantes. Asimismo, veremos como el buscavidas, a pesar de su egolatría distintiva, fraguada en un nihilismo que le hace desconfiar de todos los valores sociales, no es ajeno a la solidaridad con los pobres de la tierra que corren una suerte semejante a la suya, sumidos en trabajos de escala o nula calificación social. Por último, citaremos el estilo de vida nómada mediante el que intenta protegerse de este sistema laboral alienante (salvo aparentemente, en el caso de *La Conjura de los necios*, que en línea con su imaginario carnavalesco, realiza una inversión paródica de dicho requisito). En el tercer apartado de esta introducción, a fin de establecer un puente con los siguientes capítulos, haremos un breve resumen histórico del momento en que cambia la noción de “trabajo”, con la llegada de la revolución industrial y la sistematización capitalista de un “régimen salarial” enteramente nuevo. Eso nos permitirá enmarcar en su debido contexto, en el segundo capítulo de la tesina, una semejanza del buscavidas con las tradiciones literarias en que se inserta, la picaresca y la Bildungsroman, para describir la especificidad de su posicionamiento cultural e ideológico, así como para profundizar en los principales rasgos de su personalidad. En el tercer capítulo, abordaremos por extenso la manera en que el buscavidas subraya, mediante su personalidad irreductible a los principios disciplinarios del capitalismo, un fenómeno de desencaje evidente con el sistema laboral contemporáneo. Lo haremos a través de dos ángulos de aproximación, espiritual y material, esto es, respectivamente, mediante un cotejo de su caracterización distintiva con el ‘espíritu capitalista’ descrito por Max Weber y mediante la ilustración de sus conflictos específicos con los mecanismos del régimen salarial y la organización industrial.

Debo añadir que mi intención ha sido ilustrar en todos y cada uno de los buscavidas, con rigor y riqueza, un perfil laboral que incumplen sistemáticamente, y que es requerido a todos sus asalariados por el sistema capitalista. A tal fin, he procurado ser tan cuidadoso como demorado en el dibujo teórico de ese perfil, que me ha llevado a contraer una deuda muy grata con varios autores, en las respectivas disciplinas desde las que he abordado mi análisis de los buscavidas. En primer lugar, con Jean Paul de Gaudemar y Benjamin Coriat, sociólogos de base foucaultiana, que llevan el enfoque disciplinario del filósofo francés al ámbito de la organización industrial capitalista. Sus

estudios me han permitido ilustrar, a ras de tierra, los mismos conflictos materiales que sufrimos los asalariados con el sistema laboral, de los que el buscavidas se hace eco en sus andanzas y traspies. En segundo lugar, con Max Weber, que ocupa enteramente mi análisis en el capítulo reservado al ‘espíritu’ no capitalista del buscavidas, porque que sus aportes teóricos permitían entender, desde una perspectiva tan insólita como penetrante, la indignación del buscavidas frente al sistema laboral capitalista. En tercer lugar, con Miguel Salmerón, que en el capítulo reservado a la Bildungsroman, me permitió hacerme una idea completa y cabal, desde el punto de vista teórico y literario, de todos los esfuerzos de la novela de formación alemana por crear un marco de disidencia crítica que se aviene con el espíritu que rige a los buscavidas. Asimismo, su cabal compendio crítico me permitió argumentar, con rigor y sistema, por qué las novelas con buscavidas no son novelas de formación a la usanza del s.XIX y merecen ser estudiadas desde un marco teórico propio. Por último, en el capítulo de la picaresca, requiere especial mención José Antonio Maravall, sin cuya genial y compleja obra, *La literatura picaresca desde la historia social*, no habría podido desentrañar con precisión el sustrato disidente que une al pícaro con el buscavidas. Espero que los amantes de la picaresca, gracias a este análisis, puedan disfrutar en el buscavidas de un primo lejano del género, con el que sin embargo presenta diferencias sustanciales y enriquecedoras: porque la vida sigue y la literatura, su gran perseguidora, no gusta de quedarse rezagada.

1.2. Los buscavidas en sus novelas

Describamos la idiosincrasia de estos personajes y las tramas de sus respectivas novelas, de acuerdo con la imagen genérica que nos hemos formado de los “buscavidas”. Como he indicado más arriba, su disparidad estilística no puede ser más absoluta, desde el realismo sucio de Chinaski (*Factotum*) y Bardamu (*Viaje al fin de la noche*), pasando por la prosa pensativa y mística de Simon (*Los hermanos Tanner*), hasta el vodevil alegórico en que se narran las aventuras del carnalesco Ignatius Reilly (*La conjura de los necios*). Esa disparidad le hace tanto más interesante, en tanto que condensa, en su caracterización distintiva, la modalidad de una cosmovisión que subyace a modalidades de novela muy distintas. Al referirnos al buscavidas, por tanto, no podemos hablar de un personaje tipo, limitado por su propia funcionalidad narrativa, a la manera en que lo sería, desde un punto de vista técnico, el gracioso en la comedia clásica del siglo de oro, cuya carácter artesanal a la hora de confeccionar una trama determina fundamentalmente su personalidad. El conflicto principal del buscavidas, su disidencia con una cultura laboral estable, condiciona una trama rica en peripecias, pero no la fosiliza en convenciones inescapables y tiene una relación más profunda con el tema desplegado por la obra: la imposibilidad del individuo de formarse en un sistema laboral alienante que impide el desarrollo de una identidad más plena. Observaremos a continuación, mediante un breve resumen de las tramas y la psicología de los personajes, la variedad de experimentos literarios en la que esta categoría de personajes puede tener cabida.

Los hermanos Tanner (1907) es la primera novela del autor suizo Robert Walser. La trama sigue a Simon, álter ego de su autor, el hermano Tanner “del que menos esperanzas de futuro pueden albergarse”⁴, a quien “no le interesa en absoluto progresar en la vida”⁵, en sus erráticas andanzas por Suiza durante las cuatro estaciones de un año, mientras va alternando su mero disfrute de la vida, desgranado en una filantrópica variedad de reflexiones sobre el maravilloso universo natural y humano que le rodea, con unas ocupaciones que le sirven para trazar una ética inquietante del mundo del trabajo. Fiel a este planteamiento de vida, veremos a Simón, alternando una serie de trabajos que configura una trama alegre y deshilvanada: aprendiz de librero, mozo de

⁴ Walser, Robert. *Los hermanos Tanner*. Madrid: Ediciones Siruela, 2000, p.27.

⁵ *Ibid.*, p.84.

almacén en una fábrica, criado y copista. En distintos pasajes de la novela, conocemos asimismo a sus hermanos: Klaus el pintor, con el que convive durante los primeros capítulos y a quien considera su alma gemela, con la salvedad de que él ni siquiera se propone triunfar en el arte; su hermana Klara, entristecida por haber dedicado su vida entera a una sola carrera de maestra, con la que pasa unos meses en el campo; Kaspar, un erudito fatigado por haber seguido siempre una carrera demasiado estricta y responsable, que le ha alejado de las fuentes de la vida; su hermano Emil Tanner, que sólo conocemos por referencias, y que perdió la razón tras sufrir un proceso de marginación social y laboral cuyos pasos podría estar siguiendo Simón inadvertidamente. Estos y otros personajes configuran el mundo de Simon, que a pesar de su fuerte individualismo y su amor a la naturaleza, su rara habilidad para mezclar impertinencia y panteísmo, sabe solidarizarse con el destino de los suyos: “¿Qué enseña el conocimiento cada vez mayor del ser humano? ¡La cosa más sencilla del mundo, a tratar a todos con amabilidad! ¿No somos acaso todos hermanos los que vivimos en este planeta perdido y solitario?”⁶

Pero aunque Simon no renuncia a formarse entre los hombres, y se propone con frecuencia madurar en la sociedad mediante un desempeño escrupuloso de sus labores, la continuidad de tales propósitos se ve truncada al constatar el desfase entre semejante estilo de vida y las exigencias de su propio temperamento. Así, su carácter se mueve en extremos paradójicos, como cuando al empezar su trabajo en una oficina, se siente dignificado al ser contemplado por aquellos que vuelven a casa después de una jornada laboral, “sintiendo la tarde como un regalo, pues de verdad lo esperan quienes entregan su día al trabajo”⁷ para deplorar poco después que “aquí un joven no encuentra sino desaliento, nada más”⁸.

La personalidad de Simon, común a todos los protagonistas de su autor, es la de un caballo de Troya, que con fingida mansedumbre e irónico espíritu de sumisión se interna en el sistema laboral y lo socava desde dentro. En el fondo, como él mismo reconoce, se indigna con “la palabra “trabajo fijo” y los compromisos que ella supone” porque su único deseo es “seguir siendo un humano”⁹. Pero a tal punto su ironía tiene

⁶ *Ibid.*, p.254.

⁷ *Ibid.*, p.224.

⁸ *Ibid.*, p.226.

⁹ *Ibid.*, p.208.

un doble filo contestatario y sumiso, a tal punto canta las virtudes de la sumisión y celebra el morboso placer de la insumisión, que ya no solo sus patrones, sino el lector mismo queda desorientado ante las contradicciones existenciales de Simón frente al trabajo, en el que observa una posibilidad de formación y deformación simultáneas y con el que mantiene gozosa relación sadomasoquista. Así, podemos encontrar un buen ejemplo de este humor enrarecido, a caballo entre el placer formativo y el terror alienado, al observar de una señora que intenta educarlo para convertirse en su perfecto criado: “Para enfadarse es una auténtica maestra, y yo, por mi parte, también soy un maestro en provocarla. (...) Me gusta ese escarnio porque me hace temblar, y me encanta ser invadido por la rabia y la vergüenza: te impulsa hacia metas más altas, incitándote a la acción”¹⁰. Para Simón, la búsqueda de una identidad más plena, la expresión más entera de sí mismo, puede plasmarse a veces en el arte, pero se cifra antes que nada en esa exuberancia delicada con que medita los paisajes de la naturaleza y el alma de los hombres como en un largo paseo. Y en efecto, cuando Simón no está trabajando, e incluso, con el rabillo del ojo, cuando trabaja, su principal ocupación es la del paseante observador, profundo y sin propósito, que celebra la belleza de la naturaleza y se solidariza amorosamente con los sufrimientos de otros pobres desde una hiperestesia rayana en el misticismo. Sirva de ejemplo la observación que hace de un pobre anciano orante en el comedor social al que acude a comer:

“Aquel viejo quizá tuviera tras de sí una larga e inútil caminata por todas las calles de la ciudad. (...) La simple idea de que el anciano anduviese buscando un trabajo, como cabía suponer, de que aún tuviera, a su edad, ánimos para trabajar, esa simple idea tenía un trasfondo penoso y aterrador. (...) Quizá por eso rezara, para mitigar la terrible gravedad de su situación con una melodía suave, tranquilizadora”¹¹.

Esta compasión es doblemente valiosa si tenemos en cuenta que el desclasamiento de Simón es voluntario, ya que su extracción social, originariamente acomodada, le habría permitido escoger otro destino social más elevado, que rechaza sin reparos por su desinterés total en seguir una carrera. Para el nómada Simón, la vida no puede ser una carrera, sino más bien un paseo demorado y detallista, una peregrinación sentimental y filosófica. Al mismo tiempo, esta identidad tan desatada de condicionantes económicos se concreta en ocasiones en una relación de amor fugitivo con el arte, como en la

¹⁰ *Ibid.*, p.170.

¹¹ *Ibid.*, p.60.

pintura de su hermano Klaus, en la que aprecia “una oración solitaria a la bondad”¹² que dignifica a todos los seres humanos. Sin embargo, dicha “oración” se contradice con su deseo de no aspirar a nada, razón por la cual rasga a veces las tirillas de papel en que va escribiendo retazos de un diario personal, porque una vez escrito “ya no tenía ningún valor para él” y prefería “seguir entregándose a la tarea de ser un hombre olvidado”¹³. Esta triple encrucijada que configura la esencia del buscavidas, de la que ya hemos mencionado dos ejes, el trabajo y la aspiración a una identidad más plena (realizable mediante el arte filosófico del paseo o el arte ruborizado de la escritura), se complementa con un tercer vértice. Me refiero al de sus necesidades, ya que por mucho que el mismo Simon confiese que “nada en el mundo es mío, pero tampoco deseo nada”¹⁴ y alardee de ser “una persona bastante resistente, capaz de soportar todo género de adversidades”¹⁵, lo cierto es que se ve forzado a trabajar, y hacia el final del libro, ante la inminencia cruda del invierno y sin paradero fijo, comienza a sentir brotes de ira que brotan “desde las profundidades de la falta de dinero”¹⁶ y “de un estómago que nos ladra de puro vacío”¹⁷. Tal vez cabría recordar, a modo de conclusión profética sobre esta cercanía del invierno, que Walser murió en un paseo por la nieve, el día de navidad, en los alrededores del manicomio donde vivió ingresado voluntariamente las últimas décadas de su vida.

En *Viaje al fin de la Noche* (1932), Louis-Ferdinand Celine, que encabeza el patriarcado de todos los realistas viscerales, narra las andanzas igualmente erráticas de Ferdinand Bardamu, inspiradas en su propia biografía. Su protagonista, Ferdinand Bardamu, enrolado en un momento de estupidez en el ejército francés, y asqueado en las trincheras de la Primera Guerra Mundial, decide desertar haciéndose pasar por loco, no sin describir toda suerte de personajes pintorescos y de pintar el absurdo y la brutalidad de la guerra. Tras la guerra y un noviazgo con una estadounidense, Lola, va a parar en un barco en que los demás pasajeros le quieren linchar, rumbo a una colonia francesa en África; su descripción del sistema colonial francés es hilarante y

¹² *Ibid.*, p.44.

¹³ *Ibid.*, p.103.

¹⁴ *Ibid.*, p.267.

¹⁵ *Ibid.*, p.195.

¹⁶ *Ibid.*, p.236.

¹⁷ *Ibid.*, p.223.

sumamente crítica: viene a decir más o menos que las colonias francesas son el paraíso de los pederastas y que todo se funda en la explotación del negro. Unas fiebres acaban con esa aventura y llega en un estado cercano a la esclavitud a Estados Unidos. Escapa a Nueva York, donde vive por un tiempo y se reencuentra con Lola, a quien extorsiona. Vuelve a viajar, a Detroit; donde hace amistad con una prostituta norteamericana y trabaja para una fábrica de Ford, pero vuelve a París y ejerce la medicina a pesar del asco que le da su clientela. Siguiendo uno de sus súbitos impulsos de fuga, cierra la consulta y acaba entrando de actor en un espectáculo de variedades, para acabar trabajando de asistente en un manicomio, cuyo director y gerente pasa al mismo tiempo una crisis de nomadismo neurasténico que le hacen abandonar el país en busca de aventuras y dejando a Bardamu a cargo de un sanatorio que sigue funcionando por inercia, descabezado, a la deriva, como su propia visión hastiada de la vida. El tono de la novela es radicalmente distinto a la novela de Walser, ya que contempla el mundo, ya no desde esa irónica filantropía que distingue a Walser, sino desde un lirismo misantrópico, sangrante y despiadado.

Bardamu es un buscavidas, porque sus necesidades le llevan de trabajo en trabajo, de mal en peor, a cual más degradante para el alma, de los que se protege inútilmente cambiando de continente hasta en tres ocasiones, en un estado de fuga perpetua, como si intuyera que ese estado cambiante preserva en él un resquicio de cordura en el que su identidad puede refugiarse. Ese resquicio de identidad no corrompida es lo único que acaba importando Bardamu. Se hace evidente cuando Molly, una prostituta de Detroit cuya bondad despierta en él los únicos momentos de ternura incondicional de toda la novela, le plantea sentar cabeza y ambicionar una vida laboral más estable:

“Intentaba con amabilidad retenerme junto a ella, Molly, disuadirme...”Mira, Ferdinand, ¡la vida es aquí igual que en Europa! No vamos a ser infelices juntos – Y tenía razón en un sentido -. Invertiremos los ahorros...compraremos un comercio...Seremos como todo el mundo...”Lo decía para calmar mis escrúpulos. Proyectos. Yo le daba la razón. Me daba vergüenza incluso que hiciera tantos esfuerzos por conservarme. Yo la amaba, desde luego, pero aún amaba más mi vicio, aquel deseo de huir de todas partes.¹⁸”

La alternativa, claro, es inaceptable para un buscavidas, seguir trabajando en la fábrica de Ford en un estado de explotación erosiva por un salario misérrimo (pero tentador para un emigrante o un paria social) que exige como contrapartida una fidelidad absoluta a su trabajo y la ambición de una carrera industrial que le enajenaría totalmente. Ante la posibilidad del amor, Bardamu duda por un momento ante su

¹⁸ Celine, Louis-Ferdinand. *Viaje al fin de la noche*. Barcelona: Edhasa, 2001, p.267

instinto de fuga perpetua e incluso flirtea en su imaginación con seguir una carrera estable en la Ford, pero una corazonada visceral le impide seguir adelante: “Llegué justo hasta la puerta de la fábrica, pero me quedé paralizado en aquel lugar liminar, y la perspectiva de todas aquellas máquinas que me esperaban girando eliminó en mi sin remedio aquellas veleidades laborales.”¹⁹”

Entre esa posibilidad y la de seguir siendo él mismo, desdichado pero él mismo, reflexiona sobre su despedida al amor de Molly en la estación de trenes con estas palabras: “Me daba pena, pena de verdad, por una vez, todo el mundo, ella, todos los hombres. Tal vez sea eso lo que busquemos a lo largo de toda la vida, nada más que eso, la mayor pena posible para llegar a ser uno mismo antes de morir.”²⁰”

El tema del trabajo se desgana en muchos pasajes de la novela desde la condición de paria absoluto, en una solidaridad visceral y amedrentada con los pobres que no pueden escapar a su destino: “Os lo digo, infelices, jodidos de la vida, vencidos, desollados, siempre empapados de sudor; os lo advierto: cuando los grandes de este mundo empiezan a amaros es porque van a convertirlos en carne de cañón”²¹. Así, tanto su condición de asalariado en comercios tras la guerra, su observación de los negros explotados impunemente en África, su propio estado de esclavo en galeras hacia América, su condición de emigrante explotado en Nueva York y Detroit y su profesión de médico en los arrabales más pobres de París, le convierten en un testigo de excepción del paisaje laboral contemporáneo más sombrío.

Finalmente, lo único que quiere Bardamu es trazar pactos de no agresión entre sus necesidades y ese resquicio de identidad que guarda para sí, pactos volátiles, como se demuestra durante toda la novela y se insinúa poderosamente en el final, cuando muere el último amigo que trabajaba junto a él en el manicomio y escucha las barcazas que marchan río abajo por el Sena fugándose, tal vez como él mismo, hacia ninguna parte. Esas situaciones de nulidad social en las que Bardamu sobrevive durante toda la novela le sirven como escudo doble, contra el hambre y contra un ascenso que podría embrutecerlo más aún, como cuando reconoce de su último trabajo en el manicomio:

“No era malo que Baryton me considerara en conjunto con algo de desprecio. Un patrón se siente siempre un poco tranquilizado por la ignominia de su personal. El esclavo debe ser, a toda costa, un poco despreciable e incluso mucho (...) Por lo demás, yo había renunciado, desde hacía mucho, a

¹⁹ *Ibid.*, p.268.

²⁰ *Ibid.*, p.274.

²¹ *Ibid.*, p.48.

cualquier clase de amor propio. Ese sentimiento me había parecido siempre superior a mi condición, mil veces demasiado dispendioso para mis recursos. Me sentía muy bien por haberlo sacrificado de una vez por todas. Ahora me bastaba con mantenerme en un equilibrio soportable, alimentario y físico. El resto, la verdad, ya no me importaba en absoluto”²².

De manera puntual y discreta, pero constante a lo largo la novela, el buscavidas Bardamu refiere los “cuentos” y “lecturas”, el amor a la palabra que le acompaña en este peregrinaje laboral a lo largo de tres continentes. Aunque sólo confiese su carácter letra herido esporádicamente, es evidente que Bardamu, inspirado en la psicología de su propio autor, es un hombre cuya identidad sobrevive, como la de Simon Tanner, mediante esas dos vías: la de la fuga continua y la del arte de la escritura, última vía de redención espiritual en un mundo que consideran corrompido en alto grado. Es por ello que una oralidad de poeta desgarrado inunda la novela de Celine, como si después de tanta decadencia, la palabra del poeta, afilada con una vulgaridad inédita en la literatura hasta la fecha, sucia y precisa como el cuchillo de un carnicero, fuera el único consuelo espiritual posible. En ese desamparo, sobrevive la identidad del buscavidas Bardamu, mudando continuamente de destino y refugiándose en la expresión desgarrada y oscura de sus propios miedos:

“De tanto verte expulsado así, a la noche, has de acabar por fuerza en alguna parte, me decía yo. Era el consuelo. “Ánimo, Ferdinand – me repetía a mi mismo, para alentarme- a fuerza de verte echado a la calle en todas partes, seguro que acabarás descubriendo lo que da tanto miedo a todos, a todos esos cabrones, y que debe encontrarse al fin de la noche”²³.

La conjura de los necios (1980), de John Kennedy Toole, fue redactada a mediados de los años 60, dos décadas antes de su publicación póstuma. Ignatius J.Reilly es un ser inadaptado y anacrónico que sueña con que la forma de vida medieval, y su moral, vuelva a reinar en el mundo. Tras pasar diez años estudiando literatura medieval en la universidad de Nueva Orleans, consumiendo desvergonzadamente la pensión de viudedad de su madre, la única ambición de Ignatius es pasar el resto de su vida en su habitación, eructando pantagruélicamente y aprendiendo a tocar el laúd, exiliado del mundo y redactando su gran obra maestra, cientos de cuadernos Gran Jefe desperdigados por la habitación entre pañuelos manchados de secreciones seminales, en los que plasma su incomprendida visión del mundo. Como sugería más arriba, Ignatius realiza una inversión paródica de la vida nómada que caracteriza al buscavidas,

²² *Ibid.*, p.286.

²³ *Ibid.*, p.256.

optando por la fuga mucho menos refrescante que supone su encierro monacal y su rechazo de las ambiciones mundanas. A tal efecto, Ignatius refiere monomaniáticamente a varios personajes uno de los principales traumas formativos de su juventud, su excursión con un autobús Greyhound a una entrevista de trabajo en un pueblo de las inmediaciones, que se zanjó en el más absoluto desastre.

Desde entonces, alega dicha experiencia, en su estilo chantajista, para evitarse mayores desplazamientos y la vana persecución de una carrera. Su única actividad en el mundo exterior es la asistencia compulsiva al cinematógrafo del barrio para despreciar con insultos los engendros filmicos de su siglo, que carecen de “geometría y teología²⁴” así como de buen gusto y decencia. Por desgracia para él y los habitantes de la ciudad, su madre y él estampan su coche contra una fachada rococó de la vieja ciudad colonial, y a fin de pagar los desperfectos, Ignatius se ve obligado a ganar algún dinero. Como el mismo dice, la diosa Fortuna, contra su voluntad, lo catapulta al mundo capitalista, viéndose obligado a someterse a la nueva forma de esclavitud que para él es el trabajo. Él se resigna, comparándose a Boecio (que se resignó a su ejecución) y sale a buscarlo, no sin antes emprender la redacción de su periplo laboral en uno de sus cuadernos, que titula Diario de un chico trabajador, o adiós a la holganza. Por tanto, a su primer trabajo como profesor adjunto en la universidad (de la que fue expulsado tras atrincherarse en su despacho y arrojar los exámenes por la ventana sobre una manifestación de alumnos) suma el de oficinista en una fábrica de ropa y el de vendedor de salchichas callejero. La novela narra el desclasamiento progresivo de Ignatius, cuya personalidad, proclive al desastre, acaba generando más problemas de los que pretendía solucionar con su ingreso en el mercado laboral. Finalmente, acorralado entre una posible demanda multimillonaria de la fábrica de ropa y la decisión materna de ingresarlo en un psiquiátrico, Ignatius se fuga a Nueva York in extremis, con la ayuda de Myrna Minkoff, compañera de universidad, activista política y enloquecida alma gemela, que aparece en las últimas páginas de la novela tras haber mantenido con él una agresiva correspondencia sobre su falta de implicación social. Podemos apreciar como, después de todo, Ignatius es un nómada forzoso, incapaz de permanecer en un puesto de trabajo o en una ciudad sin que el trabajo, la justicia y el manicomio le persigan. Por desgracia, la segunda parte nómada que se insinúa en este

²⁴ Kennedy Toole, John. *La conjura de los necios*. Barcelona: Anagrama, 2006, p.15

final de novela, que nos habría deparado más aventuras del buscavidas Ignatius en la bulliciosa ciudad de Nueva York, no fue posible debido a la muerte del autor.

Ignatius cumple la triple encrucijada en que se debate la existencia del buscavidas, entre sus necesidades, un trabajo alienante y el desarrollo hipertrofiado de una identidad incapaz de plegarse a los condicionamientos de un proceso de socialización laboral. Aunque ha intentado obviar las humildes fuentes financieras que sustentan su estilo de vida, se ve obligado a reconocer, tras la cuantiosa multa que supone el accidente, la angustia derivada de tales necesidades:

“¡No hipotecarás esta casa! Toda la sensación de seguridad que he procurado crear se derrumbaría. (...) Nunca imaginé que subsitiéramos de modo tan precario. Sin embargo, es una suerte que no me lo hayas dicho nunca. Si hubiera sabido lo cerca que estábamos de la penuria total, mi sistema nervioso hubiera estallado hace ya mucho”²⁵.

Pese a ello, estas acuciantes necesidades no son motivo suficiente para “socializar” a Ignatius en ningún trabajo fijo, pues su conducta ególatra acaba desbaratando cualquier tipo de lealtad corporativa; por ejemplo, su trabajo en Levy pants, la fábrica de ropa, concluye con Ignatius organizando una manifestación de los negros que trabajan en su propia fábrica (que denomina con solemne medievalismo, Cruzada de la Dignidad mora) contra sus propios oficinistas. Tales iniciativas de solidaridad, presentes como contrapunto en la caracterización individualista del buscavidas, con más extrañas aún en un personaje tan ególatra como Ignatius. Lo cierto es que responden a un poderoso afán de exhibicionismo social, con que Ignatius pretende acallar los reproches de Myrna Minkoff, que le echa en cara haber “cerrado tu inteligencia al amor y a la sociedad” y su negativa a “comprometerse con los problemas cruciales de estos tiempos”²⁶. Así, todos los proyectos más bizarramente megalómanos de Ignatius, como la mencionada Cruzada de la dignidad mora, o su afán por liderar un ejército de pederastas para establecer la paz mundial, responden, paradójicamente, a una ostentación de solidaridad que se gana la simpatía del lector. Naturalmente, aunque Ignatius privilegie su yo por encima de todas las cosas, consagrando su megalómana psique a desarrollar proyectos que rediman al mundo de su locura (con más locura), éstos desembocan en el más absoluto fracaso. Ignatius es uno de los personajes más contradictorios del s.XX, porque se integra en una novela de estructura clásica y temas decididamente realistas, como la socialización laboral que afecta no sólo a Ignatius,

²⁵ *Ibid.*, p.59.

²⁶ *Ibid.*, p.85.

sino al resto de los personajes de la novela, pero procede de una literatura de resonancias alegóricas que parece actualizar la figura del loco-filósofo de Erasmo de Rotterdam y el gigante rabelaisiano. Cabe recordar que su autor, que sospechosamente había trabajado como profesor adjunto, en las oficinas de una fábrica de ropa y como repartidor callejero, debió sentirse igualmente inadaptado, cuando al no lograr la publicación de su novela y ver frente a sí el panorama desolador de tener que ir a trabajar, se suicidó con sólo 31 años.

Factotum (1975), de Charles Bukowski, cuenta la vida de su álgter ego Henry Chinaski en 1944, un factótum²⁷ que tras ser rechazado en el reclutamiento de la 2ªGM, pasa por toda serie de trabajos ínfimos mientras se consagra al alcoholismo y la escritura. Con sólo 23 años, Chinaski ya es un perdedor, un poeta y un borracho impenitente, que ha renunciado de manera radical a prosperar en la vida y cuya única meta es publicar sus cuentos en una editorial que rechaza sistemáticamente todos sus escritos con una cordial nota de agradecimiento. Entremezcladas con la descripción, cómica y aterradora, que hace Chinaski de sus trabajos más ingratos, conocemos el amor que vive a ratos perdidos junto a dos mujeres a las que ama, Jan y Laura, sus almas gemelas alcoholizadas, que le sirven, como la escritura y la bebida, para fugarse a un mundo donde su identidad puede reconciliarse consigo misma y la realidad se vuelve menos inhumana. La particularidad de este determinado buscavidas es que, al ser el álgter ego oficial de Bukowski, podemos verle como protagonista de cinco de sus novelas, que explican diferentes etapas de su vida, a las que me referiré puntualmente en algún momento de la tesina.²⁸

Chinaski es el buscavidas por excelencia, que abandona hasta 30 trabajos de pésima calificación social, porque sus ambiciones, como dice suave e irónicamente uno de sus compañeros de infortunio, “sufren el hándicap de la pereza”²⁹. No le parece en absoluto que los asalariados enloquecidos con los que se va encontrado sean un ejemplo a seguir, sino pobres almas a la deriva que han perdido toda integridad como seres humanos tras trabajar 19 años seguidos, por poner un ejemplo, en una línea de montaje que fabrica galletas para perros. A pesar de que contemple con desconfianza y miedo a

²⁷ Fac Totum . (Del lat. *fac*, imper. de *facēre*, hacer, y *totum*, todo). 2. m. coloq. Persona que desempeña en una casa o dependencia todos los menesteres.

²⁸ Son particularmente interesantes *Cartero*(1971) y *La senda del perdedor*(1982), muy vinculadas al mundo alienante del trabajo.

²⁹ Bukowski, Charles. *Factotum*. Barcelona: Anagrama, 2007, p.97

todos los seres humanos, Chinaski es solidario con el destino de las pobres gentes con las que comparte su aciago destino laboral, Chinaski se sabe el poeta de esa masa anónima, como cuando reconoce megalómanamente: “Yo construiría un imperio con los cuerpos fracturados y las vidas de los hombres sin esperanza, mujeres y niños...Les impulsaría a todos ellos a lo largo del camino. ¡Les enseñaría!”³⁰

A fin de mantenerse libre y gozar de esa libertad nómada que le lleva a vivir en cuatro ciudades distintas durante un año, Chinaski mantiene a raya sus necesidades, cuidándose mucho de que estas no le arrastren a un estilo de vida que le dejaría totalmente alienado. Dándole un trago a la petaca de whisky en pleno recado laboral, pregunta con impertinencia a unos negros que trabajan en una hilandería industrial de Nueva York, con los rostros pegados a sus máquinas cosedoras: “Brad, me está deprimiendo de la ostia veros trabajar a todos. ¿No os gustaría, tíos y tías, que os cantara una canción? Vuestro trabajo es realmente horrible. ¿Por qué lo hacéis?”³¹”, como si se negara a entender que la necesidad les ha empujado a ello. Pese a ello, no es una impertinencia ingenua, sino indignada contra el destino alienante del trabajo, porque Chinaski ha aprendido muy bien esta lección: “El alma de un hombre estaba radicada en su estómago. Un hombre podía escribir mucho mejor después de haberse zampado un buen solomillo de ternera y bebido medio litro de whisky de lo que jamás podría hacerlo después de haber comido una barrita de caramelo de a níquel.”³²”

Toda su precaria existencia laboral es una lucha por alimentar de la manera más frugal tales necesidades, que le dejen tiempo libre para la escritura. Con todo, Chinaski se burla del sistema de necesidades artificiales en que nos sume el afán de progresar en la vida, si eso le permite, pese a convertirse en un paria social y en un asalariado irreductible, ser con todo un poco más libre. En ese sentido, observa de un compañero de trabajo donde hace de mozo de almacén:

“En las listas de recibos nunca había el menor error, probablemente porque el tío que había en el otro extremo estaba demasiado preocupado por su trabajo como para ser descuidado. Normalmente esos tíos suelen estar en la séptima de las treinta y seis letras del coche nuevo, sus mujeres van a clase de cerámica los lunes por la noche, los intereses de la hipoteca se los están comiendo vivos y cada uno de sus cinco hijos se bebe un litro de leche diaria”³³.

³⁰ *Ibid.*, p.54.

³¹ *Ibid.*, p.121

³² *Ibid.*, p.54.

³³ *Ibid.*, p.122

Vale la pena recordar que Chinaski –por no decir Bukowski – se mantendrá fiel a ese temperamento indisciplinado y errático hasta el fin de sus días, pero pagará muy cara la factura que supone tal osadía. Ya en *Factotum*, el personaje, que sólo cuenta 23 años, se plantea muy seriamente si no valdría la pena suicidarse. Esa angustiada decisión, contemplada como solución una y otra vez, vuelve a surgir tres décadas más tarde, en una de esas noches que carga el diablo, cuando el buscavidas Chinaski, con cincuenta años recién cumplidos, decide abandonar un trabajo en el que había permanecido inusitadamente 13 años, que le brindaba seguridad material pero le estaba conduciendo inexorablemente a la demencia: “I even had the butcher knife against my throat one night in the kitchen and then I thought, easy, old boy, your Little girl may want you to take her to the zoo.”³⁴ Un par de noches después, tras una borrachera absolutamente salvaje, el buscavidas se redime de sus meditaciones suicidas con un último acto de expresión individualista que le abrirá las puertas a una nueva vida: “In the morning it was morning and I was still alive. Maybe I’ll write a novel, I thought. And then I did”³⁵.

El *Desaparecido* (1927), novela inacabada y póstuma de Franz Kafka, describe el vagabundaje laboral en el exilio de Karl Rossman, un emigrante europeo de 17 años que se ve obligado a exiliarse en Nueva York por la vergüenza de haber seducido a una sirvienta. En el barco que le conduce a Nueva York, Karl traba amistad con un fogonero que está a punto de perder su trabajo, al que apoya frente a la tripulación. En un giro inesperado, Karl conoce durante este juicio a un tío suyo adinerado, que decide tomarle bajo su protección, en lo que parece ser, a mi entender, un guiño irónico de Kafka a la novelística británica, en la que una herencia familiar redentora, o un lazo de parentesco muy oportuno, libran de modo inverosímil y folletinesco al protagonista de la más absoluta pobreza, como puede verse en el *David Copperfield* de Dickens, que según el propio Kafka, inspira esta novela. Sin embargo, su suerte no es la misma, porque su tío acaba cortando con el todo vínculo al considerarse traicionado por una excursión de Kafka a las afueras de Nueva York (que había sido consentida previamente por el tío). Tras este segundo “exilio”, Karl se ve arrojado a las manos de dos pícaros, Robinson y Delamarche, que le prometen trabajo a cambio de su ayuda, pero acaban desvalijándole de la manera más ruin. Karl acaba siendo contratado como ascensorista en un hotel, pero aunque desempeña sus labores de manera óptima, con la esperanza de ir ascendiendo poco a poco, acaba cayendo en desgracia cuando Delamarche aparece

³⁴ Bukowski, Charles. *Post Office*. London: Virgin Books, 2009, p.157

³⁵ *Ibid.*, p.160

borracho en su habitación y le cita como amigo. Expulsado pues de este trabajo, y acosado por la policía, que considera sospechosa la manera en que ha sido expulsado del mismo, Karl se ve obligado a alojarse como siervo, en un estado de secuestro y esclavitud, en el balcón del piso de Brunelda, una dama rica que ha tomado como sirvientes a Robinson y Delamarche. Tras varios intentos de fuga, y una elipsis rotunda, atribuible sólo al carácter inacabado de la novela, Karl se ve de nuevo en libertad y contempla el anuncio de una oferta de trabajo en el Gran Teatro de Oklahoma, donde “todo el mundo es bienvenido”, como lee Karl con un atisbo de esperanza, pensando que “todo lo que había hecho hasta ahora quedaría olvidado y nadie se lo reprocharía”³⁶. Karl asiste a la oferta de trabajo y se encuentra con una oficina de reclutamiento laboral llevada al paroxismo más absurdo, en el que existen cientos de casetas, a cual más especializada, para contratar a todo el mundo en función de su curriculum previo. Karl, que no tiene pasaporte ni papeles, se inscribe como “Negro” (apodo que había recibido en sus últimos empleos) e intenta pasar por ingeniero, pero acaba siendo llevado a la caseta ínfima de “ex-estudiantes europeos de instituto secundario”. Una vez allí, es contratado y poco después se pone en marcha junto al resto de los contratados hacia Oklahoma, en un tren que atraviesa montañas gigantescas y hace pensar en un destino ominoso para Karl Rossman.

Naturalmente, esta novela se ciñe en su polaridad de fuerzas desiguales al mismo conflicto que se reproduce en *El Castillo* y *El Proceso*, la pugna entre el individuo que reclama sus derechos frente a una sociedad que pretende aniquilarle y marginarle. Karl comparte muchas afinidades con los buscavidas pero no es uno de ellos, en gran medida por lo específicamente kafkiano de su caracterización, esto es, la tendencia irrenunciable de los personajes kafkianos a penetrar, mediante el escaso margen de maniobra reservado al individuo, en un sistema de leyes oscuras y herméticas que rechaza sus tentativas de justicia con un silencio autoritario. Del mismo modo que el agrimensor K no logra acceder al castillo, ni Josef K desentraña el porqué de su misterioso juicio, Karl Rossman no pierde la esperanza de prosperar en un sistema que tiene reservado a los emigrantes una suerte marginal. Por tanto, si bien su reiterativa falta de integración social comparte el hado de los buscavidas, este conflicto netamente kafkiano nos impide contarle entre sus filas. Sin embargo, por sus sujeción al imperio

³⁶ Kafka, Franz. *El desaparecido*. Barcelona: Debolsillo, 2004, p.259.

de la necesidad, su lucha por preservar su identidad, su nomadismo forzoso y su descripción despiadada de los factores más alienantes del trabajo sobre el individuo, esta novela nos servirá a un tiempo para profundizar en el sistema laboral contemporáneo, cuya descripción será abordada en el tercer capítulo, así como establecer paralelismos que ayudarán a definir la especificidad del buscavidas.

1.3. Aproximación histórica a la noción de régimen salarial

Es importante conocer el sistema laboral en que se integra – muy a su pesar - el buscavidas, para valorar la especificidad de su conflicto con la sociedad. Examinaremos esta cuestión, de manera exhaustiva, en el tercer capítulo, al ocuparnos de la descripción del régimen salarial que actúa como un principio disciplinario sobre la identidad del asalariado en el capitalismo. Sin embargo, en el ámbito de esta breve introducción, nos interesa sobre todo establecer el momento en que emerge dicho sistema, que nace en la época de Bildungsroman, a finales del s.XVIII, alcanza al buscavidas, en pleno s.XX y se extiende hasta nuestros días. Concentrarnos en ese momento nos permitirá trazar una oposición clara con el sistema en que se integra su precedente literario, el pícaro, del que ha evolucionado históricamente. Como digo, sólo así podremos describir en el segundo capítulo las semejanzas entre la figura del pícaro con la del buscavidas, interpretando en su debido contexto histórico las tensiones de estos personajes, derivadas de un sistema laboral en evolución continua, que ha condicionado de manera diversa, tanto a los individuos trabajadores en sus respectivas sociedades, como a los personajes en sus respectivas literaturas. Así pues, en las siguientes páginas, comentaremos brevemente el nacimiento del concepto moderno de “trabajo” dentro del régimen salarial capitalista, que nace con la revolución industrial, a lo largo del S.XVIII.

La idea contemporánea del trabajo no aparecería hasta el S.XVIII, con el advenimiento del capitalismo fabril. La estructura productiva del capitalismo se sustenta en una economía cuya principal propiedad radica, como dice Max Weber, en el hecho de estar racionalizada “sobre la base de un estricto cálculo contable, el ordenarse planificada y austeramente al logro del éxito económico aspirado, en oposición al estilo de vida del campesino que vive al día y a la privilegiada rutina del viejo artesano gremial”³⁷. Weber sitúa ese momento de transición, entre el capitalismo industrial y los modos de producción más tradicionales, como un momento clave a la hora de entender las modificaciones que ha sufrido el moderno concepto de “trabajo”. Conviene subrayar que la transición entre estos dos sistemas de producción, y los respectivos

³⁷ Weber, Max. *La ética protestante y el espíritu capitalista*. Madrid: Alianza, 2009, p.83

modos de vida a que están vinculados, no se produjo de la noche a la mañana, sino en el curso de un largo desarrollo de la economía dineraria que acompañará el nacimiento de un nuevo concepto de “trabajo” desde el SXV hasta nuestros días. Abordaremos en profundidad esa etapa histórica previa al capitalismo en el segundo capítulo, al ocuparnos de las afinidades del buscavidas con el pícaro.

Antes que nada, conviene formular el conflicto esencial del buscavidas, en tanto trabajador plenamente sometido a este proceso de racionalización económica que distingue al capitalismo, mediante una ecuación sencilla pero determinante, que podemos plantear en términos marxistas: el buscavidas sufre unas necesidades que intenta cubrir mediante un salario, un salario que a su vez traduce la cuantificación de su valor económico como fuerza de trabajo. Las convenciones legales que sirven para determinar la cuantía y la importancia del “salario” dentro del régimen de producción capitalista, así como el poder adquisitivo y su relación de dependencia con las necesidades de los consumidores y la productividad general de una sociedad, constituyen una piedra de toque trascendental a la hora de reflexionar en la evolución del capitalismo, tanto si pensamos en el salario paupérrimo mediante el cual se explotaba al miserable obrero del s.XIX, como si reflexionamos acerca del salario y el sistema de compensaciones sociales que concede nuestro moderno estado de bienestar. Ambas etapas, a pesar de sus diferencias antagónicas, forman parte de un mismo proceso histórico, que condujo a la progresiva implantación de un “régimen salarial” enteramente nuevo, inherente al capitalismo y condicionado por una mayor competitividad entre las empresas, que exigían, no ya una fidelidad del empleado a su patrón, sino la continuidad, calculabilidad y constancia de una fuerza de trabajo ininterrumpida.

Evidentemente, hasta la total implantación de este régimen salarial, tuvieron que erosionarse hasta su desaparición los modos tradicionales de producción que refiere Weber, incompatibles por definición con algunos de sus principales rasgos. Para que nos hagamos una idea de dicha incompatibilidad, arraigada en una menor competitividad de los mercados tradicionales, sobre los artesanos, por ejemplo, dice André Gorz: “Únicamente los jornaleros y los peones eran pagados por su trabajo; los artesanos se hacían pagar su “obra” según un baremo fijado por esos sindicatos profesionales que eran las corporaciones y las guildas. Estos proscibían severamente

toda innovación y toda forma de competencia”³⁸. Asimismo, Barry Jones propone esta ilustrativa descripción del campesinado en las economías no competitivas previas a la revolución industrial:

“en las economías de subsistencia, los campesinos no consideran la agricultura como una “industria”, es su modo de vida. Producen principalmente para cubrir sus propias necesidades, ahorrando un pequeño excedente para precaverse de los imprevistos y no para ser vendido. No se preocupan del rendimiento económico, ni de la tasa de beneficio, ni de la exportación, no cuentan su tiempo ni compiten con sus vecinos(...)Las nociones de salario, de duración de trabajo o de vacaciones no cuentan para nada”³⁹.

Por tanto, los trabajadores que cita Weber, el “campesino que vive al día” y el “viejo artesano gremial”, mantenían una relación económica con su empresa sustancialmente distinta a las que mantiene la moderna empresa capitalista con el moderno trabajador asalariado. Esos modos de producción no estaban dominados por la racionalización económica exhaustiva que distingue a los modos de producción capitalistas. El patrón tradicional no planificaba su productividad “al logro de un éxito económico esperado”, no cuantificaba los tiempos de producción en un sistema de equivalencias salariales tan estrictamente contabilizado como el que desarrollará el capitalismo industrial, a fin de mantenerse en un estado de perpetuo ascenso económico, que le permita mantener un proyecto competitivo en un sistema de libre competencia entre empresas. Entre otros factores, esa menor racionalidad económica de la sociedad tradicional se debe a que los ciclos naturales, en el caso del campesino, y las convenciones gremiales, en el caso del artesano, determinaban una pauta de productividad consensuada socialmente, que hacía concurrir a intereses económicos enfrentados con una relativa estabilidad de los mercados. Pero con el advenimiento de la revolución industrial, la productividad crece de una manera inédita en la historia, así como la masa demográfica que puede consumir los excedentes de dicha productividad, de manera que la relativa estabilidad de los mercados que había distinguido a la primera modernidad quedó profundamente alterada.

A partir de entonces, para mantenerse competitivamente en el mercado, la empresa capitalista habría de regular toda su actividad en términos matemáticos. Max Weber hace una interesante descripción de este nuevo “espíritu del capitalismo” a través de un

³⁸ Gorz, André. *La Metamorfosis del trabajo: búsqueda del sentido: crítica de la razón económica*. Madrid: Sistema, DL 1995, p.29.

³⁹ Jones, Barry. *Sleepers awake. Technology and the future of work*, Oxford, Oxford University Press, 1983, p.83. Citado en: Gorz, *ob.cit.*, p.147

hipotético primer patrón capitalista, que inspirado en estos principios en la competitividad, contribuye a desarrollar el moderno sistema industrial y su calculada reinversión de las ganancias: “iría un buen día al campo, y seleccionaría allí cuidadosamente los tejedores que le hacían falta y los sometería progresivamente a su dependencia y control, los educaría, en una palabra, de campesinos a obreros”⁴⁰. Tras aplicar una serie de iniciativas que romperían con las pautas de productividad tradicional, como la relación directa con sus abastecedores al por mayor, la búsqueda de nuevos clientes y la “adaptación” del producto a sus necesidades, este hipotético empresario:

“comenzaría a poner en práctica el principio: ‘precio barato, gran producción’. Y entonces se repetiría una vez más el resultado fatal de todo proceso de racionalización: quien no asciende, desciende. Desapareció así el idilio, al que sustituyó la áspera lucha entre los concurrentes; se constituyeron patrimonios considerables que no se convirtieron en plácida fuente de renta, sino que fueron de nuevo invertidos en el negocio”⁴¹.

Es en esta nueva dinámica de racionalización económica exhaustiva donde se haría crucial la cuantificación de la fuerza de trabajo en un salario, posiblemente la tarea más difícil que el capitalismo industrial ha tenido que llevar a cabo. André Gorz recuerda que en el libro I de *El capital*, Marx se refiere con profusión a:

“una vasta literatura que describe las resistencias, largo tiempo insalvables, con las que se tropezaron los primeros capitalistas industriales. Para su empresa era indispensable que el coste de trabajo llegara a ser calculable y previsible con precisión, porque solamente con esta condición podían ser calculados el volumen y los precios de las mercancías producidas y el beneficio previsible”⁴².

Es evidente que sin esa contabilidad previsor, sin ese proceso de racionalización económica, la inversión seguía siendo demasiado aleatoria para que los empresarios se aventuraran en ella. Precisamente por ello, ese delicado equilibrio entre beneficios y reinversiones exigía calcular, entre otros factores, la relación entre el rendimiento laboral y su valor económico. Era necesario, por utilizar las palabras de Gorz, “poder medir el trabajo en si mismo, como una cosa independiente, separada de la individualidad, las necesidades y las motivaciones del trabajador”⁴³.

⁴⁰ Weber, Max. *La ética protestante y el espíritu capitalista*. Madrid: Alianza, 2009.p.76.

⁴¹ *Ibid.*, p.76

⁴² Gorz, André. *La Metamorfosis del trabajo: búsqueda del sentido: crítica de la razón económica*. Madrid: Sistema, DL 1995, p.35.

⁴³ *Ibid.*, p.35

Esta división entre trabajo y trabajador es clave a la hora de entender el cambio operado en la noción de trabajo, ya que la actividad productiva, en efecto, fue separada progresivamente de su sentido, de sus motivaciones y de su objeto para convertirse en el simple medio para ganarse un salario. Para ello, no sólo se hicieron más metódicas, menos artesanales y mejor adaptadas a sus fines de máxima productividad, unas actividades productivas preexistentes, sino que, como venimos diciendo, tuvieron que separarse esta noción de “trabajo” de las necesidades tradicionales de los trabajadores. Es sintomático de las dificultades que debió implicar dicho proceso el énfasis que pone Weber en la “educación” del campesino al obrero . Esta “educación”, como diría Weber, no fue una tarea tan obvia como puede parecernos hoy en día, y de hecho, la reticencia de los obreros a cubrir día tras días una jornada de trabajo entera, estableciendo así un continuum de fuerza de trabajo regular, previsible y calculable, fue la causa principal de la quiebra de las primeras fábricas. Como dice Gorz:

“Para los obreros de finales del s.XVIII, el trabajo era una habilidad intuitiva, integrada en un ritmo de vida ancestral y nadie habría tenido la idea de intensificar y prolongar su esfuerzo con el fin de ganar más. El obrero no se preguntó cuanto podría ganar al día rindiendo el máximo posible de su trabajo sino cuanto tendría que trabajar para seguir ganando los dos marcos y medio que ha venido ganando hasta ahora y que le bastan para cubrir sus necesidades tradicionales”⁴⁴.

La preocupación del empresariado por “educar” a las nuevas masas de trabajadores industriales sustenta la evolución del régimen salarial, desde el primer capitalismo hasta nuestra moderna sociedad de consumidores en la era del bienestar. Los principios disciplinarios de dicho régimen, que desglosaremos y analizaremos en el tercer capítulo de esta investigación, en su relación conflictiva con la figura del buscavidas, que también documentaremos profusamente, se fueron sofisticando históricamente, desde los principios utilitaristas que recomendaba Jeremy Bentham para el buen funcionamiento de las casas de trabajo, pasando los elevados salarios de cinco dólares en las fábricas de Ford, hasta el sistema de compensaciones sociales que garantiza al asalariado el keynesianismo.

Aquí nos interesa sólo mostrar que el principal obstáculo al que se enfrentó el desarrollo del llamado régimen salarial en sus orígenes fueron las necesidades relativamente limitadas del trabajador preindustrial. La manipulación y subversión de dichas necesidades, hasta el punto de que el obrero las viera indisolublemente ligadas a su salario fue un proceso gradual y difícil. Podemos apreciar la trascendencia de este proceso al examinar la figura del buscavidas, que presenta ese mismo escollo al sistema

⁴⁴ *Ibid.*, p.36

capitalista: su capacidad para vivir por debajo de las necesidades consensuadas como básicas por la sociedad, de desterrar dichas necesidades hasta un umbral ínfimo que bordea la pobreza, convierte al buscavidas en un asalariado inasible, pues privilegia el libre desarrollo de su identidad y se niega a ser “educado” en los principios del régimen salarial. En los orígenes del sistema laboral capitalista, este fracaso intermitente del régimen salarial, con todo, no se debía a los casos aislados y anárquicos que encarna en el s.XX el buscavidas, sino a un desfase cultural de largo alcance entre los mercados vinculados al estilo de vida de los trabajadores tradicionales y el moderno sistema de fábricas. Para que el capitalismo fabril prosperase, la producción debía estar regida por cierta “impersonalidad” de las relaciones comerciales, destinada al intercambio en un mercado libre en el que los productores sin ningún vínculo entre ellos se encontrasen frente a compradores con los que tampoco tienen ningún vínculo. Como dice André Gorz, esa condición no se cumplía en los mercados antiguos cuando:

“las corporaciones, las guildas, y los sindicatos de productores, podían entenderse sobre el precio de cada tipo de producto, y especialmente, sobre los procedimientos y las técnicas de producción que, como se sabe, estuvieron minuciosamente reglamentados hasta el s.XVIII. El acuerdo sobre los precios y las técnicas no constituye solamente una autolimitación contractual de la competencia, implica también una autolimitación de las posibilidades de ganancia, y por ello, una autolimitación de las necesidades. La racionalidad económica se ve así obstaculizada de raíz por la naturaleza limitada de las necesidades y sobre sus límites”⁴⁵.

Así pues, la misma naturaleza del mercado tradicional hacía que fuese muy difícil “educar” al asalariado en las duras exigencias del sistema de fábrica; no se podía apelar a su sentido del lucro, no podía buscarse su rendimiento máximo por un sistema de destajo⁴⁶, cuando a éste le era posible cubrir sus necesidades trabajando con arreglo a un ritmo natural. De ahí la extrema dificultad que experimentaron los primeros industriales para obtener un trabajo continuo y a pleno tiempo. Esta “impersonalidad”

⁴⁵ *Ibid.*, p.147

⁴⁶ Para apreciar las dificultades de esta educación en el sistema de destajo, valga este interesante pasaje de Max Weber en *La ética protestante*: “Un obrero, por ejemplo, gana un marco diario por cada faena segada, y para ganar al día dos marcos y medio ha de segar dos fanegas y media; si el precio del destajo se aumenta en veinticinco céntimos diarios, el mismo hombre no tratará de segar, como podía esperarse, tres fanegas, por ejemplo, para ganar al día tres marcos con setenta y cinco céntimos, sino que sólo seguirá segando las mismas fanegas que antes, para seguir ganando los dos marcos y medio con los que, según la frase bíblica, “tiene bastante”. Prefirió trabajar menos a cambio de ganar menos también; no se preguntó cuanto podría ganar al día rindiendo el máximo posible de trabajo, sino cuanto tendría que trabajar para seguir ganando los dos marcos y medio que ha venido ganando hasta ahora y que le bastan para cubrir sus necesidades tradicionales. “Weber, Max. *ob.cit.*, p.69

es rastreable también en esta interesante reflexión de W.A. Lewis sobre los problemas con que se ha de enfrentar una sociedad que empieza a desarrollar su economía monetaria y las dificultades que entraña “educar” a las masas de trabajadores en esa nueva cultura laboral:

“A las personas les lleva mucho tiempo ajustarse a la economía monetaria. (...)Necesitan nuevas pautas morales, cuya creación puede tomar mucho tiempo; porque han dejado de vivir en una comunidad en la que las obligaciones están basadas en el trueque y se han trasladado a otra en la que las obligaciones se fundan en el contrato, y generalmente, en relaciones mercantiles con personas con las que no están vinculadas por lazos de parentesco.”⁴⁷

Habría de desarrollarse progresivamente el sistema salarial, como veremos en el tercer capítulo de esta investigación, para que las necesidades tradicionales permitieran que el capitalismo dispusiera de un flujo constante, calculable, ininterrumpido de fuerza de trabajo bien “educada”. Muy resumidamente, podemos indicar que la sociedad tuvo que transformar radicalmente sus estructuras mercantiles previas, para que el antiguo trabajador que podía cubrir sus necesidades, siquiera mínimamente, dentro de un sistema más ligado a los ciclos naturales y las convenciones gremiales, se viera progresivamente falto de intermediarios e interlocutores en ese antiguo sistema, viéndose obligado a emigrar a las ciudades industriales. A partir de ahí, el régimen salarial evolucionó en varios aspectos. Desde el punto de vista tecnológico, la organización científica del trabajo industrial se distinguió por el esfuerzo constante por separar el trabajo de la persona del trabajador. Ese esfuerzo tomó primero la forma de una mecanización no del trabajo, sino del propio trabajador: es decir, la forma de presión para el ritmo o las cadencias impuestas, que llegaría a su expresión más absoluta con la imposición de la cadena de montaje fordista a comienzos del s.XX. Por otra parte, desde el punto de vista contractual, se pusieron en juego varias medidas que garantizaran una fuerza de trabajo ininterrumpida, vinculando cada vez más estrechamente la cuantía del salario con la duración de la jornada laboral, fijada innegociablemente por la empresa, que constituye la esencia del nuevo régimen salarial. En última instancia, el sistema capitalista, ya en nuestro opulento estado del bienestar, subvertirá completamente el orden de las necesidades tradicionales; la incesante generación de necesidades artificiales harán del mismo trabajador de clase media un consumidor que mantenga el mercado en movimiento, aún a costa de estar triplemente alienado, ya no sólo en su trabajo, sino también en sus consumos y en sus

⁴⁷ Lewis, Arthur. *Teoría del desarrollo económico*. Mexico D.F.: Fondo de cultura económica, 1964. p.157. Citado en: Maravall, *ob.cit.*, p.114

necesidades. Como veremos, el buscavidas se opone a estos tres principios, tecnológico, contractual y consumista, porque no está dispuesto a soportar la alienación física que conlleva el primero, la amputación a su tiempo de vida que implica el segundo y el fervor consumista del tercero.

Capítulo II Originalidad del buscavidas en el marco de la picaresca y la Bildungsroman

II.1. El buscavidas y las literaturas del 'yo'

En el presente capítulo, conviene examinar aquellas tradiciones literarias en las que el buscavidas se cimienta para elaborar su propio discurso. Es evidente que las novelas con buscavidas, las novelas picarescas y las novelas de formación comparten un mismo sustrato fenomenológico: el interés por el yo como objeto de exploración literaria. Las tres tipologías son novelas construidas en torno al problema de la identidad individual en una comunidad, en las que el héroe novelesco, como diría Lukács de la novela en general, se caracteriza por el “extrañamiento del mundo”⁴⁸. A partir de los s.XVI y XVII, en un proceso que se manifestará francamente en los siglos XVIII y XIX, se empiezan a dar los primeros pasos hacia la experiencia “moderna” del “yo”, que se desarrolla en muy diversas esferas, hasta dar lugar a una modalidad literaria nueva, la del relato en primera persona. Como ejemplifica José Antonio Maravall, en todas las áreas del conocimiento, “náutica, cosmografía, medicina, metalurgia, etc.”, el testimonio del yo se convierte en la más fidedigna instancia del saber:

“unos dicen que es habitable la zona tórrida, porque ellos la han cruzado varias veces; otros sostienen las virtudes medicinales que ellos, subiendo o bajando barrancos, han descubierto. (...) El testimonio de esa propia experiencia prima sobre cualquier otro. Y si lo que interesa es conocer, para entretenimiento o reflexión, conductas que son espejos de individuos, nada mejor que atender a lo que un individuo cuenta de sí mismo, esto es, a la autobiografía. Fragmentos de tono autobiográfico se podrán hallar, los había habido desde los altos siglos medievales, cuando daba la coincidencia de que se narraba una referencia vivida. Pero en la novela picaresca no bastaba con esto: en ella se responde a la ostentación del yo, porque el yo es el nivel máximo de la experiencia en cuya seguridad se puede confiar”⁴⁹.

El estudio de Francisco Rico, *La novela picaresca y el punto de vista*, pone de relieve la importancia de este género como primer acercamiento a una narración selectiva del yo, un yo tan insignificante socialmente como el Lazarillo o el Guzmán, que no duda en ordenar los hechos objetivos de la historia en la perspectiva de su propia memoria

⁴⁸ Lukács, Georg. *El alma y las formas*. Barcelona: Grijalbo, 1970 p.234

⁴⁹ Maravall, José Antonio. *La literatura picaresca desde la historia social*. Madrid: Taurus Ediciones, 1986. p.297-298

individual: “El recurso a la primera persona narrativa y la presentación de toda la realidad en función de un punto de vista le hicieron posible consumir una extraordinaria hazaña...: pensar desde dentro”⁵⁰. Así, Lázaro nos contará su historia “para que se tenga entera noticia de mi persona”⁵¹ y es frecuente encontrar en la novela picaresca auténticas odas laudatorias a este descubrimiento literario, “el ídolo, el emperador y el monarca de todos los ídolos, el yo”⁵², como dice Juan Martí en la 2ª parte apócrifa del Guzmán.

Sería imposible entender de este profundo desarrollo fenomenológico que en el s.XX se atribuyó a la primacía del yo como plataforma de exploración literaria, con obras como las de Joyce y Proust, sin este primer logro de la modernidad que consistió en el manejo de la primera persona popularizado por la ficción picaresca. Me gustaría añadir, aunque Ignatius exprese con cómica rotundidad que “mi yo carece de elementos proustianos”⁵³, que el “yo” del buscavidas representa un caso relevante de esa narración del “yo” que cobra máximo auge en la literatura del s.XX; un yo que multiplica de manera exponencial sus mecanismos de expresión y defensa al rebelarse contra las directrices del sistema laboral capitalista.

Ya en el s.XVIII y XIX, la noción de individuo está plenamente asentada como centro de experiencias en que pueden cristalizar, a modo de experimentación literaria, las inquietudes de toda una comunidad, que se traducen en la elevación del “yo” a objeto de exploración literaria por excelencia. Así pues, el tema de la novela del s.XIX se podría definir como la “conciliación de la problemática vivencial del individuo con la realidad social concreta”⁵⁴, como diría Lukács de Wilhem Meister, la Bildungsroman por excelencia, género en que esta polarización entre el yo y la comunidad se ve dramáticamente subrayada. Como dice Miguel Salmerón respecto a este conflicto esencial del género, la Bildungsroman abre para el yo “un lugar para la realización del individuo y la búsqueda, ya sea en el amor o en el arte, de un ámbito para configurar la

⁵⁰ Rico, Francisco. *La novela picaresca y el punto de vista*. Barcelona: Seix Barral, 1970. p.139

⁵¹ Blecua, Alberto. *La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades*. Madrid: Castalia, 1972.p.89

⁵² Edición de Ángel Valbuena, p.654, en *La novela picaresca española*, Barcelona, 1967. Citado en: Maravall, *ob.cit*, p.319

⁵³ Kennedy Toole, John. *La conjura de los necios*. Barcelona: Anagrama, 2006, p.56

⁵⁴ Lukács, Georg., *ob.cit*, p.135.

totalidad de la que se le ha privado al hombre.”⁵⁵ Además, la Bildungsroman, respecto a la picaresca, representa un paso adelante en el protagonismo del yo como máxima instancia narrativa de la modernidad, porque es un género “veladamente autobiográfico”⁵⁶, en que el autor aprovecha el molde formativo de un individuo concreto para proyectar su propio proceso de maduración en el mundo. En ese sentido, las novelas con buscavidas participan ya plenamente, con total indiscreción, de esta premisa tácita en la Bildungsroman, ya que al menos tres de los “buscavidas” estudiados en este trabajo, Bardamu, Simon y Chinaski, representan ya no sólo un álter ego, sino una explícita puesta en escena literaria del estilo vagabundo y anárquico que marcó la vida de sus autores.

Una vez resaltado ese mismo interés por el yo, cabe resaltar las afinidades más profundas del buscavidas con la picaresca y la Bildungsroman, respecto a otros géneros que también evidencian un mismo interés por el yo; como la novela sentimental o la novela epistolar (*Pamela o la virtud recompensada*, por citar un ejemplo que conjuga ambas tradiciones en un mismo relato en primera persona); o la novela de instrucción o Tendenzroman (como el *Emilio* de Rousseau). En mi opinión, la especificidad del enfoque que preside las novelas de formación y las novelas picarescas frente a éstas, estriba sobretodo en la disidencia individualista de sus protagonistas, que crea un espacio de libertad y subversión dentro del seno de la comunidad para aspirar a sus propias metas formativas (Bildungsroman) o arribistas-ilícitas (picaresca). Es decir, no se proponen como manuales de conducta que podría seguir toda una comunidad: cabe recordar que el Emilio sirvió de inspiración al nuevo modelo educativo nacional tras la Revolución francesa, mientras que Samuel Richardson empezó la escritura de Pamela, concibiéndolo como un libro de conducta y etiqueta, que sólo en segunda instancia se fue dramatizando en forma de una correspondencia novelada. En mi opinión, pues, la especificidad de la picaresca y la novela de formación consiste en que se leen como modelos de libertad que incitan al individuo coaccionado por las leyes sociales a resguardar para sí, en su propio interés particular, formativo o social, un espacio de independencia donde sus metas devengan realizables. Esta moral egocéntrica, este paréntesis de libertad pensado estratégicamente para que el “yo” pueda deliberar sobre su propio posicionamiento en

⁵⁵ Salmerón, Miguel. *La novela de formación y peripecia*. Madrid: Literatura y debate crítico, 2002.p.103

⁵⁶ *Ibid.*,p.9

una comunidad en la que está intentado coagular como individuo, al margen de los roles preasignados que la sociedad les tuviese reservados, me parece lo realmente específico en el tratamiento del “yo” que preside este tipo de novelas, y la enlaza asimismo con la libertad individualista del buscavidas. Ninguno de los tres se atiene a las conveniencias sociales del “integrado”, aunque en el caso de la Bildungsroman y la picaresca sí se acaba firmando una suerte de pacto de madurez con el mundo, tras su etapa de formación más o menos disidente, como veremos más adelante.

En el caso de la picaresca, habría que buscar esta disidencia en la coyuntura social de los s.XVI y XVII, que tenía preasignado, tanto para el pobre como para el rico, un papel muy marcado por las barreras de la sociedad estamental. Sin embargo, ya en aquella sociedad se producían fenómenos inéditos en la edad media de movilidad social, debido a cambios profundos en la estructura económica de la sociedad. La interpretación del historiador de la pobreza Bronislaw Geremek, respecto a la manera en que estos fenómenos podían darse, ya no sólo en la figura del comerciante enriquecido que disputaba a la nobleza su posición de preeminencia social, sino también en las clases inferiores, es bastante ilustrativa:

“la ruptura del equilibrio entre la oferta y la demanda de mano de obra, a favor de ésta última, la facilidad de empleos en lugares diferentes, la posibilidad ilimitada de buscar mejores condiciones de trabajo y de vida, todo ello atenta contra la base de la sociedad feudal. Pero la relajación social, la libertad de desplazamiento, la posibilidad de un lucro fácil, llevaban consigo un proceso de corrupción y trastornaban la seguridad colectiva.⁵⁷”

Según la tesis de Antonio Maravall, que comparto en ese trabajo, el pícaro nace de esa transición del siervo “estático” de la edad media al asalariado más “dinámico” del renacimiento. La inseguridad histórica que refiere Geremek es la que nutre la figura del pícaro, un personaje de baja extracción social que estaba destinado a ser, en el mejor de los casos, criado o jornalero, pero que debido a esa potencial movilidad social, no puede ver en ese destino más que una frustración de sus ambiciones, que intentará materializar por vías ilícitas, o directamente criminales, pero infinitamente más seductoras que las que pudiera brindarle el trabajo manual de los meros ganapanes, despreciado ostentadamente por las clases acomodadas de su época. Seremos más exhaustivos a la hora de describir esta “ambición” del pícaro en el siguiente capítulo,

⁵⁷ Geremek, Bronislaw. *Les marginaux parisiens au XIV et XV siècles*, p.32. Citado en: Maravall, *ob.cit* p.302.

pero aquí nos interesa simplemente apuntar la disidencia distintiva del pícaro, ya que, en palabras de Maravall. “estos fenómenos de desequilibrio y de inseguridad en los niveles de status son condiciones previas a la picaresca”⁵⁸, en los que se retrata la trayectoria vital de un yo que quiere ganar un espacio de autonomía social, aunque para ello tenga que vulnerar y sortear sus leyes. A.A. Parker formula la disidencia específica del pícaro de manera magistral en su tesis sobre *El Buscón*, resumiendo la esencia del género como:

“un análisis de las relaciones entre personalidad y ambiente que, a través de la presión ejercida por las circunstancias externas, llega hasta el corazón mismo del conflicto entre individuo y sociedad y aerea los motivos más profundamente arraigados que hacen al delincuente elegir su estilo de vida con preferencia a otro cualquiera”⁵⁹.

En ese sentido, el buscavidas comparte con el pícaro su condición de marginado, sin que ésta le lleve sin embargo a la ambición de una vida mejor, y por tanto, a través de vías ilícitas, a la delincuencia. Al contrario, el buscavidas se conformará con su condición de asalariado de ínfimo rango porque su rechazo al sistema consiste, no tanto en vivir a salto de mata por obra de su ingenio, dañando al prójimo en su propia conveniencia, como sucede en el caso del pícaro, como por una suerte de renuncia temperamental e ideológica a progresar socialmente, ya que no le importa, como confiesa Simon Tanner, “echar decorosamente la vida por la borda”⁶⁰. Analizaremos estas “ambiciones” distintas en el siguiente capítulo.

Respecto a la Bildungsroman, Gustavo Salmerón señala este mismo proceso de disidencia al indicar que “el protagonista de estas novelas se siente ajeno a los ritos externos y a la superstición del vulgo y deplora la teología natural de los burócratas que intentan domesticar el pensamiento a los intereses dominantes y doblegan al disidente”

⁶¹. Hegel, que no utiliza el término de Bildungsroman, pero tiene en mente en todo momento el *Wilhelm Meister* de Goethe, otorga al género la condición de un instrumento de socialización, para lo cual, precisamente, esta disidencia, esta lucha yo-

⁵⁸ Maravall, *ob.cit.*, p.302

⁵⁹ Parker, A.A. *Los pícaros en la literatura. La novela picaresca en España y Europa, 1599-1753*. Madrid: Gredos, 1971. p.110

⁶⁰ Walser, *ob.cit.*, p.72.

⁶¹ Salmerón, *ob.cit.*, p.10

mundo, constituye parte del proceso emancipatorio del protagonista, una suerte de necesaria adolescencia sin la que no podría darse un desarrollo íntegro de su personalidad⁶². En este caso, la diferencia fundamental de la Bildungsroman con el buscavidas estriba, como veremos en las páginas siguientes, en que la disidencia del primero responde a un proceso de maduración, que acaba zanjándose con un pacto más o menos frustrante con el mundo, mientras que la del segundo es una disidencia irrevocable y crónica. En el capítulo sobre las relaciones entre el buscavidas y la Bildungsroman, retomaré esta disidencia libertaria que me parece clave en la caracterización del buscavidas, y que podemos comprender mejor si la situamos en la perspectiva de las tradiciones literarias que han explorado este mismo conflicto, ofreciendo al mismo soluciones distintas.

⁶² Hegel, Georg Wilhen Friedrich. *Ästhetik*(1842). Francfort: Europäische Verlagsantalt, 1965. p.498. Citado en: Salmerón, *ob.cit.*, p.46

II.2 Elementos picarescos en la figura del buscavidas

En las siguientes páginas, me propongo exponer las principales semejanzas y desemejanzas que el buscavidas guarda con la literatura picaresca. Para ello, como he expuesto en la introducción a la noción del régimen salarial, me parece imprescindible tener en cuenta las diferentes coyunturas históricas en que emergen este tipo de personajes, pues de lo contrario podríamos caer en comparaciones insustanciales. A tal fin, el hilo conductor de esta doble semblanza del buscavidas y el pícaro será la descripción de ciertos factores históricos de la primera modernidad, entre el S.XV y el S.XVIII, que precedieron y en cierto modo acondicionaron la aparición del moderno régimen salarial.

La aparición del régimen salarial capitalista contó con dos factores determinantes: en primer lugar, desde el S.XV, Europa experimenta un gran desarrollo de la economía dineraria, que genera a su vez una serie de cambios culturales en torno a los conceptos de riqueza y pobreza; en segundo lugar, la ingente masa demográfica que vivía en la pobreza hasta la revolución industrial contribuyó a alimentar el volumen de materia prima de mano de obra no cualificada, con que se forjaría el “ejército industrial de reserva”⁶³, tal como lo define Marx, que abastecería de trabajadores mecanizados al moderno sistema de fábricas. Para valorar la trascendencia que tendría el desarrollo de la economía dineraria en el capitalismo, vale la pena recordar estas palabras de Marx sobre la abstracción del poder social que sobreviene en la historia económica con el dinero, y que enlazan con la “impersonalidad” de la nueva cultura monetaria que hemos descrito en la introducción al régimen salarial:

“El dinero es propiedad impersonal. Con él llevo conmigo, en el bolsillo, el poder social universal y el vínculo social universal. El dinero pone el poder social, en cuanto cosa, en las manos de una persona privada, que en cuanto tal ejerce ese poder. El vínculo social, el proceso mismo del metabolismo, se presenta en él como algo totalmente externo, carente de toda relación individual con su poseedor, y en consecuencia hace que el poder que ejerce esa persona aparezca como algo enteramente fortuito, exterior a ella”⁶⁴.

⁶³ Marx, Karl. *El capital: Libro primero. El proceso de producción del capital, Volumen 3 [en línea]*. México DF: s.XXI, 2005. Recuperado el 3 de marzo de 2010, de <http://books.google.es/books?id=-n7J6cp_M AAC&q>

⁶⁴ Marx, Karl. *Elementos fundamentales para la crítica de la ECONOMIA política 3 [en línea]*. México DF: s.XXI, 2001. Recuperado el 3 de marzo de 2010, de <<http://books.google.es/books?id=ZxH3hpxfoNkC&dq>>

Durante el renacimiento, con el desarrollo de la economía dineraria, el afán de lucro, este afán del individuo por ganar cada vez más dinero, y a su vez, alcanzar mayor importancia social y económica, se desplegará en muchas esferas. Como sostiene el sociólogo G.E.Lenski, respecto a esta novedad fundamental, “en las sociedades premercantiles la riqueza tiende a seguir al poder: hasta la sociedad del mercado, el poder no había tendido a seguir a la riqueza”⁶⁵. Es innegable que la importancia del dinero fue ganando peso en la Edad Media, pero durante el renacimiento, con el crecimiento de población de las ciudades, con el incremento de las relaciones comerciales y la proliferación de viajes de mercaderes y compradores de un lugar a otro, el dinero empezó a hacerse insustituible para usos cotidianos o por lo menos normales, en compra o venta de géneros que no podían pagarse en especie. Asimismo, como señala Karl Marx⁶⁶, existe una conexión creciente entre dinero y monarquía absoluta, sistema político imperante en la época, en lo que respecta a la gestión de la burocracia, los ejércitos, la guerra, los erarios, la diplomacia y otros múltiples elementos de su funcionamiento institucional. Desde el punto de vista de los tratados, Maravall sostiene que en cierta manera, todo lo relacionado con el dinero, paso gradualmente a ser noticia en la literatura sobre materias económicas del s.XVI y XVII, en la que se prestará “una atención cada vez más pormenorizada al tema del dinero, de los cambios, de los prestamos, del interés, tal como se ve en Cristóbal de Villalón, Saravia de la Calle, Luis de Alcalá, Bartolomé de Solorzano”⁶⁷. Pero quizá no hay testimonio más ilustrativo de esta creciente cultura dineraria que la definición que Covarrubias da de “rico” en el Tesoro de la lengua española o castellana. En ella, podemos advertir una analogía rotunda, teñida de cierto cinismo religioso, sobre como el dinero se había convertido en la principal fuente de poder social, en oposición al poder que se derivaba del antiguo sistema de rangos nobiliarios: “así como decimos que Dios es todas las cosas, así el dinero presume ser todas las cosas y dar a los hombres dignidades, honras, comidas, mercedes y señorías, con todo el resto que con el dinero se adquiere” para terminar con un aforismo común en la literatura de la época “pecunia obediunt omnia”⁶⁸.

⁶⁵ Lenski, G. *Power and privilege*. New York : McGraw-Hill, 1966. Citado en: Maravall, *ob.cit*, p.97.

⁶⁶ Maravall, *ob.cit*, p.110

⁶⁷ Maravall, *ob.cit*, p.113

Al mismo tiempo, esta mayor circulación monetaria abriría una etapa económica nueva en las relaciones entre pobres y ricos, porque como dice Maravall: “entre amos y criados, entre dueños de taller o de tierras y trabajadores u oficiales, el pago en dinero ‘despersonaliza’, reduce la asfixiante dependencia cuasifamiliar del subordinado y delimita las prestaciones a las que, en su caso, viene obligado”⁶⁹. Este fenómeno, como veremos, era un estímulo para la proliferación de pícaros reales y para la extensión de la literatura picaresca, hasta el punto de que Maravall argumenta que “sin la generalizada introducción del dinero no hubiera habido picaresca”⁷⁰. Por una parte, “el uso del dinero aviva la listeza de la que necesita el pícaro pobre y su capacidad manipuladora”⁷¹, pero sobretodo, esta conexión es trascendente a la hora de entender que la cultura dineraria afectaba a todas las relaciones sociales, es decir, no sólo al “rico” de Covarrubias, sino también al “pobre” del renacimiento, dotado de una mayor movilidad que el “pobre” de la edad media: “al recibir su paga en dinero el pobre-trabajador adquiere un margen mucho mayor de libertad de movimiento”⁷², lo cual hará posible contar con el aspecto viajero y nómada de su biografía, “imprescindible para la elaboración de la figura del pícaro, de la cual carece el pobre medieval”⁷³. Ésta biografía nómada es, a mi parecer, por encima de las diferentes coyunturas históricas que las motivaron, un punto de contacto que une al pícaro y al buscavidas en una misma familia de disidencia y vagabundaje, y que fue posible, parcialmente, gracias a este desarrollo de la economía dineraria. Así, el salario del buscavidas, aunque se presente, teñida por una sociedad de visión influida por el marxismo, como fuente de alienación individual, será también fuente de una cierta liberación, ya que le permitirá alternar trabajos en un vagabundaje que en las antiguas relaciones de dependencia laboral, como veremos, habría sido impensable.

⁶⁸ De Covarrubias, Sebastián. *Tesoro de la lengua española o castellana*. Madrid: Editorial Castalia, 1995. p.866

⁶⁹ Maravall, *ob.cit*, 109

⁷⁰ *Ibid.*, p.109

⁷¹ *Ibid.*, p.109

⁷² *Ibid.*, p.110

⁷³ *Ibid.*, p.110

En ese sentido, el nomadismo de los pícaros, criminalizados y estigmatizados ya por las leyes de su época como “hombres baldíos”⁷⁴, “rufianes y vagamundos sin seña ni oficio”⁷⁵, responde a la vindicación de su libertad como individuo en una sociedad que no le permite “prosperar”, una sociedad en la que el pícaro, disconforme con su destino de pobre, no acepta su puesto social, cambia permanentemente de lugar y de estrategia para enriquecerse, rechaza un alienante acomodamiento en la pobreza. En cierto modo, las aspiraciones del pícaro son una inversión grotesca de las virtudes de las clases más acomodadas: su afición a la “holganza” es un mimetismo evidente por el desprecio con que las clases altas despreciaban los trabajos mecánicos; del mismo modo, su nomadismo es un reflejo paródico de ese afán viajero que marca la llegada del renacimiento entre los cráneos más privilegiados. Así, Guzmán va “caminando por desiertos, de venta en venta, de mesón en mesón”⁷⁶, es decir, totalmente a la deriva, pero eso sí, “sin reconocimiento de superior humano ni divino”⁷⁷, porque se empeña en buscar a través de su estilo nómada una posibilidad en que su yo pueda ascender en la vida, romper sus vínculos de siervo pobre, cobrar más relevancia social en una época que empieza a valorar en los viajes una máxima experiencia formativa. Pero evidentemente, el cuaderno de bitácora de los viajes del pícaro es muy diferente al del sabio humanista, porque su destino de pobre, que escapa de una situación alienante para caer en otra, y de semidelincuencia, que le obligan a poner pies en polvorosa de continuo, le ejercitan en un nomadismo que ha de ser forzosamente más humillante que formativo.

De hecho, la definición que Covarrubias da de la voz “pícaro” parece recoger este destino paradójico y desalentador, que resume sus muchas fugas en una sola esclavitud laboral. Explica Covarrubias que la palabra pudo venir de “pica” porque en la guerra, las hincaban en el suelo y ataban a ellos a los “pícaros” para venderlos por esclavos, porque “aunque no lo son en particular de nadie, por no servir a ninguno en particular, sirven a todos en la república, tienen que aceptar a todos los que les quieren alquilar,

⁷⁴ Colmeiro, Manuel. *Cortes de los antiguos reinos de León y Castilla*. Madrid: Rivadeneyra, 1883-84, p.20,21,180,294. Citado en: Maravall, *ob.cit.*, 247

⁷⁵ *Ibid.* p.16. Citado en: Maravall, *ob.cit.*, 249

⁷⁶ Alemán, Mateo. *Guzmán de Alfarache*. Ed. De Francisco Rico. Barcelona: Planeta, 1967. p.256. Citado en: Maravall, *ob.cit.*, 253

⁷⁷ Alemán, Mateo. *Guzmán de Alfarache*. Ed. De Francisco Rico. Barcelona: Planeta, 1967. p.486. Citado en: Maravall, *ob.cit.*, 338

ocupándolos en cosas viles”⁷⁸. Es comprensible que el pícaro, alienado en ese destino de “esclavo”, desmoralizado con su condición de hombre vil⁷⁹, intentase aspirar a cierto simulacro de libertad optando por un estilo de vida nómada, pero en última instancia, como sugiere Covarrubias, eso les sume en una situación de mayor fragilidad social, porque al no tener un solo amo se entregan de continuo a todos los amos que quieran utilizarlos en aras de su supervivencia. Cuando la Pícaro Justina, para justificar, con megalómana coquetería, el abigarrado relato de sus andanzas, confiesa que “esta estatua de libertad he fabricado”⁸⁰, hay que entender por tanto su “libertad” como una falsa tentativa a escapar a su destino de pobre. Lo que consigue el pícaro, a lo sumo, con su vagabundaje, es sentirse menos estancado en una pobreza irremediable al disponer en su afición al viaje de cierta válvula de escape a su amargura, porque como dice otro pícaro, El Guitón Honofre, citando un proverbio de la época, “Piedra movediza no la cubre moho”⁸¹.

Este viaje a la deriva constituye, como digo, un enlace con la figura del buscavidas, que también opta por un estilo de vida nómada para no quedar definitivamente alienado en una sociedad que tiene tendencia a acorralarlo en trabajos de ínfima calificación social, con el enojo consiguiente de la sociedad, que no ve con buenos ojos a esa casta de vagabundos indomables. En *Momus o del príncipe*, León B. Alberti hace una descripción de esa desconfianza y desprecio con que los estamentos bien asentados contemplan a estos pobres a la fuga, que parece unir en una misma familia de seres inquietantes para el sistema laboral al pícaro y al buscavidas, al describir al vagabundo como aquel que puede “dedicarse a la ocupación que quiere, en un momento dado como los otros, los cuales no abandonan el propio oficio sin mengua de reputación, considerándolo una lamentable ligereza”⁸². De modo similar, Simon Tanner es regañado periódicamente por su hermano por no seguir una carrera estable y entregarse

⁷⁸ Covarrubias, *ob.cit.*, p.821

⁷⁹ Sintomáticamente, la palabra “Vileza”, que en nuestra época indica una tacha moral, describía originariamente el estatus de aquellos ganapanes que se veían obligados a realizar trabajos mecánicos, que la sociedad acomodada consideraba sumamente deshonrosos.

⁸⁰ Lopez de Úbeda, Francisco. *La Pícaro Justina. Ed. De A.Valbuena en La Novela Picaresca española*. Madrid: Aguilar, 1968, p.885 Citado en : Maravall, *ob.cit.* p.327

⁸¹ González, Gregorio. *El Guitón Honofre. Edición de H.G.Carrasco*. Chapel Hill, Estudios de Hispanófila, 1973, p.76 y 177. Citado en: Maravall, *ob.cit.*, p.259

⁸² Alberti, Leon B. *Momus o del príncipe*. Edición de G.Martini. Bolonia: Zanicheli, 1942, p.73. Citado en: Maravall, *ob.cit.*, p.249

al nomadismo: “Ahora que sabes como funciona el mundo, ¿por qué sigues mostrando tan poca perseverancia y te sigues embarcando en aventuras siempre nuevas? ¿No te angustia tu forma de actuar? Debo sospechar en ti mucha energía para soportar ese continuo cambio de ocupación, que a nada conduce en esta vida”⁸³. Por otra parte, como bien indica el hermano de Simon y confirma éste poco después, existe una angustia latente en esta libertad del nómada, la angustia del que huye, pero no sabe hacia donde, la del que consume gran parte de sus energías espirituales en ese ejercicio desorientado de libertad. Simon, que recién ha comprado unos zapatones para protegerse de un invierno que adivina peligroso, que le inspira cierto miedo, reflexiona sobre su nomadismo en términos más estoicos que libertarios: “Siempre y cuando no inclinara la cerviz, algo tendría que manifestársele espontáneamente, algo a lo que él pudiera aferrarse. Empezar otra vez desde el principio, y aunque fueran cincuenta veces, ¡qué importaba ahora!”⁸⁴ En este inquietante pasaje de *El desaparecido*, Kafka describe la fuga del emigrante Karl Rosmann, que escapa a la carrera del policía que le persigue, en término que parecen describir, metafóricamente, ese cansancio angustioso que puede subyacer a cualquier libertad no blindada por el bienestar material: “el policía tenía siempre su objetivo ante los ojos, sin tener que pensar, para Karl, en cambio, correr era en realidad algo secundario, ya que tenía que pensar, elegir entre distintas posibilidades y decidirse una y otra vez”⁸⁵. Asimismo, Ferdinand describe esa libertad angustiosa del nómada en *Viaje al fin de la noche*. Bardamu vive atenazado por el miedo a una sociedad diseñada por y para ricos, que intenta convertir a los pobres en carne de cañón para la guerra y los trabajos más alienantes. El miedo a esos procesos de socialización forzosos es la única brújula que guía los pasos de Ferdinand, que viaja por el mundo en su afán inútil por no ser atrapado por ninguna de las emboscadas de la sociedad, una fuga destinada al hastío y a la angustia del exilio:

“La trivialidad de la nueva farsa que has de interpretar te agobia y, en resumidas cuentas, necesitas aún más cobardía que valor para volver a empezar. Eso es el exilio, el extranjero, esa inexorable observación de la existencia, tal como es de verdad, durante esas largas horas lúcidas, excepcionales, en la trama del tiempo humano, en que las costumbres del país precedente te abandonan, sin que las otras, las nuevas, te hayan embrutecido aún lo suficiente”⁸⁶.

⁸³ Walser, *ob.cit.*, p.14

⁸⁴ *Ibid.*, p.251

⁸⁵ Kafka, *ob.cit.*, p.196

Chinaski, ya en la primera página de *Factotum*, cambia de ciudad, como hará tantas veces, en un afán por preservar su libertad, pero a sabiendas de que ese estilo de vida libertario oculta una esclavitud encubierta e inminente. En la sola descripción de su maleta, ya se encuentra toda la desolación libertaria que ha de padecer el que escoge dicha condición de nómada:

“Tenía una maleta de cartón que se estaba cayendo a pedazos. En otros tiempos había sido negra, pero la cubierta negra se había pelado y el cartón amarillo había quedado al descubierto. Había tratado de arreglarlo cubriendo el cartón con betún negro. Mientras caminaba bajo la lluvia, el betún de la maleta se iba corriendo y sin darme cuenta me iba pintando rayas negras en ambas perneras del pantalón al cambiarme la maleta de una mano a otra. Bueno, era una ciudad nueva. Tal vez pudiera tener suerte”⁸⁷.

Por su parte, como decíamos arriba, Ignatius, por lo menos hasta la última página de *La conjura de los necios*, en que se fuga a Nueva York, es el menos nómada de todos los buscavidas. Pero lo es precisamente porque intuye el barrancaral desprotegido al que empuja irremediamente semejante estilo de vida libertario: “El solo hecho de salir de Nueva Orleans me altera considerablemente. Tras los límites de la ciudad empieza el corazón de las tinieblas, la auténtica selva”⁸⁸.

Por otra parte, cabe mencionar que la actitud hacia el dinero en el pícaro y el buscavidas es muy distinta. En una sociedad en la que el trabajo mecánico es repudiable, en la que el régimen de servicio no permite mejorar de identidad, Guzmán reconoce forzosamente, frente a la sociedad que le ofrece un humilde destino de ganapán, que “el dinero no se ganó a cavar”⁸⁹, porque su aspiración a ganar más dinero y cobrar mayor relevancia social no puede contentarse con la condición de mero ganapán asalariado. Guzmán reconoce que su obsesión por el dinero es de máxima transcendencia para llevar una vida más digna, porque “el dinero calienta la sangre y la vivifica, y así, el que no lo tiene, es un cuerpo muerto que camina entre los vivos”⁹⁰. Asimismo, podemos ver al buscón de Quevedo obsesionado al inicio de cada capítulo

⁸⁶ Celine, *ob.cit.*, p.249

⁸⁷ Bukowski(2007), *ob.cit.*, p.5

⁸⁸ Kennedy Toole, *ob.cit.*, p.25

⁸⁹ Alemán, Mateo. *Guzmán de Alfarache. Ed. De Francisco Rico*. Barcelona: Planeta, 1967. p.321. Citado en: Maravall, *ob.cit.*, 172

por saber con qué dinero puede contar para sus nuevas aventuras, porque “como el dinero ha dado en mandarlo todo y no hay quien le pierda el respeto”⁹¹, el pícaro Pablos ha de agenciarse las mayores cantidades de él que pueda. No es extraño por tanto que el pícaro sea frecuentemente un ostentador de dinero, cuando lo tiene, como parte de una estrategia arribista para ingresar en las filas de la sociedad más acomodada. Como dice Maravall:

“La ostentación es, en la mayor parte de los casos, una necesidad social a la que recurren cuantos en una situación social dada no pueden dejar de mantener que los demás crean en su poder económico y consiguientemente social. La practicaba el pícaro porque era, en cada escalón, un apoyo imprescindible, dados los supuestos de la opinión de su entorno, para seguir subiendo”⁹².

Podemos percibir este mismo afán de ostentación dineraria en algunos buscavidas, que si bien no tienen el mismo afán arribista de los pícaros, si reconocen la importancia del dinero en relación con la dignidad personal, en una sociedad dominada por la cultura dineraria y su poder simbólico. En *Viaje al fin de la noche*, Bardamu nos relata una excursión al río junto con un amigo pobre y ciego, Robinson, y su novia, los tres pobres de solemnidad. Por un azar, acaban siendo invitados a comer en el barco de un rico y sus amigos:

“Me pareció oportuno revelarles, para justificar mi invitación, pese a todo, en un arranque impulsivo, que acababan de invitar en mi persona a uno de los médicos más distinguidos de la región parisina. (...) En cuanto supieron mi rango, se declararon encantados, halagados y, sin más tardar, todos y cada uno se pusieron a iniciarme en las desdichas particulares de su cuerpo. (...) Cuando no estás acostumbrado a los primores de la mesa y del bienestar, te embriagan fácilmente. La verdad pierde el culo para abandonarte. (...) Sales de las humillaciones cotidianas intentado, como Robinson, ponerte en consonancia con los ricos, mediante las mentiras, monedas del pobre. A todos nos da vergüenza nuestra carne mal presentada, nuestra osamenta deficitaria. No podía decidirme a mostrarles mi verdad: era indigna de ellos como mi trasero. Tenía que causar, a toda costa, buena impresión”⁹³.

Chinaski también ve en esta ostentación un falso amago de libertad o integración, como puede apreciarse en su afición al dinero fácil e inconstante que le suministran en tiempos de buena racha las carreras de caballos. En toda la obra de Bukowski, el hipódromo actúa como un símbolo existencial y económico con el que se identifica

⁹⁰ Alemán, Mateo. *Guzmán de Alfarache*. Ed. De Francisco Rico. Barcelona: Planeta, 1967. p.592 y 355, respectivamente. Citado en: Maravall, *ob.cit*, 122

⁹¹ De Quevedo, Francisco. *El buscón*. Ed. de: Jauralde Pou, Pablo. Madrid: Castalia, 1990.p.222

⁹² Maravall, *op.cit.*, p.542

⁹³ Celine, *ob.cit.*, p.460

plenamente, el único lugar donde las ganancias económicas se deliberan a golpe de instinto y con la adrenalina a flor de piel, sin los imperativos laborales que obligan a ahorrar y llevar una vida económica humilde pero estable. En cuanto tiene una buena racha en el hipódromo, Chinaski quiere ostentarlo y hacérselo saber a su jefe y sus compañeros de trabajo: “Me compré un buen par de zapatos, un cinturón nuevo y dos costosas camisas. El dueño del almacén dejó de parecerme tan poderoso. Manny y yo comenzamos a tomarnos más tiempo con nuestros almuerzos y a volver fumando habanos de primera”⁹⁴.

Por otra parte, Ignatius, en *La conjura de los necios*, mantiene con el dinero una relación paradójica de desprecio intelectual y goloso autoconsumo, porque desprecia las virtudes de esta “selva del mercantilismo moderno”⁹⁵ pero al mismo tiempo es una sanguijuela del dinero de su madre, que le mantiene desde hace años y costea todos sus caprichos, como el laúd y la trompeta. Al mismo tiempo, como todo su periplo laboral se debe a una acuciante necesidad de dinero, Ignatius regatea cada dólar de sus salarios con un fervor insólito, que pone su desprecio del mundano dinero en entredicho. En este pasaje le podemos ver mintiendo al futuro patrón que ha de contratarle, en un acto de ostentación dineraria que le pone en relación con otros buscavidas, para que le suban veinte céntimos el sueldo:

“Lamento desilusionarle, caballero, pero me temo que no es el salario adecuado. Un magnate del petróleo está pasándome por la cara miles de dólares con el propósito de tentarme para que acepte ser su secretario personal. De momento, estoy intentando decidir si puedo o no aceptar la visión del mundo materialista de ese sujeto. Sospecho que al final acabaré diciéndole que sí”⁹⁶.

Esta relación conflictiva con el dinero también se da en Simon Tanner, que disfruta más ostentando su humildad que sus ganancias, como si estas representaran un peligro para la identidad. Como le confiesa a la mujer burguesa que pretende contratarlo:

“No respeto el dinero, mi estimada señora. Más bien podría ocurrírseme la idea de considerar valioso el dinero de otras personas. Parece que tiene usted la intención de tomarme a su servicio. Pues bien, en este caso respetaría rigurosamente sus intereses, por supuesto, ya que no tendría otros intereses que los suyos, que serían también míos. ¡Mis propios intereses!”⁹⁷.

⁹⁴ Bukowski(2007), *ob.cit.*, p.97

⁹⁵ Kennedy Toole, *ob.cit.*, p.93

⁹⁶ *Ibid.*, p.76

⁹⁷ Walser, *ob.cit.*, p.153

Pero a pesar de la ironía despectiva con que trata el tema del dinero, su carencia le obsesiona secretamente y al final de la novela, cuando se cerciora de que el invierno se avecina y él sigue siendo un pobre sin hogar, nos confiesa: “Bueno, estoy pensando con cierta insolencia, de arriba abajo, o no, más bien con un poco de rabia, desde las profundidades de la falta de dinero. El hecho es que estoy crítico y al mismo tiempo melancólico porque no tengo dinero”⁹⁸. Es decir, por traducir las palabras de Simon, hay que ser un trabajador, un pícaro o un mendigo. En esas alternativas, en este ejercicio de libertad imantado por el dinero, se enclava tanto la vida del pícaro como del buscavidas.

Por otra parte, nos interesa aquí destacar que con el desarrollo de esta cultura dineraria, la “despersonalización” que refiere Maravall, o la “impersonalidad” que señala Marx en la cita al comienzo del capítulo, apuntan ya al carácter progresivamente abstracto que adquirirá la noción de trabajo con el capitalismo fabril, menos basado en las competencias individuales de un artesano que en la cuantificación económica de un volumen ininterrumpido de fuerza de trabajo. Esta “impersonalidad” tendrá efectos, a un tiempo, liberadores y alienantes sobre la condición del nuevo trabajador. Liberadores, porque tal como indica Maravall, la “dependencia cuasifamiliar” de los antiguos vínculos entre amo y criado, no cuantificados en un salario, generaban situaciones de dependencia “asfixiantes”, que el salario contribuye a flexibilizar y relativizar. En este sentido, es muy interesante observar como en varias novelas con buscavidas, se enlazan pasajes que reflejan las disímiles existencias del asalariado y el criado. Por ejemplo, Chinaski llega a formar parte de un séquito bastante picaresco de criados, prostitutas y gorriones, que viven a merced de los caprichos su amo Wilbur, un millonario decadente para el que Chinaski reescribe, entre borrachera y borrachera, un panfleto de ópera y junto al que llega a lamentarse “de lo miserable que se ha vuelto mi vida”⁹⁹. Por su parte, Simon Tanner llega a trabajar de criado de una dama burguesa que le encomienda el cuidado de su hijo retrasado y parapléjico, encerrado durante semanas en el piso para mantenerse en un estado de continua disponibilidad, condición extremadamente servil sobre la que Walser realiza una reflexión contractual muy pertinente:

⁹⁸ *Ibid.*, p.236

⁹⁹ Bukowski(2007), *ob.cit.*, p.67

“Cuando se recrimina a un subalterno, se le hace sufrir, y ello siempre con la intención secreta de herirlo de verdad, haciéndole sentir el rango superior en que uno mismo se ha situado. A un criado, en cambio, sólo se le reprende con el deseo de instruirlo y de formarlo como uno quiere que sea. Pues un criado nos pertenece, mientras que con un subordinado la relación humana termina cuando la jornada laboral llega a su fin”¹⁰⁰.

Es interesante como convergen en esta disyuntiva la vida del buscavidas y el pícaro; éste último también experimenta, en una época en la que se deteriora progresivamente la figura del criado que había imperado en la sociedad tradicional, una cierta libertad en su condición de criado gracias a la asignación de un salario. Como dice Maravall: “Esa forma, pues, de pago calculado, que entraña una medida cuantitativa de obligaciones y derechos, fue eliminando todo aspecto personal y dejando al descubierto el contenido puramente económico de la relación amo-criado”¹⁰¹. En esta nueva tesitura, algunos pícaros no dudarán en ganar su salario, aún por medios ilícitos, cuando el amo se niegue a pagarle puntualmente. Así, en *La Lozana Andaluza*, nos encontramos con un criado que hurta unos guantes a su señor ‘por mi salario’”¹⁰². Al mismo tiempo, la figura del criado irá perdiendo todo el catálogo de virtudes que se supone debían acompañar a sus amos, reduciéndose a una relación impersonal y económica que no deja de suscitar entre ellos cierta desconfianza y desprecio mutuos. Maravall argumenta que la emergencia de este nuevo sistema de distribución salarial entre amos y siervos provoca una polarización más agria aún entre ricos y pobres, “iniciando una tajante separación entre la posición de los amos y la de sus dependientes, provocando en estos actividades de desapego y en aquellos de desprecio, engendradoras de hostilidad o cuando menos de agrio apartamiento”¹⁰³.

Así pues, por una parte, el salario contribuye a “despersonalizar” las relaciones económicas, y ello tiene efectos parcialmente liberadores sobre la condición del criado. Pero por otra parte, esa “despersonalización” se desarrollará con la economía dineraria hasta generar situaciones nuevas de dominación que el mismo Marx exponía como parte de su teoría de alienación en el sistema capitalista, a través de conceptos como

¹⁰⁰ Walser, *ob.cit.*, p.157

¹⁰¹ Maravall, *ob.cit.*, p.204

¹⁰² Delicado, Francisco. *La lozana andaluza. Ed. de B.Damiani*. Madrid: Editorial Castalia, 1969, p.48. Citado en: Maravall, *ob.cit.*, p.204

¹⁰³ Maravall, *ob.cit.*, p.248

plusvalía¹⁰⁴. Según Marx, las mercancías creadas por el trabajo tienen valor de uso (valor del objeto) y valor de cambio (salario), pero el valor de uso que éstas tienen siempre es superior al valor de cambio que tiene la fuerza productiva que las ha creado (el salario). Aunque añadamos a este último valor otras cantidades como las que puedan corresponder a la amortización de las máquinas usadas en la producción, o los costes financieros que el empresario gasta para llevar adelante su negocio, siempre habrá una diferencia. A esta diferencia se le llama plusvalía y es el beneficio del capitalista. Por tanto, esta “despersonalización” que sobreviene en la cultura económica con la asignación de un salario, contribuye a elaborar un nuevo régimen salarial, porque la actividad productiva del obrero estará sujeta a un salario de subsistencia, mientras que el beneficio capitalista no servirá para cubrir más adecuadamente las necesidades del obrero, sino para retroalimentar las necesidades de la empresa, que ha de reinvertir continuamente sus ganancias y aspirar a cotas cada vez más altas de beneficio. Como venimos diciendo, cabe recordar que sin la intensidad con que fue desarrollándose la economía monetaria y el uso del dinero durante el renacimiento, no habría sido posible este proceso de abstracción que conducirá, finalmente, a que el “trabajo” se convierta en “fuerza de trabajo” y el salario en fuente de conceptos como “plusvalía”.

Si el “trabajo” atravesó profundos cambios conceptuales durante esta época previa a la economía capitalista, también es importante fijarse, como decía más arriba, en el segundo factor histórico de máxima importancia para nuestro tema. Me refiero a esa ingente masa demográfica que vivía en la más absoluta pobreza, “una población residual”¹⁰⁵, como la ha calificado el historiador económico y crítico social Richard A. Tawney, que no sería absorbida hasta el advenimiento de la era industrial. Esta población vivía, o bien como ganapanes en el último escalafón de un sistema laboral en el que no había cabida para toda la población potencialmente activa realizase trabajos de más calificación social; o bien en la mendiguez, que durante la edad media y la modernidad fue admitida como una institución tan inherente a la sociedad como podían serlo el clero, la nobleza o la clase del artesanado, y que había sido gestionada a

¹⁰⁴ Marx, Karl. *El capital. Libro 3. Tomo 1 [en línea]*. Ediciones Akal, 2000. Recuperado el 15 de marzo de 2010, de < <http://books.google.es/books?id=GZ0JB31hi6gC&pg=PA61>>

¹⁰⁵ Tawney, Richard H. *La religión en el orto del capitalismo*. Madrid: Editorial Derecho de Revista privada, 1936. Citado en: Maravall, *ob.cit.*, p.192

través de las más diversas políticas de beneficencia; o bien en la picaresca o la delincuencia, conductas socialmente desviadas a las que se veían abocados muchos de estos pobres en aras de la supervivencia o un estilo de vida que considerasen menos resignado. Como dice Maravall:

“el problema de los excedentes de población desocupada, sin recursos, entregada a la mendicidad y vagabundeo y dominada por vicios (que podemos considerar incluso psicológicamente compensatorios de sus privaciones) es un fenómeno conocido en todas partes, ya que el proceso de una primera industrialización que los absorba en buena parte no empezará hasta bien avanzada la época que nos ocupa. Erasmo, Lutero, Moro, Vives claman ya contra mendigos, desocupados, vagos y viciosos”¹⁰⁶.

La pobreza y su alarmante proliferación era pues reconocida como un problema social y político de primer orden. Me demoro en hacer hincapié en esta noción de pobreza previa al capitalismo, porque encuentro afinidades literarias muy profundas entre el caldo de cultivo eminentemente pobre y marginal en el que nacen la figura del pícaro y la figura del buscavidas. Generalmente, se ha convenido que lo propio de la picaresca es el retrato de esos bajos fondos, ricos en maleantes, pícaros, prostitutas y otros desposeídos, en que los despojos de la sociedad luchan por su supervivencia a través de medios ilícitos. Pero si llevamos esta consideración a un plano menos basado en el costumbrismo pintoresco, que en la antropología social, nos daremos cuenta de que el buscavidas y el pícaro, en coyunturas históricas distintas, emergen de una misma línea fronteriza, la que separa el sistema laboral más calificado socialmente de esa ingente “masa de pobres, insectos humanos, desgraciadamente superabundantes”¹⁰⁷, como calificó Carlos V, según el historiador F.Braudel, a la enorme masa de desposeídos de los siglos XVI y XVII, que vivían sumidos en la pobreza y arrojados a la esfera más baja de la existencia social.

Por una parte, el buscavidas ya estará inmerso en una situación donde la era industrial ya habrá absorbido gran parte de esa “población residual”, que creaba situaciones de mendiguez paneuropea alarmantes. Su disidencia particular, que se niega a prosperar en dicho sistema, es distinta a la del pícaro, que ni siquiera tiene posibilidades reales de prosperar en una sociedad que tenía reservados a los pobres un margen de maniobra

¹⁰⁶ Maravall, *ob.cit.*, p.181

¹⁰⁷ Braudel, Fernand. *La Méditerranée et le monde méditerranéen au temps de Philippe II*, Paris: Flammarion, 1969. p.94 (los nombres, tan despreciativos, aplicados a los pobres, pertenecerían a una frase atribuida a Carlos V). Citado en: Maravall, *ob.cit.*, p.148

casi inexistente de movilidad social. Ignatius, que en su paranoia salvaje parece creer que la mejor defensa contra las ambiciones sociales es un buen ataque, llega incluso a coquetear con la posibilidad de un atentado en un autobús:

“Yo, personalmente, protestaría con todas mis fuerzas si alguien intentase auparme a la clase media. Si un blanco de clase media fuera lo bastante suicida para sentarse a mi lado, imagino que le golpearía sonoramente en la cabeza y en los hombros con una manaza, arrojando con suma destreza uno de mis cócteles molotov a un autobús en marcha atiborrado de blancos de clase media con la otra”¹⁰⁸.

Y Simon Tanner, por su parte, reconoce frecuentemente y con alegría su absoluta falta de ambición social: “No me apetece en absoluto progresar en la vida, sólo quiero vivir con un poco de decencia, nada más”¹⁰⁹. La desdicha y motivación principal del pícaro, en cambio, procede de la frustración inaugural y recurrente que supone su ambición, en colisión con la imposibilidad real de materializarla en la realidad social de su tiempo. Para ilustrar esta ambición de “medro” y “prosperidad”, palabras habituales en la literatura picaresca, basta con recordar que la obra fundacional del género, el *Lazarillo de Tormes*, se estructura alrededor de una falacia, el relato que un pícaro hace de su honorable ambición al ascenso social, cuando en realidad, como descubrimos al final de la novela, lo único que ha conseguido es amancebar a su mujer con el cura del pueblo a cambio de satisfacer sus necesidades más básicas. En la misma línea desencantada, un personaje ligado al mundo picaresco, el escudero Marcos de Obregón expresa en este pasaje la frustración que debía sentir el pícaro por culpa de sus ambiciones: “¿qué mayor pobreza que andar bebiendo los vientos, echando trazas, acortando la vida y apresurando la muerte, viviendo sin gusto con aquella insaciable hambre y perpetua sed de buscar hacienda y honra?”¹¹⁰ Pero al fin y al cabo, podemos entender la ambición desmesurada del pícaro, en oposición a la pobreza a la que está destinado, cuando Cervantes nos recuerda con su ironía melancólica que “ha de tener mucho de Dios quien se aviniere a contentar con ser pobre”¹¹¹.

Sin embargo, a pesar de sus ambiciones diametralmente opuestas, tanto la del buscavidas como la del pícaro son disidencias solidarias con los otros pobres con

¹⁰⁸ Kennedy Toole, *ob.cit.*, p.124

¹⁰⁹ Walser, *ob.cit.*, p.84

¹¹⁰ Espinel, Vicente. *Vida del escudero Marcos de Obregón*. Edición de M.S.Carraco Urgoiti. Madrid: Castalia, 1980, p.146. Citado en: Maravall, *ob.cit.*, 359

¹¹¹ De Cervantes Saavedra, Miguel. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Ed. de Rodríguez Marín. Madrid: 1948. p.153. Citado en: Maravall, *ob.cit.*, p.67

quienes comparte su desgracia, muy consciente de que en la polarización entre ricos y pobres que estructura la sociedad, su presencia es un doble alegato poético, a favor del individuo y los pobres alienados que no pueden desarrollar su identidad en una sociedad de rasgos opresivos. No podemos olvidar la trascendencia de este hecho a la hora de valorar el sustrato picaresco que existe en la figura del buscavidas, que en cierta manera les hermana en una misma literatura de testimonio inconformista. La presencia del pícaro y el buscavidas delata, cada cual a su manera, una corrosión de la identidad colectiva que muestra en sus fenómenos de desencaje con la moral imperante una fisura que empieza a explorarse literariamente en la modernidad. En efecto, debemos a la literatura picaresca la invención de un recurso retórico que en cierta manera asienta los primeros cimientos de la literatura moderna, esto es, la del pobre relatando su propia vida en primera persona, como recuerda Maravall: “en virtud de tal recurso retórico, era el pobre el que parecía hablar de sí, el que daba la imagen de su figura social, no el predicador, ni el fraile pediguëño, ni el teólogo o moralista”¹¹². El buscavidas, que narra asimismo la vida de un individuo pobre, a veces en primera persona explícita, como en *Viaje al fin de la Noche* o *Factotum*, a veces mediante una velada identificación con el protagonista que asume el papel de un sesgado narrador omnisciente, como sucede en *Los hermanos Tanner* o *La Conjura de los Necios*, es el principal heredero contemporáneo de este recurso narrativo decisivo en la concepción de la literatura moderna. En su correspondencia, el mismo Mateo de Guzmán llega a expresar el interés que le mueve a utilizar ese recurso narrativo a favor de los pobres, confesando cual era la principal intención de su novela al denunciar a los pobres “fingidos”: “encargo y suplico por el cuidado de los que se pueden llamar y son sin duda corporalmente pobres para que, compadecidos de ellos, fuesen de veras remediados”¹¹³.

Aquí nos interesa destacar, a fin de trazar otra comparación con la figura del buscavidas, que la literatura picaresca da la primera expresión moderna, crítica y progresista de esta polarización brutal entre una sociedad de ricos y pobres. Cuando en un refrán de la época leemos “el rico come cuando quiere y el pobre cuando puede”¹¹⁴ estamos asistiendo, en cierto modo, al reconocimiento de esa masa de pobres que vivía

¹¹² Maravall, *ob.cit.*, p.156

¹¹³ Cros, Edmond. *Protée et les gueux*. Paris: Didier, 1967, p.438. Citado en: Maravall, *ob.cit.*, p.49

¹¹⁴ Gella Iturriaga, José. *Las monedas en el refranero*. Madrid: 1982, p.99. Citado en: Maravall, *ob.cit.*, p.82

al acecho de cualquier miga de pan en un continuo estado de nervio famélico con esa otra sociedad opulenta y minoritaria que siempre tenía la mesa puesta. El pícaro no duda en despreciar su estado de pobre porque, como dice el Bachiller Trapaza, “no hay cosa más desdichada que la necesidad”¹¹⁵ y porque está harto de ser solo rico, como ironiza Maravall “de paciente necesidad”¹¹⁶. Pero aunque aspire a hacerse rico, no deja de percibir que los ricos viven a su vez muy a sus anchas en el pecado de la codicia, indiferentes a esa ingente masa de pobres y su destino aciago. En palabras de Guzmán: “He visto siempre por todo lo que he peregrinado que estos ricachos poderosos, muchos dellos son ballenas que, abriendo la boca de la codicia, lo quieren tragar todo”¹¹⁷. Un legista de la corte de Felipe III, Cristóbal Suárez de Figueroa, expresa esta polarización social entre ricos y pobres, así como la indiferencia general del rico al respecto con estas palabras tan acres: “Es lástima que chupen como inútiles zánganos la miel de las colmenas, el sudor de los pobres, que gocen a traición tantas rentas, tantos haberes”¹¹⁸. Esta polarización social entre ricos y pobres, que encuentra una expresión de protesta en la literatura picaresca, es también importante a la hora de valorar la figura del buscavidas, que se sabe portavoz literario de los más desposeídos.

En *La Conjura de los necios*, un personaje secundario, Jones, da voz asimismo al conflicto que subyace a toda la novela, la polarización entre una sociedad de ricos que manipulan a los pobres en su propio beneficio. Jones se lamenta con frecuencia de su salario misérrimo, mientras que su jefa en el bar Noche de Alegría, que ha amenazado con denunciarle a la policía por vagabundo si deja el trabajo, reflexiona su vasallaje en términos de esclavitud encubierta: “Un tipo de color al que detendrían por vagancia si no trabajaba. Tendría un mozo cautivo que trabajaría para ella por casi nada”¹¹⁹. Bardamu, en *Viaje al fin de la noche*, es muy consciente de su condición de paria a la deriva. Cuando desembarca en América desde unas galeras llenas de esclavos, que prefieren su suerte a la del emigrante explotado, estos reconviene a Ferdinand contra

¹¹⁵ Castillo Solorzano, Alonso de. *Aventuras del Bachiller Trapaza*. Ed. De A.Valbuena en *La Novela Picaresca española*. Madrid: Aguilar, 1968, p.1477 Citado en : Maravall, *ob.cit.* p.70

¹¹⁶ Maravall, *ob.cit.*, p.69

¹¹⁷ Alemán, Mateo. *Guzmán de Alfarache*. Ed. De Francisco Rico. Barcelona: Planeta, 1967. p.153. Citado en: Maravall, *ob.cit.*, 100

¹¹⁸ Suárez de Figueroa, Cristobal. *El pasajero*, ed. de Rodríguez Marín. Madrid: Renacimiento, 1913, p.188-189. Citado en: Maravall, *ob.cit.*, 101

¹¹⁹ Kennedy Toole, *ob.cit* p.43

su impulsivo flirteo con la idea del sueño americano. Tal idea había entrado en su mente con la misma gratuidad ilusa, que luego deplora durante cientos de páginas, con qué había entrado en la guerra. Pero los esclavos se encargan de recordarle quiénes son en verdad los americanos: “¡O millonarios o muertos de hambre! ¡No hay término medio! ¡Seguro que no los vas a ver tú, a los millonarios, en el estado en qué llegas! Pero con los muertos de hambre, ¡te vas a enterar tú de lo que vale un peine!”¹²⁰ Pocas páginas después, desembarcado y desvanecido ya del todo cualquier espejismo del american dream, vemos a Ferdinand caminando hacia la ciudad de Nueva York acompañado por los suyos:

“En la calle que había elegido, la más estrecha de todas, la verdad, no más ancha que un arroyo de nuestros pagos, y bien mugrienta en el fondo, bien húmeda, llena de tinieblas, caminaban ya tantos otros, pequeños y grandes, que me llevaron consigo como una sombra. Subían como yo a la ciudad, hacia el currelo seguramente, con la nariz gacha, eran los pobres de todas partes”¹²¹.

En *Los hermanos Tanner* son muy frecuentes esas miradas de solidaridad para con los pobres, que a su vez están enfrentados rotundamente a un mundo de ricos indiferentes y ciegos al destino de los primeros, una sociedad dicotómica que marca muy profundamente el tono sumamente crítico de la novela:

“¡Qué horrible es por parte de los opulentos querer ignorar a los pobres! Es mejor torturarlos, obligarlos a servir, hacerles sentir yugo y látigo, así surge al menos una relación, una rabia, unas palpitaciones, y eso también es una manera de relacionarse. Pero mantenerse ocultos en grandes mansiones, tras unas rejas doradas, y tener miedo a sentir el aliento de los hombres llenos de calor humano, no poder darse más lujos por temor a que los oprimidos se den cuenta, oprimir, y sin embargo, no tener el valor de mostrar que se es un opresor, (...), tener dinero, solamente dinero y ninguna magnificencia, esa es la imagen actual de las ciudades, una imagen horrible a mi entender, que necesita ser mejorada”¹²².

Por supuesto, no hace falta recordar que *Factotum* es el retrato deliberado y cruel de un mundo donde los pobres tienen su sumidero laboral, un mundo sumamente polarizado entre ricos y pobres que ya parece estar recogido, con suspense antropofágico, en la misteriosa cita de André Gide que encabeza la novela: “El novelista no necesita ver al

¹²⁰ Céline, *ob.cit.*, p.219

¹²¹ *Ibid.*, p.224

¹²² Walser, *ob.cit.*, p.124

león comiendo comiendo hierba. Él sabe que un mismo dios creó al lobo y al cordero, y luego sonrió, viendo que “su trabajo estaba bien hecho”¹²³.

Pero volvamos a la época del pícaro. El problema de la pobreza procuraba gestionarse a través de muchas políticas de asistencia social, como demuestra el gran número de hospicios, asilos, casas de misericordia, albergues, refugios que se construyeron en Europa desde el s.XV al s.XVIII, que daba cuenta de “la imposibilidad durante algún tiempo de resolver el problema en Europa y de proceder organizadamente a la recuperación del trabajo”¹²⁴. Pero por otra parte, que nos interesa subrayar, para enlazar con el nacimiento del régimen salarial a finales del s.XVIII, ya existía un interés de las autoridades por absorber esta población residual en el entorno de la población activa: “Tomás Moro y Luis Vives llegan a abrigar la esperanza de eliminar la pobreza, tratando de transformar al pobre en trabajador, en atención a sus intereses y a los de su comunidad”¹²⁵. No pretendo ser exhaustivo a la hora de trazar un panorama económico de esta primera sociedad moderna, pero sí hacer hincapié en esta inquietud general de las autoridades, la sociedad y los intelectuales, por “integrar” a los pobres en la medida de lo posible a un sistema laboral que pueda darles cabida. Esa inquietud, que no será medianamente subsanada hasta la era industrial, contribuirá a redefinir el concepto de “pobreza”, en los que el pobre pasará a estar “absorbido” y “educado” por el sistema, como proletario explotado de las fábricas decimonónicas. Se trata por tanto de una inquietud que nace en los primeros siglos de la modernidad y halla continuidad en el desarrollo del régimen salarial en el capitalismo y la educación de las nuevas masas de pobres asalariados.

A título de somero ejemplo y para ilustrar el campo de acción intelectual y política en que podían librarse dichas inquietudes “integradoras”, desde el inicio de la época moderna hasta la eclosión de la revolución industrial, podemos citar el debate entre los moralistas que observaban en el pobre una desviación anómica, una amenaza social a la que cabe enfrentarse con un enérgico régimen de represión, frente a aquellos otros que se preocupan de ensanchar las posibilidades de beneficencia y aún más, de integrar al pobre en un sistema laboral del que se veían expulsados implacablemente. Fijémonos por ejemplo en dos documentos que ilustran esta doble actitud hacia el pobre. Para ilustrar la primera actitud despectiva, fijémonos en la obra *Monumento triunfal de la*

¹²³ Bukowski(2007), *ob.cit.*, p.5

¹²⁴ Maravall, *ob.cit.*, p.181

¹²⁵ Maravall, *ob.cit.*, p.45

*piEDAD católica*¹²⁶, que Pedro José Ordóñez publica en 1673, en la que se recoge tanto la bondadosa visión medieval del pobre, en la que se defiende el valor religioso de la pobreza, “cuando es hija del espíritu y sigue el ejemplo de Jesucristo”, con la visión más descarnada que se tiene del pobre moderno, que ha caído en la pobreza por motivos puramente económicos y sociales, una pobreza que es “madre del vituperio, infamia general, disposición para todo daño, enemiga de mortales y piélagos donde se anega la paciencia(...) y aunque utiliza el ingenio, destruye las potencias (del alma, se entiende) y mengua los sentidos.” Poco después, Maravall insiste en esa visión que hace hincapié en una lacra laboral que observaremos tanto en la figura del pícaro como en la del buscavidas, esto es, el de su desmesurada afición a la holganza y el tiempo libre: “Su incapacidad u ociosidad, voluntaria o involuntaria, que en cualquier caso se le reprocha, hace de él un ser inútil; como mendigo, representa una infracción de la ley del trabajo: “se sospecha de él porque se le ve sólo, errante, desorientado”¹²⁷.

Esta afición a una vida de holganza y vagabundaje me parece también central a la hora de enlazar la figura del buscavidas con la figura del pícaro, que pertenecen a esa categoría de pobres que podían constituir, mediante su estilo de vida nómada y reticente al trabajo estable, una amenaza para las clases acomodadas. Para comprender la gravedad de esta interpretación de la pobreza, hemos de recordar la doble moral con que la sociedad acomodada del renacimiento ensalzaba o vituperaba este concepto de holganza. Esta afición a la holganza no era una lacra moral en el carácter del pobre apicarado, sino más bien una triste aspiración mimética a fingirse superiores socialmente, porque vivir en la ociosidad era uno de los primeros signos de alta calidad de vida. Para explicar el origen histórico de esta realidad cultural, que explica episodios tan conocidos de la picaresca como el del Lazarillo de Tormes cuidando de su propio amo, un hidalgo que se niega a trabajar, Maravall recuerda que “cuando los caballeros abandonaron el monopolio de las armas, se sustituyó la ocupación guerrera como título legitimador de su superioridad por la abstención de todo trabajo lucrativo que nunca practicaron -. La ociosidad pasó a ser la característica de la nobleza”¹²⁸. Es natural que en ese contexto, los jóvenes más atrevidos y pretenciosos de la clase baja se

¹²⁶ Jiménez Salas, María. “Doctrinas de los tratadistas españoles de la Edad Moderna, sobre la asistencia social”. *Revista Internacional de Sociología*, VI, octubre-diciembre 1948, num.24, p.177. Citado en: Maravall, *ob.cit.*, p.60

¹²⁷ *Ibid.*, p.60

¹²⁸ Maravall, *ob.cit.*, p.544

negasen a trabajar y ostentasen su ocio. De hecho, la literatura picaresca, posiblemente la más crítica y reformista de su tiempo, convierte esta afición a la holganza en uno de sus principales temas. Un tema que sirve para reflexionar, a modo de espejo deformante que distorsiona en el pícaro los valores que supuestamente dignificaban al caballero ocioso, sobre esa ociosidad que se consideraba nociva en todas las clases, un auténtico problema social que afectaba a la economía general del país. Hay muchos testimonios de que enlazan esta ociosidad con la creciente sospecha de criminalidad y vicio que van ligados al concepto de pobre jornalero susceptible de apicararse. El escudero Marcos de Obregón, figura susceptible de apicararse que finalmente rechaza esa condición, incita en última instancia al castigo social que ha de caer sobre todos esos marginados y viciosos: “esos hombres vagabundos y ociosos, que se quieren sustentar y alimentar de sangre ajena, merecen que toda la república sea su fiscal y su verdugo.¹²⁹” Incluso Quevedo reconoce en su prólogo a *El Buscón* que la picaresca era rica en “sutilezas, engaños, invenciones y modos, nacidos del ocio”¹³⁰.

Como decía más arriba, esta “holganza” es otro concepto fundamental, salvando las diferentes coyunturas históricas que las motivaron, para enlazar la figura del pícaro con la del buscavidas, cuya afición a la holganza es uno de sus principales rasgos, así como uno de los principales temores que inspira a la sociedad capitalista. Ignatius Reilly, por ejemplo, ha hecho de su vida entera una obra maestra de la gandulería, y no pretende ingresar en el mercado laboral por miedo a quedar alienado en el disfrute de sus pasatiempos, como sus clases de laúd y su asistencia compulsiva y palomitera al cine del barrio. Pero es muy interesante comprobar que la sociedad contempla esa actitud ociosa sospechosamente, llegando a considerarla susceptible de una disponibilidad hacia el crimen. Puede advertirse claramente cuando el patrullero Mancuso, un policía que aparece frecuentemente en la trama, es el primero en toda la novela en interpelar a la madre de Ignatius, por considerar a éste sospechoso de ociosidad:

“¿Tiene usted trabajo?” – preguntó el policía a la señora Reilly. ‘Ignatius tiene que ayudarme en casa’ dijo la señora Reilly. (...) ‘Limpio un poco el polvo’ explicó Ignatius al policía -.Además, estoy escribiendo una extensa denuncia contra nuestro siglo. Cuando mi cerebro se agota de sus tareas literarias, suelo hacer salsa de queso”¹³¹.

¹²⁹ Espinel, Vicente. *Vida del escudero Marcos de Obregón*. Edición de M.S.Carraco Urgoiti. Madrid: Castalia, 1980, p.143. Citado en: Maravall, *ob.cit.*, 546

¹³⁰ De Quevedo, Francisco. *El buscón*. Ed. de: Jauralde Pou, Pablo. Madrid: Castalia, 1990.p.70

¹³¹ Kennedy Toole, *ob.cit*, p.20

En *Factótum* también es frecuente que Chinaski y las amistades que frecuenta, con toda justicia, sean considerados sospechosos de ociosidad, ya que como confiesa un compañero suyo aficionado a las apuestas, “mis ambiciones sufren el hándicap de la pereza”¹³². Esto se hace administrativamente obvio cuando reflexiona sobre los currículum que ha de escribir para evitar en la medida de lo posible que sus patrones se cercioren de lo nómada, gandul, alcohólico y consiguientemente “criminal” que es en realidad, a través de la investigación de su ficha policial:

“Alargué el tiempo de permanencia en mis trabajos anteriores, convirtiendo los días en meses y los meses en años. La mayoría de las compañías no se preocupaban de investigar. Con las empresas que se ocupaban de comprobar los informes de sus empleados, yo tenía poco futuro. Rápidamente se descubría que tenía un record de antecedentes policiales”¹³³.

Asimismo, Simon Tanner no duda en presentarse a los ojos de sus patrones como un ocioso vocacional, actitud temeraria y divertida si tenemos en cuenta el acoso eminentemente burgués y disimuladamente policial con que sus futuros patrones le interrogan acerca de su currículum:

“Ella dijo: ‘Dígame cómo se llama y qué ha hecho hasta ahora en la vida.’ - ‘Me llamo Simón y hasta ahora no he hecho nada.’ - ¿Cómo es posible? Simón dijo: “Mis padres me dejaron un pequeño patrimonio que acabo de consumir hasta el último céntimo. Juzgaba innecesario trabajar. Y estudiar tampoco me apetecía. Sentía que un día era demasiado hermoso como para tener la insolencia de profanarlo trabajando. Ya sabe usted cuanto se pierde por culpa del trabajo cotidiano. Me sentía incapaz de consagrarme a una ciencia a cambio de renunciar al espectáculo del sol y de la luna al caer la tarde”¹³⁴.

Por último, podemos observar como Bardamu, en *Viaje al fin de la noche*, disfruta de uno de sus momentos de ociosidad más inquietantes de toda su biografía, cuando se dedica a vagar por las calles de Nueva York sin otro propósito que contemplar mujeres y codiciar su belleza. En uno de estos vagabundeajes ociosos, nota como llama la atención de la policía, que como venimos diciendo, parece observar sintomáticamente en el no-trabajador a un posible criminal:

¹³² Bukowski(2007), *ob.cit.*, p.97

¹³³ *Ibid*(2007)., p.148

¹³⁴ Walser, *ob.cit.*, p.152

“A nadie parecía extrañar que yo me quedara allí, solo, parado durante horas, en aquel banco, mirando pasar a todo el mundo. No obstante, en determinado momento, el policeman del centro de la calzada, colocado ahí como un tintero, empezó a sospechar que yo tenía proyectos chungos. Dondequiera que estés, en cuanto llamas la atención de las autoridades, lo mejor es desaparecer y a toda velocidad. Nada de explicaciones. ¡Al agujero!, me dije”¹³⁵.

Por último, me gustaría retomar el hilo conductor de esta exposición sobre la ociosidad, entre los que interpretan como un vicio susceptible de sospecha y acremente condenado por los conservadores, frente a aquellos otros, más progresistas, que se ocupan de explicarla como parte de un fenómeno de alienación económica más amplia, que proponen medidas para integrar al pobre en un sistema laboral del que se había visto expulsados implacablemente. Maravall toma nota de una interesante reflexión del historiador Henry Kamen ha escrito que afectaba a todo el continente europeo: “los inicios de la época moderna tuvieron una economía de desempleo endémico; una economía, por consiguiente, en la que la gran masa de la población trabajadora tenía dificultades para sobrevivir únicamente con sus salarios”¹³⁶. Este “desempleo endémico” era la razón coyuntural real por la cual brotaba necesariamente cierta tendencia a la picaresca en gentes que, como describe Minchinton, “se ganaban una precaria existencia al margen de la sociedad y amenazaban periódicamente la paz dentro de ella”¹³⁷. En el caso español, Maravall recoge también el testimonio de algunos economistas reformistas que ya tenían en su punto de mira la necesidad de integrar a los pobres al sistema laboral, alegando que sus “vicios” no eran fruto de su “ocios” sino de aquellas otras causas “que han cegado las fuentes de ocupación para el trabajador: ‘no tenemos en qué trabajar’ y ‘no habiendo en qué trabajar’, surge el ‘ocio forzoso’ (es decir, el llamado ocio es un ‘paro forzoso’)”¹³⁸. No es de extrañar pues que surgiera la posibilidad la picaresca, que podían hacer preferible una vida de continuo vagabundaje picaresco a una situación de paro endémico y jornales esporádicos.

Es curioso como en algunos países, como Inglaterra, hubo un interés en absorber tempranamente a esta “población residual” a través de instituciones como las workhouses, documentadas desde comienzos del s.XVII, que no eran meras

¹³⁵ Céline, *ob.cit.*, p.228

¹³⁶ Maravall, *ob.cit.*, p.184

¹³⁷ Minchinton. W. *Historia económica de Europa (3): siglos XVI y XVII*. Ed. dirigida por C.Cipolla. Barcelona: Ariel, 1977, p.122. Citado en: Maravall, *ob.cit.*, p.184

¹³⁸ Maravall, *ob.cit.* p.184

instituciones de beneficencia, sino lugares donde la gente pobre que no tenía con que subsistir podía ir a vivir a cambio de un trabajo pésimamente remunerado. Como veremos, la integración forzosa de los pobres que propugnaban estas workhouses, sobre las que Jeremy Bentham escribió manuales de organización industrial que afectarán profundamente a la evolución del régimen salarial, será determinante a la hora de concebir un nuevo concepto de “trabajo” en el capitalismo. En el tercer capítulo, estudiaremos detenidamente el nacimiento de ese régimen salarial, que en parte nació, en sus experimentos más descarnadamente teóricos, dentro del ámbito de las workhouses, a los que el sociólogo de base foucaultiana Jean Paul de Gaudemar no duda en calificar como un centro moralizador de las clases pobres, destinadas a “la producción de individuos socializables, de individuos normalizados, de pobres que resulten aceptables para una sociedad civil pensada por y para los ricos”¹³⁹.

¹³⁹ Gaudemar, Jean Paul de. *El Orden y la producción: nacimiento y formas de la disciplina de fábrica*. Madrid: Trotta, 1991.p.71

II.3. Comparación crítica de la Bildungsroman con la figura del buscavidas

Es difícil establecer una definición sensu estricto del concepto “Bildungsroman”, ya que como reconoce tempranamente el mismo autor del término, Karl Morgenstern, se trata de “la más ejemplar, la más extendida y particular forma de la novela y la esencia de esta”¹⁴⁰. En el marco de este trabajo, que no aspira a hacer un estudio de géneros sino de un personaje, resulta interesante, con todo, trazar una breve serie de semejanzas y desemejanzas con algunos exponentes clásicos de este género de novelas. Voy a centrarme en dos diferencias principales. La primera es que el buscavidas se desmarca del personaje burgués tradicional, o de aspiraciones burguesas tradicionales, más o menos disidente pero integrado, que protagoniza habitualmente las novelas de formación. La segunda es que precisamente por no ser un personaje burgués, no podemos hablar propiamente de formación propiamente dicha, ya que el buscavidas ni puede ni quiere “deformarse” en ese sistema de valores alienante.

En primer lugar, cabe indicar la filiación no burguesa del “buscavidas”, que si encaja en la tradición de las “novelas de formación”, lo es en esa subtradición minoritaria de protagonistas que experimenta en sus propias carnes los valores más alienantes del sistema laboral capitalista. Es decir, encaja con aquellos protagonistas que padecen un destino menos burgués, porque están alienados laboralmente y reciben un trato de inferioridad jerárquica en algunos estadios de su aprendizaje. Sería el caso, por ejemplo, de Oliver Twist, que forma parte de las huestes de huérfanos que la sociedad isabelina ingresaba en casas de trabajo y explotaba laboralmente, entre los cuales estuvo el mismo Charles Dickens. O personajes como Anton Reiser, por su relación estrecha e inescapable con el mundo del trabajo en un taller de sombrerería, vive una explotación laboral que amenaza corroer su identidad. Con todo, este tipo de personajes no son los más típicos en la novela de formación tradicional.

En muchas novelas de formación, precisamente por esa relativa holgura socioeconómica que distingue a sus protagonistas, el conflicto entre la formación de un

¹⁴⁰ Morgenstern, Karl. “Über den Geist und Zusammenhang einer Reihe philosophischer Romane” orig. en K.M (ed.) Dörpatische Beyträge für Freunde der Philosophie, Literatur und Kunst, 3.1., 1816, pp. 180-195, Selbmann (Ed.) (1988), pp.45-54. Citado en: Salmerón, Miguel. *La novela de formación y peripecia*. Madrid: A. Machado Libros, 2002, p.46

mundo interior rico y las presiones de la existencia burguesa, se plantea desde la libertad de elección y cierto margen de maniobra en el establecimiento final de un pacto, que permite al protagonista resguardarse en mayor o menor grado de las inclemencias de la sociedad a las que se ve expuesto el buscavidas. La narración de ese mundo y el nihilismo extremadamente individualista con que lo describe es lo que hace del buscavidas un tipo de personaje tan específico. En las novelas de formación, la preocupación del protagonista por su propia formación, para lo cual ha de saber crear un espacio de creatividad que se resista a las presiones sociales, se erige como el principal motor dramático de la obra: es la inquietud inaugural y el pacto final lo que marcan la estructura de la obra, una estructura burguesa y finalmente integrada, cuyos principales estadios no se inspiran en el mundo del trabajo, sino que se alejan de él hacia la esfera sentimental o artística en la medida de sus posibilidades.

La extensión de esta investigación no me permite ser exhaustivo, pero en líneas generales, podemos observar que el conflicto principal de las novelas de formación europeas es el de un joven que se debate en sus años de formación entre “the ideal of self-determination and the equally imperious demands of socialization”¹⁴¹, como dice Franco Moretti. Por tanto, el protagonista de las novelas de formación clásicas del S.XIX vive de manera conflictiva su proceso de maduración entre las clases, más o menos laboriosas, más o menos acomodadas, de la burguesía. Aún procediendo de una extracción más humilde, como Julien Sorel, David Copperfield, Eugene de Rastignac o Jane Eyre, al protagonista de estas novelas le es dado iniciar su formación en una sociedad de pretensiones burguesas con la que medir sus fuerzas y ambicionar una carrera, mientras que el buscavidas, por su negativa a trazar una carrera estable y participar de ese sistema de valores, desfila siempre por arrabales más sombríos del paisaje laboral contemporáneo, en los que hablar de “formación” resulta demasiado ingenuo. Más bien cabría hablar de una “novela de deformación” o “novela de resistencia”, porque la especificidad del buscavidas estriba en su “resistencia” a dejarse “deformar” y “educar” por ese sistema de valores que se ve obligado a experimentar en sus propias carnes de manera inescapable. Así lo matizo, porque si bien el buscavidas comparte rasgos con estas novelas, no podemos olvidar que la formación de un Henry

¹⁴¹ Moretti, Franco. *The way of the World. The Bildungsroman in European culture*. London: Verso, 1987, p.15.

Chinaski o un Simon Tanner, - explotados en trabajo de escasa calificación social que suponen un “aliciente negativo” para su formación- transcurre por senderos menos holgados por los que pueda transcurrir la disidencia artística de Wilhem Meister o la ambición desmesurada de Julien Sorel en su paso por los estamentos más acomodados de la sociedad francesa. No así el Anton Reiser, que sí padece en sus propias carnes la dureza erosiva del trabajo, y convierte el duelo entre ese sistema alienante y la fantasía que le permitiría hacerse una representación cabal de si misma en el tema de la obra. Pero en mi opinión, la singularidad de esta obra radica precisamente en adelantarse a su tiempo, retratando una época más antigua, la de los talleres pietistas impregnados de esa ética pietista que Max Weber atribuía al nacimiento del primer capitalismo. Anton Reiser retrata con pionera agresividad los efectos de la explotación laboral sobre una identidad alienada, que parecen más habituales en la literatura del s.XX que nutre la figura del buscavidas.

En las siguientes páginas, a fin de acotar esta tradición difícilmente abarcable en el ámbito de una breve investigación, vamos a centrarnos en la Bildungsroman, la novela de formación alemana, porque tiene más afinidad con la figura del buscavidas. El conflicto entre el yo y el mundo que preside la Bildungsroman alemana resulta idóneo para analizar los parecidos con la figura del buscavidas, porque su dilema íntimo se debate en polos similares: la vocación artística y su rechazo a los valores de la sociedad burguesa. El proceso de formación típico, tal como lo hemos descrito más arriba, a caballo entre la auto-determinación y los procesos de socialización, sirve para describir no sólo *Anton Reiser* (1785-1790), de Karl Philipp Moritz, y *Los años de aprendizaje de Wilhem Meister* (1796) de Goethe, sino casi todos los ejemplos decimonónicos de la tradición de la Bildungsroman alemana, que establece un diálogo más o menos explícito con el Meister, al considerarla la obra central del género y tomarla como referencia más o menos explícita en los respectivos ideales de formación intelectual que dibujan. Me refiero a obras como *Heinrich Von Ofterdingen* (1802), de Novalis, *La Edad del Pavo* de Jean Paul (1804/05), *Heinrich Drendorf* (1857), de Adalbert Stifter o *Enrique el Verde* (1855-1880) de Gottfried Keller. Analicemos la manera en que los conflictos de sus personajes protagonistas no se dibujan con la angustia inescapable con que la sociedad laboral atosiga a los buscavidas.

Comencemos por *Anton Reiser* de Karl Philipp Moritz. Es especialmente interesante si tenemos en cuenta que se trata de la primera Bildungsroman, anterior incluso al

Wilhem Meister, pero que por razones que analizaremos a continuación, no tuvo la misma influencia que ésta última en el desarrollo del género. Moritz proyecta en esta novela una fuerte experiencia autobiográfica, que parece el correlato novelesco y angustioso de la ética del protestantismo de Max Weber. Valga como ejemplo de esta comparación este pasaje. Reproduce a la perfección al trabajador ideal, que busca fraguar, según Weber, el protestantismo ascético, cuyo perfil laboral pro-capitalista estudiaremos, en oposición al buscavidas, en el capítulo siguiente: “Cuando se hallaba rendido por el trabajo, con las fuerzas agotadas y abatido por su situación, le gustaba muchísimo dejar vagar la mente a través de fantasías religiosas sobre ‘sacrificio, entrega total’, etc.; le conmovía muy en especial la expresión ‘altar del sacrificio’”¹⁴². La novela trata de la descripción de una vocación literaria que tuvo realización, tardía y no exenta de suerte, en la figura de su autor Karl Philipp Moritz, pero que en la novela se rinde a la evidencia de que los hombres de baja extracción social tienen menos posibilidades de formarse que los hombres acomodados. La novela, por describir muy sumariamente la trama principal de su primer volumen, narra el proceso de socialización esquizoide que Anton Reiser sufrió trabajando como aprendiz en un taller de sombrerería, a cargo de un artesano pietista obsesionado con la ética del trabajo. Éste le condujo, por vía de la explotación laboral y la religiosidad exacerbada, morbosa e impositiva de su patrón, a una represión brutal de su propia fantasía, de su propia capacidad para hacerse una representación cabal de sí mismo, que le permitiera desarrollar su propia identidad. Pero ésta es sólo su primera frustración. Más adelante, a medida que Anton crece, sigue sufriendo represiones y reveses por culpa de su pobreza y esa opresión primera que ha sentido en la infancia, trabajando en el taller del sombrerero pietista. Podemos decir que ese humilde trabajo, en una edad muy tierna e impresionable, las sucesivas frustraciones que le acarrea su condición de pobre, así como el carácter retraído que van imprimiéndole, acabó provocándole los síntomas de una suerte de enajenamiento de sí mismo, que más adelante frustrarán su vocación como autor teatral. Porque como la vida no le ha permitido desarrollar su identidad libremente, sólo buscará en el arte “representarse” a sí mismo, buscando “tener para sí lo que el arte exige que se le sacrifique”¹⁴³.

Moritz era un autor al que Goethe consideraba un precursor de su propio *Wilhem Meister*, o más bien su reverso oscuro. En ese sentido, es célebre el testimonio que

¹⁴² Moritz, Karl Philipp. *Anton Reiser*. Madrid: Editorial Pretextos, 1998, p.84.

¹⁴³ Moritz, Karl Philipp. *Anton Reiser*. Madrid: Editorial Pretextos, 1998, p.409.

Goethe ha dejado de Moritz en su Viaje por Italia, que parece servirnos tangencialmente para definir la especificidad del buscavidas respecto al protagonista más acomodado de las novelas de formación: “Es como un hermano mío menor, de mi misma índole, pero pisoteado y maltratado por ese destino que a mí me ha colmado de favores”¹⁴⁴. Es curioso como ante ese doble apertura del género de la Bildungsroman que constituyen *Anton Reiser* y *Wilhem Meister*, la tradición alemana de la Bildungsroman establecería un diálogo más fecundo, si bien no siempre amistoso, con el *Wilhem Meister*. Esto es así, posiblemente, porque *Anton Reiser* es una novela que se sitúa fuera de la corriente central de las futuras Bildungsroman, la de entender las inquietudes del ciudadano burgués del s.XIX, en su afán por preservar su formación de una sociedad capitalista con la que puede, de manera más o menos acomodada, establecer una posición de disidencia crítica. *Anton Reiser*, que ofrece un friso de la situación de las clases modestas del norte de Alemania en el s.XVIII, no dispone en cambio de esa “libertad” para “formarse” y toda la novela puede leerse como la reivindicación de una estructura social que no oprima a los individuos. Asimismo, Moritz parece adelantarse en más de un siglo a la psiquiatría freudiana al posicionar por primera vez la infancia y primera juventud como centro neurálgico de toda personalidad, cuando anuncia en el prólogo del libro que “quien tenga experiencia de la vida, y sepa que lo que en un principio parece pequeño e insignificante, con el paso del tiempo muchas veces puede adquirir gran relevancia, no desaprobará la aparente trivialidad de algunos hechos que aquí se narran”¹⁴⁵. Tal vez por esa fuerza visionaria, fue relegada pronto a una posición de rara avis y no estableció un diálogo tan evidente con la literatura de las décadas posteriores, si bien a día de hoy, me parece una novela mucho más moderna que el *Wilhem Meister* y con la que la figura del buscavidas tiene grandes afinidades.

Sigamos pues con *Los años de aprendizaje de Wilhem Meister*, ejemplo por antonomasia de la Bildungsroman. Antes que nada, hay que destacar que Wilhem decide – y tiene la libertad de decidir - no consagrar su vida a las altas esferas del

¹⁴⁴ Carta de Goethe a Charlotte von Stein del 14 de diciembre de 1786. Citado en la introducción de: Wolfgang von Goethe, Johann. *Los años de aprendizaje de Wilhem Meister*. Edición de Miguel Salmerón. Madrid: Catedra, 2000, p.28.

¹⁴⁵ Moritz, Karl Philipp. *Anton Reiser*. Madrid: Editorial Pretextos, 1998, p.21.

comercio en las primeras páginas de la novela, para formarse el resto de la novela en el apasionante mundo del teatro. Como observa inteligentemente Moretti, “the most classical Bildungsroman, in other words, conspicuously places the process of formation-socialization outside the world of work.¹⁴⁶” Wilhem considera que no existe un lugar en el trabajo mercantil para la realización del individuo, y por tanto lo busca en otros ámbitos, como el amor y el arte, que si permiten aspirar a una relación de pleno sentido entre su yo y el mundo: “¿Qué me importa fabricar hierro muy puro si mi corazón está lleno de escorias? y ¿de qué me sirve administrar bien una finca si no me encuentro bien conmigo mismo? En una palabra: el objetivo único de todos mis proyectos ha sido, desde mi niñez, formarme tal y como yo soy”¹⁴⁷ El trabajo mercantil, tal como se ha venido desarrollando en los albores de la revolución industrial capitalista, exigía ya una “división del trabajo”, una especialización de las tareas, no sólo en el obrero sino también en la clase dominante burguesa, progresivamente especializada en amasar dinero. Tal especialización, según entiende Wilhem, no puede sino “alienar” a un hombre del pleno desarrollo de su identidad. Así se expresan en el Wilhem Meister las limitaciones de este hombre económico moderno, representado por la burguesía en oposición a la nobleza: “...al noble le basta con mostrar su persona, el burgués ni ofrece nada con su persona ni debe hacerlo. (...)...debe trabajar y rendir, debe formarse en una profesión para hacerse necesario y se presupone que en su ser no hay armonía ni puede haberla, pues para hacerse útil ha de desatender todas las demás”¹⁴⁸. Esta “armonía”, en cambio, como señala Moretti, sí es posible en el “trabajo” que escoge *Wilhem Meister* para formarse en el mundo, una educación, como vamos descubriendo a lo largo de la novela, misteriosamente diseñada por una cámara secreta de educadores – la Sociedad de la torre, de inspiración claramente masónica – que tiene un concepto del trabajo muy distinto al que puede ofrecer la sociedad capitalista, un trabajo que aspira más al “ser” que al “tener”: “In this second sense, work is fundamental in Meister: as noncapitalistic work, as reproduction of a ‘closed circle’. It is an unequalled instrument of social cohesion, producing not commodities but ‘harmonious objects’, ‘connections’”¹⁴⁹. La “armonía” que acompaña al concepto de trabajo en el *Wilhem Meister*, por tanto, se debe al hecho de que no está circunscrito a

¹⁴⁶ Moretti, Franco. *The way of the World. The Bildungsroman in European culture*. London: Verso, 1987, p.25.

¹⁴⁷ Wolfgang von Goethe, Johann, *ob.cit.*, p.366.

¹⁴⁸ *Ibid.*, p.368

¹⁴⁹ Moretti, *ob.cit.*, p.29

la esfera económica, indiferente a las motivaciones y necesidades individuales del trabajador. Moretti, para ilustrar que este concepto de trabajo es indistinguible de lo que cultura alemana de la época definía como arte, cita este pasaje de Humboldt que postula un trabajador ideal, un trabajo que no se degrada en un sistema mecanizado, un trabajador artístico, que reproduce un mismo “círculo cerrado” entre las motivaciones del yo y las exigencias de la sociedad al que se hace referencia en el *Wilhem Meister*:

“There coexists with this internal purpose, some impulse proceeding more immediately from his inner being; and often, even, this last is the sole spring of his activity, the former only being implied in it, necessarily or incidentally. (...) In view of this consideration, it seems as if all peasants and craftsmen might be elevated into artists; that is, into men who love their labour for its own sake. (...) And so humanity would be ennobled by the very things which now, though beautiful in themselves, so often go to degrade it”¹⁵⁰.

Ese tipo de trabajo, que Wilhem encuentra primero en el mundo del teatro y el cultivo de sus relaciones amorosas, para más adelante, una vez formado de manera integral, templar su yo con la entrega a los trabajos más comunitarios, es el que escapa al trabajo capitalista, que tiende a crear individuos especializados e inarmónicos, porque “it serves not man, but rather (say Schiller and the Abbe in Meister) the ‘god of profit’¹⁵¹”.

Si bien al final de la novela, Wilhem se autosomete a un proceso de contrición, orientándose a realidades comunes de interés social y olvidándose del egocentrismo narcisista de su actuar hasta entonces. Llega incluso a autoflagelarse con frases como ésta: “Sé que he conseguido una dicha que no merezco y que no cambiaría por nada del mundo”¹⁵². Los años de aprendizaje del “individuo” burgués, constreñido por límites como la familia, el estado y la sociedad burguesa, conforman el espoletazo de salida de la *Bildungsroman* por excelencia. Su proceso de crecimiento pasa por establecer una conciencia crítica respecto a la sociedad burguesa, pero en última instancia, tal como sucede en el *Wilhem Meister*, como formula Hegel en palabras de Miguel Salmerón, “el proceso culmina con la asimilación del sujeto a las relaciones existentes y su entrada en

¹⁵⁰ Von Humboldt, Wilhem. *The Sphere and duties of Government*, trans. J. Coulthard, London 1854, pp.27-28. Citado en: Moretti, *ob.cit.*, p.30

¹⁵¹ Moretti, *ob.cit.*, p.31

¹⁵² Wolfgang von Goethe, Johann. *ob.cit.*, p.692

la cadena del mundo”¹⁵³. Hegel llega incluso a meter el dedo en la llaga de ese proceso de maduración alegando que Wilhem “se hace filisteo al igual que los otros”¹⁵⁴.

Este proceso de maduración e integración no existe en la trama del buscavidas, porque su germen narrativo no es una historia de formación espiritual en el seno de la comunidad burguesa, sino de resistencia a una deformación laboral que implica todo un sistema de valores al que su identidad fuertemente desarrollada se niega de manera absoluta e innegociable. La especificidad del buscavidas radica en esa extraña paradoja: por una parte, desprecia el sistema de valores de la sociedad capitalista, encarnada de manera virulenta en sus dinámicas laborales, pero por otra parte, no puede darle la espalda como *Wilhem Meister* en aras de su propia formación, sino que se ve obligado a experimentarlo plenamente. Ignatius observa de manera paranoide que “duda que haya alguien dispuesto a contratarle”, cuando su madre le obliga a trabajar para pagar los costes del accidente : “Los patronos perciben que yo rechazo de sus valores – dio una vuelta en la cama y continuó – Me tienen miedo. Sospecho que se dan cuenta de que me veo obligado a actuar en un siglo que aborrezco”¹⁵⁵. Pero más adelante matiza este desprecio con una estrategia sibilina, en que podemos encontrar el principal atractivo de los personajes buscavidas, su condición de caballo de Troya, de asalariado nihilista en una empresa cuyos valores desprecia: “Quizá se me ocurran algunas ideas valiosas que puedan beneficiar a mi patrón. Puede que la experiencia de a mi pensamiento una nueva dimensión. Y , con ello, a mi obra. El introducirme activamente en el sistema que critico será en si mismo una interesante ironía”¹⁵⁶. En resumen, el buscavidas se asienta en el corazón de la explotación laboral capitalista, sufre sus efectos y los critica desde dentro, mientras que a Wilhem, el protagonista de la Bildungsroman por excelencia, le es dado alejarse de ese mundo alienante y criticarlo desde fuera mientras se forma en las esferas nada alienantes del amor y el arte.

¹⁵³ Hegel, Georg Wilhelm Friedrich. *Ästhetik* (1842) con introducción de Georg Lukacs, Francfort, Europäische Verlagsantalt, 1965. p.567. Citado en: Salmerón, *ob.cit.*, p.48

¹⁵⁴ Hegel, Georg Wilhelm Friedrich. *Ästhetik* (1842) con introducción de Georg Lukacs, Francfort, Europäische Verlagsantalt, 1965. p.568. Citado en: Salmerón, *ob.cit.*, p.48

¹⁵⁵ Kennedy Toole, *ob.cit.*, p.59

¹⁵⁶ Kennedy Toole, *ob.cit.*, p.61

Sigamos examinando la tradición alemana de la Bildungsroman para entender más a fondo hasta qué punto el buscavidas se embarca en otro tipo de aventura espiritual que no nos permite entenderlos dentro de una novela de formación tradicional. Heinrich *Von Ofterdingen* (1802), de Novalis, narra la formación de un poeta romántico que no conoce la crudeza del mundo ni quiere participar activamente en su sistema laboral. Como dice Heinrich de unos mercaderes, con militante platonismo, su alma no sabía “ceder ante el atractivo de una callada contemplación de las cosas”¹⁵⁷. En su opinión, el Meister de Goethe, al abjurar de a sus facetas más creativas y regresar al seno de burguesía, se había quedado en “una peregrinación en busca de un título nobiliario”¹⁵⁸. Mediante su Heinrich, Novalis buscaba ultimar un ideal de formación soñadora que no pactase ningún límite entre su yo y el mundo. En opinión de Heinrich, había “dos caminos para llegar a la historia de la ciencia humana: uno, penoso, interminable y lleno de rodeos; y el otro que casi es un salto, el camino de la contemplación interior”¹⁵⁹. Aunque en mi opinión, este posicionamiento romántico es más burgués aún que el de Goethe, porque dicha concepción liberada del espíritu sólo puede nacer de la utopía o de la abundancia material, y está definitivamente alejado del nihilismo jornalero del buscavidas. Su negativa a participar en la realidad resta vigor social a su crítica, fuera de la clásica polarización romántica entre la vulgar realidad y el vasto sueño, en que un espíritu romántico puede abandonarse al disfrute de sí mismo y cerrar los ojos a la evidencia de la necesidad. Nada que ver con el buscavidas, que si bien es crítico con el sistema, lo es sin embargo contra las cuerdas de una sociedad que no le permite hacer esa misma valoración antiburguesa y gozar de la independencia de su espíritu, ya que se ve obligado a trabajar y encajar los golpes más bajos del sistema. Por eso, la crítica de un buscavidas como Chinaski, por ejemplo, no puede respirar ese olor de santidad y platonismo que anhela el Heinrich de Novalis, sino que destila el nihilismo de los bajos fondos, fruto del cansancio de un sistema alienante, y unas necesidades acuciantes, que conoce con demasiada intimidad. En una mañana especialmente desalentada, Chinaski llega a confesar:

¹⁵⁷ Novalis, Heinrich von Ofterdingen (1804), Himnos a la noche. Enrique de Ofterdingen, traducción y edición de Eustaquio Barjau, Madrid, Editora Nacional, 1975, p. 170. Citado en: Salmerón, *ob.cit.*, p.122

¹⁵⁸ Bahr, Ehrhard. (ed.), *Materialen zu Johan Wolfgang von Goethe Wilhelm Meister Lehrjahre*, Stuttgart, Reclam, 1982. Citado en: Salmerón, *ob.cit.*, p.128

¹⁵⁹ Novalis, *ob.cit.*, p.84. Citado en: Salmerón, *ob.cit.*, p.126

“No conseguí levantarme para leer las ofertas de trabajo. La idea de sentarme enfrente de un hombre sentado detrás de un escritorio y contarle que deseaba un trabajo, que estaba capacitado para hacer ese trabajo, era demasiado para mí. Francamente, estaba horrorizado de la vida, de todo lo que un hombre tenía que hacer sólo para comer, dormir y poder vestirse. Así que me quedaba en la cama y bebía”¹⁶⁰.

La trama de Novalis parece avenirse con la postura de Dilthey, un teórico que ligó con especial énfasis, en su interpretación de la Bildungsroman, el destino del individuo con el de la comunidad burguesa. Nada más alejado que las tesis de Dilthey y la trama de Novalis que la crudeza del conflicto laboral que el buscavidas mantiene con una sociedad laboral alienante. Dilthey llegó al punto de considerar que en este género de novelas, como señala Miguel Salmerón, la formación del protagonista respondía a “la realización nacional de un ideal de formación en el estado prusiano”¹⁶¹. Por esa misma razón, si las corrientes filosóficas más importantes de la intelectualidad alemana del momento eran el idealismo trascendental y el idealismo objetivo, Dilthey consideraba, en tanto en cuanto reflejo de la primera, que el género de la Bildungsroman debía estar marcado por esa fuerte impronta filosófica. Es por ello que este tipo de novelas, aún representando la controversia yo-mundo, no reflejaban “el mundo completo con todas sus deformaciones, ni la lucha de las bajas pasiones por la vida; lo áspero de la vida quedaba apartado”¹⁶².

Es curioso hasta qué punto parece olvidarse Dilthey con esta declaración tan contundente de que la novela de Karl Philipp Moritz había sido la primera Bildungsroman, en la que “lo áspero de la vida” empapa de amargura todas meditaciones de Anton Reiser. Resulta un síntoma evidente de que tanto la definición teórica como la praxis literaria del Bildungsroman, como decíamos más arriba, se estructuraron más bien en torno al modelo brindado por Wilhem Meister, mientras que Anton Reiser, mediante su pionero retrato de una explotación laboral sobre una identidad alienada, parece avenirse mejor con la literatura del s.XX que nutre la figura del buscavidas. Así, Dilthey no parece tener muy en cuenta el desconsuelo de un Anton adolescente cuando ha de cargar a las espaldas una pesada banasta llena de sombreros, siguiendo a su arrogante dueño, cosa que “le abatió por completo los

¹⁶⁰ Bukowski(2007), *ob.cit.*, p.57

¹⁶¹ Salmerón, *ob.cit.*, p.50

¹⁶² Dilthey, Wilhem. *Leben Schleiermachers*, Berlín: Walter de Gruyter, 1870, p.XI. Citado en: Salmerón, *ob.cit.*,50.

ánimos, haciéndole la carga mil veces más pesada. Creyó hundirse bajo tierra, de fatiga y de vergüenza, antes de haber llegado con su carga al lugar de destino”¹⁶³. En todo caso, según la interpretación de Dilthey, la naturaleza de la Bildungsroman se constituiría desde un espíritu netamente filosófico. Es decir, de manera diametralmente opuesta a lo que sucede con la experiencia del buscavidas, que conoce la aspereza de la vida en sus propias carnes y no tiene una perspectiva tan solipsista, burguesa y enriquecedora sobre su vida interior, sino una personalidad que se desarrolla en oposición batalladora al mundo exterior, desarmando mediante un estilo de vida vagabundo y anárquico las emboscadas laborales de la sociedad que pretende alienarle. En la primera entrevista de trabajo que relata, con la descarada y parlanchina sinceridad que le caracteriza, Simon Tanner hace una apología moral de semejante estrategia de vida, de un nomadismo superviviente al sacrificio alienante que implican ciertos trabajos, al asegurarle al librero que ha de contratarle:

“De todos los puestos donde he estado – prosiguió el joven – me he marchado pronto porque no me apetecía derrochar mis energías juveniles en la estrechez y el letargo de las copisterías, aunque en opinión de todos se tratara de las más prestigiosas, como son las oficinas bancarias, por ejemplo. Jamás me han expulsado de ningún lugar hasta la fecha; siempre me he marchado por el mero placer de dejar puestos y oficios, que si bien prometían carrera y sabe Dios qué otras cosas, me habría matado de haberme quedado en ellos”¹⁶⁴.

Esta misma línea de formación diltheyana llega al paroxismo solipsista con *El Verano tardío*(1857), de Stifter, en que se nos presenta un claro caso de formación completamente alejada de la realidad. El autor señala en un ensayo recogido en sus obras completas: “La libertad consiste en que todos puedan llevar a cabo sus potencialidades de perfección humana con seguridad y sin temor a ser perturbados”¹⁶⁵. Bajo el albur de esta definición, Heinrich, hijo de un hombre de negocios que quiere ahorrar a su hijo las ocupaciones que impiden bramar al “dios que está dentro del hombre”¹⁶⁶, es educado por preceptores privados en una serie de materias y valores orientadas hacia lo eterno, lo permanente y lo esencial. Es una novela totalmente

¹⁶³ Moritz, Karl Philipp. *Anton Reiser*. Madrid: Editorial Pretextos, 1998, p.111.

¹⁶⁴ Walser, *ob.cit.*, p.13.

¹⁶⁵ Stifter, Adalbert. “Wer sind die Feinde der Freiheit?” en *Der Wiener Bote*, n° 86, 26 de mayo de 1849, en *Sämtliche Werke.*, ed.cit., tomo 16, 3ª secc., p.97. Citado en: Salmerón, *ob.cit.*, p.144

¹⁶⁶ Carta de Stifter en 1854. Publicada en: Krökel, Fritz. “*Nachwort zu Adalbert Stifter, Nachsommer*”, Munich, DTV, 1977, p.742. Citado en: Salmerón, *ob.cit.*, p.140

exenta de problemas, en los que no hay soluciones ni pactos con la realidad, porque no hay conflictos, y en la que el solipsismo brilla, en palabras de Salmerón, como “la forma estética que recibe el bastante más prosaico sueño del burgués de convertir a su propio hijo en rentista”¹⁶⁷. Nada más alejado, insisto, de la relación tremendamente conflictiva, que el buscavidas mantiene con el sistema laboral contemporáneo, agudizada por su amor a la libertad y su sujeción inescapable a las necesidades. En ese sentido, la figura del buscavidas enraiza más con la tradición minoritaria de la Bildungsroman que encabeza el Anton Reiser, en que un personaje con vocación artística acusa las desventajas de la pobreza.

Podemos encontrar un ejemplo interesante de esta tradición en *Enrique el Verde*, de Gottfried Keller, más ligado al mundo del trabajo, pero que sin embargo se distingue de la figura del buscavidas porque la historia de su vocación artística está escrita en clave de arrepentimiento, tachando su juventud entera, preñada de inquietudes artísticas y marcada por el desinterés por las necesidades económicas de la familia, de un acto de diletantismo. Tras la muerte de su padre cuando sólo cuenta cinco años, Heinrich es educado por su madre. En la escuela, intenta superar su discriminación por la pobreza haciendo uso de sus facultades imaginativas, pero acaba siendo expulsado por esa misma razón. Este desplante idealista a las imperiosas leyes de una vida práctica se repite peligrosamente en la historia de formación de Heinrich, que prefiere seguir su carrera artística de pintor, aún cuando no tiene un verdadero talento para ello, y explorar su educación sentimental, aún cuando su madre está en trances de fallecer, antes que preocuparse sinceramente por los aspectos importantes de la vida práctica. Pero mientras se forma en Munich, el fracaso de sus exposiciones y la penuria económica que pasa aceleran su convencimiento de que su vocación ha sido un engaño. Un momento de especial humillación se produce cuando se ve obligado para subsistir a pintar mástiles de banderas para un cortejo real. Finalmente, cuando su madre muere y él no llega a tiempo para verla, se produce su conversión, y Heinrich abandona toda pretensión artística para ser funcionario y alcanzar una cierta comodidad burguesa. La historia de Heinrich, que sí conoce de primera mano un trabajo alienante, ostenta sin embargo una diferencia fundamental con la personalidad que el buscavidas: su historia está escrita en clave de escarmiento, la muerte de su madre actúa como un poderoso chantaje emocional y el sentimiento de culpa acaba de trastornar definitivamente la

¹⁶⁷ Salmerón, *ob.cit.*, p.144.

poca sinceridad que residía, como bien comprende el lector desde las primeras páginas, en su vocación artística.

El buscavidas, como veremos más adelante, no aspira a ningún pacto de madurez con la sociedad y su disidencia es más radical, porque no se refugia en la coartada de la vocación artística, sino en su mero rechazo a las espurias posibilidades de realización individual en una sociedad que considera alienante (incluida esa sinecura funcional en la que Heinrich acaba claudicando como un mal necesario). En ese sentido, uno de los principales rasgos del buscavidas es su falta absoluta de ambición social. Es por ello que, a diferencia de Heinrich Lee, es un personaje que no escarmienta, un personaje que se alegra, como dice Simon Tanner, de “echar decorosamente la vida por la borda”, y es capaz de resistir los trabajos más duros sin el remordimiento capcioso que padece Heinrich Lee, que esperaba un desenlace más elevado a su coqueteo con el arte. Así, veremos a Bardamu trabajando en una fábrica de Ford, a Ignatius de vendedor de salchichas callejero, a Simon de criado de un niño parapléjico y retrasado, a Chinaski carcajeándose enloquecidamente en una cadena de montaje, sin que la dureza de estas experiencias, y otras peores, provoque ese acto de contrición y madurez que les haga renegar de sus aspiraciones a una identidad más plena de las que ofrece la sociedad burguesa. Simon expresa este coraje con cajas destempladas al decirle a uno de sus patrones:

“En sus oficinas, de las que tanto bombo se hace, en las que tantos quisieran trabajar, no se habla nunca de cómo evoluciona un hombre joven. Me importa un rábano gozar de la ventaja que supone un sueldo mensual fijo. Sería una forma de decaer, de embrutecerme, de acobardarme, de anquilosarme (...) No puedo encontrar atractivo en eso de marginarme totalmente del mundo sólo por no hacerse fama de persona descontenta y difícil de emplear. ¡Qué grande es en ese sentido la tentación del miedo, y qué pequeño el señuelo de liberarse de ese miedo lamentable!”¹⁶⁸.

Aunque en ese sentido la falta de ambición del buscavidas parezca un tanto bravucona, es una bravuconada que se hace respetar, en tanto en cuanto resulta realmente peligrosa para su propio bienestar. En *La senda del perdedor*, Chinaski también confiesa esta falta absoluta de ambición, asumiendo de entrada todas las consecuencias que ello pueda acarrearle sin sentir ningún asomo de temor o remordimiento:

¹⁶⁸ Walser, *ob.cit.*, p.38

“Pensar en ser un abogado, concejal, ingeniero, cualquier cosa por el estilo, me parecía imposible. O casarme, tener hijos, enjaularme en la estructura familiar. Ir a algún sitio para trabajar todos los días y después volver.(...)¿Acaso los hombres nacían para soportar todas esas cosas y luego morir? Prefería ser un lavaplatos, volver a mi habitación y emborracharme hasta dormirme”¹⁶⁹.

Al no admitir que un proceso de formación o socialización pueda adjudicarle un rol no alienante en la comunidad, el buscavidas no ambiciona reconciliarse con los valores del espíritu capitalista burgués, y por tanto, está condenado a vagar por los arrabales de la sociedad, de tal manera, que en la imaginación del lector, su final parece avanzar hacia una zona de máxima intemperie, un final que coquetea con la mendiguez, la explotación, la locura y la muerte.

Para redondear esta serie de referencias a la Bildungsroman alemana, concluiremos con una nueva obra, que reproduce este polémico diálogo entre el poeta burgués y el trabajador burgués, polarización clásica en la Bildungsroman decimonónica alemana. De manera más explícita aún, con *La Edad del Pavo* de Jean Paul, se propina un fuerte varapalo a la existencia puramente estética de los Heinrich de Novalis y Stifter. En *La Edad del Pavo*, Van der Kabel, un rico burgués, lega su fortuna a Gottwalt Peter Harnish, hijo predilecto del alcalde de Elterlein, un joven sumido en la pobreza material pero lleno de riqueza espiritual y bondad. Sólo tiene un fallo: es poeta. Pensando en su bien, Van der Kabel le impone a Gottwalt nueve condiciones que, en teoría, le curarán de la poesía y le convertirán en un respetable, capaz y laborioso burgués. Walt, agradeciendo el desahogo económico que le supone esta situación, cumplirá las condiciones con ayuda de su hermano Vult, hijo no predilecto de la familia, flautista y volatinero, que a causa de su desacuerdo radical con la familia se había marchado a vagar en libertad por el país, viéndose obligado a divertir y agrandar a los poderosos para ganar su sustento. Cuando regresa, se muestra como un verdadero hombre de acción, no acariciado por el destino, que por consiguiente ha perdido su confianza en los hombres y se ve incapaz actuar socialmente entre ellos. Al final de la novela, el protagonista Walt, objeto del proceso de formación, se convertirá en un respetable burgués gracias a los talentos de su hermano, aún a costa de perder todo interés como poeta, mientras que su antagonista Vult abandonará su tierra natal para siempre.

Es interesante pensar que en cierto modo, Vult, como personaje activo que protagoniza un suicidio libertario hacia la inexistencia social, prefigura más el tipo del buscavidas

¹⁶⁹ Bukowski, *Charles. La senda del perdedor*. Barcelona: Anagrama, 2008, p.192

que el mismo protagonista de la novela. El protagonista, en cambio, no deja de estar inserto en la tradición típica de este tipo de protagonistas, en sus dos opciones fundamentales: o bien el poeta corrige su vocación libertaria y se entrega a la sociedad burguesa (Wilhem Meister, Gottwalt, Enrique el Verde) o bien el poeta puede permitirse el lujo de obviar la sociedad burguesa y su imperiosa ley de necesidades como por arte de ensueño (Heinrich Lee, Heinrich Drehndorf). Pero Vult, el hermano de Gottwalt, que mantiene su arte a costa de desaparecer, prefigura el lugar intermedio donde echará raíces la figura del buscavidas: un poeta a ras de suelo, que no culmina un proceso de maduración ni llega a firmar ningún pacto definitivo con la sociedad burguesa. Mientras su ansia de plenitud y su temor a la necesidad sigan polarizando su identidad sin encontrar una solución intermedia, el buscavidas seguirá siendo una criatura paradójica, marginada en su vida exterior pero libre en su vida interior y expuesta a las inclemencias de la vida.

Partiendo de las novelas referidas, me parece evidente que el posicionamiento nihilista del buscavidas se desmarca del espíritu tradicional burgués de la Bildungsroman, cuya “formación” o “socialización” actúa como un principio poético que acota de manera determinante la estructura de la obra, con su disidencia inicial y su pacto de integración final. El buscavidas no atraviesa dicho estado de formación, porque las experiencias laborales que atraviesa suponen más bien un intento de “deformación” al cual se resiste con todas sus fuerzas. Pero además, si entendemos aquí el término “espíritu burgués”, no tanto en el sentido histórico-económico de clase explotadora que le atribuye el marxismo, sino en un sentido antropológico más amplio, como la designación más adecuada de cierta meta de intereses y aspiraciones, alcanzables mediante la movilidad social, que unía en una misma dirección a todos los miembros de una comunidad, insisto en que el buscavidas no cuenta con ese espíritu burgués, con esa ambición por ascender y labrarse una carrera, mientras que el protagonista de las novelas de formación no pretende quedar definitivamente desclasado y suele abjurar de su proceso de formación si este pone en peligro su pertenencia del espíritu burgués. Ignatius, que es muy consecuente en su vagancia misantrópica, prefiere ser un paria absoluto antes que aspirar a cualquier privilegio de una sociedad que desprecia. Cuando Jones, un camarero negro explotado por un salario misérrimo en un bar, heredero simbólico de los afroamericanos esclavizados en las plantaciones, le expresa su humilde deseo de encontrar un buen empleo remunerado, Ignatius le lanza una

severa reprimenda: “En otras palabras, lo que usted quiere es convertirse en un perfecto burgués. Les han lavado el cerebro a todos ustedes. Supongo que les gustaría convertirse en un hombre de éxito, en un triunfador, o algo igual de ruin”¹⁷⁰. Ignatius, nadando en una contracorriente absoluta a las aspiraciones del espíritu burgués, llega incluso a expresar su admiración por “el terror que son capaces de inspirar algunos negros en los corazones de algunos miembros del proletariado blanco y sólo desearía (ésta es una confesión muy personal) poseer la misma capacidad de aterrar”¹⁷¹. La terrible comicidad del buscavidas estriba en que su “yo” es profundamente intelectual y artístico, pero se ve acorralado en un mundo donde el ser humano es alienado en la condición de mero recurso económico y pierde todo interés en hacer un uso efectivo de su ciudadanía burguesa, de sus aspiraciones al ascenso social. Simon Tanner sabe que la alienación que sufre en sus ínfimos empleos no es sino una alienación “refleja” que se reproduce de modo análogo en las clases más acomodadas, porque la alienación fundamental reside en el fondo, en nuestra inescapable necesidad del trabajo como vía de expresión o supervivencia individuales: “Creían necesario cortejar y adular al administrador y a su secretario para obtener el anhelado empleo. Era más o menos como cuando una trailla de perros adiestrados salta en pos de una salchicha atada a un hilo que sube y baja todo el tiempo, y cada uno se imagina que el otro no tiene derecho a intentar atraparla, aunque no puede aducir motivos a favor de su tesis. Así se gruñían unos a otros por el privilegio arrebatado al vuelo, exactamente como en el gran mundo del comercio, la cultura, el arte y la diplomacia, donde las cosas no ocurren de modo muy distinto, aunque sí con un grado más de astucia, presunción y refinamiento.”¹⁷²

Por tanto, estoy de acuerdo con Miguel Salmerón cuando dice: “El héroe prototípico de la novela de formación es burgués, pasivo, ocioso y observador. Su situación económica es lo suficientemente desahogada como para despreocuparse de su sustento, pero no es tan opulenta como para convertirlo en alguien socialmente relevante”¹⁷³. Pero el buscavidas, precisamente porque nos retrata las penurias del sistema, no representa la voz del burgués disidente, más o menos integrado, sino la del empleado forzoso de la sociedad laboral moderna, que mantiene una relación de fugitivo nihilista con todo su sistema de valores. Es por ello que no asiste a su propia formación en los

¹⁷⁰ Kennedy Toole, *ob.cit.*, p.279.

¹⁷¹ *Ibid.*, p.124

¹⁷² Walser, *ob.cit.*, p.228.

¹⁷³ Salmerón, *ob.cit.*, p.165

más diversos trabajos, como diría Salmerón, como un espectador “burgués, pasivo, ocioso y observador”, sino que se da la fuga de los trabajos cuando su explotación es demasiado lamentable, o reacciona con impulsos de autodestrucción social cuando percibe que su identidad está en peligro de disolverse en el espíritu burgués y ascender socialmente, que sería la disolución más baja de todas. Vive su periplo laboral en un estado de resistencia activa, con un yo excepcionalmente desarrollado, que no atraviesa experiencias “formativas” sino que desecha experiencias “deformativas”. El conflicto del buscavidas no se plantea en términos de disyuntiva moral y económica, que se puede solucionar mediante un proceso de maduración y un pacto final con la sociedad, sino en términos de primacía o disolución absolutas de su identidad.

Por tanto, en mi opinión, la única subtradición de novelas de formación en que podríamos clasificar al buscavidas, sin cometer un acto de violencia interpretativa, es aquella vinculada específicamente al mundo del trabajo, como *Oliver Twist*, *Anton Reiser* o algunos pasajes vinculados específicamente al lado más crudo y alienante del mundo del trabajo, como el mencionado pasaje de los banderines pintados en Enrique el Verde. Pero aún respecto a estos ejemplos, las novelas con buscavidas recogen como sugería más arriba, otro tipo de estructura, que tiene que ver con el hecho de que la “formación” no actúe en ellas como el motor que condiciona la trama de la novela.

Las novelas de formación narran, mediante el seguimiento biográfico del personaje, desde su infancia o juventud hasta su madurez, la formación de un carácter en el seno de una comunidad, su proceso de socialización y moldeamiento. En el caso del buscavidas, no se trata tanto de narrar la biografía que subyace a la formación progresiva de un carácter en una comunidad, sino la de observar un carácter imposible de moldear, formado ya en un agresivo desencanto contra el mundo, marcado por una aversión irreconciliable a los imperativos laborales de la sociedad. Pese a su relativa juventud, el carácter del buscavidas ya está suficientemente formado como para prefigurar su destino, el de la colisión perpetua con los imperativos de esa sociedad con la que no puede aspirar a ningún pacto de madurez. La novela de formación tradicional, como el *Wilhelm Meister*, narra las peripecias biográficas del personaje y su ingreso final, más o menos frustrante, más o menos alentador, en la sociedad.

Por el contrario, si examinemos el punto de partida de algunos buscavidas, nos damos cuenta de que ya está irremediamente formado en una suerte de adolescencia crónica. El hilo conductor de la obra no puede ser la formación de su carácter en una

comunidad, sino las contraindicaciones de éste con los preceptos de la sociedad burguesa. Toda la comicidad del personaje se deriva precisamente de la colisión de ese carácter contra un mundo que le exige una estabilidad que él no está dispuesto a brindarle. Henry Chinaski es un borracho nihilista, que sólo aguanta un trabajo por necesidad y contempla cualquier proceso de socialización laboral como una amenaza a combatir con todas fuerzas de su espíritu esquivo y su hígado maltrecho. En la senda del perdedor declara: “Deseaba algún lugar en qué esconderme, algún sitio donde no tuviera que hacer nada. El pensamiento de llegar a ser alguien no sólo no me atraía sino que me enfermaba”¹⁷⁴. De modo igualmente categórico, pero llevado al paroxismo por la alegoría, procede Ignatius Reilly al denunciar el siglo que le ha tocado vivir como corrupto y lamentar “ el destino malévolamente al que me enfrento: la perversión de tener que ir a trabajar”¹⁷⁵.

Desde el punto de vista teórico, Blanckenburg fue el primero en señalar que la Bildungsroman no hacía sino narrar “todas las circunstancias por las que el protagonista ha llegado a ser lo que es”¹⁷⁶. Jacobs, otro teórico que se ha ocupado extensamente del género, indica, en palabras de Salmerón, que la trama de la Bildungsroman “transcurre a modo de curva vital de un solo sentido con la tendencia final hacia la armonía y el equilibrio” en el que “una historia de desilusión se convierte en una historia de formación”¹⁷⁷. En la trayectoria del buscavidas, no podemos percibir esta “curva vital de un solo sentido” ni este seguimiento formativo de sus “circunstancias” porque sus andanzas se enhebran más bien en una espiral repetitiva, en un eterno retorno del trabajo al paro, del que apenas aciertan a sacar otra lección de vida que una amenaza postergada: el sistema puede esperar a que se cansen, al final se verán acorralados en un trabajo, entre su amor a la libertad y el temor a sus necesidades. En ese sentido, también el *Anton Reiser* se desmarca paradójicamente de la tradición de la Bildungsroman que contribuyó a forjar, acercándose más a la estructura existencial de las novelas con buscavidas, porque como indica Gustavo Salmerón acerca de su estructura, “es monótona de resultados de analizar hasta la náusea la represión y la

¹⁷⁴ Bukowski(2008), *ob.cit.*,p.132.

¹⁷⁵ Kennedy Toole, *ob.cit.*, p.40.

¹⁷⁶ Blanckenburg, Friedrich von. *Versuch über den Roman*, Ed. de Eberhard. Lämmert, p.68. Citado en: Salmerón, *ob.cit.*, p.45

¹⁷⁷ Salmerón, *ob.cit.* p.56.

martilleante y reiterativa repercusión de la misma en el individuo”¹⁷⁸. Pero ese reinicio en el fracaso, que crea una rara sensación de monotonía viajera, de estancamiento existencial para preservar lo humano que brilla en su interior, es al mismo tiempo el principal coraje de la figura del buscavidas. Aunque lo intente, no logra narrarse hacia el futuro en una suma de experiencias que alimentan el progreso de su espíritu. Más bien es cíclicamente martilleado por un sistema en que sus aspiraciones no tienen cabida, devuelto experiencia tras experiencia a una tabula rasa en que su espíritu se ve obligado a comenzar de cero, aún so pena de desaparecer del todo. Como le dice su hermana a Simon el día de su despedida: “¿No tienes de verdad más cosas que las que caben en esta maletita? Eres realmente pobre. Una maleta es toda tu casa en este mundo. Hay en esto algo extraordinario, pero también lamentable”¹⁷⁹.

Por eso, el buscavidas experimenta su yo de una manera especialmente agresiva, sin ese final tendente a la “armonía” al que aludiera Jacobs, mediante el cual se culmina la maduración de yo en el mundo en las novelas de formación tradicionales. Es decir, debe claudicar e integrarse, lo cual exige que dichas novelas estén marcadas en el fondo por cierta “debilidad y pasividad del héroe que exige una postura narrativa irónica”¹⁸⁰. Esta debilidad brilla por su ausencia en el buscavidas, que si bien no acostumbra a tener mucho dinero, tiene un ego absolutamente hipertrofiado por su lucha con el sistema. En este toma y daca con el sistema, el buscavidas se las ingenia sin embargo para sobrevivir, e incluso, para tener una conciencia más plena de su identidad, ya que al no dejarse sojuzgar por él, sale reforzado en su identidad de los conflictos, si bien cada vez más magullado, en un equilibrio más inestable.

Tal vez no sea peregrino recordar, Como indica Gustavo Salmerón, que la Bildungsroman es “un género veladamente autobiográfico”. Creo que se puede deducir de algunos ejemplos citados, como *Wilhem Meister* o *Anton Reiser*, la transparencia biográfica del propio autor, proyectado en su personaje, al escribir su pacto de madurez con el mundo. Si aplicamos esa misma lógica a los autores de las novelas con buscavidas, nos damos cuenta de que su desenlace no tiene las proporciones áureas de un pacto con la comunidad. Bukowski conoció un éxito tardío a partir de los 50 años,

¹⁷⁸ Salmerón, *ob.cit.*, p.105

¹⁷⁹ Walser, *ob.cit.*, p.147.

¹⁸⁰ Jacobs (1972), *Wilhem Meister und seine Brüder*, München, Fink, 1972, pp.100-101, p.25. Citado en: Salmerón, *ob.cit.*, p.56.

pero el mismo Chinaski se extraña de su victoria pírrica, desolado ante el espejo, después de todo: “Entré en el baño y contemplé mi cara. Horrible. Me quité algunas canas de la barba y algo de pelo de alrededor de las orejas. Hola, muerte. Pero he vivido casi seis décadas. Te he dado tantas ocasiones de atraparme que hace ya tiempo que debería estar en tus manos”¹⁸¹. Por su parte, Kennedy Toole acabó suicidándose a los 30 años tras fracasar en la publicación de su conjura, en un turbio gesto de reproche a esa sociedad en la que su yo no estaba destinado a encajar, recogido en la cita de Jonathan Swift que abre su novela: “Cuando en el mundo aparece un verdadero genio, puede identificársele por este signo: todos los necios se conjuran contra él”¹⁸². El desencanto visceral de Celine acaba desembocando en la caricatura grotesca que representa su apología del nazismo y Robert Walser vivió los últimos 20 años de su vida en un manicomio.

Tal vez por ello, son personajes que tienden a desembocar en novelas con finales sumamente abiertos, porque las magulladuras de su lucha se hacen más evidentes que en las novelas de formación tradicionales, al no haber reservado ningún destino burgués a su disidencia, ninguna moraleja de hijo pródigo. Así, al final de las respectivas novelas en que aparecen, Ignatius Reilly escapa de los enfermeros que pretenden ingresarle en un manicomio, Bardamu parece querer mudarse, una vez más, de la sinecura que había encontrado en un sanatorio mental de la burguesía, Simon Tanner encuentra consuelo provisional en los brazos de una mujer que le resguarda de la peligrosa cercanía del invierno, Chinaski sigue emborrachándose y ocupando todos los trabajos por espacio de un mes y Karl Rossman (que no es un buscavidas, pero en este caso, comparte su incertidumbre final) vaga hacia la aventura abismalmente abierta que le depara su currículo no cualificado en el gran teatro de Oklahoma,; esto es, ninguno de ellos firma un pacto con el mundo, ninguno de ellos vive su fobia contra el sistema como una ínfula de juventud, como una edad del pavo (título de la novela de formación de Jean Paul) , sino como un temor a que su identidad se vea irreversiblemente alienada, un temor, una resistencia, un estoicismo de final utópico e incierto, que se convierte en el desenlace abierto y angustioso de la obra.

¹⁸¹ Bukowski, Charles. *Mujeres*. Barcelona: Anagrama, 2009.

¹⁸² Kennedy Toole, *ob.cit.*, p.7

Capítulo III Inadaptación del buscavidas al sistema laboral capitalista

III.1. Un 'espíritu' no capitalista

En los siguientes capítulos, nos proponemos estudiar el modelo en que el capitalismo “educa” a sus asalariados, a contraluz de de la figura ‘maleducada’ del buscavidas. Pero antes de examinar los conflictos ‘materiales’ de nuestros personajes con el denominado régimen salarial, resultará muy revelador trazar una radiografía ‘espiritual’ de su carácter, de cara a comprender los motivos psicológicos que impiden su integración moral en el sistema laboral capitalista. A tal fin, el itinerario de este capítulo se ceñirá al ensayo clásico de Max Weber, “La ética protestante y el ‘espíritu’ del capitalismo”, en el que se ofrece una interpretación, desde un punto de vista antropológico y social, de los efectos que determinadas corrientes de la dogmática calvinista pudieron ejercer sobre la mentalidad capitalista incipiente, incluso antes, como el mismo Weber insiste en señalar, de que se revolucionaran tecnológicamente los modos de producción tradicionales. El sociólogo alemán fue muy preciso a la hora de señalar un aspecto de su ensayo con el que el espíritu de nuestra investigación comulga plenamente. Sus reflexiones no pretendían erigirse en una explicación unilateral del capitalismo, ya que consideraba banal reducir la inextricable riqueza de factores históricos que debieron influir en el nacimiento del capitalismo a un solo enfoque, ya fuera éste cultural, moral o tecnológico:

“no es nuestra intención sustituir una interpretación de la historia y de la cultura unilateralmente ‘materialista’ por otra espiritualista, igualmente ‘unilateral’. Ambas interpretaciones son igualmente posibles, pero con ambas se sirve igualmente poco a la verdad histórica, si pretenden ser la conclusión a la que llegue la investigación y no un trabajo previo para la misma”¹⁸³.

De modo análogo, a través de los dos capítulos en que se estructura este capítulo, se realizará una doble aproximación, ‘espiritual’ y ‘material’, a los conflictos que el buscavidas experimenta con el sistema laboral capitalista. El ensayo de Weber, al margen de su carácter más o menos concluyente, más o menos polémico, sobre la historia del capitalismo, sigue funcionando, en el plano puramente sociológico, como un interesante modelo descriptivo que recoge algunos de los rasgos más distintivos del

¹⁸³ Weber, *ob.cit.*, p.235

sistema laboral contemporáneo, con los que el buscavidas, como resultará interesante observar, colisiona abruptamente.

Antes de seguir adelante, me parece interesante recordar, como se puede deducir de las novelas estudiadas, que el buscavidas, a pesar de haber sido descrito desde cierta ‘épica’ de la resistencia, es un personaje eminentemente ‘cómico’, en cuyas actitudes parece resonar el eco de una angustiada carcajada que se resiste al proceso educativo capitalista. A tal efecto, me gustaría traer a colación la teoría del filósofo francés Henry Bergson, que entendía la comicidad como derivada de la rigidez de un individuo que reincide en sus propios vicios y a la risa, por el contrario, como una educadora social implacable¹⁸⁴. Estoy de acuerdo con Bergson en que la “risa” cumple cierta función educativa, que puede explicar la comicidad del rígido avaro de Moliere, las palizas que recibe la obsoleta moral caballeresca del Quijote e incluso el medievalismo impenitente de Ignatius Reilly. Pero me temo que en primera instancia, en el caso de las novelas estudiadas, no nos reímos del buscavidas, con cuya afición a la libertad simpatizamos de manera flexible y cordial, sino de la sociedad capitalista, cuya rigidez de planteamientos educativos, que reduce el trabajo a un proceso de estricto cálculo contable, convierte al ser humano en una caricatura de si mismo.

Nos hallamos pues, en el caso del buscavidas, ante una ‘educación’ o ‘socialización’ fallidas en los principios de cierta ‘ética’ capitalista, a la que el buscavidas se resiste en aras de una identidad que considera inalienable. Algunas ramas de la sociología han querido ver en los procesos de socialización, subrayando de forma demasiado unilateral su trascendencia, que el individuo nace exclusivamente de su fuerza moldeadora¹⁸⁵. El buscavidas, sobre cuya disidencia social ya hemos reflexionado al emparentarlo con otras literaturas del yo como la picaresca y la Bildungsroman, parece forjar su identidad, no tanto en el molde de un proceso socializador, sino precisamente en oposición al mismo, so pena de verse sometido a unas normas sociales que no comparte y, por consiguiente, alienado en un estilo de vida que su temperamento rechaza anárquicamente. Este rechazo marca con frecuencia al buscavidas con el estigma del

¹⁸⁴ Bergson, Henry. *La risa: ensayo sobre la significación de lo cómico*. Madrid: Alianza Editorial, 2008.

¹⁸⁵ Gorz hace este análisis en *Metamorfosis del trabajo*, citando, a tal efecto, un texto de Habermas: “La sociología sobrepasa así sus derechos, cuando comentando a Mead, Habermas escribe: “Es pues manifiesto que también la individualidad es un fenómeno generado socialmente, el cual es resultado del proceso mismo de socialización...Mead concibe la identidad personal, lo mismo que Durkheim, como una estructura que nace de expectativas de comportamientos socialmente generalizadas”. Gorz, *ob.cit.*, 225

‘asocial’, que privilegia su yo por encima de la sociedad con la que estaba destinado a convivir. Hannah Arendt señala que “Marx llama con frecuencia a esta naturaleza social del hombre su *Gattungswesen*, su ser miembro de la especie, y la famosa ‘autoalienación’ marxista es lo primero de todo alienación del hombre de ser un *Gattungswesen*”¹⁸⁶. Pero este egoísmo es hasta cierto punto disculpable, en el caso del buscavidas, si tenemos en cuenta que los procesos de socialización a los que se somete al asalariado en la sociedad capitalista no tienen en consideración la ‘felicidad’ del individuo, como señala Max Weber, sino única y exclusivamente la irracionalidad utilitarista de un sistema en el que se vive para trabajar, no se trabaja para vivir.

En efecto, lo que llama la atención de Weber en primer lugar es el motor irracional, desde el punto de vista de la felicidad individual, que desencadena todo el engranaje capitalista, un engranaje que se asienta en una entrega incondicional, estable y absoluta al trabajo, así como en “una actitud que aspira sistemática y profesionalmente al lucro por el lucro mismo, tal como lo expresó Benjamin Franklin en algunos de sus escritos de mediados del s.XVIII”¹⁸⁷. Weber observa con sagacidad que los primeros documentos que recogen muestras de lo que él llama “ética capitalista”, como los escritos del mismo Franklin u otras preceptivas morales de inspiración calvinista, o bien preceden a la eclosión tecnológica industrial o bien germinan en espacios, como la Pensilvania de mediados del XVIII, en que el desarrollo tecnológico se hallaba en un estado tan germinal que no bastaba a explicar, desde un punto de vista puramente material, el nacimiento de esa mentalidad capitalista enteramente nueva. Así pues, Weber enfoca su interés en rastrear el origen puramente cultural de dicha mentalidad y lo documenta a través de la influencia que la cultura religiosa de la reforma – especialmente, el calvinismo, y los credos que acusan su influencia, como el puritanismo, el metodismo o el pietismo – pudo ejercer en la psicología del individuo que pertenecía a las sociedades inmediatamente preindustriales. Weber era consciente de que su estudio podría parecer, en la época de su redacción, difícil de asumir desde el punto de vista puramente documental, ya que el capitalismo había sufrido un proceso de secularización irreversible. La mentalidad capitalista, si bien se había visto propulsada en sus orígenes por el ascetismo religioso, “hoy se ha salido de ese caparazón, quien sabe si definitivamente. El capitalismo victorioso, desde que tiene una

¹⁸⁶ Arendt, Hannah. *La condición humana*. Barcelona: Paidós, 2003, p.

¹⁸⁷ Weber, Prólogo de Joaquín Abellán, *ob.cit.*, p.17

base mecánica, ya no necesita de ese apoyo”¹⁸⁸. Podríamos considerar que esa ‘base mecánica’ cristalizará en los principios del régimen salarial que estudiaremos en el próximo capítulo, cuyo desarrollo, dominado por un utilitarismo económico hipertecnificado, ejercerá una influencia inescapable sobre la naturaleza misma del trabajo asalariado en las sociedades industriales. Pero en el ámbito de este capítulo, que estudia el capitalismo como ‘carácter’ y ‘espíritu’, nos interesa comparar el carácter del buscavidas con los preceptos morales que subyacen al sistema capitalista, para demostrar hasta qué punto, aún desasido de los condicionantes materiales en que se arraiga, la personalidad de nuestros personajes entra en contradicción, cómicamente ‘pecaminosa’, con el trabajador ascético ideal. Así pues, seguiremos a Weber en su profunda indagación de la moral ascética, a fin de “averiguar los impulsos psicológicos que marcaban la orientación de aquel modo de vida”¹⁸⁹ y entender la “afinidad electiva entre ciertas formas de fe religiosa y la ética profesional”¹⁹⁰, que el buscavidas violenta sistemáticamente con su estilo de vida libertario y hedonista, aún a costa de asumir con ello cierto suicidio social, porque como advierte ominosamente el sociólogo alemán: “El fabricante que actúe permanentemente contra estas normas es eliminado indefectiblemente desde el punto de vista económico, al igual que el obrero que no pueda o no quiera adaptarse a ellas se ve puesto en la calle como desempleado”¹⁹¹.

Dado que estamos estudiando el carácter del buscavidas, lo mejor será que a modo de índice sumario, enunciemos las características de su personalidad en oposición al ‘espíritu capitalista’, tal como analiza Max Weber, para luego ilustrarlas detenidamente en los siguientes capítulos. Nos centraremos en dos puntos, que analizaremos en los dos siguientes capítulos: la irracionalidad del sistema capitalista y su culto al concepto de profesión. Asimismo, tendremos en cuenta, en ambos, algunas prescripciones religiosas que inducen al individuo a un control riguroso de sus sentimientos, a fin de alejarle de una vida ociosa y viciosa. En primer lugar, pues, destacaremos que el buscavidas no comprende la irracionalidad de la economía capitalista. El sistema capitalista es irracional, según Weber, desde el punto de vista de la felicidad individual. Lo es porque

¹⁸⁸ Weber, *ob.cit.*, p.234

¹⁸⁹ *Ibid.*, p.111

¹⁹⁰ *Ibid.*, p.107

¹⁹¹ *Ibid.*, p.63

privilegia el utilitarismo económico, espoleado por un irrazonable afán de lucro, sobre la ‘felicidad’ del individuo, criterio que, a su entender, debería primar sobre cualquier consideración socioeconómica del sistema. El buscavidas también denuncia dicha irracionalidad, y se aleja consecuentemente del sistema capitalista, aunque ello signifique sobrevivir financieramente de manera muy humilde. Su relación con el dinero se aleja, asimismo, hacia los extremos del justo medio recomendado en las preceptivas morales de inspiración acética, ya que está incapacitado para ahorrar sus ganancias o las gestiona derrochadoramente si llega a disponer de ellas. En segundo lugar, nos centraremos en la relación del buscavidas con el trabajo, que es observado bajo el signo de una alienación forzosa y que, por tanto, rechaza cualquier culto al concepto del deber profesional. A tal fin, analizaremos el concepto protestante de “profesión” o “beruf”, que lleva aparejado, en la interpretación de Weber, un poderoso componente educativo y socializador en la cultura del trabajo, en la que el buscavidas no encuentra más que una erosión evidente de la propia identidad. En consecuencia, al considerar el tiempo de vida más enriquecedor que el tiempo de trabajo, el buscavidas considera alienantes e incluso, carcelarios, conceptos como la jornada laboral de ocho horas y alberga, por extensión, un gran sentido de la holganza, es decir, del tiempo libre en que el hombre paladea sus momentos más felices y ociosos.

III.1.A. 'Irracionalidad' y 'ascesis' del sistema capitalista

El ensayo de Weber parte una idea nuclear que en la literatura de su tiempo resultaba tan paradójica como atractiva. Existía constancia empírica, a través de estudios estadísticos de un discípulo de Weber, de que en países con población protestante y católica, los protestantes tenían una mayor vinculación con la economía industrial moderna y habían amasado mayores patrimonios. Varios estudios habían observado ya esa afinidad económica entre el protestantismo y el capitalismo, suponiendo que dicha fe religiosa, en abierta oposición al distanciamiento del mundo que propugnaba la mentalidad católica, forjó un espíritu más materialista y mundano que estimuló su mayor disponibilidad a las actividades económicas del mundo moderno. El análisis de Weber invierte ese enfoque completamente, al argumentar, mediante su concienzudo análisis de las preceptivas morales y religiosas, que la mayor implicación económica del protestantismo en el mundo industrial moderno era fruto precisamente de un control religioso más disciplinado sobre la vida del hombre. A tal efecto, Weber encabeza su análisis con varios fragmentos de Benjamin Franklin, epónimo americano de la moral calvinista, cuyas máximas morales ensalzan las virtudes de la actividad económica desde el punto de vista del utilitarismo:

“Piensa que el dinero es de naturaleza fértil y con capacidad de reproducción. El dinero puede generar dinero y el nuevo dinero puede generar más dinero y así sucesivamente. (...) Quien mata una cerda destruye toda su descendencia hasta el número mil. Quien mata una moneda de cinco chelines mata todo aquello que podría haber producido con ellos, columnas enteras de libras esterlinas”¹⁹².

En mi opinión, la lectura aislada de este fragmento produce un efecto vertiginoso, el de los espejos enfrentados que producen una multiplicación infinita y licenciosa del objeto reflejado. Sin embargo, Franklin procura cimentar ese ‘vértigo’ en una serie de máximas morales que lo alejan del multiplicador ‘afán de lucro’, que tradicionalmente había sido sancionado como poco honrado por la cultura de épocas pretéritas, pues veían en estas acumulaciones de hacienda una fuente ilícita de usura. Por el contrario, las máximas de Franklin invitan al individuo, ni mucho menos a disfrutar hedonistamente de tales riquezas, sino primero, a considerarlas “fértiles” criaturas de dios, que han de multiplicarse como todas las criaturas porque dios así lo ordena. Por

¹⁹² *Advice to a young tradesman*(1748), Works, ed. Sparks, Vol.II, p.87. Citado en: Weber, ob.cit., p.59.

tanto, del mismo modo que la moral ascética considera el sexo, única y exclusivamente en términos de reproducción, el empresario ha de considerar sus riquezas, no hacia el fin de su disfrute, sino como medio intachablemente ascético y religioso para la perpetuación y multiplicación de sus finanzas:

“Junto a la diligencia y la moderación, nada contribuye tanto a que un joven progrese en la vida como la puntualidad y la justicia en todos sus negocios. (...) Guárdate de considerar como propiedad tuya todo lo que poseas y de vivir según ello. En este error caen muchas personas que tienen crédito.(...)Si te esfuerzas en poner atención a los detalles, esto tiene el buen efecto siguiente: descubrirás como gastos muy pequeños aumentan hasta convertirse en grandes sumas y observarás lo que se podría haber ahorrado y lo que se puede ahorrar en el futuro”¹⁹³.

No olvidemos que Franklin fue un gran moralista de las finanzas, que en su autobiografía llega a listar las trece virtudes que le habían acompañado en sus múltiples empresas: templanza, silencio, orden, determinación, frugalidad, diligencia, sinceridad, justicia, moderación, limpieza, tranquilidad, castidad y humildad; dos de las cuales, diligencia y moderación, cita expresamente en el fragmento anterior como irremisiblemente unidas a un éxito que no es sólo moral, sino eminentemente económico. Porque como muy bien observa Weber, dichas máximas, que pretenden erigirse en cimiento moral del afán de lucro indispensable al capitalismo, regresan de continuo al pedaleo en el vacío del puro utilitarismo económico: “la honradez es útil porque proporciona crédito; también lo proporcionan la puntualidad, la diligencia y la moderación y sólo por ello son virtudes.”¹⁹⁴

Esta alianza paradójica entre las virtudes del ascetismo y una prosperidad boyante en los negocios hace surgir, no sólo en la mente del lector, sino sobretodo en la del trabajador que se avenga a seguir estos preceptos, una pregunta tan ingenua como ineludible, que apunta al corazón irracional de la ética capitalista: ¿es razonable ganar tanto dinero, principalmente para reinvertirlo, en vez de emplearlo, prioritariamente, en el disfrute de la vida y la cobertura de nuestras necesidades materiales? Es en este punto donde el sociólogo alemán enuncia de manera rotunda la irracionalidad de un sistema, que en última instancia, no halla un sólido anclaje en las necesidades del

¹⁹³ *Ibid.*, p.87. Citado en: *Ibid.*, p.59

¹⁹⁴ Weber, *ob.cit.*, p.60

individuo, sino en el puro utilitarismo que exige para su mantenimiento una acumulación económica incesante:

“el ‘súmmum bonum’ de esta ética, ganar dinero y cada vez más dinero, evitando austeramente todo disfrute despreocupado, un ganar dinero despojado por completo de cualquier aspecto eudemonista o hedonista, pensado como un puro fin en si mismo, de modo que se presenta, en cualquier caso, como algo totalmente trascendente y realmente irracional respecto a la “utilidad” o la “felicidad” del individuo concreto. El hombre queda referido a ese ganar dinero como al objetivo de su vida, no es la ganancia la que queda referida al hombre como un medio para la satisfacción de sus necesidades materiales. Esta inversión de lo que llamaríamos la situación “natural”, inversión realmente sin sentido para el sentir natural, es con toda claridad, absolutamente, un leitmotiv del capitalismo, de la misma manera que les resulta extrañas a todos los hombres no alcanzados por el hábito del capitalismo.”¹⁹⁵

En resumidas cuentas, del mismo modo que esta ética se convierte en un incentivo para la empresa capitalista y su necesario ciclo de ganancias y reinversiones, tiene su contrapartida paradójica en el hecho de ponerle trabas ascéticas, pues las ganancias no deben servir al consumo individual, sino a la propia empresa, cuya riqueza creciente redundará, hipotéticamente, en beneficio general de la sociedad. Weber documenta, por tanto, en las preceptivas morales puritanas, los principales rasgos que asumirá la predicación de este ascetismo en la vida misma del trabajador:

“Lo dicho hasta ahora podríamos resumirlo diciendo que el ascetismo protestante intramundano actúa con toda su energía contra el disfrute despreocupado de la riqueza; este ascetismo coarta el consumo, especialmente el consumo de lujo. Por el contrario, descarga, con efecto, la adquisición de bienes de los lastres de la ética tradicional; le rompe las cadenas al afán de lucro, no sólo haciéndolo legal, sino expresamente querido por Dios. (...) Y si ponemos juntas la limitación del consumo y la liberación del afán de lucro, el resultado objetivo es lógico: la formación de capital mediante el imperativo ascético de ahorrar”¹⁹⁶.

Como veremos, el buscavidas no es precisamente un asceta ahorrador, ya que gasta su dinero en función de sus necesidades inmediatas y descarta la posibilidad de amasar un patrimonio como un futuro demasiado abstracto, que no se aviene con su personalidad impulsiva. Por tanto, despilfarra su dinero con naturalidad, cuando llega a tenerlo, sin atención alguna a esta imperativo que incita a los hombres a ir formando, con el sudor de su frente, un patrimonio que respalde moralmente su entrega infatigable al trabajo. Naturalmente, este estilo de vida le conduce a una pobreza, que podríamos calificar, no sólo coyuntural, dada su pertenencia a una clase social no privilegiada, sino hasta cierto

¹⁹⁵ *Ibid.*, p.62

¹⁹⁶ *Ibid.*, p.222

punto de voluntaria, ya que no le importa en absoluto prosperar económicamente. Esta entrega “voluntaria” a la pobreza también es vilipendiada por los imperativos de la moral ascética, pues entiende que la riqueza

“como ejercicio del deber profesional no sólo es lícita desde el punto de vista moral, sino que es una obligación. Esto parecía expresarlo directamente la parábola del criado infiel, que fue reprobado porque no había aprovechado el talento que le había confiado. Querer ser pobre sería lo mismo que querer estar enfermo, como se ha dicho muchas veces”¹⁹⁷.

Ilustremos pues, en las distintas novelas con buscavidas, esta concepción de la riqueza en la mentalidad del protestantismo ascético, como motor “irracional” del sistema capitalista y como imperativo ascético que afecta a la vida de los trabajadores. En primer lugar, la irracionalidad de la vida económica moderna, que experimenta la existencia en términos única y exclusivamente dinerarios, es percibida por algunos buscavidas con gran crudeza y clarividencia. Simon Tanner, mientras trabaja de oficinista raso en una agencia bancaria, describe así al director que maneja los hilos de su sucursal:

“En su cabeza parecía tener entreverados los hilos y raíces de aquella gigantesca empresa. Así como el pintor piensa en colores, el músico en sonidos, el escultor en piedra, el panadero en harina, el poeta en palabras y el campesino en lotes de terreno, así también ese hombre parecía pensar en dinero. Una buena idea suya, pensada en el momento adecuado, le aportaba medio millón a la empresa en media hora. ¡Y quién sabe: quizá más, quizá menos, quizá nada!”¹⁹⁸

Podemos percibir que la ironía de esta descripción laudatoria va orientada a la escasa materialidad del objeto de su pensamiento, el dinero, en oposición a otras materias primas con lo que otros seres humanos meditan amorosamente su arte y su trabajo, poniendo de relieve esa “nada” final de la descripción walseriana, con la que el dinero se erige en motor un tanto vano e insustancial del capitalismo.

La descripción, poco después, indaga en esa irracionalidad que detecta Weber en la economía capitalista, es decir, en el hecho de que la acumulación dineraria actúa como motor de un sistema laboral alienante, que no contribuye a la realización existencial de sus integrantes. Tal irracionalidad, o infelicidad, queda subrayada cuando Walser

¹⁹⁷ *Ibid.*, p.208

¹⁹⁸ Walser, *ob.cit.*, p.33

describe al director como superior de una plantilla de empleados, cuyas motivaciones se contagian de la inescrutabilidad y amargura existenciales de su jefe:

“El silencioso jefe y avinagrado caballero seguía pensando en su despacho de director. Para los problemas de sus empleados no tenía más que una sonrisa opaca, que esbozaba a medias.(...)Simón trataba muchas veces de ponerse, mentalmente, en la situación del director. Pero en general, la imagen se le desvanecía, y cuando se ponía pensar en ella, las ideas lo abandonaban por completo: Hay en todo esto algo sublime y orgulloso, pero también incomprensible y casi inhumano. ¿Por qué entrará toda esta gente, amanuenses y contables, e incluso muchachas de tierna edad, por la misma puerta y en el mismo edificio para garabatear papeles, probar plumas, calcular y gesticular, para matarse trabajando y sonarse la nariz, sacar punta a los lápices y pasearse con papeles en las manos? ¿Lo harán acaso por gusto? ¿Lo harán por necesidad? ¿Lo harán con la conciencia de estar haciendo algo sensato y lucrativo?(...) Tal vez todo esto deba ser así, acaso todo tenga una finalidad. Sólo que no llego a ver el entramado porque veo demasiado la apariencia exterior”¹⁹⁹.

Dejemos a un lado su interrogatorio a las necesidades de los empleados. Al estar vinculadas dichas necesidades a un salario en la economía capitalista, esta interrogación retórica ha de ser tomada más como una boutade impertinente de Simon, que como una crítica a la pasividad existencial de los empleados. Lo interesante de la descripción es que en el corazón mismo de toda esa actividad económica, de esa laboriosa fábrica de dinero que es la agencia bancaria, Walser detecta un vacío de “finalidad” que no acierta a llenar con ninguna explicación racional, en el sentido weberiano, es decir, racional desde el punto de vista de la felicidad individual. De ahí que en todo momento, el director sea idealizado por su lejanía irracional e inescrutable, silenciosa y avinagrada, de demiurgo económico, y la rutina de los empleados como una serie de hábitos que parecen conducirse, no de acuerdo con un sentido interno que dignifique sus tareas, sino obedeciendo mecánicamente una inercia laboral apuntalada por necesidades externas. El tema de fondo que hace tambalear de puro misterio la descripción de Walser es la falta de un argumento racional que justifique la obediencia de los individuos a un sistema regido por el utilitarismo económico, es decir, un sistema que no mantiene con sus integrantes una relación de realización existencial sino de coacción económica. Hanna Arendt ha sabido ver, respecto a esta filosofía laboral, la paradoja que implica pensar todo un sistema social en términos puramente utilitaristas:

¹⁹⁹ *Ibid.*, p.33

“La perplejidad del utilitarismo radica en que éste se encuentra atrapado en una interminable cadena de medios y fines sin llegar a algún principio que pueda justificar la categoría de medios y fines. Sólo en un mundo antropocéntrico, donde el usuario pasa a ser el fin último que acaba con dicha cadena, puede la utilidad adquirir la dignidad de la significación”²⁰⁰.

Salta a la vista que para el buscavidas Simón la “dignidad de la significación” en un sistema laboral semejante brilla por su ausencia.

Contra los imperativos ascéticos que incitan a buscar la riqueza y ahorrar todo lo posible para ir formando patrimonio, Simon reacciona con perplejidad, pues entiende que una existencia basada meramente en la acumulación de bienes perjudica el disfrute maravillado de la vida, que debería ser nuestra único deber sagrado como seres humanos. Por tal motivo, comunica su despido a uno de sus patrones, alegando que si ha de trabajar en tales condiciones, prefiere “vender totalmente mi libertad, para no volver a poseerla nunca más. No me gusta, estimado señor, poseer algo a medias; prefiero contarme entre los que nada tienen, así mi alma aún será mía”²⁰¹. Así, Simon acoge voluntariamente su condición de pobre e incluso lleva esa condición hasta el paroxismo, ya que no sólo no desecha el dinero ni los bienes, sino que fantasea con la condición del mendigo campestre, a ratos perdidos, como un destino que podría llegar a ser idílico sino fuera por el desprecio social que conlleva en el ecosistema dominante, la ciudad moderna. Así, mientras Simón vive con su hermana en un estado de total dependencia ajena, reflexiona sobre la mendiguez en el campo, entendiendo el campo como un espacio simbólico más reglado por los impulsos vivos de la naturaleza que por los fríos resortes de la economía:

“Yo mismo no poseo más que una monedita de plata, y tiene que alcanzarme para lavar la ropa. También mi hermana, que conmigo no tiene secretos a excepción de los realmente inefables, me confiesa que se le ha acabado el dinero. Pues estamos la mar de tranquilos. Nos regalan sabrosos panecillos, huevos frescos y tartas perfumadas a discreción. En el campo aún se sabe dar de manera que el que reciba se sienta honrado. En la ciudad, hay que tener más cuidado al dar, porque ha comenzado a ser algo ultrajante para el que recibe. (...) ¡Qué debilidad tan funesta esa de tener miedo a los pobres y consumir uno mismo su propia riqueza en vez de conferirle ese esplendor que magnifica a una reina cuando le tiende la mano a una menesterosa”²⁰².

²⁰⁰ Arendt, Hannah. *La condición humana*. Barcelona: Paidós, 2003, p.

²⁰¹ Walser, *ob.cit.*, p.18

²⁰² *Ibid.*, p.123

Vale la pena recordar ese curioso pecado que comenta Weber, a la luz de las exigencias económicas del mundo moderno, “el de querer ser pobre”, que carga especialmente contra el gremio de los mendigos, en el que Simon militaría gustosamente: “Finalmente, la mendicidad de una persona con capacidad para trabajar no sólo es pecado como pereza, sino también porque va contra el amor al prójimo, según la palabra del apóstol”²⁰³.

Por su parte, el buscavidas Chinaski tiene una relación conflictiva con este afán acumulativo de dinero. Por una parte, le gusta acumularlo, por otra parte, odia hacerlo por la vía de una profesión estable, ya que su verdadera relación con el dinero es la del jugador que apuesta por las ganancias fáciles en las carreras de caballos. Eso le aleja, naturalmente, de esa relación ascética, laboriosa y acumulativa que Benjamin Franklin denotaba como verdaderamente moral en un joven hombre de negocios. Chinaski es, además, un amante del lujo, ese mismo lujo denostado por las preceptivas ascéticas, que por descontado no podría permitirse si se contentara con ser un humilde ganapán. El juego en las carreras, con sus connotaciones pecaminosas, abiertamente enfrentadas al espíritu ascético, es ejercido por Chinaski, ya no con la sensación de estar cumpliendo con su deber, sino con auténtica afición por la vida lujosa y, por consiguiente, un desprecio razonable por las profesiones estables y mal remuneradas. En *Post Office*, precisamente, pide una excedencia de su puesto para dedicarse profesionalmente a las carreras de caballos durante 90 días, previa reflexión crematística sobre las bondades de semejante estilo de vida:

“I pulled in \$3.000 in a month and a half while going only to the track two or three times a week. I began to dream.(...) I saw leisurely steak diners, preceded and followed by good chilled drinks in colored glasses. The big tip. The cigar. And women as you wanted them. It's easy to fall into this kind of thinking when men handed you large bills at the cashiers Windows. When in one six furlong race, say in a minute and 9 seconds, you make a month's pay”²⁰⁴.

Su actitud está en las antípodas, claro está, de la ascética serenidad gestora que recomienda el protestantismo ascético a los trabajadores. Pero Chinaski no puede resignarse a su destino de pobre en el sistema laboral capitalista, porque detecta en él un poderoso componente irracional, ya que, como denuncia Weber, en tal sistema se vive para trabajar, no se trabaja para vivir. Por una parte, el dinero ganado por el

²⁰³ Weber, *ob.cit.*, p.209.

²⁰⁴ Bukowski (2009), *ob.cit.*, 109

trabajador es ridículo e insignificante en comparación con el dinero (el que verdaderamente cuenta, como podemos advertir en los pasajes de Franklin) que le hace ganar a su empresa un negociante emprendedor. Por otra parte, al trabajador raso ni siquiera le queda tiempo o presencia de ánimo suficientes para disfrutar del poco dinero que gana. Sobre todo ello, reflexiona Chinaski amargamente en este pasaje:

“¿Cómo coño podía un hombre disfrutar si su sueño era interrumpido a las 6:30 de la mañana por el estrépito de un despertador, tenía que saltar fuera de la cama, vestirse, desayunar sin ganas, cagar, mear, cepillarse los dientes y el pelo y pelear con el tráfico hasta llegar a un lugar donde esencialmente ganaba dinero para algún otro y aún así se le exigía mostrarse agradecido por tener la oportunidad de hacerlo?”²⁰⁵.

En las pocas ocasiones en que Chinaski pretende ser un trabajador responsable, ahorrar dinero, fingirse un self-made man, su personalidad no tarda en traicionarle. Es el caso de esta fantasía capitalista, de buen ahorrador y solicitador de créditos, de acumulador de dinero perfectamente integrado en el sistema capitalista, en la que Chinaski degenera rápidamente hacia la imagen misma del pecado. Como veremos, de hombre ahorrador se convierte rápidamente un monstruo pantagruélico que no guarda ninguna semejanza con el autodomínio ascético de la ética calvinista que Weber detecta en el origen de la mentalidad capitalista, sino que se erige más bien en su más perfecta parodia:

“¿Eran ellos mucho más inteligentes que yo? La única diferencia era el dinero, y su deseo de acumularlo. ¡Yo también tenía tal deseo! ¡Ahorrraba mis perras chicas! Pero tenía una idea. Pediría un crédito. Yo contrataría y despediría a la gente. Tendría un escritorio de caoba lleno de botellas de whisky. Tendría una mujer con pechos de la talla 40 y un culo que haría que el chico de los periódicos de la esquina se corriese en los pantalones cuando la viera contonearse. Yo la engañaría con otras y ella lo sabría y no diría nada para poder seguir viviendo en mi casa gozando de mi fortuna. Despediría a hombres sólo por advertir una leve sombra de disgusto en sus caras. Despediría a mujeres que no esperaban que yo las fuera a despedir. Eso era todo lo que un hombre necesitaba: esperanza. Era la falta de esperanza lo que hundía a un hombre”²⁰⁶.

Este plan maléfico tiene la particularidad de estar introducido en un capítulo lacónico con un punto de giro fundamental, que cambia plenamente el sentido de sus declaraciones. Pocas líneas después se solidariza con los más parias de la tierra y profetiza que se convertirá en su escritor; apenas dos párrafos más tarde, recibe una

²⁰⁵ *Ibid.*, p.116

²⁰⁶ *Ibid.*, p.53

carta de la revista que acepta por primera vez uno de sus relatos. La esperanza del buscavidas Chinaski, evidentemente, esa esperanza mínima en la que se sustenta la vida de cualquier hombre, no pasa por acumular dinero y convertirse en un tirano capitalista de tebeo, sino por convertirse en escritor. Cosa que conseguirá, previa experimentación de una pobreza en la que se cuecen todos sus fantasmas literarios, durante más de 25 años.

Por su parte, en *La conjura de los necios*, Ignatius cree despreciar el lujo, pero se permite continuamente lujos a costa del dinero de su madre, a quien le propone hacer economías en el hogar antes que renunciar a sus libros, su gramófono, su laúd, su trompeta, sus sesiones diarias de cine y otros tantos placeres, destinados a sus propio goce, que considera motivo suficiente para dilapidar los escasos ahorros de su madre. En esta misma línea, respecto a la irracionalidad de un sistema económico, que privilegia el beneficio económico sobre un disfrute despreocupado de la vida, no me resisto a citar muy brevemente una desvergonzada declaración de Ignatius Reilly. Recién ha descubierto una foto pornográfica, en la que, por azares de fortuna, sale una mujer posando junto a su libro preferido, la consolación de filosofía de Boecio, a la que desearía conocer para rescatar de su ignominia. Por tanto, tiene una urgente e imperiosa necesidad de dinero para pagarse la entrada del local donde actuará esa misma noche. Después de haber corrido, supuestamente, mil atribuladas aventuras en busca de dinero, Ignatius confiesa de pronto que “por fin tenía una razón para ganar dinero: Scarlett O’hara” y se convierte repentinamente, por primera y última vez en su vida, en el trabajador más aplicado de la empresa:

“Gritando, suplicando, metió el carro entre aquella multitud de hombres y logró vender todas las salchichas, vertiendo cortés y efusivo salsa de tomate y mostaza en los bocadillos, con toda la energía de un bombero. (...) Su patrón, el señor Clyde, recibió sorprendido un alegre saludo y diez dólares del vendedor Reilly, e Ignatius, con el bolsillo lleno de billetes del golfillo y del magnate de las salchichas, cogió el tranvía con ánimo alegre”²⁰⁷.

Exageradamente, Ignatius sólo ve “racional” el hecho de ganar dinero si está ligado a sus necesidades más inmediatas. Es incapaz de trazar en su imaginación, ni remotamente, esa teleología del dinero que engendra más dinero, el chelín que engendra cientos de miles esterlinas, a la que hace referencia Benjamin Franklin. En su conducción del carro de las salchichas, su trato con el dinero es totalmente

²⁰⁷ Kennedy Toole, *ob.cit.*, p.281

irresponsable desde el punto de vista del ahorro y la reinversión que recomienda Franklin al buen gestor empresarial. Se supone que Ignatius ha aceptado ese trabajo para ganar dinero y ayudar a su madre, pero lejos de ahorrarlo, lo despilfarra de continuo en su instinto de gigantón dominado por la gula. Por ello, se niega a vender las salchichas, ya que prefiere comérselas él. Para colmo, cuando es interrogado por su patrón respecto al paradero de las salchichas, le dice que si tan preocupado está por ellas, puede descontarlas de su salario. Porque para Ignatius, ver a Scarlett O'hara es un motivo 'racional', desde el punto de vista de su inmediata felicidad individual, por el que sí vale la pena ganar dinero. No podemos olvidar que Ignatius vive mental y estratégicamente instalado por su autor en una arcadia medieval, para comprender su incapacidad absoluta a la hora de comportarse según los parámetros del moderno 'espíritu capitalista'.

En *Viaje al fin de la noche*, este ciclo "irracional" del capitalismo moderno, que tiene como motor fundamental la acumulación dineraria y relega las necesidades del individuo a un segundo término, se pone dramáticamente de relieve en la visita que Bardamu realiza por el barrio de Manhattan. A tal fin, utiliza una terminología religiosa que parece avenirse perfectamente con la sacralización del dinero, por encima de la misma felicidad del individuo, que Weber detecta en los credos derivados del protestantismo ascético. En este pasaje, de principio radiante y final inquietante, Bardamu expresa la quintaesencia del capitalismo americano, la "dolarización" entera de una sociedad capciosamente subyugada por su culto al dinero:

"Era el barrio precioso, me explicaron más adelante, el barrio de oro: Manhattan. Sólo se entra a pie, como a la iglesia. Es el corazón mismo, en banco, del mundo de hoy. Sin embargo, hay quienes escupen al suelo al pasar. Hay que ser atrevido. Es un barrio lleno de oro, un auténtico milagro, y hasta se puede oír el milagro, a través de las puertas, con el ruido de dólares estrujados, el siempre tan ligero, el Dólar, auténtico espíritu santo, más precioso que la sangre. De todos modos, tuve tiempo de ir a verlos e incluso hablarles, a aquellos empleados que guardaban la liquidez. Son tristes y están mal pagados"²⁰⁸.

En el corazón de un sistema en el que, como dice Bardamu, "el dólar es más precioso que la sangre", no es de extrañar, pues, que los empleados sean tristes y estén mal pagados, es decir, que no se vean beneficiados por ese aura de santidad moderna que

²⁰⁸ Céline, *ob.cit.*, p.225

respira el barrio de Manhattan. La trascendencia del oro, del que los empleados no son sino siervos, prima sobre la realización existencial del individuo.

Analicemos esta misma polarización entre el beneficio económico y necesidades individuales, no ya en el corazón del sistema capitalista, sino en el tenso debate interior que Bardamu mantiene consigo mismo. Eso nos permitirá, de paso, clavar una lanza a favor de este buscavidas especialmente despiadado. Lo digo porque, a fuerza de ser tildado de cínico por su propio autor, a veces corre un tupido velo sobre el manantial del que brota su cinismo, una humanidad profundamente herida, reflejada en su solidaridad con los pobres de la tierra. En el siguiente pasaje, se ilustra bien como Bardamu, que trabaja de médico en los arrabales más pobres de París, se indigna contra los costosos “honorarios” que establecía el estamento médico parisino. Precisamente en la medicina, que de todas las profesiones liberales, debería ser la menos obsesionada por el dinero, en el sentido de que su motor es el cuidado de los individuos, los cuantiosos honorarios que cobra el médico profesional escandalizan a Bardamu. No sólo le escandalizan, sino que su solidaridad es superior, por una vez, al sentido de su propia supervivencia, y deja de cobrarlos, porque privilegia las necesidades de sus pacientes pobres sobre su propio bienestar económico:

“¿‘Honorarios’? ¡Bonita palabra! Ya no tienen bastante para jalar ni para ir al cine, ¿y aún vas a cogerles pasta para hacer unos ‘honorarios’? Sobretudo en el preciso momento en que la cascan. No es fácil. Lo dejas pasar. Te vuelves bueno. Y te arruinas. (...)Lo que me faltaba, en el fondo, no era tan cara dura para ejercer la medicina en serio. Cuando me acompañaban hasta la puerta, después de haber dado a la familia los consejos y entregado la receta, me ponía a hacer toda clase de comentarios sólo para eludir unos minutos más el instante del pago. No sabía hacer de puta”²⁰⁹.

Y poco después expresa la vergüenza que, a pesar de todo, le producían esos pocos pagos, como si entendiera que el beneficio económico no puede nunca primar, como lo hace por excelencia, según Weber, en el sistema capitalista, sobre las necesidades de los individuos, máxime cuando esta explotación del pobre por el rico está institucionalizada, sin amago alguno de pudor o remordimiento, en todos los niveles de la vida social:

“¡‘Honorarios’! Así seguían llamándolos, los colegas. ¡Tan campantes! Como si la palabra fuese algo bien entendido y que ya no hiciera falta explicar... ¡Qué vergüenza! No podía

²⁰⁹ *Ibid.*, p.305

dejar de decirme y no había salida. Todo se explica, lo sé bien. Pero ¡no por ellos deja de ser para siempre un desgraciado de aúpa el que ha recibido los cinco francos del pobre y del mindundi! Desde aquella época estoy seguro incluso de ser tan desgraciado como cualquiera.²¹⁰”

Por otra parte, Bardamu detesta explícitamente esa cultura del ahorro que el protestantismo ascético recomienda a los trabajadores, porque intuye en ella una trampa moral, una estrategia para que las clases menos pudientes ni siquiera puedan gozar despreocupadamente de la vida. Él mismo se da cuenta de que, a fuerza de no cobrar sus honorarios y vivir exclusivamente de una dieta de legumbres, “estaba adquiriendo más bien aspecto de tuberculoso. Fatalmente. Es lo que ocurre cuando hay que renunciar a casi todos los placeres.²¹¹” El imperativo ascético de ahorrar lleva aparejada, asimismo, la imposibilidad de gozar de esos placeres que, para un personaje tan carnalmente empírico como Bardamu, constituyen el quid de la existencia. Así describe, por ejemplo, a todos sus vecinos en el arrabal de Rancy, como vaciados completamente de vida por esta imposición ascética del ahorro: “Cuando vives en Rancy, ya ni siquiera te das cuenta de que te has vuelto triste. Ya no te quedan ganas de hacer gran cosa y se acabó. A fuerza de hacer economía en todo, por todo, se te han pasado todos los deseos.²¹²” Poco después, concreta este sentimiento general de ahorrativa y ascética tristeza mediante el caso del matrimonio Henrouille, que se ha pasado toda la vida ahorrando para poder comprar un pequeño hotelito en el barrio más pobre de París:

“Acababan de pagar su hotelito. Eso representaba sus cincuenta buenos años de economías. En cuanto entrabas en su casa y los veías, te preguntabas qué les pasaba, a los dos. Bueno, pues, lo que les pasaba, a los Henrouille, lo que en ellos parecía natural, era que nunca habían gastado, durante cincuenta años, un solo céntimo, ninguno de los dos, sin haberlo lamentado. Con su carne y su espíritu habían adquirido su casa, como el caracol. Pero el caracol lo hace sin darse cuenta. Los Henrouille, en cambio, no salían de su asombro por haber pasado por la vida nada más que para tener una casa e, igual que las personas a las que acaban de sacar de un encierro entre cuatro paredes, les resultaba extraño. Debe de poner una cara muy rara la gente, cuando la sacan de la mazmorra”²¹³.

Más adelante, cuando ya ha abandonado la profesión de médico, para la cual estuvo estudiando algunos años, vuelve a vivir en una pensión barata y convive con las nuevas generaciones de estudiantes, en las que también detecta, vestido con las galas

²¹⁰ *Ibid.*, p.306

²¹¹ *Ibid.*, p.307

²¹² *Ibid.*, p.281

²¹³ *Ibid.*, p.287

del más dorado futuro, ese imperativo ascético del ahorro que les hará pasar por la vida sin darse cuenta siquiera:

“La guerra, al pasar por su quinta, no había transformado nada en ellos y, cuando te metías en sus sueños, por simpatía, te llevaban directamente a sus cuarenta años. Se daban así veinte años por delante, doscientos cuarenta meses de economías tenaces, para fabricarse una felicidad. Era un cromó, la imagen que tenían de la felicidad como del éxito, pero bien graduado, esmerado. Se veían en el último peldaño, rodeados de una familia poco numerosa pero incomparable y preciosa hasta el delirio. Y, sin embargo, nunca habrían echado, por así decir, un vistazo a la familia. No valía la pena”²¹⁴.

Como buen buscavidas, Bardamu es un hedonista que sabe, como reza la expresión, que sólo se vive una vez, y que por tanto, debemos evitar a toda costa el aburrimiento implícito en una vida consagrada enteramente al ahorro. Con este aviso para futuros navegantes, cerramos este capítulo sobre la relación del buscavidas con la “irracionalidad” del sistema capitalista y su rosario de recomendaciones ascéticas:

“Vivir por vivir, ¡qué trena! La vida es una clase cuyo celador es el aburrimiento; está ahí todo el tiempo espiándote; por lo de más, hay que hacer todo lo posible para aparentar estar ocupado, a toda costa, con algo apasionante; si no, llega y se te jala el cerebro. Un día que sea sólo una jornada de 24 horas no es tolerable. Ha de ser por fuerza un largo placer casi insostenible, una jornada; un largo coito, una jornada, por grado o por fuerza”²¹⁵.

²¹⁴ *Ibid.*, p.408

²¹⁵ *Ibid.*, p.404

III.1.B. La profesión del nómada

Pero el principal concepto de este ‘espíritu’, al que se opone el buscavidas mediante su nomadismo crónico y su trabajo inestable, es el de la ‘profesión’ o ‘beruf’. El concepto, que nace con Lutero, impregnado de cierto sentido de ‘resignación’, adopta un carácter marcadamente ‘ascético’ y ‘utilitarista’ en el calvinismo. Para entender, en su debido contexto histórico, por qué se enfrenta el buscavidas a este concepto “ascético” y “utilitarista” de profesión, vale la pena seguir a Weber en su indagación sobre algunos conceptos clave de la dogmática protestante, pues dejaron, a su entender, una gran impronta en la psicología del trabajador capitalista moderno. Por tanto, en las siguientes páginas resumiré brevemente la evolución de esta doctrina, para extraer luego los rasgos que nos interesa subrayar en la psicología del buscavidas, como contraejemplo del trabajador protestante-ascético ideal. Weber argumenta que la novedad de la ética capitalista, tal como se manifiesta en Franklin, consiste en que estos hacedores de dinero “no tienen nada de su riqueza para su persona, excepto ese sentimiento irracional del cumplimiento de la profesión”²¹⁶. Por consiguiente, procede a argumentar que es precisamente esa entrega absoluta a una profesión estable, a fin de amasar y reinvertir dinero, la exigencia distintiva del sistema capitalista. Según Weber, a comienzos del s.XX, la estructura del mercado y la industria, así como los mecanismos contractuales del régimen salarial, se han desarrollado extraordinariamente, hasta el punto de actuar como un resorte que coacciona, sin la intervención de una coartada religiosa, la adaptación al sistema laboral moderno por parte de empresarios y asalariados, so pena de verse condenados al ostracismo social. Pero Weber estudia la etapa en que germina este capitalismo más articulado ‘materialmente’, una época que requería la fuerza de un impulso ‘espiritual’ para promocionar, ante los integrantes de una comunidad, la virtudes morales de semejante sistema económico, “pues apenas necesita probarse que esta concepción del ganar dinero como un fin en si mismo que obliga a los hombres, como una “profesión”, contradice la sensibilidad moral de épocas enteras”²¹⁷.

Lo que Weber subraya en el enfoque de Franklin es que, para mantener ese modelo de crecimiento económico que mezcla razonamientos utilitaristas y morales, conviene que

²¹⁶ *Ibid.*, p.79

²¹⁷ *Ibid.*, p.80

los miembros de la comunidad conciban la idea de profesión desde un punto de vista espiritual y ascético, que justifique su entrega incondicional al trabajo al margen de sus propias necesidades como individuos. Es en esa tesitura donde cobra una importancia fundamental la herencia religiosa de la palabra “beruf” (‘profesión’), vocablo alemán que aparece en las primeras traducciones de la Biblia de Lutero. El vocablo ‘beruf’ aúna dos acepciones incompatibles en la sensibilidad católica, la de vocación y profesión, es decir, la vida contemplativa en el seno de la iglesia y la vida activa que supone la realización de un trabajo mundano, que en última instancia llevará, en los países de fe protestante, a una perspectiva inédita en la historia del cristianismo tradicional, esto es, a “valorar el cumplimiento del deber en las profesiones profanas como el contenido más elevado que puede tener una actuación realmente moral”²¹⁸. Sin embargo, el concepto de la “profesión” en Lutero, que constituía la máxima expresión de ‘amor al prójimo’, por encima del ‘amor egoísta’ que denunciaban en la vida monacal católica, permanecía anclado en una visión tradicional de la economía. En primer lugar, porque no prestaba importancia al tipo de profesión que debía realizarse, ya que todas eran gratas a dios; y en segundo lugar, porque consideraba reprochable el afán de lucro material más allá de las propias necesidades individuales.

Pero lo que en Lutero era una reflexión incipiente sobre la importancia de la “profesión”, en el Calvinismo se convierte en una parte fundamental de su sistema ético, imbuido por la doctrina de la predestinación. Tal doctrina establece, como es sabido, que la salvación de los individuos está deliberada por Dios desde el inicio de la eternidad, sin que pueda ser perdida, en castigo a sus malas obras en el mundo, por aquellos que han sido salvados, ni alcanzada, merced a sus buenas obras en el mundo, por aquellos a quien les ha sido vedada. Weber sostiene que el principal efecto de esta doctrina, con su “patética inhumanidad”, con su “alejamiento del mundo”, sobre las generaciones que acusaron su influencia, debió consistir en “el sentimiento de una extraña soledad interior del individuo”, condenado a vagar solo por su camino espiritual, sin una certeza objetiva de su propia salvación, sin que ningún predicador, iglesia o sacramento mundanos pudiera servirle de asidero cierto y reconocible a la vida eterna. Y, sin embargo, aunque no tuvieran la certeza de la salvación²¹⁹, aunque todas las obras del creyente en el mundo, a título individual, ocuparan una posición

²¹⁸ *Ibid.*, p.89

²¹⁹ Sobre la certitudo salutis, o certeza de la salvación, regresaremos en breve.

infinitamente humillada por la omnicomprensiva voluntad de dios, la existencia religiosa debía consistir en la interiorización individual y solitaria de ese plan divino que reproduce las leyes naturales del orden social y natural. Es decir, la vida religiosa pasaba por interiorizar la magnificencia de un plan divino - necesariamente racional y eterno, dada su procedencia celestial - que los hombres, en nuestra bajeza de criaturas sensibles naufragadas en el mundo, no podemos alcanzar a escrutar pero si a acatar sumisamente. Naturalmente, semejante doctrina influyó de manera poderosa en la visión que la sociedad se hizo de la naturaleza de las ‘obras’, contempladas dentro de un rechazo al mundo sensible, que condicionó

“la posición absolutamente negativa del puritanismo respecto a todos los elementos de carácter sensible-sentimental en la cultura y en la religiosidad subjetiva – porque son inútiles para la salvación y fomentan las ilusiones sentimentales y las supersticiones que divinizan a las criaturas y, consiguientemente, respecto al rechazo fundamental de la cultura de los sentidos”²²⁰.

En este momento, nos interesa destacar sólo la influencia evidente que este “rechazo a los sentidos” implicó en la consideración de la ‘obra’ mundana principal, la “profesión”. El trabajo mundano, que en Lutero era considerado todavía como la muestra más elevada de amor al prójimo, ya no puede tener en éste su principal orientación, si entendemos al prójimo como parte de un mundo sensible que cabe rechazar y del que cabe desconfiar sistemáticamente. Al contrario, el trabajo profesional, que por ley natural de dios está “al servicio de la vida mundana de la colectividad”, no se ejecuta al servicio de las necesidades de las criaturas, sino al servicio de la mayor gloria de dios. El trabajo profesional, por tanto, queda liberado de connotaciones individuales y es considerado virtuoso por el principio abstracto de la “utilidad” social. Esa visión conduce a un desempeño “impersonal” del trabajo, tanto más virtuoso cuanto menos ceñido a motivaciones individuales, porque como el amor al prójimo “sólo puede ser un servicio a la gloria de Dios, no de la criatura, se manifiesta en primer lugar en el cumplimiento de las tareas profesionales puestas por la *lex naturae*, adoptando así un peculiar carácter impersonal-objetivo, el carácter de un servicio a la ordenación racional del mundo social que nos rodea”²²¹. Principio éste, el de la “impersonalidad”²²² del trabajo, materializada en un impersonal cumplimiento del

²²⁰ *Ibid.*, p.120

²²¹ *Ibid.*, p.126.

²²²

deber, que ya detectábamos, desde un punto de vista formal, como conviene recordar, en varios pasajes de esta investigación al abordar la descripción de la modernidad. Me refiero, por ejemplo, a la progresiva “impersonalidad” que supone el desarrollo de la economía dineraria, pues ésta permite, en última instancia, cuantificar la ‘fuerza de trabajo’ de manera abstracta e impersonal en un ‘salario’. En este caso, la “impersonalidad” relacionada con el cumplimiento del deber, contribuirá a desligar al trabajador de sus motivaciones tradicionales y, por añadidura, el afán de lucro será liberado de su tacha pecaminosa. Porque el hecho de “ganar dinero” ya no estará vinculado a las necesidades de un individuo, sino a realzar la potencia de las leyes naturales que reflejan la voluntad de Dios, mediante la entrega de los hombres a un utilitarismo económico, que contribuye a multiplicar, como sugería Franklin, la fertilidad de sus criaturas, esos humildes chelines que casta y ascéticamente gestionados pueden convertirse en una hermosa prole de libras esterlinas.

En resumidas cuentas, el creyente calvinista acata la ley natural del trabajo y cumple religiosamente sus deberes, como reflejo de la voluntad de Dios, con la mayor impersonalidad posible, a fin de servir directamente a dios y no sus criaturas. Ésta entrega al trabajo es ya de por si bastante ‘irracional’, no desde el punto de vista de Dios, que sus razones tendrá para exigirla (aunque nosotros, simples mortales, no podamos esclarecerlas), sino desde el punto de vista de la felicidad individual, cuya falta de vinculación con los engranajes de la economía capitalista es señalada por Weber, al comienzo de su análisis, como principal signo de la irracionalidad inherente a este sistema. Pero dicha irracionalidad queda dramáticamente subrayada al asociar la doctrina de la predestinación con la certitudo salutis, esto es, con la certeza psicológica que el creyente ha de labrarse sobre su propia salvación, a través de su propia perseverancia en la fe. Evidentemente, como sugiere Weber con otras palabras, Calvino no tenía ningún problema con el calvinismo, porque él estaba convencido de su propia santidad como instrumento para las revelaciones de Dios y, por tanto, no dudaba de su propia salvación. Pero para el hombre ordinario la ‘certitudo salutis’, durante el tiempo en que la doctrina de la predestinación mantuvo un gran influjo social, se convirtió en un auténtico problema vivencial, pues no había modo de asegurarse a uno mismo la certeza de la vida eterna. Porque como señala Weber en este pasaje, “si las buenas obras son absolutamente inapropiadas como medio para la consecución de la salvación (...) son sin embargo asimismo imprescindibles como señal de elección”²²³.

²²³ *Ibid.*, p.135

Ahora me interesa sólo subrayar los efectos que tiene la *¡certitudo salutis* en la percepción moral sobre el concepto de profesión, de máxima importancia para redondear esta breve semblanza moral sobre el trabajo en la cultura calvinista al que el buscavidas, como veremos, parece oponerse de raíz. Weber no deja dudas respecto de la importancia que la *certitudo salutis* reviste para el concepto de profesión en la fe calvinista y los diversos credos del protestantismo ascético que acusan su influencia:

“Por una parte, se convierte en un deber tenerse por elegido y rechazar cualquier duda como una tentación del demonio, porque una certeza deficiente de la propia salvación es consecuencia de una fe insuficiente, y por tanto, de un efecto insuficiente de la gracia. (...) Por otra parte, se recomienda encarecidamente, como el mejor medio para conseguir esa certeza, un trabajo profesional infatigable; éste y sólo éste disipa cualquier duda religiosa y da la seguridad del estado de gracia”²²⁴.

Es sencillo observar que en esta recomendación, se ensalzan ya, para limar cualquier posible duda espiritual, las virtudes acéticas del trabajo, y por tanto, no es raro encontrar en las obras morales de inspiración calvinista, como las preceptivas del puritanismo inglés, “una predicación, repetida y a veces apasionada, a favor del trabajo duro y continuado, corporal o intelectual”²²⁵. En ese sentido, tanto la pérdida de tiempo como la afición a la holganza, serán interpretadas moralmente como un atentado contra las virtudes ascéticas del trabajo que acreditan la *certitudo salutis* y, por consiguiente, execrables síntomas de un alejamiento de dios:

“el tiempo es infinitamente valioso, porque cada hora perdida se le sustrae al trabajo para la gloria de Dios. Por ese motivo, tampoco tiene valor y en ciertos casos es expresamente reprochable la contemplación inactiva, al menos cuando se realiza a costa del trabajo profesional, pues le agrada menos a Dios que cumplir activamente su voluntad en la profesión. (...) Las pocas ganas de trabajar son síntoma de que se carece del estado de gracia”²²⁶.

Por último, para el tema que nos ocupa, la colisión de un concepto ascético del trabajo con la personalidad anárquica del buscavidas, falta por describir el principal rasgo que adopta el trabajo en la moral calvinista: la estabilidad en la profesión y la persecución de una carrera. Ya en Lutero, se recomendaba encarecidamente perseverar en la propia

²²⁴ *Ibid.*, p.131

²²⁵ *Ibid.*, p.199

²²⁶ *Ibid.*, p.198-202

profesión, sin caer en la tentación de tantear otras profesiones. La ‘resignación’ del creyente a la profesión mundana que dios le hubiese asignado por su pertenencia a un determinado estamento y círculo familiar, era un signo moral de obediencia a la justicia de las leyes naturales que reflejan la voluntad divina.²²⁷ El puritanismo, derivado del calvinismo, hereda formalmente este imperativo de estabilidad en la propia profesión, pero lo dota de otros contenidos, que no ponen el acento en la resignación sino, nuevamente, en las virtudes ascéticas del trabajo:

“Baxter pone al frente de sus explicaciones el siguiente motivo: ‘fuera de una profesión fija, los trabajos que un hombre realice son ocasionales e inestables y pasa más tiempo en la pereza que en el trabajo’, y cuando cierra sus explicaciones en los términos siguientes: y él (el trabajador profesional) realizará su trabajo en orden, mientras que el otro está en un continuo desconcierto y su negocio no conoce tiempo ni lugar (...) por lo cual una profesión estable (‘certain calling, en otros pasajes dice ‘stated calling’) es lo mejor. El trabajo inestable, al que se ve obligado el jornalero habitual, es una situación transitoria inevitable muchas veces, pero nunca deseable. A la vida del hombre sin ‘profesión’ le falta precisamente el carácter sistemático y metódico que exige el ascetismo intramundano”²²⁸.

Pero este ascetismo derivado de una profesión estable contiene a su vez un matiz económico, que definitivamente separa a los credos de inspiración calvinista del protestantismo luterano en cuanto a su consideración de la ‘profesión estable’: el hecho de que se pueda cambiar de profesión, e incluso ejercer varias profesiones distintas, si ese ‘cambio’ o esa ‘variedad’ profesionales, no son fruto de la ligereza y la veleidad del trabajador. Al contrario, el cambio y la variedad profesionales son moralmente encomiables si orbitan hacia una utilidad social mayor, es decir, si obedecen a cualquier oportunidad que pueda surgirle al trabajador de ser más grato a dios mediante un incremento de sus beneficios económicos:

“Por ello la pregunta de si alguien puede tener varios callings se responde en términos absolutamente afirmativos, si es bueno para el bien común o para el propio bien y si no es perjudicial para nadie, y si no lleva a ser infiel (‘unfaithful’) en alguna de las profesiones. Tampoco se considera reprobable el cambio de profesión como tal, si no se hace a la ligera, y si se hace para tomar otra profesión más grata a Dios, es decir, una profesión más útil, atendiendo al principio general. La utilidad de una profesión y su carácter grato a Dios se determinan, en primer lugar, por criterios morales y luego por la importancia que tengan los bienes que con ella

²²⁷ *Ibid.*, p.204

²²⁸ *Ibid.*, 205

han de producirse para la ‘colectividad’, pero, como tercer criterio y más importante desde el punto de vista práctico, el ‘beneficio’ económico privado”²²⁹.

Así pues, los credos de inspiración calvinista recomiendan este espíritu ascético que ha de acompañarnos en el ejercicio de una profesión estable, siempre y cuando dicha estabilidad no atente contra el fin hacia el que estaba orientada este espíritu ascético en primera instancia, esto es, a reproducir mediante el impersonal cumplimiento de nuestros deberes, a la mayor gloria de Dios, los bienes económicos que redundan en beneficio general de una sociedad de trabajadores:

“Si Dios os muestra un camino en el que podéis ganar legalmente más que por otro camino sin daño para vuestra alma ni para la de otros y lo rechazáis y seguís el camino que reporta menos ganancias, os estáis oponiendo a uno de los fines de vuestra profesión (calling), os estáis negando a ser administradores (Stewart) de Dios y a aceptar sus dones, para poder utilizarlos cuando él lo exija”²³⁰.

Como veremos a continuación, este concepto de profesión, en que se alían dos conceptos aparentemente opuestos como el espíritu ascético y el culto al dinero, es despreciado por la personalidad hedonista del buscavidas, en su doble rechazo a la represión emocional-sensible que predica el ascetismo y a la gestión ascética de sus ahorros y ganancias.

A fin de estructurar los siguientes ejemplos, en que se ilustren las distintas actitudes de los buscavidas respecto a este modelo psicológico de trabajador ascético ideal, vamos a extraer, como hemos dicho más arriba, cuatro rasgos de esta exposición que nos sirvan de armazón estructural. En primer lugar, la impersonalidad con que se ejecutan estos trabajos, a la mayor gloria de dios, sin tener en cuenta las condiciones objetivas del trabajo o el placer personal que un trabajador puede tener en ellos. Impersonalidad que puede ser sumamente alienante, no para el empresario que se ufane ante dios – y su caja registradora - de ella, sino para las filas de trabajadores rasos (ese ‘ejército de la reserva industrial’) entre los que milita el buscavidas. En segundo lugar, las pocas ganas de trabajar y el don natural para la “pérdida de tiempo’ que ostenta el buscavidas, en una actitud hedonista y nada ascética que privilegia el tiempo enriquecedor de vida sobre el

²²⁹ *Ibid.*, p.206-207

²³⁰ *Ibid.*, p.208

tiempo alienante de trabajo, por más que pesen sobre su alma la pérdida de la gracia celestial (y como expresión más terrenal de ésta, el despido de sus patrones). En tercer lugar, su falta evidente de perseverancia en el trabajo, que ya hemos documentado profusamente como uno de sus rasgos distintivos, y que no le provee con un curriculum grato a la empresa capitalista. Y por último, su indiferencia al divino principio de la utilidad social, dada la predilección liberal de esta por expresarse, única y exclusivamente, no a través de la realización existencial de los trabajadores sino a través de la bonanza económica de sus empresas.

De estos cuatro rasgos, cabe destacar una paradoja ‘educativa’, que hasta ahora hemos podido leer entre líneas, pero que habíamos indicado al comienzo de este capítulo como uno de sus propósitos fundamentales. Me refiero al hecho histórico de que la ética del protestantismo ascético, tal como la investiga Weber en los orígenes psicológicos del capitalismo, responde a un objetivo fundamental: la intención de socializar al trabajador en un sistema que, paradójicamente, prioriza el beneficio económico de la comunidad sobre la felicidad individual de sus integrantes, dando por sentado una falacia cuanto menos dudosa: si la acumulación de dinero es grata a dios, ha de redundar, siquiera tácitamente, en beneficio espiritual de las almas de los trabajadores que aspiran a la salvación ultraterrena. Esta paradoja ‘educativa’ y ‘socializadora’ del protestantismo ascético se hace flagrante cuando nos damos cuenta de que se bifurca en una sospechosa decantación: la educación del patrón y la educación del obrero. ¿No remaban ambos en el mismo barco, a la mayor gloria de dios, en un mismo proyecto de utilidad social? Al parecer no exactamente, a juzgar por lo que dice Weber en este pasaje:

“Toda la literatura ascética de todas las confesiones se empapó de esta idea de que también el trabajo fiel con salarios bajos para aquellos a quienes la vida no ha concedido otras oportunidades es algo muy grato a Dios. En este punto, el ascetismo protestante no introdujo ninguna novedad, pero profundizó en este punto de vista al máximo y le dio a esa norma el impulso psicológico para ser efectiva, mediante la concepción de este trabajo como una profesión, como único medio para llegar a estar seguro del estado de gracia, y, por otra parte, legalizó la explotación de esta disposición para el trabajo al interpretar el enriquecimiento del empresario como una “profesión”. Es evidente con qué fuerza debió fomentar la ‘productividad’ del trabajo, en el sentido capitalista de la palabra, esta búsqueda del reino de Dios a través exclusivamente del cumplimiento del deber de trabajar como una profesión y a través del severo ascetismo, que la disciplina eclesiástica imponía, como algo natural, a las clases desposeídas. La consideración del trabajo como ‘profesión’ es para el obrero moderno tan característica como la concepción correspondiente del ‘lucro’ para el empresario.²³¹”

²³¹ *Ibid.*, p.231

Así pues, la doctrina del protestantismo ascético parecer ser consciente de que para justificar la sumisión religiosa de los obreros, no se puede hacer hincapié en la gestión de su hacienda, ya que poca hacienda iban a amasar, reinvertir y gestionar con unos salarios misérrimos, sino en la genuflexión moral de toda su personalidad al dios de la utilidad social, que llega al paroxismo ascético con esta santificación de los bajos salarios. Weber señala que, evidentemente, una vez perdido ese impulso religioso originario que acompañó al nacimiento del capitalismo, la alienación del obrero queda desnuda, infundada y arraigada en unos resortes mecánicos que ya no reclamarán una interpretación espiritual sino la mera supervivencia material del asalariado, una nueva etapa, dominada por una alienación consentida socialmente en todas las relaciones laborales, en la que “la idea del deber profesional ronda en nuestra vida como el fantasma de una fe religiosa del pasado. En este contexto, podemos entender que el buscavidas, como peón especialmente hastiado de ese sistema laboral, esté dispuesto a dinamitar con su ironía de asalariado gandul y nihilista cualquier entusiasmo con que pretendan espolearle a trabajar más de la cuenta. Porque como dice Hannah Arendt respecto a la cadena de montaje fordista, en un alarde de escepticismo que el buscavidas de buen seguro compartiría: “Es absurdo preguntarse si la máquina es para el hombre o el hombre para la máquina. La automatización debe tener al menos la ventaja de demostrar lo absurdo de todos los humanismos de la labor”²³².

Así, pues, comenzaremos por Simón, ilustrando los rasgos de esa personalidad poco “profesional”, en el sentido del protestantismo ascético, con que nos hemos propuesto ilustrar la mala educación de los buscavidas en el ‘espíritu capitalista’ weberiano. Antes que nada, conviene señalar en *Los hermanos Tanner*, como rasgo distintivo respecto a otras novelas con buscavidas, su evidente parentesco conceptual con esta noción de “beruf”, una noción disciplinaria que mantiene encauzadas, ascéticamente, las escasas aspiraciones a la felicidad que pueda albergar en su vida un modesto asalariado. Me refiero al hecho de que tanto Weber como Walsler, coterráneos y contemporáneos de países protestantes a comienzos de siglo²³³, parecen emparentarse desde diferentes vías,

²³² Arendt, Hannah. *La condición humana*. Barcelona: Paidós, 2003, p.

²³³ Walsler, nacido en Suiza, escribe sus tres principales novelas en Berlín durante la primera década del siglo XX. *Los Hermanos Tanner* data de 1907 y fue escrita cinco años después de la publicación de los primeros ensayos de *La ética capitalista* (1904-05) de Max Weber. Aunque no llegaran a conocer sus respectivas obras, resulta evidente, por la terminología y los temas en que indagan, que están

el ensayo y la novela, en una misma indagación sobre el concepto de “beruf”. Para alejar cualquier posible duda al respecto, vale la pena glosar este pasaje de *Los hermanos Tanner*²³⁴, en que Walser, a través de Hedwig, maestra rural y hermana de Simón, reflexiona en profundidad, durante un largo capítulo, sobre la amargura en que le ha sumido ese proceso de socialización laboral que conlleva la fidelidad y perseverancia cuasi religiosas a una “profesión” que domine unilateralmente nuestra vida:

“Tal vez elegí mal mi vocación cuando creí necesario estudiar alguna profesión. (...) ¡Qué extraño me parece ahora ser maestra! ¿Por qué no habré sido modista o cualquier otra cosa? No consigo imaginar qué sentimientos me impulsaron a elegir una profesión como ésta. ¿Qué había en ella de maravilloso y de prometedor que me atrajo entonces? ¿Pensaba acaso convertirme en una benefactora? ¿Creía necesario llegar a serlo, sentir la obligación vocacional de llegar a serlo? Crees en tantas cosas cuando eres inexperta, hasta que la experiencia te hace creer otras. ¡Qué extraño! Es un signo de dureza para con una misma concebir la vida tan seriamente como yo la he concebido. Tengo que decírtelo, Simón: la he concebido con una seriedad y una sacralidad excesivas.(...) Me veo derrumbándome bajo una tarea que, destinada en principio a solazarme cada día, no me es sino una carga que siento excesiva e injusta.”²³⁵.

Podemos observar que Hedwig ha acusado una gran presión social, que se reviste, sin embargo, con las pieles de la vocación individual, hecho que la sume en una confusión considerable, como si en cierto modo, hubiera sido ‘poseída’, en las decisiones capitales de su vida, por un espíritu con el que su experiencia de la misma no le permite comulgar. Ese espíritu, que puede enarbolar la bandera de la utilidad social como fin feliz de las obras del individuo, es interrogado por Hedwig bajo el signo del autoengaño cuando se pregunta: “¿Pensaba acaso convertirme en una benefactora?”, como si ese fin social resultara insuficiente y sumamente irracional a la luz de la insatisfacción existencial en que le han sumido.

emparentados en un mismo árbol genealógico respecto al concepto religioso de “beruf”, como noción que mezcla, a partir de las primeras traducciones luteranas de la biblia, los conceptos de “vocación” y “profesión”.

²³⁴ En el original alemán, por supuesto, el término utilizado para “profesión” es “beruf”, como no podía ser de otra manera, teniendo en cuenta la religiosidad del pasaje, que combina retóricamente los conceptos de “profesión” y “vocación”. Vid en: Walser, Robert. *Geschwister Tanner*. Hamburg: Verlag Helmut Kossodo, 1967. p.164

²³⁵ Walser, *ob.cit.*, p.135

El mismo Simon reflexiona sobre esta utilidad de sus múltiples profesiones mundanas en términos que, sin embargo, le alejan del mero utilitarismo económico y le acercan al humanismo social. Como podemos deducir a través de pasajes en que desprecia explícitamente el dinero, su sentido de la utilidad va precisamente orientado contra la prescripción religiosa-económica de generar beneficios para ser más grato a Dios y se orienta a las necesidades de sus semejantes y a su propia realización existencial. Tras haber sido levemente reprochado por el encargado de una oficina de empleo por “cambiar de trabajo con una celeridad inquietante”, Simon replica indignado: “¿Es tan terrible que un hombre de mi edad practique oficios distintos, que intente ser útil a la gente más diversa? (...) Pueden necesitarme y esa certeza basta para satisfacer mi orgullo. Quiero ser útil”²³⁶. Pero eso sí, cuando el mismo encargado le pregunta por qué abandonó su último oficio, Simon hace prevalecer esa variedad profesional como motivo de su realización existencial, ya que la “entrega absoluta” a una profesión le parece violentamente ascética, una entrega que atenta contra la naturaleza misma de una vida, en cuya variedad, por así decirlo, se encuentra el gusto: “No tengo tiempo para quedarme en una sola y única profesión, y jamás se me ocurriría, como a muchos otros, echarme a descansar en un oficio como en una cama de muelles. No, jamás lo conseguiría, ni aunque llegase a tener mil años. Preferiría ser soldado”²³⁷. Además, como corresponde a todo buen buscavidas, en oposición al espíritu ascético con que ha de desempeñar sus labores, sin pérdida de tiempo y sin asomo alguno de pereza, Simon, como hemos podido ver más arriba, es un enamorado de los vagabundeajes campestres y urbanos, a la luz del sol y de luna, que siente que “un día es algo demasiado hermoso como para tener la insolencia de profanarlo trabajando”. El verbo sacro que utiliza, “profanar”, es sintomático de que el dios de Simón no es precisamente el dios ascético y utilitarista de los protestantes, sino un dios que tiembla, panteísta, en la invisible nervadura que une su alma con la naturaleza. Aunque Simon no es un gandul irredento, sino más bien un consecuente hijo de la naturaleza, a quien le cuesta trabajar más allá de las necesidades razonables que pueda exigirle su felicidad:

“Cuando veo trabajar a la gente me avergüenzo sin querer de no tener en estos momentos ninguna ocupación, pero creo que no puedo hacer nada más que sentir, precisamente, esa vergüenza. Tengo la sensación de que los días me los regala algún dios bonachón que se

²³⁶ *Ibid.*, p.19-20

²³⁷ *Ibid.*, p.20

complace en tirarle algo a un haragán. Querer trabajar coger el primer trabajo que se me presente es lo máximo que me exigiría a mí mismo, pues veo que así estoy de maravilla.²³⁸

Pero volvamos al pasaje en qué habla Hedwig, la hermana de Simon, que ilustra a la perfección la santa perseverancia con que estaba aureoleada en la cultura protestante la noción de 'beruf'. El pasaje refleja muy bien la lucha interna del individuo que pugna por hallar su propia identidad, en medio de una coacción socializadora que nos empuja, sutilmente, a optar por una vía, la de la perseverancia profesional, que puede atentar finalmente contra nuestras aspiraciones a una identidad más plena. A fin de reflejar esta poderosa lucha del individuo con esas expectativas sociales que descansan en los procesos de socialización, todo el capítulo en que se integra este pasaje está estructurado en torno a la confesión de Hedwig, articulada en cuatro monólogos sucesivos y contradictorios. Primeramente, desgrana sus amarguras y fantasea con la posibilidad de cambiar de profesión. A la mañana siguiente, procede a rechazarlos, con una indulgencia ligeramente autodespectiva, alegando haberse dejado llevar por sus sentimientos menos razonables. Poco después, recae en ellos: mientras medita su transformación en una mujer más madura, que acepte humildemente su destino, sus miedos la traicionan, sus palabras se tiñen de terror. Su discurso constata con crueldad, al visualizar sus fantasías madurez, una imagen de todo aquello en lo que ella no deseaba transformarse siendo joven, cuando aún tenía fuerzas y criterio, frente a un alud invisible de presiones sociales, para perseguir su propio ideal de felicidad individual. Por último, desprecia amorosamente a Simón, le insta a marcharse de su casa, le despide con la sensación de estar viviendo con el detonante de sus propios miedos, que amenaza con materializar esta crisis en un gesto irracional que eche su vida entera por la borda. El capítulo es de una maestría misteriosa, porque refleja una crisis que Hedwig, como individuo enfrentado a un proceso de socialización forzoso, verbaliza rabiosamente a solas, imantada por el misticismo silencioso de su hermano, sumido en la precariedad pero en paz con su espíritu.

En ese sentido, Hedwig se hace eco de las mismas inquietudes de su hermano, a lo largo y ancho de la novela, contra ese concepto de ascética perseverancia en la propia profesión que petrifica la naturalidad con que el ser humano debería poder abrirse a la

²³⁸ *Ibid.*, p.126

vida. Hedwig le confiesa a su hermano, a sabiendas de que él, como desharrapado social y militante antiprofesional, es el único que podría llegar a entenderla:

“¿Puede vivirse una vida entera con una sola idea? Ay de nosotros, si esa idea y ese sacrificio nos parecen un buen día indiferentes, si nos volvemos incapaces de seguir pensando en esa idea, llamada a sustituirlo todo para nosotros, con el apasionamiento que pueda justificar aquel trueque en nuestra alma! ¡Ay, si advertimos que hemos hecho un trueque! Pues entonces empezamos a meditar, a establecer diferencias, a valorar, a comparar con tristeza y con rabia, y nos sentimos infelices al constatar lo inconstantes e infieles que ahora somos, y nos alegramos cada vez que se acaba un día para poder llorar en silencio”²³⁹.

A mi entender, el parentesco de este pasaje con el concepto de “beruf” predicado por el protestantismo ascético es evidente, hasta el punto de manejar una terminología similar. Como dijimos más arriba, no olvidemos que Weber recoge, a partir de las preceptivas puritanas de Baxter, que la alternancia profesional no es pecaminosa si no “lleva a ser infiel (‘unfaithful’) en alguna de las profesiones”; infidelidad ésta que Hedwig, en su crisis individual, parece contemplar bajo el signo de un pecado social que la llena de angustia. Hedwig insiste en este punto y ofrece la única solución que puede brindarle, que a su vez coincide, sintomáticamente, con los preceptos morales que prescribe el protestantismo ascético para ahuyentar la duda religiosa. Me refiero a la ‘impersonalidad’ absoluta con que han de realizarse la profesión mundana para ser más grato a Dios, una impersonalidad que no debe expresarse en términos de realización existencial sino meramente como el ‘cumplimiento de un deber’: “Pues basta con un simple soplo de infidelidad para que no queramos saber nada más de esa idea que regía nuestra vida y que reposa solamente en la entrega incondicional y absoluta; y nos decimos cumplo con mi deber y me niego a pensar en otra cosa”²⁴⁰ Un deber, sin embargo, que sólo puede acatarse, por más que lo interioricemos para ser más gratos a dios, de modo totalmente impersonal y ascético, sin rastro de felicidad personal, como Hedwig sugiere resignadamente a renglón seguido:

“A la larga soy incapaz de cumplir con un deber que no me resulte halagüeño, y ahora ando buscando un trabajo que se avenga mejor con mi orgullo y debilidad. ¿Lo encontraré? La

²³⁹ *Ibid.*, p.137

²⁴⁰ *Ibid.*, p.137

verdad es que no lo sé, pero si sé, y estoy segura, que debo seguir buscando hasta que logre convencerme de que la felicidad y el deber existen y son la misma cosa”²⁴¹.

Por último, llega a formular este deseo de una vida más sincera y más plena, cuyos llamamientos finalmente no se atreverá a seguir, mediante una expresión que contiene, en su mismo retruécano léxico, la misma aventura agridulce en la que el personaje del buscavidas vive embarcado: “No puedo vivir y despreciar mi vida. Tengo que buscarme otra vida, una nueva aunque mi vida entera deba consistir en la simple búsqueda de esa vida. ¿Qué es ser respetado en comparación con ser feliz y haber satisfecho el orgullo de nuestro corazón? Hasta ser infeliz es mejor que ser respetado”²⁴².

La falta de ambiciones de Simon, que ya hemos ilustrado suficientemente, es tan radical e indiferente a los honores sociales, que le lleva a atacar por sistema y en su raíz el concepto mismo de profesión. Pero no por ello deja de ser consciente de que el proceso de socialización implícito en el concepto disciplinario-religioso de “beruf”, tal como lo hemos comentado más arriba, se bifurca, en la práctica, en una doble decantación para ricos y pobres, que genera a su vez buenos y malos empleos y contribuye a perpetuar un sistema poco igualitario que debería hacer absurdo, como denuncia Arendt tras la imposición de las cadenas de montaje fordistas, cualquier “humanismo de la labor”. Valga como ejemplo esta breve descripción de sus compañeros de trabajo en la oficina bancaria:

“Había unos cuantos corresponsales jóvenes y elegantes que sabían hablar y escribir de cuatro a siete idiomas y se distinguían de la masa de los contables por su aspecto refinado, extranjero. Habían viajado en barco, conocían los teatros de París y Nueva York, habían estado en las casas de té de Yokohama y sabían como hay que divertirse en El Cairo. Eran los encargados de la correspondencia y esperaban un aumento de sueldo, mientras hablaban en tono burlón de su patria, que les parecía minúscula y miserable. La masa contable estaba integrada en su mayoría por personas mayores que se aferraban a sus puestecitos como si fueran vigas o palos. Tenían todos la nariz larga de tanto contar y la ropa deformada, raída, brillante por el uso y llena de pliegues y arrugas”²⁴³.

El buscavidas, por su extracción pobre y su reticencia al ascenso social, tiene muy en cuenta que si el concepto de trabajo estable puede resultar de por sí muy alienante, el

²⁴¹ *Ibid.*, p.138

²⁴² *Ibid.*, p.138

²⁴³ *Ibid.*, p.32

trabajo de ínfima calificación social que él se ve obligado a ejercer puede serlo más aún. Eso es lo que parece anunciar Ignatius Reilly a su madre, cuando ésta le obliga a trabajar para pagar los costes de su accidente: “Bueno, bueno, encontraré un empleo, aunque no tiene por qué ser lo que tú llamarías un buen empleo”²⁴⁴. Y, en efecto, Ignatius está en lo cierto, porque trabajará primero de archivista en una oficina decadente y más adelante, como vendedor de salchichas ambulante, un trabajo del que su madre había echado pestes proféticamente en las primeras páginas de la novela: “No sería capaz de comer nada que saliera de esos carros asquerosos. Además, todos los vendedores que andan con esos carros son una pandilla de golfos y borrachos”²⁴⁵. Ignatius entrará pues en el sistema laboral capitalista, en el que, de acuerdo con las teorías de Weber, la noción de “beruf” actuó como un mecanismo de socialización incipiente a partir del s.XVI. Pero eso sí, entrará en dicho sistema como un elefante ultracatólico en una cacharrería calvinista, despreciando enfáticamente toda novedad cultural posterior a su adorada edad media.

Del mismo modo que en Walser, se muestran ciertas afinidades con los análisis que Weber hace del protestantismo ascético, Kennedy Toole, que con toda seguridad le había leído, pues menciona en varias ocasiones la facultad de sociología, refleja en Ignatius las monstruosas contradicciones de un anacronismo vivo, de un monje católico que se masturba frente a una pantalla de cine, de un teólogo tomista aficionado a la Fast food y las bebidas gaseosas. Respecto a su posicionamiento frente a la noción protestante de “beruf”, no cabe duda de que Kennedy Toole conocía los análisis de Weber, o cuanto menos, compartía irónicamente su enfoque socioeconómico de la historia, cuando hace una parodia perfecta de los razonamientos del sociólogo alemán. Me refiero al pasaje del ‘Diario del chico Trabajador’ en el que Ignatius, con su propia lógica enloquecida, reproduce aquellos pasajes en que Weber reflexiona sobre la progresiva adaptación de las “necesidades tradicionales” a los engranajes del sistema capitalista, con el consecuente cambio en la noción de trabajo:

“Al desmoronarse el sistema medieval, se impusieron los dioses del Caos, la Demencia y el Mal gusto.(...) La humanidad, que tan alto había llegado, cayó muy bajo. Lo que antes se había consagrado al alma, se consagraba ahora al comercio. Mercaderes y charlatanes se hicieron con el control de Europa, llamando a su insidioso evangelio “La ilustración”. (...) El campesino humilde y piadoso, Pedro Labrador, se fue a la ciudad a vender a sus hijos a los señores de Nuevo Sistema para empresas que podemos calificar, en el mejor de los casos, de

²⁴⁴ Kennedy Toole, *ob.cit.*, p.61

²⁴⁵ *Ibid.*, p.36

dudosas. La gran cadena del sur se había roto como si fuera una serie de clips unidos por algún pobre imbécil; el nuevo destino de Pedro Labrador sería muerte, destrucción, anarquía, progreso, ambición y autosuperación. Iba a ser un destino malévol: ahora se enfrentaba a la perversión de tener que ir a trabajar”²⁴⁶.

Ignatius se ve a si mismo como un cruzado católico en una sociedad dominada por una élite de WASP con la que no desea tener ningún trato y de la que vive exiliado en providencial retiro. Por encima de todo, desprecia su sentido del trabajo, ya que él es partidario de ese enfoque del “amor egoísta” del monje a dios que Lutero denunciaba explícitamente, que materializa con su encierro en vida en la casa de su madre. De hecho, le echan de su primer trabajo por esta confrontación paródicamente religiosa entre catolicismo y protestantismo, ya que mientras trabaja de profesor adjunto en la universidad, “un pobre blanco de Missisipi le dijo al decano que yo era un propagandista del Papa, cosa evidentemente falsa. Yo no apoyo al Papa actual. No se ajusta en absoluto a mi idea de un Papa firme y autoritario”²⁴⁷. Ese acto de delación desemboca en una manifestación de sus alumnos en el campus universitario, mientras Ignatius arroja sus exámenes desde las ventanas de su despacho, justificándose ante su madre con estas palabras: “No habría podido leer las barbaridades y disparates que salían de las mentes oscuras de aquellos estudiantes. Me pasará igual dondequiera que trabaje.”²⁴⁸

Es evidente que cuando el protestantismo ascético recomienda al trabajador desempeñar su profesión lo más “impersonalmente” posible, sin aspirar a la realización existencial, ciñéndose al imperativo categórico del deber, no tiene en consideración que un ego tan hipertrofiado como Ignatius ha de encontrar repulsiva esa modestia ejemplar del trabajador que cumple resignadamente sus tareas. Podemos apreciar este horror ególatra a vaciarse de “personalidad” en el trabajo mediante un escrupuloso cumplimiento del deber, cuando su madre le lee una oferta de trabajo y reacciona indignado ante la psicología anodina que el mercado laboral parece exigir de él: “’Hombre limpio, muy trabajador, de fiar, callado’. ¡Santo Dios! ¿Pero qué clase de monstruo quieren? Creo que jamás podría trabajar en una institución con semejante visión del mundo”²⁴⁹. Más adelante, cuando ya esté trabajando en la oficina de Levy Pants, Ignatius se niega a adoptar este carácter burocratizado del oficinista y anuncia a

²⁴⁶ *Ibid.*, p.40

²⁴⁷ *Ibid.*, p.60

²⁴⁹ *Ibid.*, p.60

su patrón una serie de innovaciones que cambiarán su concepto de la empresa. Ignatius adopta un rol contraproducente de ejecutivo con iniciativa que no se aviene con su empleo sumamente mecánico, aunque sus iniciativas consistan en destruir todo el sistema de archivos que le encargan para acelerar el trabajo iniciado por las ratas que campan a sus anchas por la oficina.

En general, a lo largo y ancho de la novela, no sólo Ignatius, sino todos los personajes, cumplen con su “deber” a regañadientes, a sabiendas de que su profesión, tal como ellos la experimentan, no puede depararles ninguna felicidad personal, sino más bien todo lo contrario. Como decía Weber, si bien la idea del deber ronda en la mente de estos personajes como un “fantasma religioso del pasado”, lo que salta a la vista, explícitamente, es la coacción deliberada y rotunda que ejerce toda la infraestructura social y laboral sobre el trabajador a fin de dominarlo. El patrullero Mancuso, por ejemplo, considera su “deber” detener a sospechosos comunistas, pero este deber moral pronto degenera hacia una marginación departamental y una erosión individual tremenda, cuando su jefe le obliga a trabajar de incógnito, embutiéndose los disfraces más peregrinos. Una situación a la que no puede negarse, ya le toque patrullar de pirata, princesa o hawaiano, so pena de verse expulsado del cuerpo de policía. Asimismo, el negro Jones se deja explotar en un bar de mala muerte por un salario irrisorio, para evitar ser detenido por gandul. Pero cuando su patrona, con ínfulas de déspota, le pide que cumpla sumisamente su deber, Jones le responde que “por veinte dólares a la semana no puede creer que esté dirigiendo una plantación”²⁵⁰. El mismo Gus Levy, director de Levy Pants, abomina de su empresa y se ve obligado a pisar la oficina de tarde en tarde, sólo para que su mujer, una consumista amargada, le deje en paz, pues amenaza siempre con delatarle a sus hijas universitarias por gandul. La cultura laboral, que tradicionalmente se ha visto bajo el signo de cierto “deber” impersonal que el trabajador puede interiorizar en beneficio de su propia alma, se despoja de ese prestigio suavemente socializador en *La conjura de los necios*, para contemplarse despiadadamente, sin ningún miramiento, bajo el signo del chantaje colectivo. En efecto, todos los trabajadores son coaccionados agresivamente a trabajar, ya sea por sus patrones, las autoridades o por sus seres queridos. Un ejemplo especialmente amargo es el de la Señorita Trixie, una demente senil de 80 años que sigue trabajando en la oficina de Levy pants porque no le conceden la jubilación: la esposa del señor

²⁵⁰ *Ibid.*, p.77

Levy, en su empeño delirante y consumista por no envejecer, ordena expresamente alargar su vida laboral para rejuvenecer su espíritu, para que puede seguir sintiéndose “activa y útil”²⁵¹.

Asimismo, recordemos que la “utilidad social” es interpretada por el protestantismo ascético como una ley natural que refleja la voluntad de Dios y se manifiesta, no a través de la felicidad individual de los integrantes de una sociedad, sino a través de todas aquellas acciones que fomenten el utilitarismo económico y la prosperidad material de las empresas. En el catolicismo tradicional que domina la mente de Ignatius, tal idea habría tenido visos pecaminosos, ya que la acumulación dineraria habría sido sospechosa de usura. Pero Ignatius, una vez embarcado en Levy Pants, está dispuesto a reconciliarse con algunos vicios del espíritu capitalista para demostrarle al señor Levy su espíritu emprendedor. Su primera medida, a tal efecto, es la paródica confección de un símbolo iconográfico que presida la entrada a la oficina y sacralice, a la manera en que lo había hecho indirectamente la doctrina de Calvino, su divino afán de lucro: “La cruz estaba ya terminada en sus dos tercios. Faltaba sólo la inscripción en pan de oro, DIOS Y COMERCIO, que Ignatius había decidido colocar en la parte inferior de la cruz”²⁵². Asimismo, para implicarse más en un proyecto que no se aviene mucho con su propia formación de católico medievalista, decide tomar como asesora, de nuevo paródicamente, a la senil señorita Trixie, a la que rebautiza como LA DAMA DEL COMERCIO: “me propongo sonsacar dentro de poco a la señorita Trixie; sospecho que esta medusa del capitalismo tiene muchas ideas valiosas y puede proporcionarme más de una observación básica”²⁵³.

Pero la buena fe corporativa de Ignatius, evidentemente, acaba generando decisiones polémicas que atentan contra el utilitarismo económico más rudimentario. Por ejemplo, es incapaz de adaptar el producto a las necesidades particulares de cada cliente, como dice Weber respecto al inédito *modus operandi* que debió caracterizar a los primeros empresarios capitalistas, en oposición al viejo sistema de gremios. Ignatius, ante la carta de reclamación de su mayor cliente, el Sr. Abelman, disconforme con la talla

²⁵¹ *Ibid.*, p.81 Nota: No es una coincidencia que los adjetivos sean precisamente estos, de inspiración tan protestante, dada la glorificación de la “utilidad” y la oposición entre vida activa/vida contemplativa que el debate de la reforma religiosa luterana contribuyó a vivificar.

²⁵² *Ibid.*, p.115

²⁵³ *Ibid.*, p.81

defectuosa de los pantalones en su último pedido, se indigna con ira gremial y autoritaria contra su reclamación y responde:

“Sr. I. Abelman: caballero mongoloide: Hemos recibido por correo sus absurdos comentarios sobre nuestros pantalones.(...)Los pantalones que les enviamos son un medio de poner a prueba su capacidad para cumplir con los requisitos básicos del distribuidor de un producto de tanta calidad como el nuestro. (Nuestros leales y diligentes distribuidores pueden vender cualquier pantalón que lleve la etiqueta Levy, por muy abominable que sea de hechura y diseño. Al parecer, ustedes son gente sin fe.) Si vuelve usted a molestarnos, señor, sentirá morder el látigo en sus hombros repugnantes. Coléricamente suyo. Gus Levy, Presidente”²⁵⁴.

Y como no deja de ser perfeccionista, Ignatius falsifica la firma del presidente y envía la carta, que tendrá consecuencias económicas adversas para el destino de la empresa, pues el señor Abelman les demandará por valor de medio millón de dólares y supondrá para Levy Pant’s la amenaza de ruina. Nada más lejos, por tanto, que Ignatius y el utilitarismo económico de la empresa capitalista.

Por último, es evidente el incomparable don de Ignatius para perder el tiempo en su jornada laboral, y en general, sus pocas ganas de trabajar. Tras varias jornadas en Levy Pants, escribe en su DIARIO DE UN JOVEN TRABAJADOR, O ADIOS A LA HOLGANZA:

“He dado en llegar a la oficina una hora más tarde de lo que allí se me espera. En consecuencia, me encuentro muchísimo más reposado y fresco cuando llego, y evito esa primera hora lúgubre de la jornada laboral en que los sentidos y el cuerpo aún entorpecidos por el sueño convierten cualquier tarea en una penitencia. Considero que, al llegar más tarde, mejora notablemente la calidad del trabajo que realizo”²⁵⁵.

Como ya hemos dicho, sus planes e iniciativas se materializarán en la destrucción del sistema de archivos que debería custodiar, porque le resulta fastidioso ese límite a su ejercicio de una holganza absoluta, que los credos del protestantismo ascético deplorarían como una lacra moral y religiosa. Sus otros planes, lejos de aportar beneficios a la empresa o mejorar sus dinámicas y procedimientos, es decir, lejos de fomentar la vida activa tan grata a los credos protestantes, consisten en la decoración medieval de la oficina para crear un clima de meditación adecuado a su vida contemplativa. El señor González, interpretando erróneamente la gran pasión

²⁵⁴ *Ibid.*, p.93

²⁵⁵ *Ibid.*, p.103

corporativa de su empleado, cree haber encontrado en Ignatius, a quien paga un salario modesto, a un hombre de productividad envidiable, merced a su sincera preocupación por el cumplimiento de sus deberes profesionales:

“Era como cuatro trabajadores en uno. En las manos diligentes del señor Reilly, los papeles a archivar parecían desaparecer.(...) Las cortinas de arpillera púrpura que colgaban de la ventana, junto al escritorio del señor Reilly, creaban en la oficina un área meditativa. Allí el sol derramaba una claridad color clarete sobre la estatua de yeso, de casi un metro, de San Antonio, que se alzaba cerca de la papelera. Era tan diligente, se interesaba tanto por la empresa...”²⁵⁶.

Chinaski, en *Factotum*, se dibuja asimismo como anti-ideal de trabajador ensalzado en las preceptivas morales del protestantismo ascético. A través de sus descripciones del moderno sistema de fábricas, podemos ver como la labor del obrero no hace sino vaciar de personalidad a los trabajadores, no en beneficio espiritual de sus almas, sino para que el sistema pueda contar con ellas igual que se cuenta con una máquina. En una de sus descripciones fascinadas de una hilandería industrial, Chinaski contempla horrorizado esta impersonalidad, reemplazable y maquinizada, de las empleadas:

“Filas y filas de viejas señoras judías inclinadas sobre sus máquinas de coser, trabajando con pilas de tejidos; la costurera número uno en la máquina 1, inclinada sobre ella, manteniendo su sitio; la empleada número dos en la máquina 2, lista para reemplazar a la otra si fuese necesario. Nunca levantaban la vista ni daban la menor muestra de reparar en mí cuando entraba”²⁵⁷.

Estas descripciones de la fábrica, como sistema que mecaniza la personalidad de los empleados, reduciéndolas a un repertorio de gestos que están condenados a repetir durante cuarenta años de vida laboral, es tan frecuente como dolorosa en las narraciones de Bukowski. En *Post Office*, Chinaski describe con una crudeza inhumana su propia decadencia física tras pasar varios años realizando un tipo de trabajo similar:

“11 years shot through the head. I had seen the job eat men up. They seemed to melt. (...)They either melted or they got fat, huge, especially around the ass and the belly. It was the stool and the same motion and the same talk. And there I was, dizzy spells and pains in the arms. Neck, Chest, everywhere. I slept all day resting up for the job. On the weekends I had to

²⁵⁶ *Ibid.*, p.111

²⁵⁷ Bukowski(2007), *ob cit.*, p.120

drink in order to forget it. I had come in weighing 185 pounds. Now I weighed 223 pounds. All you moved was your right arm²⁵⁸.”

Chinaski describe frecuentemente a los trabajadores como seres vaciados de humanidad, reducidos a pura fuerza de trabajo, convertidos en piezas de un engranaje tecnológico que subyuga enteramente su voluntad y consume su vida.

A la luz de esta deshumanización, el espíritu ascéticamente impersonal predicado por algunas confesiones protestantes, ese espíritu que ha redundar, teóricamente, en beneficio espiritual de las almas de los trabajadores, muestra en esta despersonalización del trabajo industrial su verdadera y oscura motivación macroeconómica. Para reflexionar sobre este efecto disciplinario del ascetismo, Weber reflexiona en este pasaje sobre las ventajas que reportaban las jóvenes pietistas, fraguadas en este imperativo impersonal de la “beruf”, al nuevo sistema capitalista de fábrica, en oposición a las trabajadoras más apegadas al artesanado tradicional:

“Una queja casi general de los empresarios que emplean a mujeres jóvenes, al menos jóvenes alemanas, es que no son capaces ni están dispuestas abandonar los tipos de trabajos más tradicionales. (...)Otra cosa distinta suele suceder con muchachas educadas en una religión determinada, concretamente con muchachas provenientes del pietismo. (...)Las oportunidades más favorables para una educación económica se dan en este grupo. La capacidad de concentración y la capacidad, absolutamente fundamental, de sentirse obligadas con el trabajo suelen ir unidas en ellas a un sentido económico estricto, que cuenta realmente con la ganancia y con una cantidad de ésta y con una moderación y un sobrio autocontrol, que aumenta extraordinariamente la capacidad de rendimiento”²⁵⁹.

Por tanto, la noción de profesión, del deber profesional, como un grato sacrificio a dios que debería alimentar la vida espiritual del empleado, convierte a éste, en realidad, en un ente más manipulable por los poderes fácticos de la economía, que permite al sistema capitalista multiplicar exponencialmente su rendimiento y su productividad. Según Weber, con la progresiva disolución de los motivos religiosos que espolearon la forja de una mentalidad capitalista, el sometimiento a la profesión quedó despojado de toda justificación religiosa y pasó a tener resortes puramente materiales. Eso al menos hará que los hombres sean conscientes, como denuncia repetidamente Bukowski, del asesinato gradual que supone los trabajos más alienantes en el sistema de fábricas, sin

²⁵⁸ Bukowski(2009), *ob.cit.*, p.144

²⁵⁹ Weber, *ob.cit.*, p.70-71

que confundan su sacrificio de creyentes de su condición de esclavos. A lo sumo, desde el punto de vista del trabajador, la glorificada “impersonalidad” del protestantismo ascético no será ya sino una desencantada técnica psicológica del trabajador, una ascesis preventiva, un vaciaje de personalidad provisional, una anestesia momentánea del corazón, que le permite sobrevivir a la jornada de trabajo en una línea de montaje sin perder la razón. Chinaski lo expresa en estos términos, por ejemplo, mientras realiza un trabajo, no industrial, pero sí alienante, que consiste en limpiar un rail de latón durante ocho horas alrededor del edificio bajo la supervisión periódica de un vigilante: “Yo había tenido trabajos bobos y estúpidos, pero éste me parecía el más bobo y estúpido de todos. Lo que hay que hacer, decidí, es no pensar. ¿Pero cómo podías dejar de pensar?”²⁶⁰ Por la misma razón, las pocas ganas de trabajar y la pérdida de tiempo, vicios condenados por el ascetismo como un alejamiento de Dios, son practicados por Chinaski con fruición, siempre que la naturaleza del trabajo se lo permite. Por ejemplo, mientras está trabajando en el Times, no como periodista, por supuesto, sino como limpiador nocturno, Chinaski interpreta su jornada laboral de ocho horas del siguiente modo:

“Acabé con los servicios de señoras y con los de hombres, vacié las papeleras y quité el polvo de unos cuantos escritorios. Luego volví al retrete de señoras. Tenían allí sofás y sillas y un despertador. Me quedaban cuatro horas de trabajo. Puse la alarma para que sonara treinta minutos antes de la hora de salida. Me tumbé en uno de los sofás y me puse a dormir”²⁶¹.

Para resistir la alienación de los empleos que realiza, Chinaski no tiene ningún reparo en violar continuamente la integridad de la jornada laboral.

Con todo, sigue rondando en la mente de algunos empleados, como dice Weber, la idea del deber “como un fantasma religioso del pasado.” Eso hará que Chinaski sea, finalmente, no sólo un vago, sino un militante contra la misma noción de profesión como deber moral. Su padre, que le maltrataba continuamente en su adolescencia, es un ejemplo especialmente riguroso de esta mentalidad ascética que, como denunciaba Weber, no trabaja para vivir, sino vive para trabajar:

²⁶⁰ Bukowski(2007), *ob.cit.*, p.137

²⁶¹ *Ibid.*, p.141-142

“La murga del trabajo empezaba nada más cruzar la puerta, continuaba en la mesa de la cena y acababa en la cama cuando daba el grito de ‘¡Luces fuera!’ a las 8 de la tarde, de modo que él pudiera descansar y recobrar fuerzas para el trabajo que le esperaba al día siguiente. No había otro tema en su vida a excepción del trabajo”²⁶².

Este espíritu profesional del padre llega a teñirse de una mendacidad surrealista, cuando en *La senda del perdedor*, estando en paro, sale de casa de madrugada aparentando tener trabajo y se pasa el día entero dando vueltas por Los Ángeles para convencer a los vecinos de que es un hombre perfectamente integrado. Del mismo modo que el hidalgo del lazarillo se esfuerza, hasta extremos enfermizos, por aparentar holganza, el padre de Chinaski se obsesiona, de manera igualmente esquizoide, por aparentar que es un recto cumplidor de su deber, porque la cultura ascética de la profesión ha identificado hasta tal punto la idea del trabajo con los beneficios de la integración, que carecer de un trabajo estable te convierte en un ser estigmatizado socialmente. Por tanto, en abierta oposición a los terrores laborales paternos, Chinaski se convertirá en un descreído del sistema laboral contemporáneo y los imperativos del deber profesional.

Un sistema, por otra parte, que sigue premiando la “perseverancia” de los empleados en una sola profesión, pero ya no por sus ventajas para la salvación ultraterrena de su alma, sino de manera más verificable empíricamente, mediante un ascenso gradual en la jerarquía de la empresa a sus empleados más leales. En ese sentido, con la desaparición de las coartadas religiosas, “in majorem gloriam dei”, que alientan la sumisión del pobre y el enriquecimiento del rico, sólo queda una motivación real para ser perseverante en el capitalismo: el ascenso, del que Chinaski se hace eco en varias ocasiones. En cierto modo, el ascenso contribuye a perpetuar cierto ideal ascético de perseverancia en el trabajo, a través de mejoras salariales progresivas con que puede premiarse a los empleados que mantienen una relación larga, estable y fiel con la empresa. El ascenso actúa, en cierto modo, “educativamente”, a la manera en que Weber detecta en los impulsos religiosos del protestantismo ascético una fuerza moldeadora que invita a los empleados a perseverar en una sola profesión. Este pacto moral-económico, que traduce el sacrificio del empleado en términos económicos, conviene tanto al empleado como a la empresa. A ésta última, porque al fin y al cabo, en cualquier organización financiera, conviene no sólo fidelizar al cliente sino fidelizar

²⁶² *Ibid.*, p.7

también el empleado, con el que vale la pena poder contar de manera previsible, para elaborar una plantilla estable que armonice, sin contratiempos, con las previsiones económicas regulares de la empresa. Y conviene al empleado porque dichos incrementos salariales pueden mejorar su nivel de vida, aunque le obligue a aceptar ciegamente una falacia inherente al capitalismo, que su identidad se promocióne asimismo con esos ascensos, haciendo que su biografía laboral alimente su biografía existencial. Sucede más bien que el ascenso vincula inescapablemente al trabajador al ejercicio estable de una sola profesión, al disfrute de una sola vida, pero le alivia, en contrapartida, de la espiral creciente de necesidades que conlleva la vida adulta. En todo caso, Chinaski detecta muy claramente este suave factor socializador desde la primera oferta de trabajo que lee: “Se necesita joven ambicioso con visión de futuro. No es necesaria experiencia. Empiece en la oficina de repartos y vaya ascendiendo puestos.”²⁶³ Este tipo de reclamos son una forma de socialización tan evidente, una manera tan explícita de exigir la lealtad del empleado, que Chinaski se dedica durante toda la novela a jugar con las expectativas de los procedimientos de selección de personal, ya sea en la persona de sus entrevistadores o en el género textual del curriculum, armado de un discreto sentido del humor. Valga de ejemplo este diálogo de Chinaski con un entrevistador: “-¿Cómo sabremos que se va a quedar con nosotros el tiempo suficiente? – Es posible que no me quede. – ¿Por qué? –Su anuncio decía que había futuro para un hombre ambicioso. Si no es verdad que aquí hay futuro, entonces me iré”²⁶⁴. Aunque Chinaski tiene muy claros, y lo recuerda a menudo en su convivencia con compañeros y superiores, los efectos que puede tener esta perseverancia laboral sobre la integridad síquica del asalariado: “Janeway Smithson llevaba en la compañía veinticinco años y era lo suficientemente imbécil como para enorgullecerse de ello. (...) Aparte, como cualquier otro hombre con veinticinco años de servicio en una misma compañía, Smithson era un demente total”²⁶⁵.

Por otra parte, la utilidad social que pueda derivarse de sus trabajos, utilidad que prescribe el protestantismo ascético como máximo bien (en tanto reflejo de las leyes naturales de dios) al que deben estar dirigidos nuestros esfuerzos mundanos, es para Chinaski un argumento tan absurdo como falso, que en su nihilismo descarnado de

²⁶³ *Ibid.*, p.8

²⁶⁴ *Ibid.*, p.9

²⁶⁵ *Ibid.*, p.153

todos los valores sociales, no se molesta siquiera en considerar. Uno de las expresiones más divertidas que encuentra en las novelas del buscavidas Chinaski esta suprema “utilidad social” es la sublimación laboral-económica de la guerra, que constituye el telón de fondo de toda la novela. Mediante la guerra, que es en si misma, no lo olvidemos, una prospera industria a la que no falta su gabinete de publicistas, se pretende espolear a los trabajadores nacionales a sacrificarse por su patria, sin atender tanto a sus propias necesidades como al granito de arena que pueden aportar a Estados Unidos en un correcto desempeño de sus tareas. Mientras está trabajando de ambulanciero de la Cruz Roja para recoger donaciones de sangre, esta sublimación se plantea explícitamente con una boutade muy graciosa que castiga una incidencia suya al volante como si fuera un craso error militar:

“Cuando finalmente llegamos a la iglesia donde los donantes de sangre nos estaban esperando, llevábamos un retraso de dos horas y quince minutos. El jardincillo de la iglesia estaba repleto de donantes, doctores y curas furiosos. Perdí aquel trabajo allí y entonces, una lástima. Al otro lado del Atlántico, Hitler aprovechaba cualquier mínimo retraso”²⁶⁶.

En otros pasajes esta sublimación es más sutil, pero igualmente capciosa. Un patrón en una empresa de limpieza le perdona por segunda vez un error y le pregunta, al final de la jornada, si ese andar esparrancado que parece importunar a Chinaski se debe a alguna herida de guerra. En ese momento, Chinaski se da cuenta de que si le han perdonado sus errores, ha sido por la compasión al veterano de guerra, que un buen patriota está obligado a ostentar para reinsertar a la economía del país a los soldados que lucharon por ella. A lo que Chinaski responde que no, que se ha quemado con aceite friendo un pollo, una mentira piadosa, porque en realidad se ha abrasado los muslos con una loción para masacrar ladillas, cortesía de una amante que se las contagia. Pero su patrón insiste, como dándole confianzas para que se explaye sobre sus heridas, y Chinaski contesta de nuevo, que no fue culpa de la guerra, que fue culpa del pollo. Chinaski podría dejarle creer que estuvo en la guerra, pero no lo hace, porque el argumento implícito en esa mentira le repugna, como le repugna en general el hecho de que haya una épica oficial de la guerra y no una épica del marginado, en guerra con un sistema laboral alienante, esa épica que sus propias ficciones representan, y que los voceros de la utilidad social soberanamente ignoran. Por último, vale la pena citar este

²⁶⁶ *Ibid.*, p.151

pasaje de *Post Office* en el que se manifiesta explícitamente, en la voz de uno de los instructores de Chinaski, esta sublimación espuria de la guerra – en este caso, fría - como fin social y económico al que deben estar orientados los esfuerzos de los trabajadores: “I want you to understand that we’ve got to hold down the Budget! I want you to understand that EACH LETTER YOU STICK; EACH SECOND, EACH MINUTE, EACH HOUR, EACH DAY, EACH WEEK- EACH EXTRA LETTER YOU STICK BEYOND DUTY HELPS DEFEAT THE RUSSIANS!”²⁶⁷. Es sencillo reconocer en este procedimiento el señuelo de un utilitarismo socioeconómico que se utiliza para incentivar la moral trabajadora de los asalariados, sin garantizarles a cambio su propia realización existencial. Es el mismo afán que podemos detectar en la postulación de lo “útil socialmente” como paradigma, veladamente económico y expresión de la voluntad divina, que se deriva de las doctrinas del protestantismo ascético en la interpretación de Max Weber. Ambas retóricas se asientan en dos argumentos de autoridad inexpugnables, dios y la guerra, y echan mano de unos principios de utilidad social que no dejan de ser un señuelo para estimular artificialmente la productividad económica de los empleados.

Respecto a lo que opina Bardamu, en *Viaje al fin de la noche*, sobre este divino principio de la utilidad social, vale la pena recordar que su conciencia de pobre, en una sociedad de privilegios manejados por y para ricos, no admite ningún tipo de coacción educativa del tipo utilitarista. Tras su reclutamiento bélico, Bardamu se promete a sí mismo no caer nunca más en las mentiras de la patria, no tener valor más elevado que su propia supervivencia material, ya que considera que cualquier sumisión a un valor más abstracto forma parte de una educación obscena, orquestada por los ricos, en las virtudes de la pobreza: “Os lo digo, infelices, jodidos de la vida, vencidos, desollados, siempre empapados de sudor; os lo advierto: cuando los grandes de este mundo empiezan a amarnos es porque van a convertirnos en carne de cañón”²⁶⁸. De ese miedo a ser “utilizado”, en su propio perjuicio físico, por los valores más elevados de la sociedad, brota la despiadada sinceridad de Bardamu y su nomadismo convulso, ya que considera que el único “deber” del pobre en este mundo no consiste en su obediencia sacrificada a los ideales de la utilidad social, sino en su rechazo categórico:

²⁶⁷ Bukowski(2009), *ob.cit.*, p.56

²⁶⁸ Céline, *ob.cit.*, p.48

“Rejuvenecen, en verdad, más que nada, los pobres, y al acercarse a su fin, con tal de que hayan intentado perder por el camino toda la mentira y el miedo y el innoble deseo de obedecer que les han infundido al nacer, son, en una palabra, menos repulsivos que al comienzo. ¡El resto de lo que existe en la tierra no es para ellos! No les incumbe. Su misión, la única, es la de vaciarse de su obediencia, vomitarla. ¡Si lo consiguen del todo antes de casarla, entonces pueden jactarse de que su vida no ha sido inútil!”²⁶⁹.

Evidentemente, esa “utilidad social”, que está orientada, como prescribe el protestantismo ascético, a la utilidad económica, encuentra en Bardamu a un espectador desencantado, y como tal, la desenmascara sistemáticamente a lo largo de toda la novela. Cuando desembarca en África y entra en contacto con la compañía de Togo, para ocupar alguna ínfima sinecura de la jerarquía colonial, se da cuenta de que la “utilidad económica” – esa que podría justificar moralmente, a la luz del protestantismo ascético, la expansión de un imperio financiero - no tiene ninguna motivación religiosa ni moral. Todo lo contrario, se basa únicamente en la explotación del negro, con cuya piel, como bromean algunos contables de la compañía, “se han de hacer petacas”²⁷⁰. En las colonias, observa Bardamu, la explotación de negro, en aras de la codicia interminable del comerciante, es el motor económico por excelencia, un negro “igual que los pobres de nuestro hemisferio, en una palabra, pero con más hijos aún y menos ropa sucia y vino tinto”²⁷¹. El director de la compañía de Togo llega a vanagloriarse de haber alterado las necesidades tradicionales del negro, de haber desmoronado en pocos años su mercado tradicional, basado en la caza y en la pesca, para hacerlo girar en torno a un régimen de producción masiva y especializada, del que son consumidores y tributarios al mismo tiempo:

“¿Ve usted esos negros que me rodean?, ¿no? Bueno, pues cuando yo llegué al pequeño Togo, pronto hará treinta años, ¡aún vivían sólo de la caza, la pesca y las matanzas entre tribus, los muy cochinos!... (...) ¡Imagínese el banquete!... ¡Hoy ya no hay más victorias! ¡Estamos aquí nosotros! ¡Ni tribus! ¡Ni alboroto! ¡Ni faroladas! ¡Tan sólo mano de obra y cacahuetses! ¡A currelar! ¡Se acabó la caza! ¡Y los fusiles! ¡Cacahuetses y caucho! ¡Para pagar el impuesto! ¡El impuesto para que nos traigan más caucho y cacahuetses! ¡Así es la vida, Bardamu!”²⁷².

²⁶⁹ *Ibid.*, p.431

²⁷⁰ *Ibid.*, p.160

²⁷¹ *Ibid.*, p.169

²⁷² *Ibid.*, p.167

En cierta manera, esa disolución de las necesidades tradicionales del negro, desintegradas abruptamente con el sistema colonial, recuerdan, como sugiere Weber, a la gradual y forzosa adaptación que tuvo lugar en el estilo de vida del trabajador tradicional con el advenimiento del sistema capitalista. Pero donde el sistema capitalista fue, poco a poco, en el transcurso de un siglo, minando las bases gremiales y comerciales que permitían cierta autosuficiencia de los mercados tradicionales, en los países colonizados, que no son sino las minas y calderas de ese sistema, la adaptación del negro se impone por la vía rápida de la violencia. En menos de treinta años, una población de costumbres milenarias y necesidades autosuficientes, es reducida a la mísera cultura del jornal, forzada a la producción masiva de cacahuets y caucho, explotada mediante un impuesto que les ata financieramente a ese sistema como mano de obra barata.

Por ello, cuando a Bardamu le venden el ideal de la utilidad económica, de los intereses comerciales que han de prevalecer sobre los intereses personales, detecta la hipocresía dominadora que tan bien conoce en el discurso de los ricos e intenta ponerse a cubierto. No sin motivo, ya que la compañía necesita para sus tareas más ingratas, como él mismo dice, de “un gran número de negros y pobres blancos de mi estilo”²⁷³. Son blancos que la compañía utiliza como contacto con las factorías, subhombres exiliados a los pantanos, decenas de los cuales mueren cada año. Tal es el destino cruel que espera a Bardamu cuando acabe su estancia en la ciudad, y, en consecuencia, no podemos pedirle que sublime la utilidad social y económica de la empresa, por encima de su propio bienestar. En este pasaje, por ejemplo, el director se queja de un empleado suyo en la selva, al que Bardamu tendrá que sustituir en breve, con una terrible inhumanidad que privilegia los beneficios de la empresa sobre la integridad física de sus empleados:

“Aquel a quien va usted a sustituir en esa factoría es un perfecto cabrón, sépalo...En confianza...Se lo digo... ¡No hay manera de que nos envíe las cuentas, ese sinvergüenza! ¡No hay manera! ¡De nada sirve que le mande avisos y más avisos!...No le dura mucho la honradez al hombre, cuando está solo...!Que está enfermo, nos escribe...! ¡No lo dudo! ¡Enfermo! ¡También yo estoy enfermo! ¿Qué quiere decir eso? ¡Todos estamos enfermos! ¡También usted estará enfermo y dentro de muy poco, además! ¡Eso no es una razón! ¡Nos la trae floja que esté enfermo! ¡La compañía ante todo! ¡Cuando llegue usted allí, haga el inventario lo primero!”²⁷⁴.

²⁷³ *Ibid.*, p.166

²⁷⁴ *Ibid.*, p.155

La enfermedad del individuo no es una “razón”, porque la única racionalidad que cuenta, la económica, radica en la prosperidad material de la compañía. Recordemos la denuncia de Weber contra irracionalidad de un sistema que solo tiene en cuenta la acumulación de dinero, no las necesidades de sus integrantes.

Con todo, Bardamu es una voz crítica y aislada, con la independencia de criterio suficiente para rechazar el sistema de valores alienantes que el sistema capitalista impone a sus asalariados. Pero es una excepción, insisto, a la cultura del deber profesional que, según Weber, el protestantismo ascético contribuyó a difundir, un deber que ha de ser ejecutado con la mayor impersonalidad posible, soslayando todo interés individual, teniendo en mente, ante todo, los beneficios económicos como fin más noble de nuestras acciones. La educación moral del pobre es, en ese sentido, tan poderosa como paradójica, tan intensa como contradictoria. Bardamu no se cansa de observarla en el resto de sus compañeros, otros blancos pobres con los que llega a África, que valoran el utilitarismo económico al que están orientadas sus actividades en estos términos:

“De vez en cuando me aventuraba hasta los muelles de embarque para ver trabajar a mis anémicos colegas que la compañía de Pordurière se procuraba en Francia por patronatos enteros. Parecían ser presa de una prisa belicosa, al no cesar de descargar y recargar cargueros, unos tras otros. ‘¡Cuesta tanto la estancia de un carguero en el puerto!’, repetían, sinceramente preocupados, como si se tratara de su dinero”²⁷⁵.

Pero evidentemente, para tener esa utilidad económica en mente, hay que vaciar de personalidad el desempeño de las tareas, como prescriben no sin inteligencia las preceptivas morales inspiradas en el protestantismo ascético. El trabajador ha de ahuyentar cualquier desaliento personal que pueda afectar a su productividad en el trabajo, ceder su personalidad entera a la voluntad del patrón y su afán de mejorar las finanzas de la empresa. Así lo expresa Bardamu cuando describe la miserable vida de los cargueros al servicio de una empresa que los explota y, pese a ello, su fe ciega, abandonadamente feliz, en la cultura del deber profesional:

“Chinchaban a los descargadores negros con frenesí. Celosos cumplidores de su deber eran, sin lugar a dudas, e igual de cobardes y aviesos. Empleados modélicos, en una palabra, bien elegidos, de una inconsciencia y un entusiasmo asombrosos. (...) Habían acudido al África

²⁷⁵ *Ibid.*, p.158-159

tropical, aquellos pobres abortos, a ofrecerles su carne, a los patronos, su sangre, sus vidas, su juventud, mártires por veintidós francos al día (menos las deducciones), contentos, pese a todo contentos, hasta el último glóbulo rojo acechado por el diezmillonésimo mosquito”²⁷⁶.

Por supuesto, Bardamu no tiene tantas ganas de trabajar y se queja compulsivamente de todos los trabajos a que le obliga la necesidad, unas pocas ganas, que como prescribe el protestantismo ascético, indican cierto alejamiento de dios. ¿Pero cómo va a tener ganas de trabajar si en la guerra de soldado, casi le matan; si en África, casi muere de malaria por beneficiar a su compañía; si en Estados Unidos, la fábrica de Ford le convierte en una máquina al borde del delirio? Si las ganas de trabajar consisten en el empeño pseudo-místico de desaparecer como persona y rendirse a la voluntad de dios, entonces la fábrica de Ford es el reino del cielo, la culminación de ese sistema “impersonal” que reduce la personalidad entera del empleado a un éxtasis mecanizado: “Te volvías máquina tú mismo a la fuerza, con toda la carne aún temblequeante, entre aquel ruido furioso, tremendo, que se te metía dentro y te envolvía la cabeza y más abajo, te agitaba las tripas y volvía a subir hasta los ojos con un ritmo precipitado, infinito, incansable”²⁷⁷. En abierta oposición a la supuesta bondad de ese estilo de vida, regido por un utilitarismo social y económico que inculca ideas de obediencia en los pobres, Bardamu cambiará varias veces de profesión y continente para saciar sus necesidades, por una parte, y para evitar, por otra, las consecuencias más alienantes de tal proceso educativo, que propone coartar la libertad del individuo para convertirlo en un recurso económico estable. Ese es el origen de su nomadismo, en contraste directo con las preceptivas morales, inspiradas en el protestantismo ascético, que recomiendan la mayor perseverancia posible en el trabajo si ésta redundaba en beneficio económico de la comunidad. Bardamu, que sólo quiere saciar sus necesidades, pero no está dispuesto a hacerlo a cambio de sacrificar su libertad, tiene un conflicto espiritual consigo mismo, pues sabe que no siempre podrá seguir viviendo a salto de mata:

“Lo peor es que te preguntas de donde vas a sacar bastantes fuerzas la mañana siguiente para seguir haciendo lo que has hecho la víspera y desde hace ya tanto tiempo, de dónde vas a sacar fuerzas para ese trajinar absurdo, para esos mil proyectos que nunca salen bien, esos intentos por salir de la necesidad agobiante, intentos siempre abortados, y todo ello para acabar convenciéndote una vez más de que el destino es invencible, de que hay que volver a caer al pie de la muralla, todas las noches, con la angustia del día siguiente, cada vez más precario, más sórdido”²⁷⁸.

²⁷⁶ *Ibid.*, p.159

²⁷⁷ *Ibid.*, p.262

²⁷⁸ *Ibid.*, p.234

Podemos observaremos como el buscavidas, en abierta oposición al riguroso autocontrol sentimental que promueve la educación ascética, es un tipo de personaje que se niega a dominar sus impulsos naturales y mantiene con el mundo una relación hedonista que afecta profundamente al cumplimiento de sus deberes. Al negarse a dominar sus impulsos naturales, sometiéndolos a la estricta autorregulación que Weber detecta en la mentalidad calvinista, el buscavidas incumple los tres aspectos que hemos querido subrayar en este capítulo: su falta de respeto por la ‘irracionalidad’ del sistema capitalista; su negación a encajar con los imperativos de la moral ascética (entre los que nos ha parecido pertinente destacar el imperativo del ahorro); y su colisión frontal con el cumplimiento del deber profesional, tal como lo hemos estudiado a través de las diversas nociones disciplinarias que lleva aparejadas el término “beruf”. Doy por zanjado este breve estudio sobre el ‘carácter’ del buscavidas, en oposición al ‘carácter’ del capitalismo, para analizar en el siguiente capítulo los resortes materiales del régimen salarial con los que entra directamente en conflicto.

III.2. Conflictos materiales del buscavidas con el régimen salarial capitalista

En el presente capítulo, me propongo mostrar, a través del insubordinado espíritu del buscavidas, los principales problemas con que topa la implantación del régimen salarial capitalista, desde la revolución industrial hasta el modelo keynesiano, en cuyo doble cauce estatal-empresarial, progresivamente deteriorado, siguen debatiéndose las principales reivindicaciones de las clases trabajadoras a día de hoy. Respecto al modelo keynesiano, el sociólogo laboral Luis Enrique Alonso, en su interesante estudio, *La crisis de la ciudadanía laboral*, acierta a señalar una de las paradojas más significativas de nuestra época. A tal fin, reflexiona sobre la cacareada crisis de la izquierda para proponer nuevos horizontes y utopías de movilización social, que planten cara a la tesis en que el capitalismo se presenta como única vía posible de organización social, que se postula, por ejemplo, de manera tan sibilina como ingenua y radical, en el fin de la historia de Fukuyama. Alonso señala que, en efecto, por primera vez en la historia reciente de la modernidad, la sociedad civil parece tener como ideal de combate, no una utopía de futuro, como el comunismo, caída en desgracia por la degradación de sus referentes reales, sino una utopía de pasado, esto es, la defensa del modelo keynesiano, en progresivo estado de deterioro, un modelo en que el estado actúa como un regulador del mercado y un garante de los derechos de los trabajadores. Salta a la vista que en el mundo actual, dominado por un capitalismo de alcance global, en que los costos se externalizan estratégicamente para maximizar beneficios, el papel del estado ha ido perdiendo, a pasos agigantados, su poder como moderador juicioso entre los intereses de los trabajadores y los intereses de la economía. Con razón, en el sentir ciudadano, el estado viene reduciéndose cada vez más a ejercer un papel de franquicia del capitalismo, que adapta las condiciones de su mercado laboral y financiero a la situación de la economía internacional para no quedar descolgada de su red de beneficios, al tiempo que intenta avalar los derechos, de cara a la ciudadanía electoral, que sustentan un tejido social de inspiración keynesiana.

En el ámbito de este trabajo, nos detendremos en los años 60, época de redacción de la *Conjura de los necios*, ya que los buscavidas viven básicamente en la primera mitad del s.XX, en que se aplican principios tan aparentemente antagónicos como la cadena de montaje fordista y el estado del bienestar. Tal acotación nos permitirá resaltar la progresiva imposición del régimen salarial capitalista y su contrapartida de resistencias

sociales, que crean, en un estado de pugna inevitable, este tejido social en que se mueven los personajes estudiados y en cuya desintegración vivimos nosotros a día de hoy. No me propongo, sin embargo, hacer un detallado estudio histórico de la evolución del régimen salarial, porque tal objetivo excedería con creces la extensión de este trabajo de investigación y su voluntad de ceñirse a la indagación en la personalidad del buscavidas. Pero sí que me centraré en el comentario de varios principios disciplinarios del capitalismo sobre la identidad del trabajador industrial, que en su relación y sofisticación históricas crecientes, a lo largo del s.XIX y hasta mediados del S.XX, constituyen un enfoque histórico común desde diversos aportes a la ciencia económica moderna, hermanados por la necesidad de racionalizar el trabajo humano y convertirlo en objeto de cálculo contable. A tal fin, nos centraremos sobretudo en el análisis de las relaciones de producción industrial capitalistas, ya que su importancia para el desarrollo jurídico del régimen salarial, y en general, para el modo en que se “gestionan” modernamente los recursos humanos en las empresas, supondrá un ángulo muy esclarecedor. Me servirán de guía, entre otros estudios, los interesantes trabajos de Jean Paul de Gaudemar y Benjamin Coriat, que llevan el enfoque disciplinario de Foucault al ámbito fabril, contractual y salarial, cosa que nos permitirá subrayar la insumisión del buscavidas y aquellas otras ocasiones en que, pobre de él, ha de inclinar la cerviz.

Establezcamos, pues, a modo de resumen, una definición del trabajo en el sistema laboral capitalista, acorde con la introducción al régimen salarial que hicimos en el primer capítulo y los rasgos del espíritu capitalista que apuntamos en el capítulo anterior. Por lo que llevamos visto, en el moderno sistema capitalista, el trabajo se considera antes que nada una mercancía, cuyo intercambio sirve al individuo asalariado para “ganarse la vida” y a la empresa para proveerse de “fuerza de trabajo”. De ahí que se hable, metafóricamente, de un mercado laboral, del mismo modo que existe un mercado de bienes. Esto significa, en la práctica, que el trabajo es una actividad remunerada, desplegada y organizada con vista al intercambio mercantil, que se gestionará de acuerdo a un criterio fundamental: la maximización de beneficios económicos. La empresa, por tanto, considerará el trabajo, necesariamente, como objeto de un cálculo contable estricto, a fin de integrarlo como una “mercancía” más, muy a tener en cuenta en sus partidas de gastos e ingresos, dentro de un sistema de libre competencia entre empresas que le obliga a racionalizar económicamente toda su

estrategia empresarial a fin de resultar más competitiva. Dentro de este afán calculador, la empresa capitalista topará muy pronto con el principal escollo que presentará la “fuerza de trabajo” a ser ‘racionalizada’ y por ende ‘maximizada’ económicamente: el hecho de no ser una energía ciega, dócil e indistinta, sino la suma colectiva humana de muchos esfuerzos humanos, que tienden a poner en su punto de mira, no en los beneficios de la empresa, sino en la satisfacción de sus necesidades y su felicidad personal. Por decirlo de manera directa y sencilla, la empresa capitalista topará pues con el “factor humano”, cuya gestión y organización, de manera que se ‘optimice’ lo más posible su productividad y devenga un objeto matemático de cálculo objetivo, constituirá el quid de todas las propuestas de organización industrial y modelos de régimen salarial desde finales del S.XVIII hasta nuestros días. De hecho, este afán calculador es la señal distintiva de toda una época que empieza a expresarse, sistemáticamente, a través del cálculo como nuevo lenguaje administrativo que afectará a todos los órdenes sociales e incluso, a algunas disciplinas de las humanidades, que hasta la fecha se habían articulado, a lo sumo, mediante el lenguaje de la lógica. Tal rareza sucederá como la filosofía utilitarista de Jeremy Bentham, empeñado, sin asomo alguno de ironía, con feliz positivismo, en establecer un “cálculo de la felicidad”, en base a algunos criterios cuantificables numéricamente sobre la influencia de nuestras acciones individuales en el bienestar o malestar colectivo de la comunidad.

Pero ocupémonos antes del cálculo que nos interesa, más crudamente empírico, el de la fuerza de trabajo cuantificable en un salario como parte de una estrategia racional para maximizar y preveer matemáticamente la tasa de beneficios económicos de una empresa. A fin de simplificar lo más posible esta exposición, podemos resumir en dos los pilares que subyacen a la edificación del régimen salarial. En primer lugar, la separación de tareas, postulada ya por Adam Smith en *La riqueza de las Naciones*, concepto base cuya influencia se hace extensiva a muchos aspectos de la organización laboral moderna y constituye la mejor autoridad patronal posible, porque permite controlar el esfuerzo laboral individual y optimizar su productividad. En segundo lugar, el salario mismo, que supone el máximo incentivo económico para el trabajador en el sistema capitalista y cuyas diversas formas de organización se relacionan inextricablemente, en busca de una mayor eficacia productiva, con el primer principio. Los dos principios tienen en mente una misma materia prima a gestionar, de difícil manejo desde un punto de vista puramente matemático-mecánico, la materia humana

que constituye el trabajo de los empleados, fundamental cimiento para todo el sistema productivo. Con razón Taylor, mediante su revolucionario estudio sobre la organización industrial, señalaba con absoluta certidumbre cual era el motor económico del sistema capitalista, a pesar del inédito flujo de capitales que parecía reducir a números su balanza financiera: “La fuente de la riqueza no la constituye el dinero, sino el trabajo.”²⁷⁹ Y a continuación, más explícitamente: “La riqueza proviene de dos fuentes: en primer lugar, del suelo y de lo que se encuentra en el suelo, y, después, del trabajo del hombre.”

Por tanto, examinemos históricamente los orígenes de este conflicto entre el factor humano y la organización industrial, entre el capital y el trabajo, a través del primer principio enunciado: la separación de las tareas. Tal como señalamos repetidamente en la introducción y el capítulo anterior, en los albores del capitalismo, uno de los principales escollos con los que se encontró la implantación del moderno sistema de fábrica fue la reticencia de los empleados a trabajar más allá de sus necesidades tradicionales. Tradicionalmente y por la cuenta que le trae, la burguesía que domina los recursos industriales y económicos ha tachado de “holganza” o “pereza” esta reticencia de las fuerzas laborales a dejarse explotar con los criterios matemáticos que implica el duro engranaje de la fábrica. La solución que dieron los primeros ‘fabricantes’ ingleses a este problema fue drástica, pero nos llevará, mediante un breve rodeo, al corazón de este principio de la separación de las tareas que postuló Adam Smith (con filantrópica intención, todo hay que decirlo) en *La riqueza de las naciones*.

²⁷⁹ Taylor, Frederick W. *Scientific Management*. Wesport: Greenwood Press Publishers, 1972. Citado en: Coriat, Benjamin. *El Taller y el cronómetro: ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa*. Madrid: Siglo XXI, 1982, p.34

III.2.A. Conflictos del buscavidas con el principio de separación de las tareas

Examinemos el caso de Richard Arkwright (1732-1792) para evaluar el fondo de esta presunta “holganza” e “indolencia” del trabajador, que denunciaban los primeros fabricantes capitalistas modernos. Arkwright fundó la primera fábrica hidráulica de algodón y fue uno de los primeros catalizadores de la revolución industrial. Había reunido un pequeño capital comprando y vendiendo cabello de mujer para fabricar pelucas, cuando robó la patente, a su socio e inventor Higgs, de la máquina de hilar continua y múltiple. Una vez en propiedad de la patente, fundó la primera fábrica de algodón hidráulica, pero no le resultó fácil encontrar personal que la hiciese funcionar. En parte, porque los obreros de la localidad no podían seguir la «velocidad regular» del procedimiento, porque el trabajo a jornal seguía siendo mal mirado y, en fin, porque una larga tradición de artesanado tradicional no veía con buenos ojos el sistema físico y mentalmente alienante de la fábrica. De hecho, no fueron pocos los capitalistas que vieron destruidas por el fuego sus fábricas recién levantadas, únicamente por esta resistencia de los trabajadores tradicionales a dejarse succionar, abrupta e inexorablemente, por la fuerte competitividad que suponía su productividad incesante. Evidentemente, los capitalistas del s.XVIII se negaban a considerar la bonhomía de estos argumentos, y argumentaban, al contraataque, que los pobres son ociosos por naturaleza y alcohólicos por coyuntura, razón por la cual, en beneficio moral de la comunidad y de sí mismos, debían ser sometidos a la severa disciplina de la fábrica. El industrial J.Smith, en 1747, argumentaba en esta línea de pensamiento: “Es un hecho bien conocido que el obrero que puede subvenir sus necesidades trabajando tres días de cada siete estará ocioso y borracho el resto de la semana”²⁸⁰. Como he dicho en el capítulo sobre la picaresca, esta idea hallaba resonancias positivas entre los círculos pudientes de la época, ya que en Inglaterra, por ejemplo, a mediados del s.XVIII, existía una población de 1 millón y medio de pobres para una población de 12 millones de habitantes. Cualquier idea que permitiera sacar de la extrema pobreza a esa población, al tiempo que aumentase la productividad de las empresas, y por extensión, hipotéticamente, la prosperidad general del país, iba a ser acogida con buenos ojos, a pesar del rechazo que sintieron los mismos legisladores respecto a la dureza de métodos

²⁸⁰ J.Smith, “*Memories of wool*” citado por Stephen Mrglin en André Gorz(ed.) *Critique de la division du travail*, Paris, Le seuil, 1973, p.71. Citado en: Gorz, *ob.cit*, p.36

empleados en las primeras fábricas. Con todo, hay que resaltar la evidente falacia burguesa de este razonamiento, que supone que una resistencia razonable a perder el estatus cualificado del artesano podía ser resumida bajo el sambenito de la “ociosidad” y la afición por las “borracheras”, estilo de vida vinculado, más bien, a esas clases totalmente desposeídas, no cualificadas, mendicantes o picarescas, que formaban increíbles reservas poblacionales de masas desocupadas. Pero Arkwright, alegando que no podía tener en esos pobres a un trabajador adecuado, se vio obligado, en su opinión, a recurrir a niños, porque al no estar acostumbrados todavía a la vida independiente del campo o de los oficios, se adaptaban mejor a la disciplina de la fábrica. Esa iniciativa fue recibida elogiosamente, como si se tratara de un gesto filantrópico. ¿Acaso el trabajo de los niños no redundaría en alivio de la situación de los pobres que no rendían provecho? Lo que me interesa resalta de la argumentación un tanto hipócrita que conduce a esta explotación infantil (que se convertirá en un mal endémico de la primera revolución industrial europea) es que los primeros fabricantes capitalistas, al topar con el factor humano, tienden a suprimirlo en la medida de sus posibilidades, contratando, por ejemplo, a niños en que dicho factor se vea reducido a un grado altamente manipulable.

¿Pero cuál era, pues, la gran desventaja que el artesanado tradicional veía en el sistema de fábrica para que existiera esa aversión social tan poderosa a pasar a integrarse en esa metodología de trabajo? En gran medida, tal aversión es atribuible al principio de la separación de las tareas, que desposeía al artesanado del control técnico y cualitativo sobre las diversas fases de su propio trabajo, para delegarlo en el ritmo impuesto por la maquinaria industrial y las dinámicas, minuciosamente desglosadas en operaciones simples, del trabajo en equipo. El nuevo procedimiento permitía trascender, en el plano de la productividad, los límites impuestos por el mismo artesanado al ritmo y calidad de su producción, lo cual, a pesar de los efectos alienantes que pudiera tener sobre las masas trabajadoras, ejercía sobre sus mismos detractores una suerte de fascinación horrorizada. Es conocido el ejemplo que Adam Smith comenta en *La riqueza de las naciones*, tras su visita a una fábrica de alfileres, en la que pudo comprobar el enorme aumento de productividad que resultaba de la división minuciosa y de la especialización del trabajo²⁸¹. El argumento de la máxima productividad, que

²⁸¹ Vid en: Smith, Adam. *Wealth of Nations[en línea]*. New York: Cosimo, 2007, p.10. Recuperado el 10 de mayo de 2010, de <<http://books.google.es/books?id=A5moyserOFIC&printsec>>

liberaba al mercado internacional de las trabas impuestas por los sindicatos locales y la legislación estatal, era suficientemente poderoso como para vencer muchas reticencias morales, incluso en catedráticos de filosofía moral como Smith. Ahora bien, tradicionalmente se ha reivindicado a Smith, desde los apologistas del liberalismo sin trabas, como un defensor sin trabas de la capacidad de autorregulación de los mercados para converger, pese a la naturaleza egoísta de los intereses concurrentes, en un mayor bienestar social derivado de una mayor productividad. Nada más lejos de la realidad. No se olvide que el gran benefactor del sistema postulado por Smith, merced a una mayor riqueza que redundaría en beneficio de todos los integrantes de la sociedad, era el consumidor, no el productor. Pero toda su doctrina fue citada desde época bastante temprana por los productores fabriles, que se aferraron a la parte de su doctrina, en pro de la productividad, que conducía lógicamente a un *laissez faire* de los mercados. Desgraciadamente, como todos los actos del gobierno -incluso leyes como la que obligaba al enjalbegado de las fábricas o la que impedía que los niños fuesen atados a las máquinas- podían ser interpretados como estorbos a la libre actividad del mercado, *La riqueza de las naciones* fue ampliamente citada para oponerse a la primera legislación humanitaria. Pero no olvidemos que Smith, a pesar de su admiración por la productividad por el sistema de fábrica, previene, por ejemplo, contra los efectos embrutecedores de la producción en masa, que arrebató a los hombres sus facultades creadoras naturales, así como profetiza una decadencia en las fuertes virtudes del trabajador, «a menos que el gobierno tome algunas medidas para impedirlo». De igual manera se manifiesta partidario de la instrucción pública para elevar a los ciudadanos por encima del nivel de simples dientes de engranaje de una inmensa máquina.

Pero en menos de 15 años, compartiendo este mismo ideal de bienestar futuro, sumado al deseo de moralizar a las clases más pobres y ociosas, el filósofo Jeremy Bentham contribuye a ahondar en el principio de separación de las tareas. La obra de este filósofo utilitarista, *Outline of a work to be called, 'Pauper Management improved'*(1797), puede ser considerada, en cierto modo, un poderoso punto de inflexión teórico en la bibliografía económica que acompañó al nacimiento de la revolución industrial. En ella, se encuentran resumidos casi todos los principios, llevados a un punto de ordenación mental escrupulosa, que luego se sofisticarán con los manuales de organización industrial más adecuados a las circunstancias reales de un mercado, como los de Taylor o Ford. Y digo 'reales', porque la metodología de trabajo

esquemática en Bentham tenía como materia prima, no un mercado laboral al uso, sino el mercado extremadamente manipulable de capital humano que desbordaba las workhouses del estado. Las workhouses eran instituciones en las que recalaba, en busca de asilo y alimento, esa superabundante masa empobrecida que formaba un elevado porcentaje de la población en las sociedades preindustriales, cuya importancia para nuestro tema hemos analizado en el capítulo reservado a la picaresca. Lejos de contentarse con un papel de beneficencia pasiva, las workhouses se convirtieron, con el advenimiento de la revolución industrial, en modelos de explotación laboral encomiables que pretendían socializar a los pobres mediante su integración laboral en la sociedad. Evidentemente, como era una clase completamente desposeída de privilegios, sin ningún asidero en el artesanado tradicional, desligada de cualquier sindicato, renta u oficio que validara sus derechos individuales, su existencia era al mismo tiempo fuente de la mayor explotación y materia ideal para las experimentaciones teóricas de organización industrial más articuladas.

Bentham, que había leído a Smith, formula explícitamente un ‘principio de separación de las tareas’ (separate work or performance distinguishing principle), cuyo objetivo es individualizar al máximo los resultados de los trabajadores, a fin de estipular un sistema retributivo de recompensas que actúe como un incentivo económico sobre la moral de los diversos trabajadores. Algunas reglas de su aplicación son las siguientes:

“ 1) Evitar la acumulación de trabajos cuando se pueden separar las tareas ; 2) Si la acumulación es inevitable, reducirla todo lo posible, pues cuanto menos repartida esté una tarea entre un grupo de obreros, más fácil será determinar la proporción de trabajo de cada uno de ellos, y, si se concede una recompensa a los trabajadores, la parte correspondiente a cada uno será tanto mayor cuanto menos numeroso sea el equipo; 3) si la recompensa es divisible, para estimular a un holgazán, asociarla con un individuo de buena voluntad; (...) 6) en los trabajos destinados a la venta, habría que llevar la cuenta del valor del trabajo de cada equipo y, si fuera posible, también de cada individuo, a fin de dar una recompensa proporcional si hubiere lugar a ello”²⁸².

Como dice Gaudemar respecto a la implacable sistematización de principios de organización laboral que lleva a cabo Bentham, “el dispositivo es impresionante en su deseo de interiorizar la voluntad de resultados productivos”²⁸³. Pero lo que más nos llama la atención y, pese a ser un rasgo específico de las workhouses, acaba empapando

²⁸² Vid en: Bentham, Jeremy. *Outline of a work to be called*. “Pauper Management improved”, Londres, 1797. p.126. Citado en: Gaudemar, *ob.cit.*, p.68

²⁸³ Gaudemar, *ob.cit.*, p.68

toda la bibliografía industrial posterior, es esa voluntad “educadora” que implica su sistema de distribución de “recompensas”, porque muestra el gran interés de los diversos incentivos salariales propuestos por el sistema laboral moderno para garantizar, si no la pasión corporativa ni la responsabilidad artesanal por el objeto producido, sí al menos la implicación del trabajador, a través de su ganancia individual, en el gesto simple que le haya sido encomendado dentro de ese sistema de tareas separadas. Pero Bentham lleva aún más lejos el principio de tareas separadas al asociarlo con otros dos principios. En primer lugar, el principio del pleno empleo (all-employing principle) consistente en utilizar siempre, según sus respectivas capacidades, todos los brazos disponibles: “la incapacidad real no es más que relativa, es decir, que sólo está relacionada con un determinado tipo de trabajo y con una determinada situación; siempre se puede emplear hasta la menor porción de aptitud”²⁸⁴. Y en consonancia con éste, el principio de la división del trabajo, que sistematiza un poco más esta proposición: “cuanto más simple es un acto, más hay que adaptarse a las facultades de las diferentes clases de trabajadores del establecimiento. Hay, de este modo, economía de tiempo, aumento de la capacidad relativa, aumento de la cantidad de los trabajos menos habituales”²⁸⁵.

Todos estos principios, derivados del principio de separación de las tareas que mecaniza las operaciones de los empleados, se sofisticarán a lo largo del s.XIX, estructurándose en torno a un mismo común denominador, esto es, desposeer lo más posible al obrero del control sobre su oficio para delegarlo en unas dinámicas minuciosamente desglosadas que les conviertan en simples peones de un proceso de fabricación en serie. A comienzos del s.XX, Taylor, mediante su revolucionario estudio “La dirección de los talleres” declara su voluntad de maximizar este control mediante un estudio científico y sistemático del tiempo, esto es, de los tiempos requeridos, y escrupulosamente cronometrados, para realizar cada una de las operaciones simples de este proceso en cadena, ya que “el elemento más importante, tanto para el patrón como para los obreros, es decir, la velocidad a la que se realiza el trabajo, está sujeta a variaciones, en lugar de ser dirigida y controlada inteligentemente”²⁸⁶. A tal fin, cronometrará escrupulosamente, mediante obreros señalados por su especial diligencia, cada fase del proceso de fabricación, y diseñará una jerarquía dentro del taller, dividida

²⁸⁴ Bentham, *ob.cit.*, p.12. Citado en: Gaudemar, *ob.cit.*, p.69

²⁸⁵ *Ibid.*, p.115. Citado en: Citado en: Gaudemar, *ob.cit.*, p.69

²⁸⁶ Taylor, Frederick W. *La dirección de los talleres*. Barcelona, 1925. Citado en: Gaudemar, *ob.cit.*, p.84

en una élite técnica que concibe el proceso de producción y una masa no cualificada que ejecuta su cumplimiento, eliminando lo más posible el control individual, el ‘factor humano’, sobre los tiempos de producción. Tal jerarquía será la encargada, por tanto, ya no sólo de controlar el cumplimiento de trabajo, que al estar en manos del colectivo obrero y sus diversos individuos, podía ser ejecutado a ritmos disímiles, sino de asegurar la velocidad previamente cronometrada de cada uno de los gestos que debían ser ejecutados. Como dice Benjamin Coriat:

“el control obrero de los modos operatorios es sustituido por lo que se podría llamar un ‘conjunto de gestos’ de producción concebidos y preparados por la dirección de la empresa y cuyo respeto es vigilado por ellas. (...) Este conjunto de gestos, al principio locales y empíricos – por depender de las medidas de los “crono-analizadores- llegará progresivamente, con la puesta a punto de las tablas de tiempos y movimientos elementales, a la categoría de un código general y formal del ejercicio del trabajo industrial”²⁸⁷.

Pero a continuación, Coriat menciona las implicaciones sociales de este modo de organización, potenciadas por un hecho histórico fundamental que facilitó la imposición del taylorismo: “Con la puesta en práctica de este código, se asegura la integración progresiva de los trabajadores no especializados en los puestos de los ‘profesionales’ de oficio, lo que provoca, con la transformación en las condiciones del ejercicio de trabajo, un cambio en la composición de la clase obrera requerida”²⁸⁸. Porque, en efecto, desde comienzos del s.XIX, los Estados Unidos ven como se produce, en oleadas sucesivas, el mayor movimiento de inmigración de la historia moderna, producido, como un efecto dominó, por la industrialización europea y el éxodo rural masivo, amén de una serie de mutaciones políticas y económica derivadas de ellos. Esta masa, que constituirá un magnífico “ejército de reserva industrial” para el capital americano, en manos de una élite WASP, estará constituida principalmente, como dice con crudeza Coriat, por

“una gigantesca masa de pobres diablos, recién expropiados de sus campos, sin especialización ni conocimiento del trabajo industrial y privados de asociaciones de defensa colectiva de su fuerza. (...) De esta forma, Taylor hace posible la entrada masiva de trabajadores no especializados en la producción. Con ello, el sindicalismo es derrotado en dos frentes. La entrada del ‘unskilled’ en el taller no es sólo la entrada de un trabajador ‘objetivamente’ menos caro, sino también la entrada de un trabajador no organizado, privado de capacidad para defender el valor de su fuerza de trabajo”²⁸⁹.

²⁸⁷ Coriat, *ob.cit.*, p.36

²⁸⁸ *Ibid.*, p.36

²⁸⁹ *Ibid.*, *ob.cit.*, p.30

Con Taylor, pues, el principio de separación de las tareas se sofisticará extraordinariamente, quedando debidamente cronometrado, jerarquizado y, sobretodo, abastecido de una masa de obreros no cualificados que incrementará el control patronal sobre la producción.

Por último, con Richard Ford, este principio de separación de las tareas llegará a su cúspide con la cadena de montaje, que facilitará a su vez la transformación de la ‘producción en cadena’ en ‘producción en masa’, lo cual llevará, en última instancia, a un aumento de la productividad inédito en la historia, que sólo podrá ser absorbida mediante la implantación de un nuevo orden que impera en nuestra sociedad actual del bienestar: el consumismo. Ya que mediante el consumismo, las mismas masas trabajadoras ya no serán meros peones del sistema, sino clase productora y consumidora, piedra de toque de un mercado, convenientemente sobre-estimulado mediante la publicidad, que sería incapaz de sostenerse sin la creación de una clase media con poder adquisitivo suficiente para garantizar una demanda sostenible de esos excedentes de productividad. Mediante la voz “consumismo”, cargada de connotaciones negativas, nos referimos pues a lo que el sociólogo Michel Aglietta acuña, con más objetividad y bastante fortuna en la sociología posterior, como “nuevas normas de consumo obrero”²⁹⁰. Volveremos sobre esta cuestión al examinar el principio del régimen salarial directamente vinculado a la distribución de los salarios. Centrémonos aquí, por el momento, en la manera en que el principio de separación de las tareas se expresa a través de la línea de montaje fordista. Su principio es enunciado en forma general en los Estados Unidos a partir de 1918, y, a partir de entonces, se extenderá meteóricamente por todo el mundo. Durante la 1ª guerra mundial, en el Boletín de fábricas Renault, ya se distribuye una circular centrada en ese principio central de la nueva fábrica fordista que constituye el ‘transportador de cinta’: “El principio es fijar la pieza principal al transportador y hacerla pasar delante de cada hombre, que fija en él otra pieza, de suerte que el órgano se encuentra completamente montado al final del transportador”²⁹¹. El detalle técnico fundamental que se deriva de

²⁹⁰ Vid en: Aglietta, Michel. *A theory of capitalist regulation: the US experience[en línea]*. London: Verso, 2000, p.152 Recuperado el 15 de mayo de: <<http://books.google.es/books?id=Krx8K0YIIIFAC&dq>>

²⁹¹ Bulletin des usines Renault, archivos Renault, agosto de 1918, num.2, p.2. Citado en: Coriat, *ob.cit*, p.39

la cadena de montaje enlaza con la motivación fundamental que hemos querido resaltar en la progresiva sofisticación del principio de separación de las tareas, esto es, el interés del patrón por desvincular el control del obrero sobre el proceso productivo, ya que, como dice Benjamin Coriat, “la cadencia de trabajo está regulada mecánicamente, de manera totalmente exterior al obrero, por la velocidad dada al transportador que ‘pasa’ delante de cada obrero”²⁹². Esta ‘velocidad’ de la máquina, antítesis y remedio ideal para el patrón de la ‘indolencia’ obrera, redundará en una eliminación de los tiempos muertos del taller, convertidos en tiempo de trabajo productivo, y por extensión, en “una brutal prolongación de la duración efectiva de la jornada de trabajo”²⁹³.

La cadena montaje es heredera, pues, del sistema de Taylor, pero donde este hacía prevalecer, para la aplicación científica del principio de separación de las tareas, una élite cualificada sobre una masa de obreros no cualificada que supervisase el cumplimiento de las velocidades, el sistema de Ford delegará en la misma máquina, en la cinta transportadora, esta parcelación de la velocidad empleada en cada gesto. Eso implica, en la práctica, tres aspectos fundamentales de la fábrica fordista. En primer lugar, permite economizar empleo, ya que sobrarán supervisores y obreros encargados del transporte de las piezas; en segundo lugar, la autoridad que vigila el cumplimiento de la fabricación en cadena queda desligada del factor humano, y se delega en la cadencia misma de la cinta transportadora; por último, como dice Coriat, el sistema de producción en su conjunto se articulará mediante un “recurso sistemático al maquinismo”²⁹⁴. Por tanto, de cara a la puesta en escena de estas consecuencias mediante las experiencias de los buscavidas que relataré a continuación, cabe resaltar una evidencia. Con la línea de montaje, se llevará hasta sus últimas consecuencias, no sólo el principio de separación de las tareas postulado en Adam Smith, sino también las consecuencias alienantes que acarrea dicho principio en la existencia misma del trabajador. Recordemos que ya Adam Smith en *La riqueza de las naciones* reconocía en *La Riqueza de las naciones* que este principio volvía “ignorantes” a los hombres y embrutecía sus hábitos²⁹⁵. Pero con un espíritu conciliador que los universitarios modernos, progresivamente proletarizados en una sociedad progresivamente opulenta,

²⁹² Coriat, *ob.cit.*, p.41

²⁹³ *Ibid.*, p.44

²⁹⁴ *Ibid.*, p.47

no dudamos en agradecerle, profetiza que para compensar esta animalización de los individuos y, por extensión, un inexorable empobrecimiento del tejido social, el estado deberá asegurar a todos los trabajadores una mínima educación que palie los efectos del principio de separación de las tareas. Por tanto, Smith, a dios rogando y con el mazo dando, da por buenos las consecuencias alienantes de esa nueva sociedad industrial, ligeramente parcheada por la educación, en aras de una mayor productividad que aumente la prosperidad del país. Con la maquinización absoluta de la fábrica que supone la aplicación de la cadena fordista, no sólo queda el obrero maniatado a un solo gesto, durante una jornada que multiplica exponencialmente su ritmo de trabajo, sino que el entorno mismo de la fábrica se convierte en fuente, como diríamos suavemente hoy en día, de un stress insoportable. Veamos esta descripción del escritor francés Georges Navel, que narra en *Travaux* su experiencia como obrero: “Todo el espacio, del suelo a la techumbre de la nave, estaba roto, cortado, surcado por el movimiento de las máquinas. (...) En el fondo de la nave, unas prensas locales cortaban travesaños, capós y aletas, con un ruido parecido al de explosiones”²⁹⁶. Debido a este idílico entorno de trabajo, el mismo Ford subirá, como veremos al hablar de los salarios, los jornales de los trabajadores más leales, ya que necesita proveerse de una mano de obra lo más estable posible. Como él mismo reconoce, calculadoramente, en su biografía: “Quizá sería posible calcular con exactitud (...) la energía que una jornada de trabajo quita aun hombre. Pero no es posible en absoluto determinar exactamente lo que costará restituirle esa energía que nunca recuperará”²⁹⁷.

Veamos pues como se ilustra este principio de la separación de las tareas, que rige el funcionamiento de las fábricas contemporáneas y tiene implicaciones sociales diversas, en las diversas novelas con buscavidas. Cuando en *Viaje al fin de la noche*, Bardamu llega a Detroit y se presenta en la fábrica de Ford en busca de trabajo, tiene la osadía de comentarle al seleccionador de personal que ha cursado algunos estudios de medicina, con la esperanza de que puedan encomendarle algún trabajo de rango más elevado. La respuesta del seleccionador ilustra con crueldad la principal virtud de la cadena de montaje, esto es, su capacidad para erigirse, autoritariamente, en expresión directa de la voluntad de un patrón que ya no necesita individuos para realizar el trabajo, sino

²⁹⁵ Vid en: Smith, Adam. *Wealth of Nations*[en línea]. New York: Cosimo, 2007, p.489. Recuperado el 10 de mayo de 2010, de <<http://books.google.es/books?id=A5moyserOFIC&printsec>>

²⁹⁶ Navel, Georges. *Travaux*, París: Alvin Michel, 1964. Citado en: Coriat, *ob.cit.*, p.42

²⁹⁷ Ford, Henry. *Ma vie, mon ouvre*. Paris: Payot, 1925. Citado en: Coriat, *ob.cit.* p.61

meros gestos mecanizados: “¡No te van a servir de nada aquí los estudios! No has venido aquí a pensar, sino para hacer los gestos que te ordenen ejecutar...En nuestra fábrica no necesitamos a imaginativos. Lo que necesitamos son chimpancés...Y otro consejo. ¡No vuelvas a hablarnos de tu inteligencia! ¡Ya pensaremos por ti, amigo!”²⁹⁸ Poco después, Bardamu ya está sumido en las estresantes entrañas de la fábrica de Ford, que como decíamos más arriba, son sumamente alienantes para el obrero, porque agotan sus energías físicas de un modo inéditamente intensivo hasta la fecha en los anales de la industria y suponen un auténtico reto a sus facultades mentales:

“Era como un cataclismo aquella infinita caja de aceros, y nosotros girábamos dentro con las máquinas y con la tierra. ¡Todos juntos! Y los mil rodillos y pilones que nunca caían a un tiempo, con ruidos que se atropellaban unos contra otros y algunos tan violentos, que desencadenaba a su alrededor como silencios que te aliviaban un poco.(...)Cedías ante el ruido como ante la guerra. Te abandonabas ante las máquinas con las tres ideas que te quedaban vacilando en lo alto, detrás de la frente. Se acabó. Miraras donde mirases, ahora todo lo que la mano tocaba era duro. Y todo lo que aún conseguías recordar un poco estaba rígido también como el hierro y ya no tenía el sabor del pensamiento. Habías envejecido más que la hostia de una vez”²⁹⁹.

A Ford le gustaba mucho repetir una frase, con industrioso sarcasmo, que se incrusta en el corazón disciplinario del principio separador de las tareas que subyace a su cadena de montaje: “Andar no es una actividad remuneradora”³⁰⁰. Con ello, alababa la invención de la cinta transportadora, que permitía sentar al hombre frente a su puesto de trabajo y dejarle allí, produciendo riqueza para su país durante una jornada extenuante e increíblemente monótona: “Ningún obrero tiene nunca que transportar ni levantar nada, siendo esas operaciones objeto de un servicio distinto, el servicio de transportes”³⁰¹. El servicio de transportes consistía en vagonetas, conducidas manualmente por algunos empleados, que llevaban los materiales a los diversos empleados en sus puestos de trabajo. Bardamu las define en términos de esclavitud moderna: “La vagoneta llena de chatarra apenas podía pasar entre las máquinas. ¡Que se apartaran todos! Que saltasen para que pudiese arrancar de nuevo, aquella histérica. Y, ¡hale!, iba a agitarse más adelante, la muy loca, traqueteando entre poleas y

²⁹⁸ Céline, *ob.cit.*, p.262

²⁹⁹ *Ibid.*, p.262

³⁰⁰ Citado en: Coriat, *ob.cit.*, p.44

³⁰¹ Ford, *ob.cit.*, p.84. Citado en: Coriat, *ob.cit.*, p.43

volantes, a llevar a los hombres sus raciones de grilletes”³⁰². El principio de separación de las tareas, pues, tal como había observado con humanista sagacidad Adam Smith, podía resultar alienante para un trabajador condenado a repetir hasta la saciedad el mismo gesto. A Bardamu no le queda ninguna duda de que realizar ese trabajo hasta el fin de sus días equivaldría a una suerte de muerte en vida, al lamentar “la sencillísima maniobra que yo debía realizar en adelante y para siempre. Mis minutos, mis horas, el resto de mi tiempo, como los demás, se consumirían en pasar clavijas pequeñas al ciego de al lado, que las calibraba, ése, desde hacía años, las clavijas, las mismas”³⁰³.

Asimismo, en el retrato que hace Bardamu de la cola de espera ante el Departamento de selección de Ford, se hace hincapié en esa superabundante masa de inmigrantes que protagonizó una entrada masiva de obreros no cualificados en el sistema productivo y constituía, en su extremo desarraigo y su incultura artesanal, la materia prima ideal para las élites patronales, susceptible de ser manipulada con facilidad:

“Uno de los que aguardaban me dijo que llevaba dos días allí y aún en el mismo sitio. Había venido desde Yugoslavia, aquel borrego, a pedir trabajo. Otro pelagatos me dirigió la palabra, venía a currelar, según decía, sólo por gusto, un maniaco, un fantasma. En aquella multitud casi nadie hablaba inglés. Se espiaban entre sí como animales desconfiados, apaleados con frecuencia. De su masa subía el olor de entrepiernas orinadas, como en el hospital. Cuando te hablaban, esquivabas la boca, porque el interior de los pobres huele ya a muerte”³⁰⁴.

Evidentemente, esta masa de trabajadores se convirtió en una ventaja para de los patronos, pues debido a la gigantesca oferta de obreros no cualificados, el sindicato era incapaz de defender los derechos de los trabajadores sindicados. Como advierte un ruso a Bardamu en la cola, los derechos de contratación y expulsión del empleado pasan a depender enteramente de su sumisión incondicional a los modos productivos impuestos por la patronal: “No hay que ponerse chulito en esta casa, porque en un dos por tres, te pondrán en la calle y te sustituirá una máquina de las que tienen siempre listas y, si quieres volver, ¡te dirán que nanay!”³⁰⁵ Así pues, el obrero exiliado que integra en una vasta mayoría la plantilla de Ford, se medirá únicamente por su obediencia a la

³⁰² Célines, *ob.cit.*, p.263

³⁰³ *Ibid.*, p.263

³⁰⁴ *Ibid.*, p.260

³⁰⁵ *Ibid.*, p.261

máquina, no por sus facultades ni sus estudios ni su inteligencia, sino por la ductilidad mecanizable de su pobreza.

En general, el retrato que hace Bardamu de los emigrantes a Estados Unidos merece ser enmarcado como un auténtico alegato contra la explotación laboral y económica. Recién desembarcado en un pueblo cercano a Nueva York, del que las autoridades locales no le permiten salir, Bardamu se da cuenta de que el pueblo es, literalmente, el menos productivo de América, un espacio de cuarentena, un moridero en potencia, que permite sólo entrar por cuentagotas a los trabajadores que demuestren su buen estado de salud tras unas semanas de estancia. Para salir de allí, Bardamu, que ha aprendido a contar pulgas en galeras, se propone mostrar a las autoridades locales su utilidad como higienista riguroso y experto censador de pulgas. De tal manera, se integra en el espíritu americano, eminentemente racional y económico, convirtiendo el lamentable espectáculo de la emigración masiva en un depurado ejercicio de higiene colectiva: “¡Yo creo en el censo de las pulgas! Es un factor de civilización, porque el censo es la base de un material de estadística de los más preciosos... Un país progresista debe conocer el número de sus pulgas, clasificadas por sexos, grupos de edad, años y estaciones...”³⁰⁶ En otras palabras, la economía debe poder contar con los hombres como números, con ese espléndido “ejército de reserva industrial” al que hiciera alusión Marx. Es por ello que los hombres son descritos, paródicamente, como pulgas, ya que el emigrante queda despojado de la más elemental humanidad para ser considerado pura fuerza de trabajo, un trabajo estadístico que Nueva York, con distante interés empresarial, sigue desde el otro lado de la bahía:

“Pulgas de Polonia, de Yugoslavia, de España...Ladillas de Crimea...Sarnas de Perú... Todo lo que viaja, furtivo y picador, me pasaba por las uñas.(...) Las sumas se hacían en Nueva York, en un servicio especial dotado de máquinas eléctricas cuentapulgas. Todos los días, el pequeño remolcador de la Cuarentena atravesaba la ensenada de un extremo a otro para llevar allí nuestras sumas por hacer o por verificar”³⁰⁷.

No es de extrañar, pues, que cuando llegue a las fábricas, esta multitud de inmigrantes muertos de hambre acepte cualquier condición laboral. Bardamu, por último, se sorprende en vano, al ver la cantidad de inmigrantes desarrapados que se reúnen con él

³⁰⁶ *Ibid.*, p.221

³⁰⁷ *Ibid.*, p.222

en Detroit, asombrado de que en las fábricas de Ford “cogían a cualquiera”. En efecto, conviene enlazar esta declaración con un principio, derivado del principio de separación de las tareas, que Jeremy Bentham acuñaba, en cita previa, como el all-employing-principle: “la incapacidad real no es más que relativa, es decir, que sólo está relacionada con un determinado tipo de trabajo y con una determinada situación; siempre se puede emplear hasta la menor porción de aptitud.” El mismo Bardamu, al demostrar ser un inepto en la línea de montaje, al tercer o cuarto error, es transferido a la vagoneta que lleva las piezas, en que demuestra ser un poco más aplicado, dado su carácter andariego. Del mismo modo, el sistema industrial moderno dispone de una fuerza de trabajo individualizada en facultades diversas, que desechará en su mayor parte, reduciendo la capacidad potencial del empleado a un solo gesto, pero que también sabrá adaptar, asimismo, a las diversas necesidades de esa compleja maquinaria que es la empresa.

En cierto modo, este “all-employing-principle”, que algunos han traducido confusamente como principio de pleno empleo, no tiene que ver con el “pleno empleo”, tal como lo conocemos en nuestra moderna sociedad del bienestar, sino metafóricamente. El pleno empleo, en su definición moderna, hace referencia a la situación en la cual todos los ciudadanos en edad laboral productiva, y que desean hacerlo, tienen trabajo. En otras palabras, es aquella situación en la que la demanda de trabajo es igual a la oferta, al nivel dado de los salarios reales. En nuestros modernos estados, la persecución, siempre utópica, del pleno empleo, forma parte del programa electoral de todos los partidos políticos, si bien cierta tasa de desempleo, aunque sólo sea de los que están cambiando de trabajo, siempre es necesaria como indicador de cierta movilidad social. De hecho, pese a la fábula directriz del pleno empleo, es el desempleo, que aflora siempre en épocas de crisis, la realidad más coyuntural y reiterada del sistema capitalista, como parte esencial en la estructura de sus ciclos económicos. La angustia del paro es una circunstancia en la que el ciudadano queda provisional o crónicamente desposeído de ciertos credenciales políticas y económicas ante la sociedad. Es el desempleo el que hace emerger, como un reverso esperanzador, a su fantasma hermano, el “pleno empleo”, como fin idílico a garantizar por cualquier estado que aspire a extender a todos sus trabajadores carta de ciudadanía. Sin embargo, el “pleno empleo” y el “all-employing-principle” muestran, a mi entender, una oscura afinidad simbólica, una misma capacidad reclutadora: la de una organización, ya sea,

respectivamente, país o empresa, que promete a sus individuos la integración económico-social, a cambio de poder emplear, incondicionalmente, y en aras de un mayor beneficio económico, la fuerza de trabajo de la que son portadores.

Porque evidentemente, el hecho de que se postule el pleno empleo como fin alcanzable por la política de un estado, suscita al mismo tiempo dos preguntas: ¿Realmente hay trabajo para todos? ¿En qué condiciones? Esas son las preguntas que, desde una exégesis basada en la sociología laboral, parece suscitar una de las parábolas más famosas de Kafka, el Gran Teatro de Oklahoma, cuando Karl Rossman llega a sus oficinas de selección de personal, atraído por el siguiente cartel: “¡Sólo hoy os llama, sólo una vez! ¡Quién pierda la oportunidad ahora, la habrá perdido para siempre! ¡Quién piense en su futuro es de los nuestros! ¡Todo el mundo es bienvenido!(...) Somos el teatro que puede emplear a todos, a cada uno en su puesto!”³⁰⁸ El pasaje es con toda seguridad el que más signos de exclamación contiene en toda la obra de Kafka, por lo común inquietante y sobria. Kafka reproduce el estilo publicitario de nuestro siglo, el de los grandes, fastuosos y mentirosos reclamos publicitarios, que no dudan en manejar las herramientas de persuasión más sospechosamente enfáticas para convencer al desocupado de que tiene un lugar en el mundo, sin especificar, ahí reside lo inquietante del pasaje, qué empleo podría ser ese al que todo el mundo “es bienvenido”. Evidentemente, los que acuden a la llamada de un cartel tan sospechoso, que “tenía sobretodo un gran defecto y era que no decía nada de la remuneración”³⁰⁹, es porque son marginados que no tienen nada a lo que aferrarse, son inmigrantes como Karl, por ejemplo, que sienten como un reclamo liberador el hecho de que el sistema les brinde la oportunidad de integrarse a pesar de su procedencia, pasado o extracción:

“Todo lo que había hecho hasta ahora quedaría olvidado, nadie se lo reprocharía. ¡Podía presentarse para un trabajo que no era vergonzoso y que, por el contrario, se podía anunciar públicamente! Y, de forma igualmente pública, prometían aceptarlo también a él. Karl no pedía nada más; quería encontrar de una vez el comienzo de una carrera decente y quizá era eso lo que se le ofrecía”³¹⁰.

Evidentemente, esta observación de Karl cuando ya han sido contratados no deja lugar a dudas sobre el desarraigo radical de los que se han presentado al gigantesca campaña

³⁰⁸ Kafka, *ob.cit.*, p.258

³⁰⁹ *Ibid.*, p.258

³¹⁰ *Ibid.*, p.259

de Oklahoma, incentivados por urgentes necesidades económicas: “Nadie llevaba equipaje; el único equipaje era el cochecito del niño, que ahora, guiado por el padre a la cabeza del grupo, daba saltos arriba y abajo como descontrolado. ¡Cuánta gente desposeída y sospechosa se había reunido allí, y, sin embargo, qué bien había sido recibida y atendida!”³¹¹ Todo el pasaje respira una atmósfera de sofisma sacrificial y burocratizada, aunque nunca lleguemos a saber para que han sido contratados, como no podía ser de otra manera en Kafka. Tal vez sirva de orientación saber que en un libro leído por Kafka en aquellas fechas, *Amerika heute und morgen*, se reflexiona sobre las vastas oleadas de trabajadores solicitados por el sistema laboral americano (que alimentaría la igualmente vasta marea de emigrantes europeos, considerados capital humano indispensable para el despegue de una economía emergente)³¹². Como vemos, en la parábola de Kafka se reúnen, sin aparente contradicción, estos dos principios: el pleno empleo y el all-employing-principle. El primero, porque se postula utópicamente, a la manera en que el mismo estado americano garantiza trabajo sin fin a todos los que decidan embarcarse en el sueño americano. El segundo, porque la empresa del teatro de Oklahoma, se arroga la certeza de saber como emplear hasta la menor “porción de aptitud” de cada uno de los empleados, por más que escape a los esquemas habituales.

Es aquí donde el “all-employing-principle” muestra su enlace terrible con el “principio de separación de las tareas”; al tiempo que desvela la trampa implícita en el reclamo ultra-publicitado del pleno empleo. Como vemos, en la fábula de Kafka, todo ello está magistralmente unido expresado mediante un solo símbolo. Cuando Karl llega al proceso de selección, intenta hacer creer a los burócratas, primero, que él es ingeniero, para ver si puede encajar mejor en el sistema laboral americano, que parece haberle reservado a su condición de inmigrante una suerte ingrata. Pero al ser interrogado más exhaustivamente, acaba confesando que no acabó sus estudios, que ni siquiera eran universitarios y que además los cursó en Europa. Resulta inquietante que le vayan pasando de una caseta a otra de reclutamiento hasta acabar en la que le pertenece por derecho propio, la de ex-estudiantes europeos de enseñanza secundaria, que Kafka describe, ominosamente, como “situada en el extremo más alejado del hipódromo, no

³¹¹ *Ibid.*, p.277

³¹² Jordi Llovet, en su edición de *El Desaparecido*, cita este pasaje del libro: “En las esquinas hay fijados enormes carteles con anuncios, que suenan como disparos de cañones, pero también como señales de emergencia. “50.000 campesinos, de inmediato hacia el oeste” “30.000 cosechadores se precisan en Manitoba”, “La más inaudita cosecha desde que Canadá construyó Weizen”. Una saludable ostentación que demuestra que el país necesitaba a mucha gente. (*Amerika heute und morgen*, *locus cit.*, p.113).

sólo más pequeña, sino incluso más baja que todas las demás”³¹³. Tal perfil responde, qué duda cabe, al del exiliado que alimentaba las filas de obreros no cualificados, esos que el capitalismo americano, a partir de las innovaciones de Taylor y Ford, necesitaba devorar en cantidades ingentes, baratas y desprotegidas para su buen funcionamiento. Es curioso, pues, que el principio de separación de las tareas se lleve, con la misma lógica enloquecidamente desglosada de la cadena de montaje, al de la separación de las tareas que deberían brindar, evidentemente, una serie de méritos académicos. Al prometer tal identificación, utópicamente burocratizada, entre una tarea digna que se amolde como un guante a nuestro grado de formación específico, Kafka parece estar burlándose del principio de separación de las tareas en su conjunto. El gran despliegue del Gran Teatro de Oklahoma camufla, sibilamente, una estrategia de captación de mano de obra barata. Esos trabajadores que alimentarán las cadenas de montaje del sistema capitalista moderno, en que el principio de separación de las tareas queda expresado mediante el gesto mínimo y absurdo que un operario, agotando a marchas forzadas sus fuerzas físicas y mentales, deberá realizar hasta el fin de sus días. Es lo que parecen sugerir sus contratadores, cuando tras un largo interrogatorio, en que le preguntan si podría ser actor o realizar trabajos técnicos, Karl acaba temiéndose con toda justicia lo peor: “¿Es usted suficientemente fuerte para realizar trabajos pesados? preguntó el señor. “Oh, sí” dijo Karl. Entonces el señor hizo que Karl se aproximara y le tentó el brazo. “Es un muchacho fuerte” dijo, llevando a Karl por el brazo ante su jefe. El jefe asintió sonriendo”³¹⁴. Cuando finalmente se llevan a Karl y otros tantos desarraigados a Oklahoma, en un tren que serpentea entre torrentes de montaña, cuyo “aliento de frialdad hacía que los rostros se estremecieran”³¹⁵, el lector siente que las condiciones del contrato que ha firmado Karl, dando por buena la utópica promesa del Gran Teatro de Oklahoma, no le auguran un futuro alentador.

Por su parte, Chinaski, hasta en tres ocasiones a lo largo de *Factotum*, es un testigo de excepción de este delirio mecanizado al que está condenado el obrero en un trabajo de fábricas, donde el ritmo es impuesto por la maquinaria moderna. Baste la relación de su experiencia en una de las fábricas: “Sonó un silbato y la máquina se puso en acción. Las galletas para perros empezaron a moverse. Se le daba forma a la masa y entonces se reunían las galletas en pesadas bandejas metálicas con bordes de hierro. Agarré una

³¹³ *Ibid.*, p.267

³¹⁴ *Ibid.*, p.272

³¹⁵ *Ibid.*, p.278

bandeja y la puse en un horno que había detrás de mí. Me di la vuelta. Allí estaba la siguiente bandeja. No había manera de que decreciese el ritmo”³¹⁶. Ese es el simple gesto que Chinaski está condenado a repetir en ese trabajo. No es una cadena de montaje a la manera de Ford, pero obedece, sin duda, al mismo concepto de continuidad mecánica, movimiento perpetuo y separación de las tareas, de modo que la voluntad del empleado no pueda interferir en absoluto en el ritmo de fabricación. Como dice Chinaski, ese procedimiento, por mucho que aumente la productividad de las galletas, conduce inevitablemente a la alienación y locura totales de los empleados:

“Las bandejas eran pesadas. Cargar una de ellas podía agotar a un hombre. Si piensas en lo que es hacerlo durante ocho horas, cargando cientos de bandejas, nunca podrías hacerlo. Galletas verdes, galletas rojas, galletas amarillas, galletas marrones, galletas púrpuras, galletas azules, galletas vitaminadas, galletas vegetales...En tales trabajos, la gente acaba agotada. Experimenta una resistencia más allá de la fatiga. Dice cosas disparatadas, brillantes. Perdida la cabeza, yo bromeé y charlé y conté chistes y canté. Me moría de risa”³¹⁷.

Chinaski, como hijo de inmigrantes humildes que no ha querido prosperar en la vida, está destinado a ejercer ese tipo de trabajos alienantes que constituyen, amargamente, el centro productor de nuestra moderna sociedad de producción de masas.

Por último, vale la pena examinar el enfoque de Ignatius Reilly, en *La conjura de los necios*, del sistema laboral que impera en la oficina y la fábrica de Levy Pants, fabrica de pantalones. Como oficinista comprometido contra la injusticia social, Ignatius se siente sublevado por “la algarabía y el estruendo, los chirridos y los silbidos de la fábrica” de la empresa en que trabaja. Con la intención de articular una protesta por los derechos civiles, decide descender a la infernal fábrica, desde su sosegada oficina, para conocer a los obreros y hacerse cruces del entorno mecanizado en que trabajan: “Es una escena que combina lo peor de La cabaña del tío Tom y de Metrópolis, de Fritz Lang. Es la esclavitud de los negros mecanizada; ejemplifica el progreso que ha hecho pasar al negro de recoger algodón a cortarlo y coserlo”³¹⁸. Todos los trabajadores, evidentemente, son negros mal remunerados, que en su papel de herederos de inmigrantes, forman parte de esas vastas oleadas de mano de obra barata que permitieron el despegue de la emergente economía americana, abasteciendo de obreros no cualificados a las nuevas fábricas basadas en el principio de separación de las tareas. Pero lo más interesante del relato de Ignatius es que, en la fábrica de Levy Pant’s, la

³¹⁶ Bukowski(2007), *ob.cit.*, p.37

³¹⁷ *Ibid.*, p.38

³¹⁸ Kennedy Toole, *ob.cit.*, p.120

autoridad, es decir, el Sr. Levy, brilla por su ausencia. El actual propietario, Gus Levy, heredó la empresa de su padre, un self-made-man a la antigua usanza, un magnate autoritario que había comenzado vendiendo pantalones en un carro y despreciaba cualquier iniciativa empresarial del pequeño Gus. En consecuencia, el hijo se había alejado de la empresa y la conducía lentamente hacia la ruina, cosa que Ignatius no deja de percibir: “Hoy nuestra oficina se vio honrada al fin con la presencia de nuestro amo y señor, G. Levy. A decir verdad, me pareció un tanto indiferente y despreocupado. (...) Su estancia fue breve y poco profesional; mas, ¿quiénes somos nosotros para poner en entredicho los motivos de esos gigantes del comercio?”³¹⁹

Esta ausencia del Sr. Levy convierte a Levy Pant's en un buen ejemplo de lo que pasaría con la productividad de una empresa si el patrón no aplicara escrupulosamente los nuevos modos de organización industrial. Como decíamos más arriba, Bentham, Taylor y Ford tienen en mente dos objetivos fundamentales al sofisticar progresivamente el principio de separación de las tareas: en primer lugar, multiplicar la productividad; en segundo lugar, arrebatar al obrero el control sobre su oficio, doblegar su afición a la holganza y eliminar su capacidad para establecer tiempos muertos que no redunden en beneficio de esa mayor productividad. Su terror a la “indolencia obrera”, comprensible si tenemos en cuenta que un salario de subsistencia es el único incentivo que espolea al obrero a trabajar, es sorteada mediante métodos tan alienantes como la cadena de montaje. Tales métodos parecen justificados, desde el punto de vista patronal, si tenemos en cuenta el exagerado clima de holganza que reina en la fábrica de Levy Pant's, abandonada a la agonía improductiva por un patrón que prefiere vivir de las rentas:

“Tengo entendido que la fábrica no funciona actualmente a pleno rendimiento, y observé que sólo funcionaba uno de aquellos artilugios quemando carbón, y lo que parecía una de las mesas de cortar. Además, sólo vi terminar unos pantalones mientras estuve allí, aunque los trabajadores se movían sin cesar con piezas de tela de todo tipo. Una mujer estaba planchando, según comprobé, ropa de niño ; y otra parecía hacer notables progresos con los fragmentos de satén color fucsia que estaba uniendo en una de las grandes máquinas de coser. Tuve la impresión de que confeccionaba un vestido de noche de mucho colorido, y bastante lascivo, además. (...) Esta mujer era sin duda trabajadora muy diestra, y pensé que era doblemente lamentable que no consagrara su talento a la creación de unos pantalones... para Levy Pant's. Evidentemente, había un problema de moral en la fábrica”³²⁰.

³¹⁹ *Ibid.*, p.103

³²⁰ *Ibid.*, p.122

La maquinaria que debería mecanizar al empleado, mediante la aplicación de los principios de la cadena de montaje, es utilizado por el empleado en su provecho. Por otra parte, la jerarquía técnica que recomienda Taylor en La dirección de los talleres, para vigilar las velocidades de producción, se expresa mediante la figura huidiza de un tal señor Palermo. Este encargado, que debería distinguirse por su diligencia técnica, se pasa toda la jornada “a sólo unos pasos de la botella, como pueden testificar las muchas confusiones que se han producido, cayéndose entre las mesas de cortar y las máquinas de coser” o bien “trasegando algún almuerzo líquido en una de las muchas tabernas de los alrededores de nuestra empresa”³²¹. Es decir, Levy Pant’s es el modelo a evitar por cualquier fábrica moderna que se precie de seguir los preceptos de organización industrial postulados por Taylor y Ford.

Por otra parte, es interesante ver como Ignatius aplica los principios del utilitarismo económico moderno en su oficina. El estudio sistemático y científico del tiempo promovido por Taylor fue duramente criticado por algunas voces humanitarias, ya que, si bien eliminaban tiempos muertos y actividades superfluas en el proceso de fabricación, también alienaba al trabajador y exprimía de manera implacable todas sus fuerzas. Por toda respuesta, Taylor alegaba frente a sus detractores que todo dispositivo que permitiera economizar trabajo acabará imponiéndose³²². Ignatius también es partidario de ahorrar tiempo, eliminar gestos inoperantes y economizar empleo. Lo expresa de dos maneras. En primer lugar, destruyendo todos los documentos cuyo archivado le encomiendan, porque, en la lógica de Ignatius, no hay mejor manera de economizar empleo que destruir la fuente misma del empleo, aunque nuestro buscavidas se guarda las espaldas y prefiere no revelarla: “De momento, debo mantener en secreto la innovación que he introducido en relación con el sistema de archivado, pues es revolucionaria, y he de comprobar los resultados antes de revelarla. En teoría, la innovación es magnífica”³²³. Por otra parte, permite economizar un empleo, en concreto, el de la mecanógrafa Gloria, “una putilla descarada y sin seso”³²⁴, que no cae en gracia a Ignatius, razón por la cual se la apaña, mediante una mentira maquiavélica al Sr. González, para que la despidan. Retrospectivamente, Ignatius no duda en

³²¹ *Ibid.*, p.122.

³²² Coriat, *ob.cit.*, p.35

³²³ Kennedy Toole, *ob.cit.*, p.103

³²⁴ *Ibid.*, p.81

expresarse con oficinesco triunfalismo tayloriano para expresar el éxito de sus primeras jornadas laborales en Levy Pant's:

“Poco a poco, se han eliminado todas las actividades no esenciales. De momento, estoy decorando diligentemente nuestra bulliciosa colmena de abejas burocráticas (tres). La analogía de las tres abejas me trae a la memoria tres A que describen muy adecuadamente mis actividades como trabajador administrativo: alejamiento, ahorro, armonía. Alejamiento de los empleados superfluos, con la armonía y el ahorro consiguientes”³²⁵.

Una vez eliminadas, como subraya Ignatius y hubiera aprobado Taylor, todas las “actividades no esenciales” y “empleados superfluos”, el principio de separación de las tareas, aunque sea en el ámbito de la oficina, funciona más armónicamente, sin necesidad de una supervisión autoritaria explícita. De hecho, Ignatius no duda en alabar la libertad que Levy Pant's concede a sus empleados a la hora de realizar sus tareas sin la interferencia engorrosa que supone la voluntad de un patrón: “Si hubiera más empresas como Levy Pant's, estoy seguro de que las fuerzas laborales de Norte América se ajustarían mejor a sus tareas. Allí no se importuna en absoluto al trabajador que es claramente digno de confianza”³²⁶.

Por último, cabe decir que Simon Tanner, por ser un europeo en 1907, no nos es de gran ayuda para ilustrar estos modernos cambios en la organización industrial que supusieron las ideas de Ford y Taylor pocos años después. Con todo, si podremos emplear sus lecciones en el próximo capítulo, cuando hablemos de algunas reticencias del empleado a la progresiva implantación del régimen salarial. Sin embargo, no cuesta nada imaginarse que habría imaginado Simon Tanner de ese sarcasmo de Ford, a quien le gustaba repetir aquello de “Andar no es una actividad remunerativa”. Podemos tener la seguridad de que Simon Tanner no habría aguantado ni una hora trabajando en una moderna línea de montaje, a juzgar por las palabras con que se despide de uno de sus empleos, con cuyo deplorable estatismo se sentía muy a disgusto: “¿Qué tiene de malo dar caminatas, aunque llueva o esté nevando, si se poseen un par de piernas sanas y se dejan en casa las preocupaciones? Usted, en la estrechez de su rincón, no se imagina lo delicioso que es correr por los caminos del campo”³²⁷. Veamos, a continuación, como nuestros andariegos buscavidas se enfrentan a los usos disciplinarios con que se ha ido perfilando la disciplina salarial en el régimen capitalista.

³²⁵ *Ibid.*, p.120

³²⁶ *Ibid.*, p.81

³²⁷ Walser, *ob.cit.*, p.20

III.2.B. Conflictos con la disciplina salarial

En este capítulo, que no pretender ser exhaustivo frente a la bibliografía especializada en el salario, estudiaremos de manera general, mediante una breve exposición histórica, el modo en que los buscavidas experimentan el régimen salarial capitalista, como peones especialmente desencantados del sistema laboral moderno, así como con las implicaciones que tiene para su sustento material y su bienestar existencial. La figura de los cuatro buscavidas que conforman nuestro corpus textual viven en la primera mitad del s.XX, durante la transición del sistema de fábricas decimonónico hacia una sociedad de trabajadores, protegidos en sus derechos fundamentales por el estado del bienestar, que espolea el consumo de las masas como energía motriz de crecimiento económico. Me centraré, principalmente, en dos aspectos de dicha transición. En primer lugar, trazaré una somera evolución de los modos de distribución salarial en el sistema capitalista, con especial atención a los salarios más bajos, que giran en torno al nivel de subsistencia y encuentran su moderna expresión jurídica en la instauración del salario mínimo. La remuneración salarial es uno de los aspectos de las condiciones de trabajo que más directamente influyen en la vida diaria de los trabajadores. El empresariado así lo entiende y trata de establecer el salario con algunas condiciones “identitarias”, que garantice la fiabilidad de la “fuerza de trabajo” empleada. Tales condiciones implican una voluntad consciente de moldear el estilo de vida de los trabajadores que mejor convenga a las necesidades del capital. Su influencia puede rastrearse en conceptos tan inherentes a la vida del trabajador como la duración de la jornada laboral, que la empresa tiene interés en fijar unilateralmente para asegurar el pleno rendimiento de su estructura productiva; el grado de especialización del obrero, que influye sobre las percepciones salariales de los distintos trabajadores; e incluso el miedo del trabajador al paro, que el capitalismo, en sus dinámicas de expansión y regresión cíclicas, utiliza como elemento de coacción económica para imponer sus propias condiciones contractuales. En segundo lugar, haremos una aproximación al modo en que el buscavidas rechaza la vigorosa política de consumo que espolean nuestros modernos estados del bienestar.

La literatura especializada sobre los sistemas de distribución salarial³²⁸ cobró gran importancia durante la segunda mitad del siglo XVII y primera mitad del XVIII, como

³²⁸ Vid en: Dobb, Maurice. *Teorías del valor y de la distribución desde Adam Smith*. Mexico D.F.: Siglo XXI editores, 1991.

consecuencia de la intensificación del capitalismo comercial y las crisis de los gremios tradicionales. La nueva coyuntura suscitaba este interés, al evidenciar la relación de los salarios con el valor de las mercancías, su influencia sobre la reproducción de las fuerzas laborales y los beneficios de una empresa en el competitivo mercado capitalista. Los economistas de este período y los de la tradición clásica que les siguió se centraron en el análisis del salario del *trabajador más común* - del varón adulto sin habilidades ni cualificaciones específicas- a quien consideraban que representaba a la mayoría de los asalariados, entre los cuales podemos contar, como hemos sostenido a lo largo de este trabajo, a nuestros buscavidas. Este salario se relacionaba, basándose en la simple observación de las condiciones en las que vivían la mayor parte de los trabajadores de la época, con un nivel de consumo de subsistencia. Para explicar este hecho, los principales economistas clásicos de inspiración liberal, como Smith, Ricardo y Malthus, postularon teorías que aunaban “científicamente” las leyes de oferta y demanda (tanto de mercancías, como de mano de obra) con el enriquecimiento del país y las oscilaciones demográficas de una población. No pretendo ser exhaustivo a este respecto, pero podemos citar como ejemplo ilustrativo de esta suerte de interpretaciones demográfico-mercantiles la teoría de Ricardo, acuñada como la “la ley de hierro de los salarios”. En su formulación más sinóptica, podríamos resumir el argumento de Ricardo como sigue: cualquier incremento en los salarios sobre este nivel de subsistencia llevará a un incremento de la población, y entonces el aumento de la competencia por obtener un empleo hará que los salarios se reduzcan de nuevo a ese mínimo. De igual manera, se deduce, los salarios no podrían caer por debajo de ese nivel de subsistencia, porque las masas laborales no encontrarían las condiciones ideales para reproducirse y abastecer de mano de obra los futuros mercados laborales. A nosotros nos interesa sólo subrayar que estas teorías se distinguen por su carácter sistémico, ya que ofrecen un marco “científico” según el cual una serie de variables económicas, que convergen en el susodicho salario de subsistencia, tienden a mantener en situación de equilibrio el estado más o menos saneado de un sistema económico. Sin embargo, ya el mismo Adam Smith indicaba, en su utópico horizonte salarial, que postulaba el progresivo incremento de los salarios por encima del nivel de subsistencia a medida que creciese la riqueza general del país, algunas variables no tan científicas. Me refiero a la conocida paradoja que se ha convertido en la divisa clásica del liberalismo ortodoxo, según la cual el egoísmo de los intereses concurrentes en la

economía tendería, por una ley presuntamente científica los mercados³²⁹, a una suerte de solidaridad financiera de la que todos los integrantes de la sociedad saldrán beneficiados. El hecho de que Smith hubiera escrito, con todo, sobre «la rapacidad ruin, el espíritu monopolista de los mercaderes y de los fabricantes», y que hubiera dicho también que «ni unos ni otros son, ni deben ser, los que gobiernen al género humano», se dio por ignorado enteramente, para propiciar la gran tesis que Smith había sacado de sus investigaciones: dejad solo al mercado, cuyas leyes bastaban por si solas para corregir el “egoísmo” de los capitalistas.

Será Marx, principalmente, quien heredando las principales ideas de Smith y Ricardo, pondrá en tela de juicio esta “invisibilidad” benévola de los mercados mediante su indagación en la muy “visible” explotación económica del capitalista, propietario de los medios de producción, sobre el obrero, propietario sólo de su tiempo y su fuerza de trabajo, a través de herramientas de extorsión como la plusvalía. Muy resumidamente, podríamos enunciar la teoría salarial de Marx de la siguiente forma. El capitalista que contrata a un empleado no compra su trabajo sino su fuerza de trabajo. Como la jornada laboral se extiende más allá del tiempo de trabajo necesario para reproducir el valor de la fuerza de trabajo, tenemos un tiempo de plustrabajo, en el cual se genera un plusvalor apropiado por el capitalista. Cabe recordar que en el capitalismo fabril imperante de la época de Marx, la jornada laboral se extendía, en efecto, más allá de cualquier límite razonable, desde las 12 hasta las 16 horas, porque la mejor manera de amortizar la maquinaria, y maximizar los beneficios que suponía su puesta en marcha y funcionamiento, era mantenerla en situación de movimiento perpetuo. Benjamin Coriat recoge en su interesante estudio esta escalofriante declaración del Barón Dupon a la cámara de París en 1847:

“Resulta pues, sumamente ventajoso, hacer que los mecanismos funcionen infatigablemente, reduciendo al mínimo posible los intervalos de reposo: la perfección en la materia sería trabajar siempre (...) Se ha introducido en el mismo taller a los dos sexos y a las tres edades explotados en rivalidades, de frente y, si podemos hablar en esos términos, arrastrados sin distinción por el motor mecánico hacia el trabajo prolongado, hacia el trabajo de día y de noche, para acercarse cada vez más al movimiento perpetuo”³³⁰.

³²⁹ Si bien cabe recordar que tal “ley” tiene su expresión más conocida, no en una ecuación científica, sino en una metáfora: la “mano invisible” del mercado popularizada en *La Riqueza de las naciones*.

³³⁰ *Informe a la cámara de París*, 1847. Citado en: Coriat, *ob.cit.*, p.38

Lo que nos interesa realmente señalar es que Marx, aún dando una explicación “sistémica” del modo en que sucede esta extorsión, no pone el acento en las razones del sistema, presuntamente equilibrado mediante la mano invisible de los mercados que popularizara Smith, sino en las razones del individuo trabajador para no acatar una explicación asépticamente científica de su explotación y organizarse sindicalmente para proteger sus derechos laborales. En este nuevo contexto, que recogerá una protesta indignada contra la presunta “naturalidad” de los salarios de subsistencia y las jornadas laborales extenuantes, es donde podemos situar la voz crítica del buscavidas, actualizada en una época en que el trabajador habrá cosechado más derechos sociales. Sin ser un sindicalista, dado su nomadismo individualista, salta a la vista, en la manera horrorizadamente cómica con que percibe sus trabajos, que el buscavidas se solidariza con los explotados. Por tanto, al experimentar en sus propias carnes los efectos alienantes del sistema laboral capitalista, no pondrá el acento en las razones “sistémicas”, “auto-reguladas” y tendentes a la solidaridad de la economía de mercado, como sugería optimistamente Adam Smith. Lo hará, evidentemente, en la inclemente “explotación” del factor humano que subyace a su funcionamiento, a través de la explotación de un tiempo de trabajo, única propiedad del empleado, que le depara un salario de subsistencia a cambio de generar inmensos beneficios para el empleador. Este tipo de protesta, contra la extorsión temporal y económica, es la que expresa Chinaski sobre uno de sus contratos, recién finiquitado por un patrón que le acusa de gandul. Chinaski responde, marxistamente, que le ha estado vendiendo su tiempo prácticamente gratis: “Es todo lo que tengo que dar, es todo lo que un hombre tiene. Por un cochino dólar cada cuarto de hora.(...) dándole mi tiempo para que usted pueda vivir en su mansión en lo alto de una colina y tener los lujos que desee. Si hay alguien que haya perdido en este trato, en este puto arreglo...ese he sido yo, ¿entiende?”³³¹

Este sistema económico supuestamente ideal, que tiende a auto-regularse y que se conduce en buena lógica hacia un equilibrio perfecto mediante la competencia de los empresarios, se sofisticará, como veremos a continuación, mediante las aportaciones “científicas” de Ford y Taylor. Pero como bien señala Marx, y confirmar los buscavidas mediante su testimonio, habrá costes humanos muy difíciles de silenciar en este nuevo orden racionalizado y científico de producción. En estos “costes” parece estar pensando

³³¹ Bukowski(2007), *ob.cit.*, p.101

Kafka cuando describe, metafóricamente, la circulación sumamente ordenada que abastece de alimento a la ciudad capitalista por excelencia:

“Más tarde comenzaron las columnas de camiones que llevaban alimentos a Nueva York y que, en cinco hileras que ocupaban toda la carretera, circulaban tan ininterrumpidamente que nadie hubiera podido cruzarla. De vez en cuando la avenida se ensanchaba convirtiéndose en una plaza, en cuyo centro un policía iba de un lado a otro por una especie de torre elevada para vigilarlo todo y poder dirigir con un bastoncito la circulación de la avenida principal y de las calles laterales que desembocaban en ella, circulación que quedaba sin regular hasta la siguiente plaza y el siguiente policía, aunque los silenciosos y atentos camioneros y chóferes mantenían un orden suficiente. Lo que más sorprendía a Karl era el silencio general. Si no hubiera sido por los gritos de los confiados animales que llevaban al matadero quizá no se hubiera oído otra cosa que el sonido de las pezuñas y el chirrido de los frenos”³³².

He escogido este fragmento de Kafka, al mismo tiempo, por la inquietante figura del policía que se alza por encima de la circulación para encauzarla en su debido ritmo. Se trata, a mi parecer, de una gélida figura de autoridad que refleja, en su contraste con los chillidos de los animales, el conflicto principal que afrontará el capitalismo en su camino hacia una total implantación: el de una autoridad cada vez más panóptica, inescapable e interiorizada en el proceso mismo de producción, que vele por los intereses del capital y reduzca al mínimo la posibilidad del obrero de consensuar con los propietarios de los medios de producción las condiciones económicas que rigen su existencia.

Veamos brevemente como sucede este desplazamiento de “autoridad” al proceso mismo de producción. En la época de Marx, como decíamos más arriba, el asociacionismo obrero lucha contra las jornadas laborales extenuantes y por incrementos salariales que aumenten su nivel de vida por encima del nivel de subsistencia. Esto nos recuerda una sentencia que enunciaría en otro contexto y con otra intención Benjamin Franklin, “el tiempo es dinero”. Esa ecuación, desde el punto de vista no sólo espiritual, sino también fabril, subyace a todos los principios de acumulación del capital. Marx sabrá formularla como una explotación cuando localice en la jornada laboral, esto es, en el tiempo del trabajo del obrero, la obtención de su plusvalía, esto es, del beneficio del capitalista. Por eso resulta extraño que las reformas de Ford y Taylor, sospechosa y paradójicamente, aumentarán el nivel de los salarios,

³³² Kafka, *ob.cit.*, p.102

manteniéndolos en un estado cercano al de la subsistencia, pero desahogando al obrero de la condición miserable que vio nacer, con toda justicia, las teorías de Marx en el s.XIX. Asimismo, en plena expansión del modelo fordista, se firmará en 1919, la primera regulación que se hizo referente a la duración de la jornada de trabajo³³³. A primera vista, parecería que se debe a una batalla perdida del capital, en el plano del tiempo y el dinero, a un paso adelante de las legislaciones humanitarias por garantizar los derechos de los trabajadores. Pero como señala Kafka, tal afán civilizatorio conducen a ese silencio ininterrumpido, silencioso y ordenado de la circulación económica moderna, en el que pueden percibir, si aguzamos el oído, los chillidos del matadero.

En los primeros decenios de la Revolución industrial, la autoridad que regía el modelo de fábrica arraigaba en la inescapable necesidad del obrero, que exiliado de un estilo de vida más tradicional, debía aceptar jornadas brutales y salarios ínfimos para no morir de hambre. Sin embargo, con la progresiva capacidad de asociación del movimiento obrero, que con el sindicalismo amenaza las condiciones de trabajo impuestas por el capital, el dominio patronal habría de alcanzar una sofisticación mayor. Porque en efecto, tales innovaciones responden a un principio disciplinario más complejo, que cambió el foco de autoridad sobre el tiempo de trabajo del obrero (expropiado, según Marx, mediante la plusvalía) al control sobre los tiempos de producción. Este control de los tiempos, que hemos examinado al hablar del principio de separación de las tareas en Taylor y Ford, a través de los estudios de Coriat y Gaudemar, permitirá hacer las jornadas más intensivas y breves, así como aumentar levemente los salarios sobre el nivel de subsistencia. Pero, al mismo tiempo, erosionará profundamente la capacidad sindical para establecer condiciones en la negociación de sus intereses económicos y pondrá en disposición del capital el perfil de trabajador más adecuado para el buen funcionamiento de su sistema productivo.

Taylor realiza este desplazamiento de la “autoridad”, como vimos más arriba, mediante un estudio del cronometraje de los tiempos y el diseño de una jerarquía técnica que vigile su disciplinado cumplimiento. Aunque la Bethlehem Steel, empresa en que se aplicaron sus principios, recibió muchas protestas sindicales por la manera en que el

³³³ Fue en la Conferencia General de la Organización Internacional del Trabajo convocada en Washington por el Gobierno de los Estados Unidos de América el 29 de octubre de 1919. En esta Conferencia se estableció el convenio por el que se limitan las horas de trabajo en las industrias a ocho horas diarias y cuarenta y ocho semanales.

trabajador quedaba alienado completamente del proceso de producción, como replica significativamente Gaudemar,

“los obreros se apresurarán a reclamar un contrato en la Bethlehem Steel, a pesar de las normas, o más bien a causa de ellas, pues son esas normas las que permitirán una distribución de salarios elevados.(...) La fuerza de las ideas de Taylor reside en ese concepto y en las correlativas propuestas de organización destinadas a producir la interiorización de una disciplina generalizada, a sustituir a ‘los obreros que no trabajan sino bajo ‘vigilancia’ por otros que adoptan una mentalidad muy diferente respecto a sus patronos y su trabajo, renunciando voluntariamente a toda holgazanería”³³⁴.

En este sentido, el taylorismo actúa como una estrategia patronal invencible contra la ofensiva obrera, y modela el perfil de trabajador ideal en dos direcciones que me limito a mencionar de manera muy sencilla. Por una parte, fomenta la creación de una élite, encargada del Management, que actuará como un incentivo salarial en los esfuerzos del trabajador y le provee de una proyección de futuro y ascenso dentro de la misma empresa. Como recuerda Gaudemar, esta estrategia es fundamental porque “la introducción de nuevas normas de productividad no implica una mayor eficacia productiva salvo si la empresa es capaz de crear al mismo tiempo las formas de mando y disciplina, y por tanto, las formas de jerarquización capaces de conseguir su aplicación”³³⁵.

En *Post Office*, de Bukowski, existen múltiples y misantrópicas retratos de estos supervisores del scientific management tayloriano. Podemos ver que Chinaski siente verdadera antipatía por estos ‘capataces del tiempo’ que previa esquematización de los tiempos requeridos para una operación de entrega postal, actúan como verdaderos sádicos para hacerlo cumplir:

“The subs routed their magazines on corners, went without lunch and died in the streets. We’d start a half hour short but still were expected to get the mail up and out and be back on time. And once or twice a week, already beaten, fagged and fucked we had to make the night pickups, and the schedule on the board was impossible- the truck wouldn’t go that fast.

³³⁴ Gaudemar, *ob.cit.*, p.86

³³⁵ *Ibid.*, p.85

(...) The subs themselves made Jonstone possible by obeying his impossible orders. I couldn't see how a man of such obvious cruelty could be allowed to have his position"³³⁶.

Pero es que Jonstone, el capataz, mantiene su cargo, ante la perplejidad de Chinaski, precisamente porque forma parte de esa jerarquía técnica que ha mostrado su especial diligencia en hacer cumplir los tiempos previamente cronometrados de producción, una diligencia para la cual hay que mostrarse especialmente "sádico" en el cumplimiento de las 'velocidades'. Años más tarde, Chinaski está pasando su período de instrucción en un nuevo trabajo de la oficina postal, más mecánico que el anterior: consiste en mover el brazo derecho durante diez horas, sentado sobre un taburete, para depositar las cartas en su correspondiente distrito postal, en los cronos cuyo estricto cumplimiento vigilan estos capataces. Chinaski contempla su calculadora inhumanidad con cierto pavor pero acierta a intuir sus motivaciones personales, es decir, que todos ellos han ascendido y han renunciado a cualquier holgazanería para no morir apisonados por ese mismo sistema que espolean a cumplir:

" 'Each tray of this type of mail must be stick in 23 minutes. That's the production Schedule' (...) No talking allowed. Two ten minute breaks in 8 hours. They wrote down the time when you leave and when you came back. If you stayed 12 or 13 minutes, you heard about them. (...) All the supervisors had this look on their faces- they looked at you as if you were a hunk of human shit. Yet they had come in through the same door. They had once been clerks o Carriers"³³⁷.

El hecho de que se puedan promocionar mínimamente dentro de esta jerarquía convierte a los supervisores en seres implacablemente matemáticos que no permiten ninguna pérdida de tiempo. En aras de su interés particular, vigilan el cumplimiento de los cronos impuestos por la dirección a su departamento, con más efectividad y minuciosidad que una supervisión patronal que tuviera que abarcar el proceso general en su conjunto.

Evidentemente, el buscavidas, al carecer de ambiciones sociales, al solidarizarse con los que más sufren y despreciar el sistema laboral en su raíz, no es el candidato moral idóneo para convertirse en supervisor del sistema tayloriano. Gaudemar nos recuerda,

³³⁶ Bukowski(2009), *ob.cit.*, p.3.

³³⁷ *Ibid.*, p.52

en ese sentido, que la decisión de formar parte del Management implica una deshumanización obvia durante la jornada laboral que el trabajador, reparos morales al margen, sabe entender como un ejercicio autoritario de disciplina patronal: “Cualquiera que se declare ‘solamente un técnico’ o bien es víctima de ese error, o bien participa de ese nuevo modo de legitimación de las figuras jerárquicas manifestando así, indirectamente, su elección de un papel en el control de la organización de la disciplina”³³⁸. Chinaski incluso parece considerarla la más agrídulce y natural de las traiciones, cuando encuentra al mejor amigo de su primera etapa en la oficina postal, convertido en supervisor por razones pecuniarias obvias, invitándole a una jornada de pesca en equipo para celebrar el retiro del antiguo supervisor que les explotaba a ambos: “No, shit, I just don’t even want to look at him.” “But you are *invited*” Tom Moto was grinning from asshole to eyebrow. Then I looked at his shirt: a supervisor’s badge. “Oh no, Tom” “Hank, I’ve got 4 kids. They need me for bread and butter.” “All right, Tom” I said. Then I walked off”³³⁹. Estos supervisores, pequeños jefes del tiempo que velan por el cumplimiento horario de la voluntad del patrón, integran la jerarquía productiva en el sistema de Taylor. Pero la obsesión por el control del tiempo afecta a un orden de mayor alcance coyuntural, el de la duración de la jornada laboral, que desarrollaremos al hablar del estado keynesiano. En la obra de Kafka, rica en jerarquías burocráticas que producen vértigo en el lector, también podemos encontrar reflexiones sobre esta obsesión del poder patronal, delegado en cargos menores, en implacables relojeros, cuya misión es hacer cumplir la observancia de los tiempos y los horarios de trabajo:

“Allí se encontraba la empresa número 25. Ante la puerta estaba el gerente bizco, con el reloj en la mano. “¿Eres siempre tan poco puntual?” preguntó. “Ha habido varios contratiempos” dijo Karl. “Siempre los hay” dijo el gerente. “Pero en esta casa no valen. ¡Toma nota!” Karl apenas escuchaba ya esa clase de sermones; todo el mundo aprovechaba su poder e insultaba al inferior. Al final sonaba sólo como el tic-tac regular de un reloj”³⁴⁰.

³³⁸ Gaudemar, *ob.cit.*, p.87

³³⁹ Bukowski(2009), *ob.cit.*, p.153

³⁴⁰ Kafka, *ob.cit.*, p.257.

Por otra parte, aprovechando el inmenso flujo inmigratorio a los Estados Unidos, fomenta la creación de una masa proletaria no cualificada, que queda desposeída de su competencia técnica sobre el proceso de producción y merma de manera radical su capacidad reivindicativa. El principio disciplinario que evidencia, sobre la existencia misma del trabajador, un salario más elevado, queda pues realizado mediante esta hábil treta por el taylorismo en el sistema laboral moderno. A partir de entonces, cuando el capital entienda que puede economizar empleos innecesarios y optimizar el rendimiento de sus empleados, adaptará sus recursos a tal fin, haciendo las jornadas laborales, tal vez no más extensas, pero si mucho más intensas, como lamenta Chinaski en este pasaje: “El problema en aquellos días de la guerra era el horario intensivo. Los que llevaban el control siempre preferían explotar continuamente a unos pocos en vez de contratar a más gente para que todo el mundo trabajase menos”³⁴¹. Mediante la aplicación del sistema tayloriano, subrayado mediante la aplicación de la cadena de montaje fordista, la optimización del tiempo de producción es el único criterio a tener en cuenta por la empresa, ya que permite economizar empleo y contratar obreros menos cualificados que abaraten el coste total de la mano de obra. ¿Qué puede hacer, Chinaski, por ejemplo sino cumplir a rajatabla todas las condiciones que le imponga la empresa, a sabiendas de que seguiría siendo igualmente prescindible, cuando observa ajustes presupuestarios como éste?: “En menos de tres días Jennings había despedido a un tío que trabajaba en la oficina principal y reemplazado a tres tíos de la línea de ensamblado por tres jovencitas mexicanas deseosas de trabajar por la mitad del dinero”³⁴². Evidentemente, en situaciones como éstas, aún respetando teóricamente la ley de contratos posterior al New Deal, surgen situaciones de explotación encubierta, como la del trabajo “intensivo” de Chinaski, que resulta hacerse “extensivo” por añadidura pocas semanas después, con la misma excusa inverosímil de la guerra:

“Las horas extraordinarias se hicieron automáticas. Yo bebía cada vez más y más en mis horas libres. La jornada de ocho horas había desaparecido para siempre. Cuando entrabas allí por la mañana podías estar seguro de que ibas a tener un mínimo de once horas de trabajo. Esto incluía también los sábados, que en teoría eran también media jornada, pero que se habían transformado también en jornada completa. La guerra seguía su curso, pero las señoras compraban trajes como endemoniadas. ...”³⁴³

³⁴¹ Bukowski(2007),*ob.cit.*, p.47-48

³⁴² *Ibid.*, p.129

³⁴³ *Ibid.*, p.52

Por su parte, Ford hereda esta recomendación de aumentar los salarios como manera más directa de disciplinar la personalidad obrera individual, eliminando sus reivindicaciones como colectivo sindicado y permitiendo al sector automovilístico un aprovisionamiento continuo de fuerza de trabajo. En Detroit, debido a la cantidad de mano de obra que necesitaba dicha industria, Ford pone en práctica este nuevo salario – el jornal de 5 dólares, un sueldo que doblaba el sueldo más alto pagado hasta entonces – a fin de atajar posibles sabotajes sindicales, limitar el ausentismo y proveerse de un flujo ininterrumpido de fuerza de trabajo. Al mismo tiempo, su cadena de montaje facilita una falta de especialización sin precedentes en el proceso de producción, la entrada masiva de obrero no cualificados en el sistema laboral (en su mayoría inmigrantes) y una multiplicación de la productividad inédita en la historia. Tales principios generales implicarán, en la práctica salarial, dos principios disciplinarios sobre la existencia misma del trabajador. Por una parte, un principio explícito, en dos fases. Debido a la dureza del trabajo en la cadena de montaje, en primera instancia Ford parece contratar a todo el mundo, sin excepción, a medida que van quedando libres vacantes en la cadena. Como recuerda Coriat, en el plano contractual, la industria automovilística es percibida como una auténtica industria de combate “hire and fire”³⁴⁴. La especial dureza de la jornada en la cadena de montaje, intensiva pero optimizada hasta el delirio mecánico, consume fuerza de trabajo tan rápidamente como la desecha. La asignación del “Five dollars day” responde, por tanto, a una necesidad acuciante de asegurarse mano de obra inmediata y abundante, pese a las duras condiciones que imperan en la fábrica. Pero en segunda instancia, cabe señalar que Ford no le otorga el “Five dollars day” a cualquier empleado: funda un Departamento de Sociología, que hace un seguimiento exhaustivo de la vida del obrero y le impone severas condiciones morales³⁴⁵. A cambio, le garantiza el codiciado jornal de 5 dólares tras un período de prueba de seis meses, que puede serle retirado en cualquier momento, si no supiera usarlo de manera discreta y prudente. Como decíamos más arriba, mediante tales estrategias de disciplina salarial, el capital se permite disciplinar con principios morales el estilo de vida que más le convenga para garantizar la fiabilidad de su fuerza de trabajo.

³⁴⁴ Coriat, *ob.cit.*, p.56

³⁴⁵ *Ibid.*, p.57

Poder contar con una “fuerza de trabajo”, moralmente disciplinada y sin contratiempos, supone una fuente de ingresos mucho más constante y fiable que el valor añadido que implica semejante incremento salarial sobre los costes de producción. En este pasaje de *Viaje al fin de la noche*, se reflejan bien las dos fases de este principio disciplinario, el hecho de que Ford contrate masivamente, en una dinámica convulsa de “hire and fire”, a muchos empleados de esa mano de obra superabundante, pero al mismo tiempo los descarte con rapidez cuando no son suficientemente dóciles:

“No era yo el único que esperaba. Uno de los que aguardaba me dijo que llevaba dos días allí y aún en el mismo sitio. (...) Había venido desde Yugoslavia, aquel borrego, a pedir trabajo. (...) En aquella multitud casi nadie hablaba inglés.(...) Llovía sobre nuestro gentío. Las filas se comprimían bajo los canalones. Se comprime con facilidad la gente que busca currelo. Lo que le gustaba de Ford, fue y me explicó el viejo ruso, dado a las confidencias, era que contrataban a cualquiera y cualquier cosa. ‘Sólo que ándate con ojo – añadió, para que supiera a que atenerme- no hay que ponerse chulito en esta casa, porque, si te pones chulito, en un dos por tres te pondrán en la calle y te substituirá, en un dos por tres también, una máquina de las que tienen siempre listas, y si quieres volver, te dirán que nanay’”³⁴⁶.

Celine se queda corto cuando dice que basta con ponerse “chulito” para que te despidan, porque de hecho, el Departamento de sociología se extralimitaba en tales funciones, como indica Gaudemar al señalar que su misión esencial era “controlar, desplazándose a los hogares obreros y a los lugares que frecuentan, cuál es su comportamiento general y, en particular, de qué manera se lo gastan”³⁴⁷.

El “objeto en qué se gastan su salario” nos conduce directamente al segundo principio disciplinario iniciado con el “Five dollars day” de Ford. Dicho principio está implícito en el funcionamiento mismo del sistema, porque al incrementar el poder adquisitivo de la clase obrera, preconiza ya los principios del estado keynesiano. En los años 20, se apunta ya hacia una mutación fundamental en la relación que la nueva economía de bienestar establecerá entre el consumo de las clases más desposeídas, basado en un tradicional nivel de subsistencia, con un salario ligeramente más “elevado” que le permita consumir los excedentes de esa moderna producción de masas. Es por ello que a Ford le interesa fraguar una plantilla de obreros, mediante el filtro impuesto por las

³⁴⁶ Céline, *ob.cit.*, p.259-260

³⁴⁷ Gaudemar, *ob.cit.*, p.57

investigaciones de su ‘departamento de sociología’, que invierta su salario en los mismos productos que la tecnología de la cadena de montaje está contribuyendo a sobreproducir masivamente, es decir, que sus propios trabajadores se conviertan en sus consumidores. Ford conocía bien esta intención colateral de su incremento salarial cuando lo formula en sus memorias de esta forma tan rudimentaria: “Nuestro propio éxito depende en parte de los salarios que paguemos. Si repartimos mucho dinero, ese dinero se gasta...; de ahí que...esta prosperidad se traduce en un aumento de la demanda (de nuestros automóviles)”³⁴⁸. Tal abuso de control por parte del ‘Departamento de sociología’ afecta al empleado, ya no sólo en la mecanización alienante de su tiempo de trabajo, sino también en el consumo que debe condicionar su tiempo de vida. Es lo que parece parodiar Celine, como buen buscavidas, cuando al cabo de un tiempo en la Ford, vencido por el desánimo industrial, confiesa el paradero su paga:

“Aún así, volvía a sentir deseos de ver de nuevo a personas de fuera. No las del taller, por supuesto, que no eran sino ecos y olores de máquinas como yo, carnes en vibración hasta el infinito, mis compañeros. Un cuerpo auténtico era lo que yo quería tocar, un cuerpo rosa de auténtica vida silenciosa y suave. (...) Fue el primer lugar de América donde me recibieron sin brutalidad, con amabilidad incluso, por mis cinco dólares. Y había las chavalas bellas, llenitas, tersas de salud y fuerza graciosa.(...) En él acababa toda mi paga. Necesitaba, al llegar la noche, las promiscuidades eróticas de aquellas criaturas tan espléndidas y acogedoras para recuperar el alma”³⁴⁹.

Evidentemente, Bardamu no tarda en acusar los efectos de la embrutecedora rutina de la fábrica de Ford, en contraste con la vida “silenciosa y suave” del burdel. En consecuencia, decide no volver durante un tiempo, cosa que la Ford no permitirá, porque precisamente su alto salario sirve para eliminar el alto grado de ausentismo que caracterizaba a las fuerzas laborales de la época. Así se lo expresa el mismo ruso que le había dicho que no se pusiera ‘chulito’:

“Me coloqué ante la ran cristalera del generador eléctrico, gigante multiforme que brama al absorber y repeler...(…)Una mañana que estaba así, contemplando boquiabierto, pasó por casualidad el ruso del taxi. “Chico- me dijo-, ¡ya te puedes despedir!...Hace tres semanas que no vienes... Ya te han substituido por una máquina... Y eso que te había avisado”³⁵⁰.

³⁴⁸ Ford, *ob.cit.*, p.142. Citado en: Coriat, *ob.cit.*, p.92

³⁴⁹ Celines, *ob.cit.*, p.264

Pero en fin, a pesar del interés de Ford porque sus obreros consuman sus salarios debidamente, como recuerda Coriat, “el salario alto (cuando es llevado a la práctica, lo que sigue siendo excepcional) no conseguirá absorber por si mismo las mercancías producidas en lo sucesivo a unas escalas y series prolongadas”³⁵¹. Tal imposibilidad llevará, entre otros factores, al crack del 29. Pero Ford y los empresarios, previendo un desfase brutal en la oferta-demanda, ya comenzó a desarrollar múltiples dispositivos para incentivar el consumo, dispositivos que continuarán practicándose en el estado del bienestar; el consumo forzoso, por ejemplo, mediante el cual se obligará al empleado a consumir parte de su salario en “vales de compra”, canjeables en una serie de establecimientos; o el desarrollo extraordinario durante esa época del crédito al consumo. Bukowski nos da su particular visión de estos tickets, cuando una empresa de reconstrucción de vías ferroviarias, que transporta a los obreros de estación en estación, se los ofrece como parte de su jornal. Su intención no es coger el trabajo, por otra parte, sino viajar gratis de Louisiana a su ciudad natal, Los Ángeles:

“Nos repartieron de nuevo tickets para hotel y comida. Di mis tickets de hotel al primer vagabundo que se cruzó en mi camino. (...) Seguí adelante y encontré el café. Servían cerveza, así que cambié mis tickets por cerveza. Toda la pandilla del ferrocarril estaba allí. Cuando me bebía los tickets, me quedaba dinero suficiente para coger un tranvía hasta la casa de mis padres”³⁵².

Por otra parte, Chinaski también se burla del estilo de vida, alienado por estos dispositivos que fomentan el consumo, que distingue a los obreros que empeñan su vida entera en el coche y la hipoteca: “Normalmente esos tíos suelen estar en la séptima de las treinta y seis letras del coche nuevo, sus mujeres van a clase de cerámica los lunes por la noche, los intereses de la hipoteca se los están comiendo vivos y cada uno de sus cinco hijos se bebe un litro de leche diaria”³⁵³. Así pues, los buscavidas, como personajes especialmente desarraigados y frugales respecto a los bienes considerados como “básicos” por un integrante estándar de la clase media, gana cierta libertad frente

³⁵⁰ *Ibid.*, p.269

³⁵¹ Coriat, *ob.cit.*, p.92

³⁵² Bukowski, *ob.cit.*, p.17

³⁵³ *Ibid.*, p.122

a ellos. Pero al mismo tiempo, cabe recordar que el ‘Departamento de sociología’ de Ford, debido a su influencia en la organización laboral de nuestro siglo, marcará un antes y un después en la política de contratación de empresa. Coriat señala que esa época “marca el principio de la cooperación entre expertos de formación universitaria (sociólogos, psicólogos, psicotécnicos, etc) y hombres de negocios”³⁵⁴. Es decir, marca el comienzo de una gestión disciplinaria de los recursos humanos, que afectará profundamente a los buscavidas, como trabajadores especialmente irresponsables, en su acceso a los empleos mejor remunerados de las grandes compañías:

“Alargué el tiempo de permanencia en mis trabajos anteriores, convirtiendo los días en meses y los meses en años. La mayoría de las compañías no se preocupaban de investigar.(...) Otros trabajos, sin embargo, me resultaban imposibles de conseguir. La compañía del gas del sur de California ponía anuncios en los periódicos que prometían altos sueldos, jubilación temprana, etc. No sé cuantas veces me acerqué hasta allí y rellené sus impresos de solicitud amarillos,(...) Nunca llegué ni por un pelo a ser contratado, y cada vez que veía a un empleado de la compañía me ponía a examinarlo con mucho ahínco, tratando de descubrir qué tenía él que no tuviera yo”³⁵⁵.

Con todo, al eclosionar la crisis del 29, todos los fantasmas del capitalismo evocados por Marx, según el cual sus ciclos económicos conducían inexorablemente hacia su propia ruina, parecieron hacerse realidad. Ni los débiles y puntuales incrementos salariales defendidos por Ford, ni las políticas de crédito a consumo, fueron cimiento sólido para evitar el crack del 29, originado, entre otros factores, en una industria cuya superproducción (oferta) no pudo ser absorbida por un mercado de consumidores suficientemente fuerte, continuo y sólido (demanda). Aquí nos interesa señalar sólo que el concepto de crisis afecta profundamente a la vida del trabajador, ya que el desempleo forzoso le deja, literalmente, sin medios de subsistencia. La posibilidad de quedarse sin trabajo le hace aceptar cualquier condición que la empresa quiera imponer en sus contratos, ya que un ciclo económico regresivo le convierte, por regla general, en un recurso económico sumamente prescindible. Por eso, cuando Karl Rossman ha sido esclavizado contra su voluntad como criado de Brunelda, se lamenta de que “cualquier otro puesto le parecería suficientemente bueno, e incluso prefería la miseria del

³⁵⁴ Coriat, , *ob.cit.*, p.45

³⁵⁵ Bukowski(2007), *ob.cit.*, p.148-149

desempleo”³⁵⁶. A lo que su compañero de cautiverio replica con cautela: “¿Quién te conoce? ¿A quién conoces? Nosotros, dos hombres que hemos vivido y que tenemos mucha experiencia, hemos vagado por ahí durante semanas sin encontrar trabajo. No es fácil, incluso es desesperadamente difícil”³⁵⁷. Es decir, le recomienda que acepte un trabajo absolutamente alienante, única y exclusivamente para no caer en el desempleo, lo cual convierte a éste, como decíamos, en herramienta estructural básica, en amenaza latente, que el sistema utiliza para garantizar la docilidad de los empleados.

Teniendo en mente esta dificultad, el capítulo del gran teatro de Oklahoma, que sucede pocas páginas después, es por tanto doblemente inquietante, ya que promete una oferta infinita, indefinida e inflacionaria de trabajo a todos aquellos que lo demanden. Todo el capítulo, de principio a fin, está teñido por la sospecha de que pueden estar siendo engañados: “Era posible que todas las palabras pomposas del cartel fueran mentira, podía ser que el gran teatro de Oklahoma fuera sólo un pequeño círculo ambulante; pero quería contratar gente y eso bastaba. Karl no leyó el cartel por segunda vez, pero buscó de nuevo la frase: ‘Todo el mundo es bienvenido’ ”³⁵⁸. El capítulo hace mucho hincapié en la grandiosidad inflacionaria de una campaña de contratación a la que sin embargo se presentan muy pocos empleados. Sobre unos pedestales que preceden a las casetas de contratación (dispuestas, a su vez, dentro del hipódromo), decenas de trompetistas mediocres, disfrazadas de ángeles, procuran atraer la atención de los desarraigados que se han acercado hasta Clayton en busca de trabajo. Karl habla con uno de los ángeles, que resulta ser una chica a quien conocía: “‘Me asombra que no haya más gente que acuda’. ‘Sí’ dijo Fanny ‘es curioso.’ (...) ‘¿Tiene el teatro de Oklahoma tantos ingresos como para mantener tantos grupos de reclutamiento?’ ‘¿Qué nos importa?’ dijo Fanny”³⁵⁹. El capítulo, en cierto modo, parece transmitir la imagen de un paraíso, el del pleno empleo, que disimula algún secreto terrible, ya sea su captación de mano de obra barata o, proféticamente, el desempleo endémico al que llevará el crack del 29 tras una expansión económica de proporciones masivas y absolutamente inflacionarias. El hecho de que el ‘mercado laboral’, representado por las oficinas de contratación, se construya en el interior de un hipódromo, parece avalar

³⁵⁶ Kafka, *ob.cit.*, p.216

³⁵⁷ *Ibid.*, p.218

³⁵⁸ *Ibid.* p.258

³⁵⁹ *Ibid.*, p.263

esta desalentadora interpretación. La fábula de Kafka, desde tal punto de vista, nos dice: Si el mercado laboral se articula en un entorno no reglado por ley, se multiplica en un espacio donde la especulación de las apuestas mueve los hilos, la sociedad entera, convencida de su propia bonanza económica, desemboca en un gran espejismo financiero. Hasta que se desarrolle el estado del bienestar, del que hablaremos a continuación, no existió un marco jurídico estable que defendiera, a partir de la misma ley, los derechos del trabajador frente a estos ciclos de expansión y regresión económicas caracterizados por una fuerte especulación financiera, esto es, por un mercado abandonado a sus propias reglas, tal como defendiera Adam Smith. Incluso con la aplicación de este nuevo marco, que sigue siendo un marco capitalista, mitigado en su arbitrariedad por un aparato estatal que sirve de colchón a los trabajadores que caen en el desempleo, el capital seguirá utilizando el paro como un mecanismo de ahorro indiferente a la existencia particular del trabajador. Así describe Bukowski uno de sus despidos: “Estamos entrando en un período de descenso de ventas. Lamento decirles que vamos a despedirles a todos hasta que las cosas vuelvan a marchar bien. Ahora, si quieren ponerse en fila, anotaré sus nombres, números de teléfono y direcciones. Cuando vuelvan a ir bien las cosas, serán los primeros en saberlo”³⁶⁰. Por tanto, la vida económica en el capitalismo, antes y después de Keynes, está regida por el utilitarismo de un empresariado que ve en el paro, en primer plano, no una desgracia personal para el trabajador, sino un mecanismo inseparable de sus ciclos económicos. Evidentemente, como decíamos más arriba, eso pone al sistema en disposición de utilizar el paro como elemento clave en sus negociaciones con el trabajador, que vive el paro, no desde los altares incontestables de la contabilidad, sino de forma mucho más angustiada. Así la expresa Céline:

“La lenta angustia del despido sin explicaciones (con un simple certificado) siempre acechando a los que llegan tarde, cuando el patrón quiera reducir sus gastos generales. Recuerdos de la ‘crisis’ a flor de piel, de la última vez en el desempleo, de todos los periódicos con anuncios que se hubo de leer, cinco reales, cinco reales...de las esperas para buscar currelo. Esos recuerdos bastan para estrangular a un hombre”³⁶¹.

³⁶⁰ Bukowski(2007), *ob.cit.*, p.178

³⁶¹ Céline, *ob.cit.*, p.279.

La mano de Smith brilló, no tanto por su invisibilidad como por su ceguera, durante el desastre financiero más estrepitoso en la historia de la economía de mercado. En ese contexto, fue Keynes, como asesor económico de Roosevelt y promotor del conocido New Deal, el que reformuló un capitalismo, que librado a las leyes del mercado, había naufragado, y en el que a partir de ahora, el estado ejercería un fuerte control y un papel de mediador privilegiado. En primer lugar, Keynes estimulará “una política vigorosa de consumo (que combata las tendencias al ahorro) y de inversión pública (sobretudo en obras públicas) por partes de las colectividades locales.³⁶²” En segundo lugar, el eje central de su política consiste en la fijación de este triple objetivo que señala Coriat:

“un marco jurídico- legal consistente en un conjunto de reglas sobre la misma relación de explotación (duración del trabajo, horas extraordinarias, trabajo de los niños, salario);(...) instauración del salario indirecto (asignaciones familiares, enfermedad, jubilación)(...) con el fin de asegurar sobre una base duradera la existencia de mano de obra barata que necesita la gran industria; por último, estructuración enteramente nueva de la asistencia a los parados y accidentados, (...) como un medio de incorporación y control de las fuerzas de trabajo coincidente en mantenerlas “en reserva” para la producción capitalista y el salariado”³⁶³.

Por tanto, en lo que respecta al aspecto jurídico, se reconocerá la legitimidad del movimiento obrero para presentar sus protestas colectivas y al mismo tiempo, eso redundará en un aumento de los contratos debidamente negociados y consensuados. Por otra parte, en el aspecto económico que marca el fondo de estos nuevos contratos, se introducirá una novedad básica, hacer que la elevación del nivel del salario dependa del incremento de la productividad, lo cual a su vez mantiene el poder adquisitivo de la población e incita al consumo.

Por último, cabe remarcar que estas medidas que potencian el consumo son asumidas por toda la infraestructura empresarial mediante el desarrollo de un lenguaje, el publicitario, que ejercerá un poderoso efecto en la sociedad. Comúnmente ha venido a denominarse este efecto, en su hipertrofia actual, como consumismo. En tal contexto, podemos entender en buena lógica que la sociedad del bienestar y el consumismo son la expresión contradictoria pero inseparable de nuestra moderna sociedad de

³⁶² Coriat, *ob.cit.*, p97

³⁶³ *Ibid.*, p.99

trabajadores. A tal respecto, André Gorz cita estas significativas declaraciones de J. Walter Thompson³⁶⁴, presidente de una de las más grandes agencias publicitarias a comienzos de los años 50: “Yo considero la publicidad como una fuerza de educación y de activación capaz de provocar los cambios de la demanda que nos son necesarios. Al mostrar a mucha gente un nivel de vida más elevado, la publicidad hace aumentar el consumo al nivel que nuestra producción y nuestros recursos lo justifican”. En dicho fragmento, el mismo Thompson añade, utilizando un lenguaje tan mesiánico como yugular, que la publicidad está llamada a “cambiar la faz del mundo y renovarlo totalmente”, así como a “crear en el espíritu de la gente unas necesidades de las que no ha tenido ni la sombra de una idea”. Evidentemente, esta inclinación al consumo no es exclusiva de esta nueva modalidad de capitalismo. Algunos sociólogos, como Thorstein Veblen, ya en 1899, situaba el “consumo ostensible” y la “emulación pecuniaria” como motores orientadores de la acción social en el capitalismo finisecular del XIX³⁶⁵. La particularidad de esta nueva y política vigorosa de consumo es que se extiende a todas las clases, a fin de retroalimentar nuestro ciclo económico, basado en la producción de masas, acelerando explícitamente y artificialmente el consumo ininterrumpido a través de prácticas industriales como “obsolescencia planificada” o la sobrestimulación de deseos que conlleva el lenguaje publicitario³⁶⁶. Al mismo tiempo, conviene recordar que este consumo generalizado no es una prueba de esa especie de opulencia universal en la que Smith llegó a pensar esperanzadamente, si la riqueza aumentaba de manera sostenida en los países industrializados; por decirlo de otro modo, no supone una disolución de la estructura de clases, sino una forma de consagrar el consumo en los diversos modos de acumulación de cada clase. Luis Enrique Alonso hace un perfecto resumen de las tesis de Baudrillard sobre el consumo como implacable estructurador de clases:

“Las clases dominantes se presentan como el deseo ideal de consumo, pero debido a la innovación, diversificación y renovación permanente de las formas-objeto, este modelo se hace constantemente inalcanzable para el resto de la sociedad; en el primer caso, consumir es la

³⁶⁴ Citado en: Gorz, *ob.cit.*, p.160

³⁶⁵ Vid. En: Veblen, Thorstein. *The theory of the leisure class*. Oxford: Oxford University Press: 2008.

³⁶⁶ La práctica de la “obsolescencia planificada” empieza en los años 20 con la sobreproducción derivada del sistema fordista y es acuñada como término por primera vez en un panfleto político de Bernard London, de clara inspiración keynesiana: *Ending the Depression Through Planned Obsolescence*. Como se echa de ver, en la misma fundación del estado keynesiano, como respuesta de emergencia al crack del 29, se entiende que la estimulación artificial del consumo, ya sea mediante una menor durabilidad del objeto o el lenguaje publicitario, será necesario para relanzar la economía.

afirmación, lógica, coherente, completa y positiva de la desigualdad, para todos los demás colectivos consumir es la aspiración, continuada e ilusoria de ganar puestos en una carrera que nunca tendrá fin”³⁶⁷.

Luis Enrique Alonso zanja su resumen con agrídulce poesía, al intuir que el ciclo de producción y consumo que perpetúa estas aspiraciones insaciables se basa en una “industrialización de la carencia”.

En resumidas cuentas, el consumo como parte del ciclo económico es característico de fases anteriores del capitalismo, pero con el keynesianismo se sistematiza mediante un nuevo engranaje jurídico. Ya en 1907, Walser reconoce las implicaciones del consumo en el capitalismo, a la hora de definir una nueva estructura de clases. En este pasaje, se echa de ver que la pobreza, en las modernas ciudades dominadas por la economía de mercado, ya no es un estado objetivo de subsistencia, sino un estado subjetivo de mayor o menor poder adquisitivo. Por decirlo en palabras de Alonso, una “carencia industrializada” que contribuye a dinamizar la economía desde las aspiraciones, más o menos insatisfechas, de todas las clases asalariadas: “En el campo hasta el más pobre tiene menos preocupaciones que quien, siendo mucho menos pobre, vive en la ciudad; (...) En la ciudad todos luchan por enriquecerse, de ahí que tantos se sientan tan terriblemente pobres; en el campo, en cambio, el pobre no se ve herido por esa confrontación permanente con la riqueza”³⁶⁸. Ya en los años 20, en Nueva York, el lenguaje publicitario y la incitación al consumo están a la orden del día, como parte indispensable al funcionamiento económico de la gran capital financiera del mundo. En *Viaje al fin de la noche*, Bardamu describe esta sociedad coaccionada en sus consumos por la publicidad con auténtico pavor:

“aquella monotonía llena de adoquines, ladrillos y bovedillas y comercio y más comercio, chancro del mundo, que prorrumpía en anuncios prometedores y pustulentos. Cien mil mentiras meningíticas. (...) ¿Sería tal vez que a los habituados, no les provocaban el mismo efecto que a mí aquellos amontonamientos de materia y alvéolos comerciales? ¿Aquellas organizaciones de largueros hasta el infinito? Para ellos tal vez fuese la seguridad todo aquel

³⁶⁷ Alonso, Luis Enrique. *Trabajo y posmodernidad: el empleo débil*. Madrid: Editorial fundamentos, 2001, p.41

³⁶⁸ Walser, *ob.cit.*, p.123

diluvio en suspenso, mientras que para mí no era sino un sistema abominable de coacciones,..."³⁶⁹

En ese ambiente de riquezas al alcance de la mano, los pobres sufren con especial dureza la mordedura clasista de la “carencia”, que les impulsa a consumir para no sentir esa hiriente comparación con los ricos que el lenguaje publicitario exagera continuamente: “Tal vez entonces pierdas al mismo tiempo la agotadora costumbre de pensar en los triunfadores, en las fortunas felices, ya que puedes tocar con los dedos todo eso. La vida de la gente sin medios no es sino un largo rechazo en un largo delirio y sólo se conoce de verdad, sólo se supera de verdad, lo que se posee”³⁷⁰. El engranaje de un sistema basado en la incitación al consumo y la “industrialización de la carencia” queda reproducido metafóricamente por Celine en su descripción de un comedero para pobres, exhaustivamente racionalizado, a la manera de una fábrica de Ford, a fin de optimizar su rendimiento económico:

“Como ya solo me quedaban tres dólares en el bolsillo, fui a verlos agitarse en la palma de mi mano, a la luz de los anuncios de Times Square, placita asombrosa donde la publicidad salpica por encima de la multitud ocupada en elegir un cine. Me busqué un restaurante muy económico y acabé en uno de esos refectorios públicos racionalizados donde el servicio se reduce al mínimo y el rito alimentario está simplificado en la medida exacta de la necesidad natural.(...) Pero si nos inundaban así, a los clientes, con tal profusión de luz, si nos arrancaban por un momento a la noche natural de nuestra condición, era porque formaba parte de un plan. Alguna idea del propietario. Yo desconfiaba. Causa un efecto muy raro, después de tantos días de sombra, verse bañado de una vez en torrentes de iluminación.(...) Desde el otro lado del escaparate éramos observados por la gente de la fila que acabábamos de abandonar en la calle. Esperaban a que hubiésemos acabado, nosotros, de jalar, para venir a instalarse, a su vez. Precisamente para ese fin y para mantenerlos con apetito era para lo que nosotros nos encontrábamos tan bien iluminados y resaltados, a título de publicidad gratuita. Las fresas de mi pastel estaban acaparadas por tantos reflejos centelleantes, que no podía decidirme a comérmelas. No hay modo de escapar al comercio americano”³⁷¹.

En *Factotum*, asentado ya el estado del bienestar y mediando la 2ª G.M, se reflejan los mecanismos de una economía que incita al consumo para mantener su estado de sobreproductividad constante. En su nuevo empleo de mozo de almacén, Chinaski ha de dividir zapatas de frenos en distintas cajas:

³⁶⁹ Céline, *ob.cit*, p.238-240

³⁷⁰ *Ibid.*, p.241

³⁷¹ *Ibid.*, p.240-242

“Henley me enseñó cómo. ‘Tenemos tres tipos de cajas, cada una impresa de diferente manera. Unas son para nuestras “Zapatitas de freno superduraderas”, las otras son para nuestras “Superzapatitas de freno” y las otras son para nuestras “Zapatitas de freno Standard”. Las zapatitas están aquí al lado apiladas.’ ‘Pero a mí me parecen todas iguales. ¿Cómo las voy a distinguir?’ ‘No hace falta. Todas son el mismo modelo. Sólo tienes que dividir las en tercios’³⁷².

Nuestras modernas sociedades de consumo están fundadas en una sobreproductividad que mantiene una relación de estimulación constante con el consumidor. Este nuevo estado hace que el individuo trabajador, como señala André Gorz, ya no esté sólo alienado del objeto producido, como indicaba Marx, sino también alienado en el objeto consumido, porque la publicidad crea en su mente necesidades artificiales que penden sobre su vida como un horizonte de bienestar económico al que debería aspirar constantemente para sentirse integrado socialmente. En esa alienación consumista de productos siempre nuevos parece estar pensando, misteriosamente, Chinaski, cuando se echa una siesta resacosa en el almacén de bicicletas:

“Me arrastraba allí, bajo las nutridas hileras de bicicletas inmaculadamente ordenadas. Me tumbaba allí de espaldas, y suspendidas sobre mí, alineadas con precisión, colgaban filas de relucientes radios de plata, llantas, cubiertas de caucho negro, brillante pintura nueva, pedales. Todo en perfecto orden. Era inmenso, correcto, ordenado...500 o 600 bicicletas en formación encima mía, cubriéndome, por todas partes. De algún modo aquello estaba lleno de significado. Sólo tenía que mirarlas para saber que únicamente tenía cuarenta y cinco minutos de reposo bajo aquella selva cíclica. También sabía por otra parte de mi conciencia que si alguna vez me dejaba llevar y caía en el torbellino mecánico de aquellas bicicletas nuevas y relucientes, estaba listo, acabado para siempre, y nunca podría salvarme”³⁷³.

Cabe recordar, en este punto, que durante 30 años, los indicadores macroeconómicos mostraron tasas de crecimiento sin precedentes del producto, de la productividad y del consumo, lo cual llevó a considerar esa época (1930-1960) como una edad de oro del fordismo con base keynesiana. Pero desde el final de los años 60 empieza a atascarse esa dinámica emergente, para volver a entrar en una crisis abierta en el curso de los años 70. Precisamente, durante la década de los 60, está ambientada esa pantagruélica denuncia contra el consumismo (paradójicamente incrustado en el corazón del estado del bienestar) que es *La Conjura de los necios*. La primera página de la novela, una

³⁷² Bukowski(2007), *ob.cit*, p.149

³⁷³ Bukowski, *ob.cit*. p.76

descripción de Ignatius Reilly en un centro comercial, es toda una declaración de intenciones al respecto:

“Los altaneros ojos de Ignatius J. Reilly miraban a las demás personas que esperaban bajo el reloj junto a los grandes almacenes D.H.Holmes, estudiando a la multitud en busca de signos de mal gusto en el vestir. Ignatius percibió que algunos atuendos eran lo bastante nuevos y lo bastante caros como para ser considerados sin duda ofensas al buen gusto y la decencia. La posesión de algo nuevo o caro sólo reflejaba la falta de teología y geometría de una persona. Podía proyectar incluso dudas sobre el alma misma del sujeto”³⁷⁴.

Ignatius, que tiene alma de profeta bíblico, parece culpar a su sociedad al modo de Ezequiel, como una vanidad de vanidades. Pero detrás de dicha vanidad, cuya descripción no es un mero chascarrillo religioso, existe la voluntad, por parte del autor, de poner el dedo en la llaga de un sistema económico que enajena a los individuos de sus necesidades reales mediante una sobreestimulación del consumo. Ignatius es especialmente implacable con la manera en que esta política afecta a la vida del trabajador más raso. Tras su visita a la fábrica de Levy Pant's, lamenta el destino de la comunidad negra, su 'esclavitud mecanizada', hasta el punto de que haría bien en volver a los algodones donde comenzó su vasallaje laboral. Ahora bien, introduce un matiz en la nueva condición del trabajador que moderniza esencialmente su alienación en la moderna sociedad de consumo:

“Si estuviesen aún en la etapa recolectora de su evolución, al menos estarían en un entorno campestre saludable cantando y comiendo sandías. (...) Quizá me equivoque. Supongo que hoy la gente coge el algodón con una mano mientras que con la otra sostiene un transistor pegado a la oreja para que vomite boletines sobre coches usados y suavizantes para el pelo y peinados Corona Real y Vino Gallo en sus tímpanos, con un cigarrillo mentolado con filtro colgando de sus labios y amenazando con incendiar todo el algodónal”³⁷⁵.

Ignatius detesta el lenguaje publicitario, pero al mismo tiempo no puede vivir sin él, porque alimenta su odio contra un siglo que aborrece. En casa de su madre, todas las tardes ve American Bandstand, un popularísimo programa de televisión para

³⁷⁴ Kennedy Toole, *ob.cit.*, p.15

³⁷⁵ *Ibid.*, p.120-121

adolescentes patrocinado por Clearasil, en que los jóvenes bailaban al ritmo de la música popular moderna. Ignatius no puede sino lamentar las tácticas de publicidad y consumo que subyacen al mensaje de este programa de televisión, porque evidentemente, por primera vez en la historia, la adolescencia se convierte en un segmento del mercado explotable comercialmente y estimulable publicitariamente:

“ ‘A los niños de ese programa habría que gasearlos a todos.(...) Lo irónico de este programa es que teóricamente pretende ser un ejemplo para la juventud de nuestra nación. ¡Me gustaría muchísimo saber lo que dirían los Padres Fundadores si pudieran ver como corrompen a esos niños en pro de la causa del Clearasil! Sin embargo, siempre he sospechado que la democracia llevaría a esto’”³⁷⁶.

Veamos como tres principios derivados de la sociedad de consumo, la *planned obsolescence*, el *standard package* y el *styling*³⁷⁷, son caricaturizados en algunos pasajes de la novela. Por un lado, si evaluamos el ‘equipamiento tipo’ en la vida de Ignatius, y su tremendo carácter obsoleto, que se resiste a actualizarse bajo los imperativos del mercado, nos damos cuenta, ya no de su pobreza, que es evidente, sino de su nivel de vida nulo en una sociedad basada en el consumo. Cuando el patrullero Mancuso visita la casa de Ignatius, se queda fascinado al comparar esa cocina con la suya propia, adaptada a los modernos imperativos del consumo:

“Pese a que el patrullero Mancuso no le interesaban los interiores de las casas, advirtió de todos modos, como lo habría advertido cualquiera, la presencia de la antigua cocina de gas con el horno alto y la nevera con el motor cilíndrico encima. Pensando en las sartenes eléctricas, las secadoras de gas, las batidoras y mezcladoras mecánicas, las fuentes de baffles, y los asadores motorizados que parecían estar siempre girando, rallando, batiendo, enfriando, zumbando e hirviendo en la argéntea cocina de su esposa Rita, el patrullero Mancuso se preguntó que haría la señora Reilly en aquella cocina casi vacía. En cuanto anunciaban en la tele un aparato nuevo, la señora Mancuso lo compraba, por muy arcanos que fueran sus usos”³⁷⁸.

³⁷⁶ *Ibid.*, p.51

³⁷⁷ Ya se ha examinado más arriba el sentido de la obsolescencia planificada. El *standard package* (equipamiento tipo) es un concepto creado por el sociólogo americano David Riesman en 1964, para expresar el paquete de productos – coche, casa, enseres varios – al que debía aspirar un americano de clase media para considerarse integrado socio-económicamente. El *styling* es una rama del diseño, opuesta al funcionalismo, que hace más atractivo el diseño de un producto para los consumidores con el fin de venderlo. El *styling* surgió en los años 20, de la mano de conocidos diseñadores como Raymond Loewy, y se instaló después de la caída de la bolsa de valores en 1929 como práctica habitual, con el objetivo de incrementar las ventas.

³⁷⁸ *Ibid.*, p.48-49

Lejos de acomodarse a los parámetros del Standard Package, los bienes de Ignatius parecen haberse estancado en un nivel de crecimiento cero. El padre de Ignatius, cabe recordar, fue un buen obrero y cabeza de familia, hasta que el progreso de esta sociedad de consumo acabó literalmente con su vida. En un momento dado, se nos informa de que el padre trabajó en un taller de carros toda la vida, hasta que llegó el automóvil (principal artículo de consumo desde el punto de vista simbólico), y en una reparación, se pilló el brazo entero con la correa del ventilador. Desde entonces, viven de la pensión de viudedad, que Ignatius se ha gastado casi enteramente en su licenciatura de 10 años, hipertrofia académica de la que Adam Smith, en su afán por educar a las masas laborales, habría estado muy orgulloso. Pero evidentemente, esa educación no le sirve a Ignatius para mitigar su condición de proletario, sino para esquivarla con obcecación y aislarse monacalmente del mundo.

Es por ello que el coche de Ignatius, un Plymouth del 46, tiene ya cerca de 20 años de antigüedad. En 1930, cuando el mundo entero estaba sufriendo la depresión, la industria del automóvil se vio particularmente afectada. En aquellos días no se podían vender de ninguna manera coches caros. Como los Plymouth eran relativamente baratos, la marca se vio menos afectada. Por tanto, que una familia de obreros, como la de Ignatius, tenga un Plymouth del 46 a mediados de la década de los 60, significa dos cosas. En primer lugar, que el pobre padre de Ignatius se gastó todo su salario en su adquisición de un coche para pobres, porque la industria, desde la etapa de Ford hasta el estado del bienestar, empieza a potenciar el consumo de un 'standard package' en las clases menos pudientes, a fin de apuntalar el mercado interior que absorba la producción de la industria moderna. En segundo lugar, que hace ya tiempo, según los dictados del 'styling' y la 'obsolescencia planificada', que deberían haber cambiado de coche, si quieren garantizar su fiabilidad y seguir los dictados de la moda. Pero igual que tantas otras cosas en la vida de Ignatius, su 'standard package' es un auténtico anacronismo. En otro pasaje, el mismo Ignatius denuncia, ante un homosexual encadenado a la pared por unos amigos suyos, el styling implícito en dichas cadenas y, metafóricamente, las cadenas morales que conlleva nuestra participación en las modernas sociedades de consumo:

“Si yo fuera un constructor de casas lujosas, instalaría por lo menos un equipo de cadenas, fijadas en las paredes de todas las nuevas casas amarillas de ladrillo tipo rancho y de todos los chalets duplex de Cabo Cod. Cuando los residentes se cansasen de de la televisión y del ping pong o de lo que hiciesen en sus casitas, podrían encadenarse a todos un rato. Las esposas dirían: ‘Mi marido me encadenó anoche. Fue maravilloso. ¿Te lo ha hecho a ti tu marido, últimamente?’ Los niños volverían corriendo del colegio a casa, a sus madres, que estarían esperándoles para encadenarles. Esto ayudaría a los niños a cultivar la imaginación, cosa que la televisión les veta”³⁷⁹.

Ignatius se considera a si mismo un tipo rematadamente cuerdo, asediado por una sociedad a la que ha enloquecido el consumo. Por eso, cuando su madre le propone ingresar en el manicomio local para ‘descansar’ y ‘escribir cosas en tus cuadernitos’, la respuesta de Ignatius es un furibundo alegato contra la sociedad de consumo:

“Intentarían convertirme en un subnormal enamorado de la televisión y de los coches nuevos y de los alimentos congelados. ¿No comprendes? (...) Por eso los meten allí. Porque atemorizan a los otros. Los manicomios de este país están llenos de almas cándidas que sencillamente no pueden soportar la larolina, el celofán, el plástico, la televisión y las circunscripciones”³⁸⁰.

Por otra parte, la moderna sociedad de consumo tiene la contrapartida de un mayor desarrollo de compensaciones sociales, que mejorarán el marco legal que regula los contratos del trabajador con la empresa. Con todo, de La conjura de los necios, reflexión sobre esta sociedad polarizada entre la explotación del consumidor y su reivindicación de los derechos civiles, se deriva, como dice el refrán, que hecha la ley, hecha la trampa. Posiblemente, una de las imágenes más poderosas de la novela, que expresa la dualidad de semejante status quo, es la que une en una misma pareja inverosímil a la octogenaria señorita Trixie, administrativa de Levy Pant’s, con la frustrada esposa de Gus Levy, consumista de cuarenta y tantos que siempre acusa a su marido de “haberla enjaulado con centenares de objetos materiales que no satisfacen su auténtico yo”³⁸¹. La monstruosa Sra. Levy es una caricatura del consumidor ególatra e insatisfecho, obsesionada con su cuerpo, que cultiva mediante una tabla de ejercicios para mantenerse siempre joven, y con su alma, que cultiva mediante cursos de

³⁷⁹ *Ibid.*, p.294

³⁸⁰ *Ibid.*, p.288

³⁸¹ *Ibid.*, p.149

psiquiatría por correspondencia. En dichos cursos, utiliza siempre a la señorita Trixie como conejillo de indias, prolongando indefinidamente su fecha de jubilación legal para que se sienta más joven, moderna y activa. En resumidas cuentas, Kennedy Toole, metafóricamente, hace que los principios económicos del consumismo atropellen salvajemente el derecho a una jubilación temprana, que el estado del bienestar, teóricamente, debería garantizar a los trabajadores.

Esta prolongación terrible de la vida laboral parece recordar relaciones laborales más antiguas, no regladas por un contrato que concrete la fecha máxima de jubilación y deje al trabajador en una situación de máxima intemperie jurídica. Así la expresa Robinson en *El desaparecido* cuando explica cual es su destino laboral como criado de Brunelda y Delamarche: “trabajaré mientras pueda y, cuando no pueda más, me echaré en el suelo y me moriré, y sólo entonces, demasiado tarde, comprenderán que estaba enfermo y, a pesar de ello, seguí trabajando hasta matarme de trabajo a su servicio”³⁸². Por suerte, con la imposición del estado del bienestar, como decíamos más arriba, se establece un marco jurídico que, en mayor o menor medida, mejora las condiciones legales del ciudadano- trabajador o, coyunturalmente, en el paro- de los modernos estados industrializados. Hasta entonces, la sociedad acomodada sólo había considerado estabilizar la condición del “pobre”, mediante prácticas de beneficencia, y mejorar la precariedad del trabajador, mediante fondos previstos por los sindicatos o seguros parciales avalados por el estado en caso de accidente, invalidez, enfermedad y muerte. En *Los hermanos Tanner*, ambientada en los primeros años del siglo XX, podemos ver reflejadas algunas de estas prácticas, como la simple caridad burguesa. El comedor social en que Simon come está regentado por una Asociación por la templanza y el bienestar del pueblo, en el que comen todo tipo de parados y prostitutas, gente, en suma, sin un hueco en el mercado laboral. Simon ensalza irónicamente la tiranía tácita en cualquier acto de solidaridad no organizada, que se contente con mitigar los efectos de la pobreza en vez de atacarla en su raíz, como hará el futuro estado del bienestar:

“Era como si las amables y buenas señoras entrasen en un salón lleno de niñitos pobres para verlos disfrutar con un banquete. “¿No es el pueblo un gran niñito pobre que debe estar bajo tutela y vigilado?”, exclamaba una voz en su interior, “¿y no es mejor que sea vigilado por

³⁸² Kafka, *ob.cit.*, p.214

esas señoras – damas distinguidas y de buen corazón, después de todo- que por tiranos en el sentido antiguo, aunque sin duda más heroico, del término?”³⁸³.

Asimismo, Simon describe una empresa contratada por el ayuntamiento, que paga jornales misérrimos a los parados para impedir que mueran de hambre. Son instituciones de la comunidad, subvencionadas por el ayuntamiento, que usan fuerza de trabajo residual a cambio de un salario de supervivencia:

“Era la copistería para desocupados, el sitio donde recalaban todos aquellos que, por alguna circunstancia, habían llegado a esa situación en la que resulta absolutamente impensable encontrar un puesto de trabajo en algún establecimiento.(...)La oficina no permitía que nadie progresara, de lo contrario habría errado todos sus objetivos y su razón de ser; porque lo cierto es que existía solamente para asegurar a los parados una existencia miserable”³⁸⁴.

Otra medida del estado, constitutiva de este débil entramado de seguridad social, que precedió a su plena expresión política a través del estado del bienestar, la podemos ver en Viaje al fin de la noche, con los pobres disputándose desesperadamente una pensión del estado:

“A mis clientes no les interesaba que yo hiciera milagros; contaban, al contrario, con su tuberculosis para que los pasaran del estado de miseria absoluta en que se asfixiaban desde siempre al de miseria relativa que confieren las minúsculas pensiones del estado.(...) No se sabe lo que es volver y esperar algo hasta que no se ha observado lo que pueden llegar a esperar y volver los pobres que esperan una pensión. (...) Los ricos se emborrachan de otro modo y no pueden llegar a comprender esos frenesíes por la seguridad”³⁸⁵.

Como vemos, durante esta etapa, nos encontramos mayoritariamente, con una asistencia benéfica o social que da respuesta a necesidades de primer orden. Se pretende en definitiva mantener a las masas de pobres en un nivel mínimo de subsistencia que permita, eventualmente, su utilización como mano de obra. El cambio

³⁸³ Walser, *ob.cit.*, p.55-56

³⁸⁴ *Ibid.*, p.225.

³⁸⁵ Céline, *ob.cit.*, p.382

de la caridad a la solidaridad, de la beneficencia a los servicios sociales será fundamental en la evolución histórica de la atención a los ciudadanos, integrándose, como una suerte de retribución indirecta, a los principios mismos del régimen salarial en el estado del bienestar. La primera manifestación reconocida de la Seguridad Social se produce en la Alemania de Bismarck con el inicio de los seguros sociales en 1881. El tránsito de una seguridad social para los trabajadores, a una seguridad social para todos los ciudadanos se configura con la consolidación del Estado de Bienestar. Los derechos de seguridad social, es decir, las pensiones, la sanidad, el desempleo, junto a los servicios sociales, como el derecho a la educación, definirán la política de bienestar social como sello de identidad de las democracias europeas más avanzadas.

La vida entera de Chinaski en *Factotum* es un largo regateo con las autoridades y los patronos para obtener cheques de liquidación y seguros del paro. A pesar de lo alienante de todos sus trabajos, lo cierto es que utiliza el colchón que le concede la sociedad del bienestar en su provecho, para tomarse merecidas vacaciones por cuenta del estado. Esta descripción de su vida como parásito más o menos consciente de la seguridad social hubiera sido imposible medio siglo antes:

“Pasadas dos semanas tenía ya el seguro del paro y nos relajábamos y follábamos y nos recorríamos los bares y todas las semanas bajaba al Departamento de Desempleo del Estado de California y guardaba cola y recibía mi hermoso taloncito. Sólo tenía que responder a tres preguntas: ‘¿Está usted capacitado para trabajar?’ –¿Desea trabajar? - ¿Aceptaría un empleo? - ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! - contestaba siempre. (...) Siempre me sorprendía cuando alguno de los solicitantes respondía “No” a cualquiera de las tres preguntas. Sus cheques eran inmediatamente anulados y se les concedía a otro despacho donde consejeros especialmente entrenados les ayudaban a encauzar sus pasos por el camino correcto”³⁸⁶.

Las agencias de empleo ya no sirven sólo para buscar empleos disponibles, sino que guía la existencia del trabajador en sus períodos de desempleo forzoso. Es decir, la asistencia social se hace extensiva a todos los ciudadanos: no sólo al trabajador cubierto por el seguro de su empresa, o al pobre amparado por instituciones de beneficencia, sino al ciudadano en todas sus fases, ora como trabajador ora como desempleado que desea reintegrarse al mercado de trabajo. De ahí que Chinaski, como buscavidas amante de la holganza, siempre amenace a sus patronos para sacar el mayor

³⁸⁶ Bukowski(2007), *ob.cit.*, p.102.

rendimiento posible al estado del bienestar: “Mantz, quiero mi seguro del paro. No quiero tener ningún problema con eso. Ustedes siempre están intentando arrebatarme a un obrero sus derechos. Así que no me ponga ningún problema o volveré aquí y se las tendrá que ver conmigo”³⁸⁷.

Otro gran aficionado a las ventajas de la seguridad social es Ignatius Reilly, que no pondría ningún reparo en ser un vagabundo mantenido por la beneficencia del estado: “- ‘¿Le gustaría a usted ser vagabundo y estar para la mitad del tiempo?’ – ‘Sería maravilloso. Yo mismo fui vagabundo en tiempos mejores, en tiempos más felices. Ay, si estuviera yo en su pellejo. Sólo saldría de mi habitación una vez al mes a buscar al correo el cheque de la seguridad social. Piense un poco en la suerte que tiene”³⁸⁸. Por otra parte, Ignatius parodia un privilegio cuya sistematización empieza durante el estado del bienestar, el hecho de que las empresas, en EEUU, deban extender un seguro médico a los asalariados. 3 demócratas americanos, Roosevelt en los años 30, Lyndon B. Johnson en los años 60 y Barack Obama en la actualidad, han intentado modificar esta política que relega la salud pública, en la actualidad, a menos del 2 por ciento del presupuesto federal. Al menos, con la llegada del estado del bienestar, se principió en Estados Unidos este proceso y empezó a percibirse, en el mismo marco jurídico planteado por el estado, como un derecho de los trabajadores. Ignatius añora la modernidad que implica la cobertura de tal seguro médico al amenazar a su empleador en Salchichas Paraíso:

“Mis nervios están al borde del colapso total. Supongo que examinó usted mis uñas hace un momento, se fijaría en el temblor de mis manos. No me gustaría nada tener que demandar a Vendedores Paraíso, Incorporated, para que me abonase las facturas del psiquiatra. Quizás ignore usted que no estoy amparado por ningún seguro médico. Es evidente que Vendedores Paraíso es demasiado paleolítico para ofrecer tales beneficios a sus asalariados”³⁸⁹.

Y al mismo tiempo, como de costumbre, pone continuamente el dedo en las carencias de unas compensaciones sociales que siguen manteniendo al trabajador en un estado sumamente precario; como cuando el Sr. González le asegura a Ignatius, siempre prendado de sus dolores, que “los días que no venga usted por enfermedad, etc, se deducirán de su salario semanal”.

³⁸⁸ *Reilly y O'Boole, ob.cit.*, p.281

³⁸⁹ *Ibid*, p.201

Llegados a este punto, conviene resaltar que este capitalismo reformulado en las directrices del estado del bienestar sigue teniendo muchas carencias, de las que nuestros buscavidas, como hemos venido ilustrando, se percatan dolorosamente. A tal efecto, resulta interesante citar este artículo de Trotski, valorando negativamente las retribuciones del bienestar que aportó el New Deal:

“Es así, por ejemplo, que hizo entrar en vigencia un sistema de jubilación a la vejez y de seguro de desempleo bajo control del gobierno, pero a una tasa ridículamente baja. El empleador tiene la posibilidad de hacer caer el peso sobre los consumidores, es decir, sobre los trabajadores, y los sindicatos no tienen ninguna participación en la administración del sistema. Formalmente, el "derecho" de los obreros a organizarse está reconocido, y el gobierno cultiva la amistad de los dirigentes sindicales. En la actualidad, los movimientos huelguísticos son quebrados, de manera sutil por mediadores codificados del gobierno, o de manera brutal, por gangsters privados, la policía o la milicia, sin ninguna protesta efectiva por parte de esta administración ‘liberal’”³⁹⁰.

Trotsky hace hincapié en “tasa ridículamente baja” de las pensiones de jubilación, la que mantiene a Ignatius y su madre en un frugal alejamiento del mundo, prácticamente rayano en la pobreza. Al mismo tiempo, subraya la nueva condición del “trabajador” como “consumidor”, lo cual provoca un efecto disuasorio en sus reivindicaciones sindicales y pone ante sus ojos como único horizonte real de bienestar la adquisición de bienes.

Por otra parte, la jornada se estipula, por ley, en torno a las ocho horas diarias y las cuarenta horas semanales, lo cual supone un avance significativo respecto a las interminables jornadas que sacrificaron generaciones enteras de obreros en las fábricas decimonónicas. En principio, con la fijación de la jornada de 8 horas, no se podrían permitir situaciones como ésta que describe Kafka entre los ascensoristas explotados del hotel de *El desaparecido*: “Era un trabajo monótono y, por la jornada de 12 horas que alternaba día y noche, tan fatigoso que, según Giacomo, no era posible soportarlo si no se podía dormir de pie unos minutos”³⁹¹. Pero lo cierto es que Bukowski nos informa de muchos trabajos en los que tal legislación se ignora soberanamente: “cuando

³⁹⁰ Trotski, L. “*Naturaleza y dinamica del capitalismo y la economia de transicion*” [en línea] Ed. CEIP:1999 Recuperado el 10 de junio de <http://www.fundacionfedericoengels.com/index.php?option=com_content&view=article&id=64:-eeuu-roosevelt-y-el-movimiento-obrero-en-la-gran-depresion-&catid=17:internacional&Itemid=34>

³⁹¹ Kafka, *ob.cit.*, p.132

entrabas allí por la mañana podías estar seguro de que ibas a tener un mínimo de once horas de trabajo”³⁹². Y reconoce asimismo las limitaciones de un estado de bienestar que, como sugiere Trotski, sólo mitigan superficialmente la pobreza del trabajador, pero están lejos de garantizarle una seguridad real en los tiempos de regresión:

“Me levantaba todas las mañana y recorría todas las agencias públicas de empleo, empezando por el mercado de trabajo en granjas. Me levantaba a duras penas a las 4:30 de la madrugada, con resaca, y estaba normalmente de vuelta antes del mediodía. Caminaba de una agencia a otra, en un peregrinaje sin fin. A veces conseguía algún trabajo ocasional por un día descargando camiones, pero esto era sólo después de recurrir a una agencia privada que se llevaba un tercio de tus ganancias. En consecuencia, había muy poco dinero y nos íbamos retrasando más y más en el pago del alquiler”³⁹³.

Bukowski describe estas agencias, además, como un lugar que hiede a pobreza y desesperación, infestadas de vagabundos, manejado por empleados que se muestran agresivos y tienen miedo a ser agredidos por los solicitantes de empleo. Es decir, que el sistema de empleo dista mucho de funcionar como el engranaje de reinserción laboral que se supone que es, porque no puede evitar, con frecuencia, situaciones de paro prolongado y, debido a la cobertura de derechos que promete, no puede competir con contratistas a jornal. La competencia de las agencias privadas, especializadas en el trabajo a destajo sin ningún tipo de cobertura social, interesa al capitalista, porque le permiten contratar, sin condicionantes jurídicos, pura y dura fuerza de trabajo. Presentan, por tanto, una competencia feroz y provoca unas bolsas considerables de empleo sin cobertura social de ninguna clase, inevitablemente sumergido. Chinaski escucha a un negro vagabundo, que espera junto a él en una de estas agencias, decirle:

“El tío que lleva todo esto es un tío con cojones. Le echaron del trabajo en granjas, se cabreó, vino aquí y comenzó todo esto. Se ha especializado en el trabajo a destajo. Si alguien, por ejemplo, quiere tener un camión descargado rápido y barato, llama aquí.(...) El tío que lleva esto se lleva el 50%. Nosotros no nos quejamos. Cogemos lo que él nos consiga”³⁹⁴.

³⁹² Bukowski(2007), *ob.cit.* p.52

³⁹³ *Ibid.*, p.90

³⁹⁴ *Ibid.*, p.188

Esta última frase, “no nos quejamos”, parece darle la razón a Trotski en sus ominosas predicciones sobre el estado del bienestar, que por una parte garantiza unos mínimos derechos sociales (cuando no hace caer en la economía sumergida a ciertos sectores de la población) y por otra erosiona mucho la capacidad de organización del movimiento sindical. Como decíamos arriba, una vez se hace la ley, se hace la trampa y surgen nuevas condiciones de explotación laboral encubierta. En *La conjura de los necios*, en consonancia con el movimiento por los derechos civiles y raciales de los años 60, se presenta a los negros como una raza discriminada, contratada como mano de obra especialmente barata en las fábricas, o condenada a trabajar, masivamente, en condiciones de invisibilidad jurídica para el sector servicios. Es el caso de Jones, el negro de la conjura, que se queja de que su empleadora “no me ha contratado exactamente, me ha comprado en una subasta”³⁹⁵.

Por otra parte, aunque se reconozca formalmente el derecho del trabajador a protestar, como sugiere Trotski, las protestas están manipuladas y mitigadas por la misma administración liberal, ya la que la empresa, el estado y los dirigentes sindicales mantienen una cordial “amistad”. Así lo confirma Ignatius a los trabajadores negros de Levy Pant’s en una mentira nada piadosa, cuando comienza a organizar su manifestación, reconociendo falsamente que cuenta con el beneplácito formal de la empresa: “Hay mucha gente que está dispuesta a hacer la manifestación con él. Nos dijo que había conseguido permiso del mismo señor Levy para hacer una manifestación, nos dijo que el señor Levy quiere que nos manifestemos y nos libremos del señor gonzala. Quien sabe. Quizá nos suban el sueldo”³⁹⁶. Cuando en realidad, las intenciones de Ignatius no están nada domesticadas, ya que su “Cruzada de la dignidad mora” tiene por misión, cuanto menos, “conseguiros un cañó y flechas, tirar encima de este sitio una bomba atómica”³⁹⁷. Como decíamos más arriba, no le falta razón la manifestación de Ignatius, ya que el salario, aunque se incremente, teóricamente, con el IPC, sigue siendo en esencia un salario de subsistencia que no supone un incentivo muy poderoso para el trabajador. Además, existen amplios sectores de la población que no están cubiertos por ese plan de seguridad, existen huecos, como decimos, en los que sobrevive gran parte de la ciudadanía laboral en un estado de marginación más o menos

³⁹⁵ Kennedy Toole, *ob.cit.*, p.44

³⁹⁶ *Ibid.*, p.134

³⁹⁷ *Ibid.*, p.133

encubierta. Por ejemplo, cuando Ignatius se queja de su escaso salario inicial en Levy Pant's, pronto se da cuenta de que no sólo le pagan poco, sino que debe considerarse un privilegiado. La señorita Trixie, además de no recibir su jubilación, cobra menos que la plantilla contratada tras la renovación jurídica y contractual que supone el estado del bienestar, porque las novedades legales que supusieron el New Deal, deduzco a través del testimonio sibilino y corporativo del Sr. González, no afecta a su contrato:

“La señorita Trixie sólo gana cuarenta dólares a la semana, y no me negará usted que tiene cierta antigüedad en la empresa. (...) Tiene usted suerte de empezar con el salario que le he dicho. Todo esto forma parte del plan Levy Pants de inyectar sangre fresca en la empresa. La señorita Trixie, por desgracia, fue contratada antes de que se iniciara este plan. En fin, el plan no tenía efectos retroactivos, y por tanto, no la afecta a ella”³⁹⁸.

Pero la situación de los negros, como decíamos más arriba al hablar de Jones, es peor aún. Ignatius se declara abiertamente escandalizado ante el salario de los obreros negros, que subrepticamente son utilizados por este ‘capitalismo del bienestar’ como mano de obra barata:

“Al hablar con algunos de los obreros negros, descubrí que cobraban menos aún que la señorita Trixie. (...) Cuando pregunté por sus salarios, descubrí que la paga semanal media es de menos de 30 dólares. Mi considerada opinión es que un individuo se merece más que eso por el simple hecho de estar en una fábrica cinco días por semana. (...) Si yo hubiera sido uno de los obreros (y habría sido un obrero muy grande y particularmente aterrador, como dije antes) habría irrumpido mucho antes en la oficina y exigido un salario decente”³⁹⁹.

Todos estos ejemplos, que nos brinda la descreída actitud del buscavidas respecto a los claroscuros del estado del bienestar, nos invitan a hacer una lectura progresista de dicho sistema, porque sólo el sentido crítico de los trabajadores permitirá blindarlo jurídicamente e impedir que el capitalismo no se contente con “practicar la beneficencia”. El estado del bienestar, si bien supone un nuevo paso adelante en los derechos del trabajador, abre vías nuevas de explotación encubierta que no deberían

³⁹⁸ *Ibid.*, p.76

³⁹⁹ *Ibid.*, p.123-125

domesticar, sino más bien mantener en guardia, el sentido crítico del trabajador en el capitalismo contemporáneo.

IV. Conclusiones

El propósito de esta investigación ha sido describir la caracterización de unos personajes literarios, los ‘buscavidas’, que desde la diversas perspectivas literarias esgrimidas por sus autores, constituyen una plataforma ideal para proyectar una crítica del sistema laboral en el capitalismo. El hecho de que tales personajes no hayan convergido, en la bibliografía académica previa, en una misma categoría que los sistematizase de manera conjunta, es lo que me ha llevado a documentar con la mayor exhaustividad y coherencia posibles los rasgos comunes de su disidencia: un sentido crítico particularmente desarraigado que les enlaza, pese a su marcado individualismo, en un mismo espíritu anti-capitalista. Asimismo, indagar en la figura del buscavidas me ha parecido un propósito de especial interés para comprender la sociedad en la que a día de hoy vivimos, morimos, votamos y trabajamos. Una sociedad que podemos denominar eminentemente como una sociedad de trabajadores, en la que la ciudadanía, la integración social y una mayor o menor realización existencial están irremisiblemente ligadas al hecho del trabajo.

A tal fin, planteamos en la introducción una descripción de los conflictos distintivos de los buscavidas y expusimos, igualmente, un resumen de las tramas estudiadas que pusiera de relieve su especificidad crítica. Asentar unos cimientos para la caracterización común de los “buscavidas” ha permitido afrontar el resto de la investigación desde la certeza de que la extraordinaria originalidad literaria de estos personajes, a pesar de su condición nómada, esteparia e insubordinada, podía emparentarse, a medida que la investigación aportaba nuevos ángulos de aproximación a su personalidad, en un mismo y enriquecedor aire de familia. En la introducción, propuse algunos rasgos que conforman el núcleo de su identidad, a saber: su carácter nómada, que rehúye el ascenso social y procura no estancarse en una profesión estable para que su identidad se vea libre de las coacciones disciplinarias inherentes al régimen laboral; su calidad de testigo de excepción en los engranajes más alienantes del sistema laboral contemporáneo, cuyo agobiante relato motiva su permanente huida y convierte a los buscavidas en personajes idóneos para comprender la problemática laboral derivada del capitalismo, puesto que enfoca, explícitamente, los mundos del trabajo

contemporáneo como tema literario de primera magnitud; su pobreza y la consecuente urgencia de sus necesidades, que desprecian y temen a partes iguales, pues suponen un malestar constante, que duplican, en cierto modo, la valentía implícita en su nomadismo (ya que éste, paradójicamente, les impide ganar una estabilidad que les permita salvaguardarse de los trabajos más alienantes); y por último, su solidaridad con los otros trabajadores que corren su misma suerte, ya que a pesar de su carácter individualista y anárquico, el buscavidas milita en el bando de los más desposeídos, sabedor de que en el mundo, como decía Cervantes, sólo hay dos linajes, el tener y el no tener⁴⁰⁰.

Paralelamente, en la introducción, elaboramos una breve introducción histórica al régimen salarial enteramente nuevo que empezó a desarrollarse en los albores del capitalismo. El propósito de dicho capítulo era dibujar unas coordenadas históricas que permitieran entender, en su debido contexto, la especificidad de la crítica que el buscavidas representa, como trabajador arraigado en una sociedad muy concreta, la sociedad capitalista posterior a la eclosión de la revolución industrial. Dibujar ese telón de fondo me ha permitido, en el capítulo dedicado a comparar los buscavidas con el género picaresco, concretar comparaciones sustanciales y detalladas entre dos literaturas, cuyo carácter inconformista debía ser justificado y ambientado en las distintas coyunturas sociales que las hicieron surgir. A tal fin, partimos de una descripción básica de la novedad conflictiva que supone el ‘salario’ en las relaciones de producción capitalistas.

Durante el capítulo introductorio, por tanto, me concentré en mostrar como la principal dificultad que afrontó el capitalismo, hasta la total implantación del régimen salarial, fue modificar las relaciones económicas “tradicionales” que habían regido la economía mercantil hasta entonces para implantar, progresivamente, unas necesidades que quedarían vinculadas, inexorablemente, a la consecución de un salario. El hecho de que la empresa capitalista, frente a la estabilidad multiseccular de un mercado que Weber personifica en las figuras “del viejo artesano gremial” y “el campesino que vive al día”, tuviera que “competir” por su primacía económica con otras empresas, condujo, lenta pero inexorablemente, a una racionalización económica exhaustiva de todos los elementos que intervienen en su ascendente tasa de beneficios. Entre todos ellos

⁴⁰⁰ De Cervantes Saavedra, Miguel. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Ed. de Rodríguez Marín. Madrid: 1948. p.122. Citado en: Maravall, *ob.cit.*, p.144

destaca, por su interés para el tema que nos ocupa, la necesidad que tenía el capitalista de racionalizar el trabajo de manera que pudiera contar con él como un costo más de la producción. Como dice André Gorz: “Para su empresa era indispensable que el coste de trabajo llegara a ser calculable y previsible con precisión, porque solamente con esta condición podían ser calculados el volumen y los precios de las mercancías producidas y el beneficio previsible”⁴⁰¹. Más adelante, el mismo Gorz añade el germen de alienación que supone esa redefinición del trabajo como elemento meramente económico, ya que el régimen salarial capitalista desarrollará métodos que le permitan “medir el trabajo en si mismo, como una cosa independiente, separada de la individualidad, las necesidades y las motivaciones del trabajador”⁴⁰².

En la introducción, me limité a señalar que tal percepción capitalista del trabajo, diametralmente opuesta a la que pudiera tener un trabajador tradicional, que ve en su trabajo no sólo un medio de ganar un salario sino toda una cultura de vida, chocó con una reticencia masiva de los obreros a integrarse en las dinámicas fabriles. El capitalismo, para superar este escollo, tuvo que desarrollarse en dos sentidos. En primer lugar, sofisticando los principios de organización industrial y distribución salarial, así como fomentando una ética del trabajo enteramente nueva, cuyos mecanismos disciplinarios, de orden material y espiritual, ejercieron una influencia “educadora” sobre los nuevos trabajadores, impelidos y condicionados a acatar, lenta pero inexorablemente, ese nuevo modo de producción económica. Tales mecanismos han sido explicados, a su vez, en el capítulo final, dividido entre una exposición del espíritu capitalista de Max Weber y una explicación histórica de los resortes salariales y técnicos que condicionan la vida del trabajador en los modos de producción industriales del capitalismo. En segundo lugar, generando una mutación histórica en los mercados tradicionales, que fuera restando interlocutores económicos a los medios rural y artesanal, provocando un éxodo masivo de fuerza de trabajo al moderno sistema de fábricas. A partir de entonces, el trabajador, que había podido financiarse de manera parcial con su recurso a medios más tradicionales, verá como su salario se convierte en su única fuente de ingresos, y por tanto, en el único elemento vinculado directamente a la cobertura de sus necesidades. En ese ámbito, la figura del buscavidas, tal como la planteamos en la introducción, constituye un enfoque muy interesante para abordar la

⁴⁰¹ Gorz, André. *La Metamorfosis del trabajo: búsqueda del sentido: crítica de la razón económica*. Madrid: Sistema, DL 1995, p.35.

⁴⁰² *Ibid.*, p.35

problemática laboral capitalista, porque es un ejemplo perfecto de obrero mal “educado” en los principios disciplinarios del capitalismo. Al privilegiar el libre desarrollo de su identidad sobre la cobertura de sus necesidades, en otras palabras, su sinceridad sobre su seguridad, el buscavidas se convierte en un anti-ejemplo modélico del trabajador capitalista debidamente ‘disciplinado’.

En el segundo capítulo de la investigación, se ha abordado por extenso la relación que los buscavidas guardan con sus antecedentes literarios, concretamente con las dos tradiciones que la alimentan subterráneamente y de las que al mismo tiempo se desmarca, los géneros de la picaresca y la Bildungsroman. Dibujar el árbol genealógico del buscavidas ha servido para entender la poderosa tradición de literatura inconformista en que se integra la originalidad, el origen y la potencia de su posicionamiento crítico. Con ese propósito, indagué en el principal elemento de enlace entre estas literaturas, su interés por el yo como objeto de exploración literaria, denominándolas, genéricamente, como ‘literaturas del yo’. A tal fin, argumenté que la picaresca, como sostienen muchos estudiosos, da paso a la modernidad literaria, al concederle voz narrativa al “yo” de un personaje tan desposeído como el pícaro. Como sostiene Francisco Rico: “El recurso a la primera persona narrativa y la presentación de toda la realidad en función de un punto de vista le hicieron posible consumir una extraordinaria hazaña...: pensar desde dentro”⁴⁰³. Por tanto, el género picaresco consagra el yo como instancia narrativa de primer orden en la modernidad, porque independientemente de su escasa relevancia social, o precisamente a causa de ella (cabe subrayar políticamente), el “yo” del pícaro está especialmente despojado de prebendas y honores, el “yo” del pícaro nos habla crudamente desde lo único que tiene, su egoísmo. Por su parte, la Bildungsroman ahonda en el descubrimiento esencial de la picaresca, desarrollar el extraordinario potencial de esa instancia narrativa en la exploración de las fisuras que el individuo mantiene con la sociedad en la que se forma. Como dice Lukács del *Wilhelm Meister* de Goethe, la Bildungsroman contribuye a explorar de esta manera la “conciliación de la problemática vivencial del individuo con la realidad social concreta”⁴⁰⁴. Además, como indica Gustavo Salmerón, la Bildungsroman es ya un género “veladamente autobiográfico”⁴⁰⁵, que enlaza con la

⁴⁰³ Rico, Francisco. *La novela picaresca y el punto de vista*. Barcelona: Seix Barral, 1970. p.139

⁴⁰⁴ Lukács, Georg., *ob.cit.*, p.145.

⁴⁰⁵ Salmerón, *ob.cit.*, p.9.

figura de los buscavidas, ya que al menos tres de ellos, Simon Tanner, Ferdinand Bardamu y Henry Chinaski son un alter-ego más o menos indiscreto de sus autores.

Una vez asentado ese interés por el “yo” como objeto de exploración literaria en los tres géneros, picaresca, Bildungsroman y novelas con buscavidas, he argumentado que son también literaturas marcadas con el sello de la disidencia. Eso las distingue de otras literaturas modernas que desarrollan ese mismo interés por el “yo”, como la novela sentimental o novela epistolar y la novela de instrucción o Tendenzroman. Era conveniente señalar, para entender la particularidad del buscavidas, que su recurso al “yo” no se utilizaba como modelo de conducta, sino todo lo contrario, como modelos de libertad que incitan al individuo coaccionado por las leyes sociales a resguardar para sí un espacio de independencia donde sus metas devengan realizables. Para entender la especial disidencia del pícaro, he sostenido, siguiendo las tesis de José Antonio Maravall e historiadores sociales como Geremek, que su disidencia viene motivada por su afán de ascender socialmente, debido a que no acepta acatar las barreras estamentales que impiden su prosperidad. En ese sentido, si bien comparten su disidencia respecto a los valores sociales imperantes, el buscavidas y el pícaro difieren radicalmente en su horizonte vital, ya que el pícaro ambiciona una integración económica y social (mediante vías ilegítimas) que el buscavidas rechaza (mediante vías honradas). Por su parte, el protagonista de la Bildungsroman también ejerce su disidencia de otra manera, aunque tal como la expresa Gustavo Salmerón, formalmente se parezca mucho a la del buscavidas: “el protagonista de estas novelas se siente ajeno a los ritos externos y a la superstición del vulgo y deplora la teología natural de los burócratas que intentan domesticar el pensamiento a los intereses dominantes y doblegan al disidente”. Pero he sostenido que la diferencia fundamental entre ambos estriba en que la disidencia del primero responde a un proceso de maduración en la comunidad burguesa, que acaba zanjándose con un pacto más o menos frustrante con el mundo, mientras que la del segundo es una disidencia existencial, irrevocablemente antiburguesa y crónica.

En el capítulo reservado a la picaresca, he investigado los parecidos y las diferencias que enlazan al buscavidas con el pícaro, pero subrayando siempre, para no caer en actualizaciones capciosas, la coyuntura histórica que explica la presencia de algunos rasgos literarios similares en la época de la picaresca. He hecho hincapié en dos aspectos históricos que preceden y en cierto modo acondicionan la aparición del

régimen salarial capitalista. En primer lugar, un gran desarrollo de la economía dineraria en Europa desde el s.XV, que genera a su vez una serie de cambios culturales en torno a los conceptos de riqueza y pobreza; en segundo lugar, he comentado la importancia de la ingente masa demográfica que vivía en la pobreza hasta la revolución industrial, entre las que figura el pícaro, una población que será absorbida sustancialmente por el moderno sistema industrial capitalista.

El primer factor es fundamental para el desarrollo de la literatura picaresca es el dinero, hasta el punto de que Maravall argumenta que “sin la generalizada introducción del dinero no hubiera habido picaresca”⁴⁰⁶. Entre todas las implicaciones sociales que conlleva, yo he querido destacar la del nomadismo del pobre asalariado, para explicar en qué sentido profundo enlaza con el nomadismo del buscavidas. El “pobre” del renacimiento, debido al desarrollo de la economía dineraria, está dotado de una mayor movilidad que el “pobre” de la edad media, porque como sostiene Maravall “al recibir su paga en dinero el pobre-trabajador adquiere un margen mucho mayor de libertad de movimiento”. En ese sentido, el nomadismo de los pícaros responde a la vindicación de su libertad como individuo en una sociedad que no le permite “prosperar”, una sociedad en la que el pícaro, como disconforme y desviado, no acepta un puesto social dado. Por tanto, aunque el pícaro defienda su nomadismo como un ejercicio de orgullosa libertad, lo cierto es que, coyunturalmente, viene motivada por una ansiedad y una frustración de pobre, la ansiedad del ascenso social, de encontrar vía de acceso a las capas acomodadas, y la frustración de no poder conseguirlo. He querido hacer hincapié en ese tono frustrante que subyace a la libertad del pícaro, para sostener su parecido con la libertad del buscavidas, que también opta por un estilo de vida nómada para no quedar definitivamente alienado en una sociedad que tiene tendencia a acorralarlo en trabajos de ínfima calificación social. Pero al mismo tiempo, tampoco puede disfrutar plenamente de su nomadismo como una celebración de la libertad, porque tiene un fondo de angustia evidente, que he ilustrado mediante ejemplos de los diversos buscavidas. Asimismo, he comparado la distinta relación con el dinero del pícaro (que ama su ostentación, que excita su codicia) con el buscavidas (que lo desprecia filosóficamente, pero es consciente de su inmenso poder, simbólico y físico, lo cual le lleva a mantener con él una relación contradictoria de desdén y necesidad). Por último, he reflexionado sobre la independencia que supone el desarrollo de la

⁴⁰⁶ Maravall, *ob.cit.*, p.109.

economía dineraria para el criado picaresco, ya que el hecho de recibir su paga en dinero, y no mediante el mero sustento, indica un germen de relación contractual que moderniza positivamente su grado de dependencia respecto al amo. Para ver hasta qué punto eso es cierto, he mostrado ejemplos de novelas con buscavidas en que se reflexiona sobre este grado de dependencia abusiva que implica la condición del criado. En resumidas cuentas, la reflexión sobre el desarrollo de la economía dineraria me ha servido para profundizar en dos aspectos principales en la figura del buscavidas, que no habrían sido posible sin las motivaciones históricas que facilitaron una mayor libertad de movimiento a su antecedente literario, el pícaro: la relación con el dinero y el nomadismo consecuente que conlleva, respecto a la condición del criado, a quien la falta de una relación dineraria con su empleador le mantiene necesariamente en un estado de vasallaje que merma fundamentalmente su libertad.

Por otra parte, me he demorado en analizar ese inmenso sector de la población que vive en la pobreza antes de la revolución industrial, por las afinidades entre el caldo de cultivo eminentemente pobre y marginal en el que nacen la figura del pícaro y la figura del buscavidas. El buscavidas ya estará inmerso en una situación donde la era industrial habrá eliminado esas situaciones de mendiguez paneuropea alarmantes. He sostenido que su disidencia particular, que se niega a prosperar en dicho sistema, es distinta a la del pícaro, que ni siquiera tiene posibilidades reales de prosperar en una sociedad que tenía reservados a los pobres un margen de maniobra casi inexistente de movilidad social. Las motivaciones del pícaro proceden de la frustración en que desembocan sus ambiciones, debido a la imposibilidad de materializarlas en la realidad de su tiempo. Sin embargo, ambos personajes son muy conscientes de que en la polarización entre ricos y pobres que estructura la sociedad, su presencia es un doble alegato inconformista, a favor del individuo y los pobres alienados que no pueden desarrollar su identidad en una sociedad de rasgos opresivos. A tal fin, he sostenido que la literatura con buscavidas hereda esta intención expresa de la picaresca, la de plantear una crítica contundente a una polarización brutal entre una sociedad de ricos y pobres. Asimismo, he reflexionado sobre una lacra laboral que observaremos tanto en la figura del pícaro como en la del buscavidas, esto es, la de su desmesurada afición a la holganza y el tiempo libre, que inspira, respectivamente, cierto pavor a la sociedad acomodada de la época y a los patronos capitalistas. Evidentemente, porque la holganza atenta contra la condición misma del trabajador que ha de generar beneficios

por cuenta ajena y es demonizada por la ética capitalista, como hemos visto en el capítulo que analizaba las tesis de Max Weber. Es muy interesante comprobar que, tanto en el buscavidas como en el pícaro, la sociedad contempla esa actitud ociosa sospechosamente, llegando a considerarla susceptible de una disponibilidad hacia el crimen. La vagancia, en ambos casos, es un estigma de origen económico, que sin embargo se despliega con todos los oropeles de la crítica moralista. He querido terminar esta indagación en la figura del pícaro, para caracterizar más profundamente la figura de los buscavidas, invocando la institución inglesa de las workhouses, que pronto comenzaron a diseñar, entre esta masa de pobres y desposeídos, nuevos modos de organización económico-moral que influirán mucho en el desarrollo del régimen salarial capitalista.

Por otra parte, he sostenido que el buscavidas se desmarca del personaje burgués tradicional, o de aspiraciones burguesas tradicionales, más o menos disidente pero integrado, que protagoniza las Bildungsroman. Si el buscavidas encaja en la tradición de las “novelas de formación”, lo es en esa subtradición minoritaria de protagonistas que experimenta personalmente el sistema laboral más alienante, como puede ser el *Anton Reiser*. En las novelas de formación, la preocupación del protagonista por su propia formación es el principal motor dramático de la obra: es la inquietud inaugural y el pacto final con la sociedad lo que marcan la estructura de la obra, una estructura burguesa y finalmente integrada, cuyos principales estadios no se inspiran en el mundo del trabajo. Dicho pacto, a mi entender, brilla por su ausencia en el buscavidas, porque el valor de su relato no procede de una formación, sino de su resistencia a dejarse “deformar” y “educar” por ese sistema laboral con el que se encuentra en pugna continua. Si bien el buscavidas comparte rasgos con estas novelas, no podemos olvidar que la formación de un Henry Chinaski, por poner un ejemplo claro, transcurre por senderos menos holgados por los que pueda transcurrir la disidencia artística de Wilhem Meister.

Para acotar la investigación, me he centrado en el análisis con la novela de formación alemana, porque el dilema íntimo de su protagonista se debate en polos similares a los del buscavidas: la vocación artística y su rechazo a los valores de la sociedad burguesa. El proceso de formación típico, marcado por esa inquietud original y pacto final que he señalado arriba, opuesto a la insubordinación crónica del buscavidas, está muy subrayado en estas novelas. A fin de demostrar sistemáticamente en los mismos textos

esta distancia entre el buscavidas y la Bildungsroman, he reseñado y analizado brevemente las tramas de Anton Reiser (1785-1790), de Karl Philipp Moritz, Los años de aprendizaje de Wilhem Meister (1796) de Goethe, Heinrich Von Ofterdingen (1802), de Novalis, La Edad del Pavo(1804/05) de Jean Paul, Heinrich Drendorf (1857), de Stifter o Enrique el Verde(1855-1880) de Keller (1819-1890). Con tal propósito, he demostrado, con los diversos matices que me aportaban los distintos temas abordados en las novelas, que el proceso de maduración e integración característico de la Bildungsroman no existe en la trama del buscavidas, porque su germen narrativo no es una historia de formación espiritual en el seno de la comunidad burguesa, sino de resistencia a una deformación laboral que implica todo un sistema de valores alienante. Por tanto, he sostenido que el conflicto del buscavidas no se plantea en términos de disyuntiva moral y económica, que se puede solucionar mediante un proceso de maduración y un pacto final con la sociedad, sino en términos de primacía o disolución absolutas de su identidad. Al mismo tiempo, he tenido en cuenta las aportaciones teóricas de Dilthey, Jacobs, Blackenburg, Morgenstern, Hegel, Lukacs y Salmerón, en su descripción de los rasgos fundamentales básicos de la estructura y caracterización de estos personajes, a la hora de trazar un retrato del buscavidas que se desmarca claramente de los personajes de la novela de formación tradicional decimonónica. El buscavidas, precisamente porque nos retrata las penurias del sistema, no representa la voz del burgués disidente, más o menos integrado, sino la del peón forzado de la sociedad laboral moderna, que mantiene una relación de fugitivo nihilista con todo su sistema de valores.

En el tercer capítulo, he analizado, a contraluz de de la figura ‘maleducada’ del buscavidas, el modelo en que el capitalismo “educa” a sus asalariados. Desde el punto de vista espiritual, este modelo educativo toma forma en una serie de principios disciplinarios de base religiosa, que hemos utilizado como hilo conductor mediante el ensayo clásico de Max Weber, “La ética protestante y el ‘espíritu’ del capitalismo”. En tal ensayo se ofrece una interpretación de los efectos que determinadas corrientes de la dogmática calvinista pudieron ejercer sobre la mentalidad capitalista incipiente. Por otra parte, desde el punto de vista material, el modelo educativo capitalista cristalizará en los principios del régimen salarial, cuyo desarrollo, dominado por una racionalización económica exhaustiva, y potenciada por el principio de separación de las tareas y diversas fases en la historia de la retribución salarial, ejercerá una gran

influencia sobre el trabajo asalariado en las sociedades industriales. Sostengo que el buscavidas es un personaje reticente a ser ‘socializado’ o ‘educado’ por los principios disciplinarios de la ‘ética’ capitalista y el régimen salarial, a los que se resiste en aras de una identidad que considera inalienable.

En el primer apartado, dedicado a Weber y el buscavidas, hemos abordado dos puntos: la irracionalidad del sistema capitalista y su culto al concepto de profesión, amén de tener en cuenta algunas prescripciones religiosas que inducen al individuo a un control riguroso de sus sentimientos. El buscavidas no comprende la irracionalidad de la economía capitalista, tal como la define Weber, desde el punto de vista de la felicidad individual. Al privilegiar el utilitarismo económico, espoleado por un irrazonable afán de lucro, sobre la ‘felicidad’ del individuo, el capitalismo desemboca en un sistema laboral alienante con motivaciones no dictadas por el bienestar humano, sino por la mera acumulación dineraria. Sostengo que los buscavidas también denuncian dicha irracionalidad y se alejan consecuentemente del sistema capitalista, aunque ello equivalga a renunciar a cualquier ambición social, tal como he querido demostrar en los ejemplos citados. Asimismo, mediante el análisis de los textos de Benjamin Franklin, Weber argumenta que la ética de inspiración calvinista se convierte en un incentivo moral para la acumulación capitalista, pero al mismo tiempo le impone severas trabas ascéticas, pues las ganancias no sirven al consumo individual, sino a la propia empresa, cuya riqueza creciente redundaría, supuestamente, en beneficio general de la sociedad. A través de las preceptivas morales puritanas, hemos analizado los principales rasgos disciplinarios que asumirá la predicación de este ascetismo en la vida misma del trabajador y la manera en que el buscavidas los rechaza. Así pues, su relación con el dinero disiente punto por punto de las preceptivas morales de inspiración ascética, ya que no ahorra sus ganancias o las gestiona con desmesura, como he demostrado mediante varios ejemplos.

Por otra parte, he analizado la relación del buscavidas con el trabajo y su rechazo a cualquier culto al concepto del deber profesional, que a su entender, no hace sino erosionar y vaciar la identidad. A tal fin, he indagado en el concepto protestante de “profesión” o “beruf”. Según Weber, para mantener el modelo capitalista de Franklin, conviene que los miembros de la comunidad conciban la idea de profesión desde un punto de vista espiritual y ascético, a fin de que se rindan incondicionalmente al trabajo al margen de sus propias necesidades como individuos. En ese contexto, la palabra

“beruf” (que aúna las acepciones de ‘profesión’ y ‘vocación’), aparece en las primeras traducciones de la Biblia de Lutero y se convierte en una herramienta educativa muy socorrida, que en última instancia llevará a “valorar el cumplimiento del deber en las profesiones profanas como el contenido más elevado que puede tener una actuación realmente moral”. Con el calvinismo, según Weber, la noción de beruf se convierte en una parte fundamental de un sistema ético que, imbuido por la doctrina de la predestinación, librará al trabajo de connotaciones individuales y será considerado virtuoso por el principio abstracto de la “utilidad” social. Esa visión conduce a un desempeño del trabajo como “deber impersonal”. Por otra parte, el creyente calvinista, que regula todos los actos morales de su vida a raíz de conceptos teológicos como la ‘certitudo salutis’, deplora tanto la pérdida de tiempo como la afición a la holganza, que serán interpretadas moralmente como un atentado contra las virtudes ascéticas del trabajo que acreditan la salvación y, por consiguiente, execrables síntomas de un alejamiento de dios. Por último, he analizado el concepto de perseverancia profesional inherente a la ética protestante, que el buscavidas, como buen nómada, ignora sistemáticamente. En Lutero, la ‘resignación’ a la profesión mundana que dios (familia y estamento) le hubiese asignado al creyente, era un signo moral de obediencia a las leyes naturales y divinas. Las doctrinas de inspiración calvinista no ponen el acento en la resignación sino, nuevamente, en las virtudes ascéticas del trabajo, y añaden capitalistamente, que la variedad profesional es moralmente encomiable si se encamina hacia una mayor utilidad socio-económica.

A partir de la comparación con los principios que rigen esta doctrina, resumida en cuatro pilares, he procurado demostrar hasta qué punto el buscavidas viola los preceptos impuestos al trabajador ascético ideal. En primer lugar, la alienación implícita en la noción del “deber profesional”, sobretudo si tenemos en cuenta que la inmensa mayoría de trabajos desempeñados por los pobres, entre los que se cuenta el buscavidas, no aceptan ningún tipo de justificación moral basada en los intereses del individuo, sino única y exclusivamente en su sumisión. En segundo lugar, la pereza y la “pérdida de tiempo’ que ostenta el buscavidas, por más que pesen sobre su alma la pérdida de la gracia celestial. En tercer lugar, su falta de perseverancia en el trabajo, y por último, su indiferencia al principio de la utilidad social del utilitarismo económico del capitalismo. Una vez expuesta toda la doctrina del protestantismo ascético, he hecho hincapié en la paradoja ‘educativa’ que implica, ya que a mi entender, como

sostiene el mismo Weber en algunos pasajes, este modelo se bifurca en una educación del patrón (valorando su iniciativa y su contención moral encomiable, como imagen de autoridad divina) y la educación del obrero (valorando su sumisión y su contención moral irremediable, como dócil criatura de Dios). En ese contexto, sostengo que la figura del buscavidas constituye un enfoque apasionante para desarbolar la hipocresía implícita en dicho planteamiento, a través de su desobediencia y nomadismo ejemplares, que he tratado de ilustrar mediante los ejemplos más pertinentes.

En el tercer capítulo, he tratado de explicar sociológicamente el entorno histórico real en que se mueven algunos buscavidas, a fin de comprender, in situ, la crítica ideológica que evidencia su perplejidad horrorizada ante un sistema laboral alienante. A tal fin, me he centrado en el comentario histórico de dos principios disciplinarios del capitalismo industrial, hermanados por la necesidad de racionalizar el trabajo humano y convertirlo en objeto de cálculo contable. Como los trabajadores se niegan a ser ‘alienados’ de su trabajo y por ende a ser ‘maximizados’ económicamente, la empresa capitalista tendrá que gestionar el “factor humano”, cuya optimización productiva constituirá el quid de todas las propuestas de organización industrial y modelos de régimen salarial desde finales del S.XVIII hasta nuestros días. A tal fin, me he centrado en el comentario de dos principios; el principio de separación de tareas, cuya influencia se hace extensiva a muchos aspectos de la organización laboral moderna; y la distribución salarial, principal incentivo para el trabajador en el sistema capitalista, ya que es su única fuente de ingresos para subvenir necesidades.

El principio de la separación de las tareas ha servido, históricamente, no sólo para aumentar la productividad, como certificó Adam Smith, sino también para desposeer al artesano del control técnico sobre las diversas fases del proceso de producción, delegándolo en el ritmo impuesto por la maquinaria industrial y el trabajo en equipo. Esta intención aumenta su carácter “educativo”, en la filosofía de Jeremy Bentham, al sofisticar un sistema de retribuciones salariales que garantice, si no la responsabilidad artesanal por el objeto producido, sí al menos la implicación del trabajador, a través de su ganancia individual, en el gesto simple que le haya sido encomendado dentro de ese sistema de tareas separadas. Con Taylor, este sistema quedará debidamente cronometrado, jerarquizado y, sobretodo, abastecido de una masa de obreros no cualificados que incrementará el control patronal sobre la producción. Por último, con Richard Ford, este principio de separación de las tareas llegará a su cúspide con la

cadena de montaje, que facilitará a su vez la transformación de la ‘producción en cadena’ en ‘producción en masa’. A través de las experiencias de los diversos buscavidas, he reflejado la profunda alienación en la vida del trabajador que supone la aplicación de todos estos principios, derivados del principio de separación de las tareas, y en general, la precariedad que supone para el estatuto del trabajador moderno.

En el último capítulo he trazado una breve exposición histórica del régimen salarial capitalista, con especial atención a los trabajos más numerosos y humildes, retribuidos con salarios de subsistencia. Sostengo que su pago está condicionado, por parte del empresario, al cumplimiento de algunas condiciones “identitarias” que garantice la fiabilidad de la “fuerza de trabajo” empleada. Condiciones que el buscavidas, como personaje especialmente insumiso, nos ayuda a comprender mediante su testimonio, ya que implican una voluntad disciplinaria de moldear el estilo de vida de los trabajadores que mejor convenga a las necesidades del capital. He rastreado la evolución de este régimen salarial-moral desde los albores de la sociedad industrial, con la asignación de salarios de subsistencia, hasta la vigorosa política de consumo que espolean nuestros modernos estados del bienestar. En todo momento, me ha interesado mostrar con claridad y amplitud estos conceptos para ver hasta qué punto la figura del buscavidas constituye una manera apasionante y precisa de realizar una aproximación literaria crítica al sistema laboral capitalista.

El capítulo empieza sentando las bases “científicas” que los principales economistas clásicos de inspiración liberal, como Smith, Ricardo y Malthus, establecieron para explicar el hecho de los salarios de subsistencia como parte indispensable del sistema económico; para contrastarlo con las bases ofrecidas por Marx, que hacen hincapié en las reivindicaciones salariales del proletariado y ofrecen un análisis del dominio patronal basado en la explotación del tiempo de trabajo. A continuación, procedo a explicar como, con Taylor y Ford, cambió el foco de la autoridad patronal sobre el tiempo de trabajo del obrero (expropiado, según Marx, mediante la plusvalía) al control sobre los tiempos de producción. Este control de los tiempos permitirá hacer las jornadas más intensivas y breves, así como aumentar levemente los salarios sobre el nivel de subsistencia, pero, al mismo tiempo, erosionará profundamente la capacidad del trabajador para establecer condiciones en la negociación de sus intereses económicos y físicos. He destacado que Taylor fomenta la creación de una élite, encargada del Management y el cumplimiento de los tiempos, que actuará como un

incentivo salarial en los esfuerzos del trabajador y le provee de una proyección de futuro y ascenso dentro de la misma empresa. He analizado la percepción moral sobre estos “supervisores” principalmente, a través de los pasajes en que Bukowski habla de su función en la empresa y su significación social. Asimismo, he subrayado como el sistema de Taylor aprovecha el inmenso flujo inmigratorio a los Estados Unidos, fomenta la creación de una masa proletaria no cualificada, que queda desposeída de su competencia técnica sobre el proceso de producción y merma de manera radical su capacidad reivindicativa. Por otra parte, he analizado la manera en que el jornal de 5 dólares de Ford, un sueldo que doblaba el sueldo más alto pagado hasta entonces – ahonda en los principios de Taylor y depende de un Departamento de Sociología, que impone a la identidad del obrero severas condiciones a cambio de su salario. Para ilustrar la trascendencia del modelo de Ford, me he fijado especialmente en el trabajo de Bardamu, protagonista de Viaje al fin de la noche, en la fábrica de Ford en Detroit. Por último, he analizado como el empresariado de la época de Ford, previendo un desfase brutal en la oferta-demanda, inició una política de estimulación del consumo que se sistematizará con el estado del bienestar, tras el crack del 29. Al filo del crack, he sostenido también la importancia del desempleo como elemento negociador – como amenaza latente – en el sistema de contratación capitalista, que funciona en ciclos de expansión y regresión cíclicas, ilustrándolo mediante las experiencias y temores de los propios buscavidas.

Por último, he descrito la implantación del estado de bienestar a partir de 1929, cuyo principal asesor ideológico fue Keynes, como reformulador de un capitalismo en que el estado empezará a ejercer un fuerte papel regulador en el mercado. He hecho hincapié en la doble innovación que supone el estado del bienestar; en primer lugar, como política que estimula vigorosamente el consumo, mediante tácticas como la publicidad, el Standard Package, el styling y la obsolescencia planificadas; en segundo lugar, como política de asistencia social mucho más articulada que la práctica de la beneficencia, que se integrará, como una suerte de retribución indirecta, a los principios mismos del régimen salarial en el estado del bienestar. A través de las experiencias de los buscavidas, he ilustrado como la transición al estado del bienestar afecta positivamente a los trabajadores en su condición de ciudadanos – cubriendo necesidades básicas mediante su regulación y gestión públicas – y negativamente en su condición de consumidores – ya que la desigualdad de clases se reinventa a través del mayor o

menor poder adquisitivo, convirtiendo la capacidad de consumir en un discreto pero implacable vertebrador de capas sociales. Por último, he analizado brevemente como este capitalismo reformulado en las directrices del estado del bienestar sigue teniendo muchas carencias. Si bien supone un nuevo paso adelante en los derechos del trabajador, abre vías nuevas de explotación encubierta, como he demostrado a partir de las experiencias desesperadas que reflejan algunos personajes de *La conjura de los necios* y las obras de Bukowski.

En el curso de esta investigación, he profundizado en la caracterización de estos personajes, a los que he denominado genéricamente como *buscavidas*, para demostrar hasta qué punto resulta enriquecedor a varios efectos. En primer lugar, para crear un marco teórico que enriquezca y relacione a unos personajes que merecían ser estudiados de manera conjunta, como insospechados representantes de un mismo espíritu crítico al sistema laboral capitalista. El hecho de que su voz crítica no sea tan unísona y clamorosa, como las protestas sindicales del movimiento obrero, no hace de ellos una protesta menos real, sino más discreta, porque se escapa escurridizamente entre los intersticios del sistema. Porque es la crítica de unos espíritus libres y solitarios, que no suelen reunirse bajo un mismo enfoque de análisis – violencia disciplinaria, violencia académica, que espero que me disculpen- del mismo modo que los ermitaños no gustan de asistir a las reuniones sociales. En segundo lugar, esa investigación ha querido demostrar como, con la figura del *buscavidas*, la literatura actualiza dos géneros de tanta raigambre como la picaresca y la *Bildungsroman*, dando lugar a algo nuevo, que sólo podría haber visto la luz en el pasado siglo. Y por último, he querido realizar una lectura sociológica de la literatura que nos permita entender con vigor y poesía la manera en que la evolución del capitalismo ha afectado a la existencia misma del trabajador en la sociedad contemporánea. Sostengo que más allá de su mera descripción económica, el empleo representan algo muy diferente para trabajadores y empleadores, una negociación de índole moral que ha centrado el enfoque de esta investigación. Para los empleadores, aparte de ser un elemento del costo, es un “factor humano” sin cuya adecuada gestión y motivación, canalizados a través de varios principios disciplinarios de orden psicológico y técnico, la creación de riqueza sería simplemente imposible. Esta evidencia ha llevado al empresariado, a lo largo de la historia, a sofisticar los sistemas de gestión del “factor humano”, a fin de reforzar la productividad, lealtad y fiabilidad del empleado. En cambio, el empleo

representa para los trabajadores el nivel de vida que pueden tener, un incentivo para adquirir calificaciones y, por último, una posible fuente de satisfacción o alienación frente al trabajo realizado. Es decir, el trabajo es un elemento clave en la definición de su identidad individual y social. Los buscavidas, mediante su rotunda negativa a considerar el trabajo como única fuente de identidad, constituyen una alternativa existencial a la cultura del trabajo tan valiente como peligrosa, porque su actitud garantiza, en definitiva, su paso al ostracismo social. Pero al no dejarse coaccionar económicamente, la identidad nómada del buscavidas, en los tiempos de precariedad y miedo al desempleo que vivimos, nos permite recordar, con todo, que la dignidad debería ser el fondo inalienable de nuestra condición humana: “Me alegra irme de su lado sin carta de presentación, pues una expedida por usted sólo me recordaría mi propio miedo y mi cobardía, un estado de indolencia y de privación de energías, días enteros desperdiciados inútilmente, tardes agitadas por furiosas tentativas de liberación, noches transidas de una nostalgia muy hermosa, aunque sin objetivo. Le agradezco su intención de despedirme en tono amistoso: me demuestra que he estado frente a un hombre que quizá haya entendido algo de lo que he dicho.”⁴⁰⁷”

⁴⁰⁷ Walser, *ob.cit.*, p.39

Capítulo V Bibliografía

V. I. Referencias de novelas citadas en su fuente original

- Bukowski, Charles. *Factotum*. Barcelona: Anagrama, 2007.
- Bukowski, Charles. *La senda del perdedor*. Barcelona: Anagrama, 2008.
- Bukowski, Charles. *Post Office*. London: Virgin Books, 2009.
- Bukowski, Charles. *Mujeres*. Barcelona: Anagrama, 2009.
- Celine, Louis-Ferdinand. *Viaje al fin de la noche*. Barcelona: Edhasa, 2001
- Kennedy Toole, John. *La conjura de los necios*. Barcelona: Anagrama, 2006.
- Kafka, Franz. *El desaparecido*. Barcelona: Debolsillo, 2004.
- Moritz, Karl Philipp. *Anton Reiser*. Madrid: Editorial Pretextos, 1998.
- Walser, Robert. *Los hermanos Tanner*. Madrid: Ediciones Siruela, 2000.
- Wolfgang von Goethe, Johann. *Los años de aprendizaje de Wilhem Meister*. Edición de Miguel Salmerón. Madrid: Catedra, 2000.

V. II. Bibliografía citada en su fuente original

- Aglietta, Michel. *A theory of capitalist regulation: the US experience*[en línea].London: Verso, 2000.
- Alonso, Luis enrique. *Trabajo y posmodernidad: el empleo débil*. Madrid: Editorial fundamentos, 2001.
- Arendt, Hannah. *La condición humana*. Barcelona: Paidós, 2003.
- Bergson, Henry. *La risa: ensayo sobre la significación de lo cómico*. Madrid: Alianza Editorial, 2008.
- Coriat, Benjamin. *El Taller y el cronómetro: ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa*. Madrid: Siglo XXI, 1982.
- Dobb, Maurice. *Teorías del valor y de la distribución desde Adam Smith*. Mexico D.F.: Siglo XXI editores, 1991.

- Gaudemar, Jean Paul de. *El Orden y la producción: nacimiento y formas de la disciplina de fábrica*. Madrid: Trotta, 1991.
- Gorz, André. *La Metamorfosis del trabajo: búsqueda del sentido: crítica de la razón económica*. Madrid: Sistema, DL 1995.
- Lukács, Georg. *El alma y las formas*. Barcelona: Grijalbo, 1970
- Maravall, José Antonio. *La literatura picaresca desde la historia social*. Madrid: Taurus Ediciones, 1986
- Marx, Karl *Elementos fundamentales para la crítica de la ECONOMIA política* 3. México DF: s.XXI, 2001.
- Marx, Karl. *El capital: Libro primero. El proceso de producción del capital*, Volumen 3. México DF: s.XXI, 2005.
- Moretti, Franco. *The way of the World. The Bildungsroman in European culture*. London: Verso, 1987.
- Parker, A.A. *Los pícaros en la literatura. La novela picaresca en España y Europa, 1599-1753*. Madrid: Gredos, 1971.
- Rico, Francisco. *La novela picaresca y el punto de vista*. Barcelona: Seix Barral, 1970.
- Salmerón, Miguel. *La novela de formación y peripecia*. Madrid: A.Machado Libros, 2002.
- Smith, Adam. *Wealth of Nations*. New York: Cosimo, 2007.
- Trotski, L. *Naturaleza y dinámica del capitalismo y la economía de transición*. Buenos Aires: Ed. CEIP, 1999.
- Veblen, Thorstein. *The theory of the leisure class*. Oxford: Oxford University Press: 2008.
- Weber, Max. *La ética protestante y el espíritu capitalista*. Madrid: Alianza, 2009.

V. III. Otras referencias bibliográficas

V. III. A. Referencias documentadas en Coriat(1982):

- Taylor, Frederick W. *Scientific Management*. Wesport: Greenwood Press Publishers, 1972.
- Navel, Georges. *Travaux*, París: Alvin Michel, 1964.
- Ford, Henry. *Ma vie, mon ouvre*. Paris: Payot, 1925.

V. III. B. Referencias documentadas en Gaudemar(1991):

- Bentham, Jeremy. *Outline of a work to be called*. “Pauper Management improved”, Londres, 1797.
- Taylor, Frederick W. *La dirección de los talleres*. Barcelona, 1925.

V. III. C. Referencias documentadas en Gorz(1995):

- Jones, Barry. *Sleepers awake. Technology and the future of work*, Oxford: Oxford University Press, 1983.
- J.Smith, “*Memories of wool*” citado por Stephen Marglin en André Gorz(ed.) *Critique de la division du travail*, Paris, Le seuil, 1973.

V. III. D. Referencias documentadas en Maravall (1986):

- Alemán, Mateo. *Guzmán de Alfarache*. Ed. De Francisco Rico. Barcelona: Planeta, 1967.
- Alberti, Leon B. *Momus o del príncipe*. Edición de G.Martini. Bolonia: Zanicheli, 1942.
- Blecua, Alberto. *La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades*. Madrid: Castalia, 1972.
- Braudel, Fernand. *La Méditerranée et le monde méditerranéen au temps de Philippe II*, Paris: Flammarion, 1969.

- Castillo Solorzano, Alonso de. *Aventuras del Bachiller Trapaza*. Ed. De A.Valbuena en *La Novela Picaresca española*. Madrid: Aguilar, 1968.
- Colmeiro, Manuel. *Cortes de los antiguos reinos de León y Castilla*. Madrid: Rivadeneyra, 1883-84.
- Cros, Edmond. *Protée et les gueux*. Paris: Didier, 1967.
- De Cervantes Saavedra, Miguel. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Ed. de Rodríguez Marín. Madrid: 1948.
- De Quevedo, Francisco. *El buscón*. Ed. de: Jauralde Pou, Pablo. Madrid: Castalia, 1990.
- Delicado, Francisco. *La lozana andaluza*. Ed. de B.Damiani. Madrid: Editorial Castalia, 1969.
- Espinel, Vicente. *Vida del escudero Marcos de Obregón*. Edición de M.S.Carraco Urgoiti. Madrid: Castalia, 1980.
- Gella Iturriaga, José. *Las monedas en el refranero*. Madrid: 1982.
- González, Gregorio. *El Guitón Honofre*. Edición de H.G.Carrasco. Chapel Hill, Estudios de Hispanófila, 1973.
- Jiménez Salas, María. “Doctrinas de los tratadistas españoles de la Edad Moderna, sobre la asistencia social”. *Revista Internacional de Sociología*, VI, octubre-diciembre 1948, num.24.
- Lenski, G. *Power and privilege*. New York : McGraw-Hill, 1966.
- Lewis, Arthur. *Teoría del desarrollo económico*. Mexico D.F.: Fondo de cultura económica, 1964.
- Lopez de Úbeda, Francisco. *La Pícaro Justina*. Ed. De A.Valbuena en *La Novela Picaresca española*. Madrid: Aguilar, 1968.
- Suárez de Figueroa, Cristobal. *El pasajero*, ed. de Rodríguez Marín. Madrid: Renacimiento, 1913.
- Tawney, Richard H.. *La religión en el orto del capitalismo*. Madrid: Editorial Derecho de Revista privada, 1936.
- Minchinton. W. *Historia económica de Europa (3): siglos XVI y XVII*. Ed. dirigida por C.Cipolla. Barcelona: Ariel, 1977.

V. III. E. Referencias documentadas en Moretti(1987):

- Von Humboldt, Wilhem. *The Sphere and duties of Government*, trans. J. Coulthard, London 1854.

V. III. F. Referencias documentadas en Salmerón(2002):

- Bahr, Ehrard. (ed.), *Materialen zu Johan Wolfgang von Goethe Wilhem Meister Lehrjahre*, Stuttgart, Reclam, 1982.
- Blanckenburg, Friedrich von. Versuch über den Roman, Ed. de Eberhard. Lämmert,
- Dilthey, Wilhem. *Leben Schleiermachers*, Berlín: Walter de Gruyter, 1870.
- Hegel, Georg Wilhem Friedrich. *Ästhetik* (1842) con introducción de Georg Lukacs, Francfort, Europäische Verlagsantalt, 1965
- Krökel, Fritz. “Nachwort zu Adalbert Stifter, Nachsommer”, Munich, DTV, 1977
- Morgenstern, Karl. “Über den Geist und Zusammenhang einer Reihephilosophischer Romane” orig. en K.M (ed.) *Dörpätische Beyträge für Freunde der Philosophie, Literatur und Kunst*, 3.1., 1816, Selbmann (Ed.) (1988)
- Novalis, *Heinrich von Ofterdingen*(1804), Himnos a la noche. Enrique de Ofterdingen, traducción y edición de Eustaquio Barjau, Madrid, Editora Nacional, 1975.
- Stifter, Adalbert. “Wer sind die Feinde der Freiheit?” en *Der Wiener Bote*, nº 86, 26 de mayo de 1849, en *Sämtliche Werke.*, ed.cit., tomo 16, 3ª sec
- Jacobs (1972), *Wilhem Meister und seine Brüder*, München, Fink, 1972

V.III.G. Referencias en Weber (2009)

- Franklin, Benjamin. *Advice to a young tradesman*(1748), Works, ed. Sparks, Vol.II.

V. IV. Bibliografía sobre lexicografía

- De Covarrubias, Sebastián. *Tesoro de la lengua española o castellana*. Madrid: Editorial Castalia, 1995.

- Real Academia Española. *Diccionario de la lengua- Vigésima segunda edición* [en línea]. Madrid: Espasa Calpe, 2000.

